

Selección RNR

Karen Delorbe

Savage  
&  
Blue



Romance Actual

Savage & Blue

Karen Delorbe



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para quienes sueñan con un amor imposible*

## PRÓLOGO

# Para Regina, con cariño

**M**is dos palabras favoritas en todo el mundo: Gabriel Savage.

¿Quién era? El hombre más hermoso sobre la faz de la Tierra. Mi ídolo. Mi amor imposible. Mi escritor favorito. Había comprado todos sus libros, aunque aún no me había firmado ninguno. He soñado con conocerlo desde que leí *Susurros en el tiempo*, unos años atrás. Era la mejor historia romántica del mundo.

Alguien capaz de escribir palabras tan hermosas y crear héroes que son el sueño de cualquier mujer debía de ser el hombre perfecto.

Tenía que serlo.

—¿Qué tal si es un viejo? —preguntó Lena, mi mejor amiga.

Ella me acompañaba cuando quería tomarse un descanso de sus deberes de madre. Tenía tres niños revoltosos y un esposo que se comportaba como otro hijo más.

—¿Qué tal si es feo? —continuó.

—¿No has visto sus fotos? —la interrumpí.

—Podría no ser él. Quizás usó un modelo profesional para que se hiciera pasar por él y lo promoció.

—Ya deja de decir esas cosas —la regañé, apretando el libro contra mi pecho.

No existía un hombre más bello que mi Gabe.

—¿Dejaría de gustarte si descubrieras que las fotos son falsas?

—Entiende que no me gusta. Yo amo a ese hombre —contesté, algo irritada por su actitud—. Y nada de lo que digas me hará amarlo menos. Además, aunque fuera feo, su alma seguiría siendo hermosa.

—¿Cómo lo sabes? Digo, ¿cómo sabes que tiene un alma hermosa? No lo conoces.

Aaagh. Ella siempre llevándome la contraria. Le encantaba discutir.

—¡Por supuesto que lo conozco! Por sus libros. —Le enseñé la preciosa novela que tenía entre mis manos.

Ella la tomó y leyó en voz alta:

—«Gabriel Savage nació en agosto de 1989 y estudió filología. Hizo Artes escénicas desde muy joven alentado por su madre, una famosa actriz y modelo alemana. Descubrió su amor por la literatura durante su adolescencia, gracias a su padre, y escribió varias obras teatrales antes de saltar a la fama con su primera novela, *Susurros en el tiempo*. Ese éxito de ventas lo consagró como autor de novela romántica histórica con tan solo veintidós años». Qué envidia me da.

—Sigue leyendo.

—Como si no hubieras leído esto miles de veces —manifestó sacudiendo el libro ante mis ojos. Me dio miedo que se le cayera al piso. ¿Qué tal si se ensuciaba?

—Me gusta oírlo —contesté.

Ella siguió.

—«Un año después publicó *Deseo en la noche*, un thriller romántico situado en la época de la inquisición española, que lo colocó en el puesto número uno de ventas durante meses. En años posteriores escribió otros *best sellers*: *Bajo la luna de Venecia*, *El beso de la serpiente* y *Pasión carmesí*. Sus libros han sido traducidos a más de sesenta idiomas. Actualmente, es uno de los escritores más leídos del mundo».

—Y el más guapo de todos —agregué—. Debieron poner ese dato también.

¿Sabías que es uno de los solteros más codiciados del momento?

Suspiró meneando la cabeza y caminó tres pasos delante de mí.

—Esta fila está muy lenta. —Miró su reloj, quince minutos después—. En una hora debo regresar a casa. ¿Te molesta si voy por café?

—No. ¿Me traerías...

—*Mocha* grande con chocolate y tres de azúcar —me interrumpió—. Y un *muffin* de vainilla.

Le sonreí. Me conocía mejor que nadie.

—Te quiero. —Le lancé un beso.

—Me quieres porque te alimento. —Pasó por debajo del cordón rojo que delimitaba la fila—. Regreso enseguida.

Mi estómago rugió. Con la emoción de conocer a Gabriel, me había olvidado de comer. «Bendita seas, Lena. ¿Qué haría yo sin ti?».

Miré detrás de mí. La fila se extendía por casi dos cuadras. Un gran número de adolescentes y mujeres de edad avanzada aguardaban con ansias la firma del talentoso autor de *Deseo en la noche*. Todas, esperando mirarlo a los ojos y, quizás, encontrar esa chispa de conexión entre ambos... y descubrir que él era su alma gemela.

A Lena también le gustaba, a mí no me engañaba. Solo se hacía la que no para que su esposo *cara de pescado* no se pusiera celoso.

Esperaba que ella llegase a tiempo cuando por fin me tocara el turno de encontrarme frente a frente con él.

Cada vez estaba más cerca. ¿Cuánto se tardaba uno en comprarse un café? ¿Diez minutos? ¿Quince? Habían pasado como veinte y Lena no aparecía por ninguna parte.

—Maldición —mascullé, asomándome por el costado de la fila.

Había demasiada gente y no lograba ver nada.

Me puse en puntas de pie, pero mi metro cincuenta y cinco no ayudó mucho. Me sentía un *hobbit* en la multitud. ¿Por qué Gabriel tenía tantas admiradoras? «Ah, sí», recordé. Era tremendamente guapo, con ese pelo

rubio enmarcando su rostro de dios griego y esos brillantes ojos verdes. Además, era alto, delgado y elegante. Siempre me había preguntado cómo no se había decidido por el modelaje. Habría decorado mi casa entera con imágenes suyas sin camisa.

Llegó mi turno.

Me volteé un segundo, justo para ver a Lena que se abría paso por entre la gente. Le hice una seña para que se apresurara y caminé despacio para darle algo de tiempo, aunque tal vez eso no les gustara a los organizadores. Sus caras largas los delataban. Tampoco a Gabriel pareció agradaarle; con los ojos entornados tamborileaba en la mesa con su lapicera.

—Vamos, Lena, corre —dije entre dientes para luego ofrecer la mejor de mis sonrisas al hombre de mis sueños.

Debería ser ilegal ser tan sexy. Llevaba puesta una camisa negra y, ¡ay Dios!, unos anteojos que me hicieron querer lanzármele encima.

«Lucirían lindos sobre mi mesa de noche», pensé.

Cuando me tuvo enfrente, torció la cabeza y estiró la mano en mi dirección. Esperaba algo de mí: ¿mi alma?

Los tacones de Lena se escuchaban cada vez más cerca. Repiqueteaban en los pisos de cerámica.

—Con permiso, a un lado —decía.

Quizás temía que yo hiciera alguna estupidez. Solía vigilarme cada vez que salíamos, como si fuese mi madre. A decir verdad, era más madre para mí que la verdadera, a quien no veía desde hacía ocho años.

—¿Vas a darme el libro? —preguntó Gabriel, cuyos ojos me tenían embobada.

—¿Eh?

«¿Qué libro?».

—Para que lo firme —aclaró, sin el menor rastro de simpatía.

Debió de pensar que era tonta. ¿Para qué más iba a hacer fila durante tres horas con un libro en las manos? Se lo alcancé avergonzada, esperando sentir



el roce de sus dedos y una corriente eléctrica en mi cuerpo, igual que ocurría en sus novelas.

El hombre ni siquiera me tocó.

—¿Tu nombre? —preguntó sin mirarme.

—Regina —suspiré.

No volvió a verme. ¡Y yo que me había preparado para él! Me había puesto un vestidito corto rosa pálido que hacía maravillas por mi figura, y sandalias de taco alto. Además me había colocado maquillaje, cosa que no solía hacer a menudo, con el único fin de enamorarlo. Creo que los labios rojo *wild* no funcionaban con este señor. Ni las minifaldas. Ni siquiera las sonrisas. ¿Sería gay como siempre afirmaba Lena?

—¡Gina, Gina! —gritó mi amiga, corriendo hacia mí y entregándome mi café caliente—. Su nombre es Gina.

Él escribió algo en mi libro y enseguida me lo ofreció.

Entonces, cuando estuve a punto de tomarlo, sucedió: Lena y yo nos estiramos al mismo tiempo para recogerlo y, de algún modo, nuestros brazos chocaron entre sí. Mi café salió volando y...

Cayó justo sobre el regazo de Gabriel Savage.

—Debe odiarme —lloriqueé, ya en casa de mi amiga.

—Nah. —Lena se despatarró en un sillón y se quitó los zapatos.

—¿Bromeas? Hasta yo me odiaría. —Me dejé caer en la alfombra. Lo que en realidad quería era tirarme dentro de un pozo y no salir hasta los ochenta años—. Ya no podré casarme con él.

—Niña, pero ¿qué estás diciendo? Mientras aún respire, tienes chance.

Su tono maternal me hacía sentir como una puberta trastornada con su primer amor no correspondido. ¿A quién quería engañar? Ese hombre jamás se fijaría en mí, ni teniéndome a medio metro de distancia. Ya lo había comprobado.

—Viste lo que pasó —musité con el rostro oculto detrás de un almohadón.

—Fue un accidente. Pudo haberle pasado a cualquiera. —Me quitó el almohadón antes de que lo empapara con mis lágrimas y volvió a dejarlo en el sofá.

Hice una mueca.

—Esas cosas solo me ocurren a mí. Soy un completo desastre.

Accidente, lo del café; pero luego me había echado sobre él con la intención de limpiarle los pantalones. ¿Qué tenía en la cabeza?

—Soy una tonta, Malena —exclamé inclinada contra su rodilla—. Y todo el mundo lo vio. No volveré a salir en público. Jamás.

—Ya... ya... —Intentó consolarme dándome palmadas en la cabeza, como si fuera un animalito—. Quizás mañana nadie lo recuerde. Y no creo que el señor Savage vaya a detestarte por eso. Seguro le han ocurrido cosas peores.

Claro, lo más seguro era que yo fuera responsable por todas ellas.

Al día siguiente, descubrí horrorizada que alguien había subido mi bochornoso accidente con el café a YouTube. Lo que me faltaba.

—Él debe odiarme —repetí, acariciando la firma que decía: «Para Regina, con cariño, Gabriel Savage».

Deseé que fuese verdad.

## CAPÍTULO 1

# ¿Tú, en mi casa?

—Necesito un empleo, Gabriel —le dije recostada en mi cama.

Él me observaba fijo desde la pared.

Hacía días que aguardaba que me llamasen. Estaba dispuesta a trabajar de cualquier cosa con tal de pagar las cuentas atrasadas. Debí haberlo pensado dos veces antes de huir de casa con las manos vacías. Al menos podría haber conseguido algo de dinero del escondite secreto de Nelson. Sin embargo, había aprovechado el único momento en que él no me vigilaba para salir de su radar; tomé lo que pude y me largué sin mirar atrás. De eso hacía cinco meses.

Nelson y yo habíamos convivido siete años. Al principio no me había molestado su actitud sobreprotectora, pero con el tiempo se fue tornando insoportable. Al final de nuestra relación, me encontraba sin amigos, sin empleo y sin estudios. La única que se había quedado a mi lado había sido Lena. Fue ella quien me animó a mudarme cerca de su casa. No lo pensé; solo lo hice. Sin medir las consecuencias.

No me arrepentía, pero la falta de dinero se hacía notar cada vez más.

Me acerqué y acaricié el cartel que había robado de la librería. Gabriel era mi único consuelo durante esos meses de soledad y escasez.

—Quisiera que fueras real. Aunque probablemente no estarías sonriéndome así.

No podía quitar su expresión de desprecio de mi mente. Si tan solo no me hubiera lanzado sobre sus pantalones ni lo hubiera arrojado al piso. Su lapicera rodó lejos. Los libros que tenía en la mesa quedaron desparramados a nuestro alrededor. Y el maldito café se esparció por todas partes, incluso en mi impecable vestido rosa.

La firma terminó después de eso. Las personas que estaban haciendo fila me abuchearon. El personal de seguridad me sacó por la fuerza. Lo peor de todo fue que Gabriel me miró como si hubiese cometido un crimen imperdonable.

¿Cuándo robé el cartel? Minutos después. Me escabullí como una rata y aproveché cuando nadie me veía. No me sentí orgullosa de ello, pero tampoco culpable. Mi pared lucía más bonita con él.

Fui por un poco de agua fría. Junto con un trozo de queso y media pizza que me había traído Lena el día anterior, era lo único que me quedaba para comer.

Revisé mi billetera. Encontré tres billetes de diez. Usaría dos ahora y dejaría el último para cuando estuviera al borde del colapso.

—Te juro, Lena, que, si no consigo trabajo esta semana, tendré que volver a casa con el demente de Nelson —me resigné mientras detenía mi carrito frente a la góndola de las galletas.

—De ninguna manera. ¡Te vienes conmigo!

—No.

Amaba a Malena, pero no podría convivir con ella, sus escandalosos niños y el marido insoportable que parecía más un bebote con esteroides que un hombre adulto.

—¡Claro que sí! —gritó tan fuerte que debí quitar el teléfono de mi oído o me hubiera dejado sorda—. Te prohíbo que regreses con ese tipo. Es preferible cualquier cosa antes que él. Recuerda todo lo que te hizo, Gina. ¿Estarías dispuesta a pasar por eso de nuevo?

Una vez, me había tirado los libros a la basura porque pasaba demasiado tiempo leyendo. «Una pérdida de tiempo», lo había llamado. En otra ocasión le había arrancado los tacos a un par de zapatos nuevos porque eran demasiado altos para mí y me hacían ver *vulgar*. ¡Había ahorrado meses para comprármelos! Todo tenía que hacerse a su manera. Maldito cerdo ignorante.

Cerré los puños y, por un segundo, me imaginé encerrada entre esas cuatro paredes de nuevo. Alejada del mundo, esclavizada en la cocina, encadenada a alguien cuya máxima diversión consistía en pegarse trompadas por dinero y competir por quién meaba más lejos o eructaba más fuerte. La casa de mis padres, de donde me habían echado a patadas, era una mejor alternativa para mí. Sin embargo, cuando quise regresar con ellos, me dijeron que no querían volver a verme.

Si hubiera seguido estudiando en lugar de hacerle caso a mi novio, las cosas hubieran sido muy diferentes en mi vida. Quizás, sería abogada o doctora en vez camarera, paseadora de perros o lo que fuese que me diera algunas pocas monedas para comer. Lena podía ayudarme, pero no me iría a vivir con ella.

—No quiero ser una carga para ti —suspiré, tomando las galletas más baratas.

—Eres mi mejor amiga.

—Lo sé.

—Te prometo que encontrarás un trabajo. Oye, podría pagarte estos días por cuidar de los niños.

No me llevaba bien con los mocosos, pero haría lo que fuera con tal de sobrevivir.

—Gracias.

—Cuenta conmigo, cariño. Para lo que necesites.

Maldita sea, ¿por qué tenía que ser tan buena conmigo? No la merecía. Mis ojos se nublaron y ya no fui capaz de leer los precios de las galletitas.

—Oye, disculpa. —Alguien me llamó.

Había olvidado que estaba en medio del supermercado.

Me despedí de Lena y volteé.

—¿Mmm?

Un chico guapísimo me sonreía, apoyado en su carrito repleto.

—¿Por casualidad necesitas trabajo? Lo siento, no pude evitar escuchar parte de tu conversación —se disculpó.

Me quedé viéndolo con la boca abierta sin saber qué decir. Era un extraño. ¿Qué se suponía que debía responderle? Necesitaba con urgencia un trabajo, pero no podía confiar en un desconocido, aunque fuese simpático y atractivo. ¿Qué tal si se trataba de un violador o un asesino serial? O peor aún: uno de esos fanáticos religiosos que juntaba gente para su secta.

—Tu cara se me hace familiar —dije.

Me daba la sensación de haberlo visto antes. Llevaba el cabello castaño alborotado y sus ojos verdes relucían con un tono como los de mi Gabriel. Aunque solo eso tenían en común. Mientras que a Gabe le gustaba usar camisas y pantalones de vestir, este chico llevaba jeans rotos, campera de cuero y cinturón de tachas. Además, un tatuaje con forma de dragón chino asomaba a lo largo de su cuello. Y también dos *piercings* adornaban su cara: uno en la ceja izquierda y otro en la lengua.

—Soy baterista en una banda. ¿Has oído Clow?

Asentí. ¡No podía ser! Clow era un grupo increíble. No demasiado conocido pero genial. Los había ido a escuchar un par de veces a un club nocturno llamado Noir.

—Por supuesto que te conozco. —Lo señalé con emoción—. ¿Qué hace una celebridad como tú en un supermercado como este?

Se encogió de hombros, sin dejar de sonreírme. Oh, Dios, era encantador. Hubiera hipnotizado a una serpiente con esos ojos de gato. Y ese look lo hacía parecer un héroe de videojuegos. Solo le faltaba saber artes marciales y me tendría babeando a sus pies.

—Las celebridades también necesitamos comer —bromeó. Me tendió la mano—. Soy Brian.

—Regina.

Se me aflojaron las piernas cuando me besó los nudillos. ¿Qué hombre de este siglo hacía eso? «Despabílate o tendré que cachetearte», me ordené mentalmente.

—Encantado de conocerte. Quizá te presente algún día al cantante de mi banda, Benedict Lion. ¿Te gustaría?

—¿Que si me gustaría conocerlo? ¡Lo amo! —Salté de la emoción.

Rio.

—Con respecto a mi pregunta anterior... —carraspeó—. ¿Necesitas trabajo?

Me mordí el labio con un poco de vergüenza.

—Podría decirse.

Si llegaba a pedirme que fuera su asistente y me fuera de gira con él, le diría que sí. Santo adonis. Ya me imaginaba acompañándolo en sus conciertos y presenciando su actuación desde un costado del escenario. Incluso podría oler el sudor. ¿Qué tal si naciera un romance de película entre nosotros? «La bella y el baterista».

Enseguida me tiró de un hondazo de mi nube de ilusión o, como la llamaba mi amiga, mi *nube de pedo*.

—Conozco a alguien que necesita una empleada doméstica. ¿Te interesa?

«Doméstica».

Bien, un trabajo era un trabajo. Mientras no tuviese que hacer de esclava sexual, no lo despreciaría. Acababa de lloriquearle a Lena porque no tenía dinero. Si me negaba, cabía la posibilidad de que el próximo mes anduviese cazando palomas para asarlas debajo de mi puente. ¿De cuál puente? Pues ese debajo del que me iría a vivir cuando me echaran del edificio a patadas por no pagar el alquiler. *Ese* puente.

—Continúa —dije, demostrando mi interés con un levantamiento notorio de cejas.

—Yo solía encargarme de cocinar y hacer las compras en casa, pero ahora

con este trabajo ya no tengo tiempo. Ensayo todos los días y cuando regreso solo quiero dormir. Además, pronto nos iremos de viaje con la banda y no quiero que Gabe se quede solo. Él también anda con mucho trabajo y no tiene tiempo de limpiar a fondo como le gusta.

Así que vivía con otro chico: *Gabe*.

Gabe y Brian.

—Y, dime, ¿él y tú viven juntos desde hace mucho?

—Años. Soy la luz de sus ojos —sonrió—. Hace un par de años se fue, pero volvió a los pocos meses. Creo que no habría sabido qué hacer sin mí. Somos muy unidos.

«¡Genial! Un chico apuesto se me acerca y resulta ser gay». ¿Por qué a mí, Señor?

—¿Es lejos de aquí? —pregunté.

—A dos cuadras. Puedes ir acompañada si te sientes insegura. Para que veas que somos buena gente. Al menos, yo sí lo soy.

—¿Él no?

—No es malo. Solo un poco odioso. Ya te acostumbrarás.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, al cabo de unos segundos.

No me conocía. Solo me había escuchado hablar por teléfono con una amiga y se había apiadado de mí sin saber quién era yo, de dónde venía, de quién escapaba.

—No lo sé. Te oías triste. No me gusta que las chicas lindas estén tristes. — Me guiñó el ojo.

¿Acaso el chico gay estaba coqueteando conmigo? Además de sexy, dulce. Hubiera sido lindo que me invitase a salir. Supuse que mi forma de vestir lo incomodaba: camiseta con panditas, una pollera amarilla, medias largas con franjas de colores y botas violetas. Por suerte no me había puesto el gorro de lana con orejitas de oso que casi siempre usaba para hacer las compras.

—¿Sabes cocinar? —quiso saber.

—Es mi mejor habilidad —Y la única, diría. Peeero... no tenía por qué



saber eso.

Ah, no. También estaba lo del alfabeto.

—Contratada —dijo.

—Espera, ¿no habrá una entrevista o algo?

—Haz de cuenta que esta era la entrevista. ¿Qué importa dónde estamos?

—Se encogió de hombros—. Yo necesito a alguien que cocine, tú sabes hacerlo. ¿Supongo que limpias?

—Claro.

Con un trapo, un limón y un poco de vinagre, podía dejar una cocina reluciente en cuestión de minutos. Mi abuela me había enseñado.

Anotó una dirección en un papel y me lo entregó.

—Ten. Puedes ir mañana a las once. Y no te preocupes. Yo hablaré con él esta noche. Le diré que conseguí a una chica muy bonita y talentosa. No podrá negarse. Jamás me dice que no. Incluso te pagará bien, así que no tendrás que preocuparte por conseguir otro empleo.

Parecía demasiado bueno para ser verdad. ¿Sería una cámara oculta? Miré de reojo hacia mis lados.

—¿No hay trampa en esto?

—Regina, ¿tengo cara de tramposo? —Me ofreció una cálida sonrisa—. Llamémoslo *afortunada coincidencia*. Solo estábamos en el lugar indicado, en el momento justo. Te prometo que no te arrepentirás. Iba a publicar un anuncio esta tarde en el periódico. Me ahorraste la molestia.

—Gracias, Brian.

—De nada, linda. Mejor contratarte a ti que a la vecina que vive debajo de nosotros. —Sacudió su cuerpo en una especie de espasmo involuntario—. Una vez la vi salir del edificio con un sujeto en taparrabos. Ni siquiera intenté adivinar a dónde iban.

Dimos un par de vueltas por los pasillos. Había cosas que no podía darme el lujo de pagar, como esas galletas con chispas de chocolate tan caras. Las miré con añoranza, las olí y luego las dejé en su sitio esperando que mi compañero

de compras no se hubiera dado cuenta. Él tomaba todo lo que le daba la gana sin siquiera ver el precio. Lo envidié por eso.

Al salir a la calle, me entregó una de sus bolsas con comestibles.

—Toma.

—¿Por qué me das esto?

Sacudió la cabeza.

—Solo acéptalo como un pequeño adelanto de tu primera paga, ¿sí? Son las cosas que has ido mirando en la góndola, pero que no te has animado a tomar.

Así que sí se había dado cuenta.

«Trágame, tierra».

—No puedo. —Estaba segura de que mis mejillas habían enrojecido. Luciría igualita a un payaso que se había escapado del circo.

—Si no lo haces, la bolsa quedará en la vereda, sola y abandonada. Y hay un perro por aquí que suele robarle a la gente lo que compra. —Caminó hacia atrás, alejándose de mí—. Por favor, Regina. Llévate esas cosas a casa y disfrútalas. ¿De acuerdo?

Lo pensé un segundo. ¿Era apropiado que aceptara comestibles de un tipo que acababa de conocer? Había comprado las papas fritas que me gustaban, el cereal que me gustaba, las galletas que me encantaban y esos tomatitos que me enloquecían. ¿Qué debía hacer? Cielos, estaba confundida. ¿Qué me diría Lena?

«Acepta o te doy un golpe en la nuca».

—Está bien —cedí, recogéndola—. Gracias.

Decidí mantener la charla con Brian en secreto. Mi amiga se volvería loca si le contaba cómo había obtenido el empleo. Aunque todavía no lo tenía asegurado. Primero debía cerciorarme de que el hombre para el que trabajaría no era ningún psicópata. Tenía una especie de imán para esos tipos.

Salí de casa temblando y con mariposas en el estómago. Sabía que tarde o temprano me encontraría de nuevo con ese chico. No me importaba que

tuviera pareja, ni que esa pareja fuese hombre. Me contentaría con que me sonriera una vez más de la manera que lo había hecho al despedirse de mí el día anterior.

Leí la dirección por décima vez. Tenía un problema para ubicarme en la ciudad. Todos los edificios lucían iguales para mí. Debía de ser porque venía de un pueblo pequeño. Allí las cosas eran mucho más simples: casa uno, casa dos, casa tres... Aquí, en cambio, tenía que memorizar los nombres y números de las calles, los números de los edificios, de los departamentos, de los pisos. Me mareaba de pensarlo.

Observé a mi alrededor y localicé varios puntos de referencia: una tienda de disfraces al otro lado de la avenida —llamada «El mono feliz»—, a continuación, una librería y, en frente, un restaurante italiano. Imposible perderme.

Levanté la cabeza al llegar, y encontré uno de los edificios más lujosos de la ciudad, lleno de ventanales espejados. Incluso había un portero en la entrada, que me abrió la puerta y me saludó con una amable inclinación de cabeza. Llevaba uniforme rojo y una gorrita que hacía juego. Al parecer, Brian le había avisado que yo me presentaría, porque me dejó pasar sin preguntarme nada. Le pregunté cómo se llamaba.

—Lu —contestó.

Avancé por el hall sorprendida de ver mi ropa interior reflejada en las baldosas negras. Me sentía caminando sobre hielo negro. Subí al elevador y presioné el botón del piso veintitrés. Nunca había subido tan alto. Mi casa se encontraba en la planta baja de un viejo edificio de tres pisos. La puerta daba directamente a la calle. A pesar de que vivíamos en la misma ciudad, parecíamos habitar dos mundos diferentes. Toqué el impecable espejo para cerciorarme de que no se trataba de una ventana a un mundo paralelo, con música clásica que sonaba en el elevador, perfume de gardenias y luces que no parpadeaban.

Estudí mi reflejo en el espejo y me até el cabello. Esos desordenados

bucles cobrizos sobre mi ropa multicolor no me darían la imagen adecuada. Para que mi futuro jefe tuviese una buena primera impresión de mi persona, abroché mi sobria chaqueta marrón. Esta ocultaría la carita sonriente de mi camiseta. Además, me pinté los labios de rosa y me comí un caramelo de menta para no tener mal aliento.

Una vez había ido a una entrevista con papel higiénico pegado en el zapato. Fue bochornoso cuando el hombre que tenía que contratarme había señalado mis pies y me había preguntado si eso era una nueva moda. «Ufff». No volvería a pasarme. A partir de entonces, cada vez que iba a entrar a un lugar, me revisaba los pies.

Casi salté del susto cuando la puerta se abrió delante de mí.

Salí al pasillo y el elevador se cerró, lo que me provocó un nudo en la garganta.

—Tranquila, Gina —susurré, caminando directo a la única puerta que había en ese largo pasillo.

En realidad sí había otra, pero era la de las escaleras de emergencia. La tendría en cuenta por si necesitaba escapar.

El papel que me había dado Brian solo decía «piso 23». Por lo visto, esos departamentos ocupaban un piso completo. Cielos. Ese hombre debía de tener dinero. Con razón Brian me había dicho que la paga sería buena. No me parecía un mal lugar para trabajar, en tanto no me secuestraran y me quitaran los órganos para venderlos en la Deep Web.

Inspiré hondo y golpeé la puerta.

Alguien exclamó desde dentro:

—Pasa.

Abrí y entré en el departamento.

«Oh. Mi. Dios».

Me encontré en la sala más bella que hubiera visto en mi vida. Parecía la publicidad de una mueblería con el piso de madera oscura, un sillón prácticamente nuevo, la mesita vacía sin una mancha, sin una huella dactilar;

y amplios espacios decorados de un modo exquisito..., sofisticado y sobrio. No había toques femeninos como mantelitos o jarrones con flores. Aun así, me gustó.

«Yo podría vivir aquí».

Un olor particular llamó mi atención. Algo se quemaba.

—Disculpa, chica nueva, ¿podrías ayudarme?

La voz aterciopelada y urgida provenía de la cocina.

—Sí, claro. —Me acerqué dando pasos tímidos.

No parecía haber peligro. A excepción del humo que se colaba por las rendijas de la puerta.

—Apresúrate.

Mi corazón se aceleró. Empujé la puerta hacia adentro y una nube de humo negro me envolvió y llenó los pulmones.

—Santo cielo. ¿Qué pasó? —Tosí.

Corrí hacia el hombre que parecía luchar para apagar un incendio con un trapo húmedo. Apenas pude divisar su silueta. Los ojos me ardían.

—El pollo de repente explotó.

Miré hacia arriba y se me escapó una carcajada. Había algo similar a un pollo carbonizado pegado en el techo.

—¿Podrías darme una mano con esto? Luego podrás seguir riéndote de mí.

—Señaló las cortinas que intentaba apagar. Una lengua de fuego lamía el cielo raso.

La piel me ardía por la cercanía de las llamas. Busqué una cacerola; la llené de agua. Quizás debería decir que tengo mala puntería. En vez de arrojarla al fuego como era mi intención, se la lancé al joven y lo empapé.

—Ups. Lo siento.

Repetí la operación. Él me quitó la olla de las manos antes de que arrojase su contenido.

—Llena otra —ordenó.

Obedecí.

Apagamos el fuego antes de que lograra propagarse. Apenas podíamos respirar en medio de la humareda. El muchacho tuvo que abrir la ventana para dejar entrar el aire o nos asfixiaríamos.

—Ya vuelvo —dijo—. Iré a cambiarme. Espérame en la sala.

Desapareció.

Salí de la cocina y divisé a mi derecha unas puertas corredizas de vidrio. Me paré allí a curiosear. «Un estudio», me dije. Su estilo no era moderno como el del resto de la casa, sino más bien victoriano. Lo reconocía por las películas que había visto. Unas elegantes cortinas rojas hacían juego con la alfombra persa que cubría casi todo el cuarto. Un escritorio con forma de ele descansaba al lado del ventanal, junto a un sillón de dos cuerpos tapizado en terciopelo negro. Reparé en las lámparas de hierro forjado y se me secó la boca. Me hubiera encantado tenderme en el sillón a leer un buen libro.

—Será mejor que abra todas las ventanas de la casa para que se vaya el humo —dijo él, al volver.

Aún no había visto su rostro, ya que estaba de espaldas a mí. Sin embargo, había algo en él que me decía que ya lo había visto antes. ¿Sería por su forma de moverse? ¿Su voz? ¿La manera en que iba vestido? Estaba demasiado formal para encontrarse en su casa: con camisa blanca, pantalones negros y zapatos. En su lugar, yo me hubiera puesto ropa de indigente y un par de pantuflas.

Se volteó a verme y ambos nos quedamos paralizados, contemplándonos el uno al otro.

En efecto, como había supuesto, lo conocía. Y él a mí.

—No puede ser —farfullé, dejando caer mi bolso. Todo su contenido quedó desparramado. Mi lápiz labial, mis llaves, mi teléfono, una toalla sanitaria... Lo recogí todo con rapidez.

Él no pareció notarlo. Se limitó a señalarme con cara de espanto.

—¿Qué haces tú en mi casa?

—¿Hola?

Dejé escapar una risita estúpida y de inmediato mi sonrisa, ampliándose sin control, abarcó toda mi cara. Tuve que hacer uso de una fuerza inhumana para no gritar de la emoción, a causa del éxtasis que me embargó en ese momento.

Por las barbas de Papá Pitufo, me encontraba en *su* casa.

¡Brian me había enviado a la casa de Gabriel Savage!

—¿Tú eres Gabe? —logré articular de alguna forma.

«¿Él es el *Gabe* de Brian?».

Mi lengua se sentía torpe. Mi cuerpo apenas respondía a mis órdenes. Su presencia me había dejado atontada, sumida en una especie de nube de felicidad.

—Señor Savage para ti —contestó, moviendo las manos con evidente incomodidad—. ¿Por qué viniste?

Su seriedad me hizo poner los pies en la tierra de nuevo. No me quería allí, en su sala, hablando con él. No, a la chica torpe que lo había dejado casi imposibilitado de tener descendencia.

—Brian me contrató.

Le enseñé el papel con la dirección anotada para que no pensara que era una mentirosa. Podría ser muchas cosas: escandalosa, exagerada, torpe, descuidada, olvidadiza, acosadora, pero jamás mentirosa.

—Debes estar bromeando. —Se dejó caer en el ancho sofá de cuero negro.

Su supuesto novio lo había apuñalado por la espalda, contratando a la persona que lo había atacado en la librería. Debía de sentirse traicionado. ¡Ay, no! Acababa de darme cuenta de que si él era el *compañero de piso* de Brian, eso quería decir que mi adorado escritor era homosexual. Por ende, nunca se fijaría en mí.

Quise morir, más que con el incidente del café. ¿Tenía que explicarle que no había sido mi intención arruinar sus perfectos pantalones de diseñador ni quemarle sus partes de hombre? Lanzarme sobre él había sido un acto reflejo. Y querer limpiar la mancha, bueno, admito que eso sí fue una estupidez. Mis

manos a veces tenían vida propia. Como cuando recogí de la calle el papel de caramelo que se le había caído del bolsillo, una tarde que lo había estado siguiendo para sacarle fotos. Ahora lo tenía guardado en una cajita bajo la cama, junto con otras de sus pertenencias, que había ido atesorando desde que me volví su fan (entre ellas, un cepillo de dientes y un botón que se le había saltado de la camisa).

Considerando que había cámaras filmando y muchísima gente alrededor de nosotros, supuse que lo del café no había sido un acontecimiento muy feliz para él. Para mí, sí, aunque después hubiera querido morirme. Cada vez que lo veía me daban ganas de gritar y ponerme a saltar como una loca. Y ese día ¡lo había tocado! Estuve a punto de desmayarme. Lena había tenido que abanicarme con una revista para que no perdiera el conocimiento.

Y ahora lo volvía a tener frente a mí.

—¿Cómo se encuentra su quemadura? —pregunté.

—Bien —contestó de mala gana.

—¿Se puso alguna pomada? Porque yo tengo una muy buena. Se llama...

—¿Por qué sigue aquí? —me interrumpió.

—¿Eh? —Torcí la cabeza.

—Pregunté por qué sigue aquí —repitió alzando la voz, como si no lo hubiera oído la primera vez.

No estaba sorda. Sí que lo había escuchado.

—Quiero trabajar para usted.

—No.

—Por favor, señor Savage, necesito el empleo. —Me arrodillé y avancé arrodillada hasta él. Hablé con voz de niña para conmoverlo, pero creo que nada en el mundo hubiera podido enternecer a ese trozo de hielo con forma humana—. Por favor.

Su mirada inexpresiva me revolvió algo adentro. O tal vez era hambre, porque me había olvidado de desayunar.

Continué.



—Le prometo que me mantendré alejada de sus pantalones. —  
Inconscientemente llevé mi vista hacia ahí y tuve un ligero infarto.

—¿Dices que Brian te contrató? —Había desconfianza en su voz.  
Desconfianza y desprecio.

Asentí con energía.

—Por favor, acépteme. Necesito el dinero o terminaré viviendo en la calle.  
No tengo dónde ir. Trabajaré duro. No faltaré ni un día. Haré todo lo que  
diga. Ni siquiera sabrá que estoy aquí. Por favor, señor, deme una  
oportunidad. Solo una.

—No lo sé.

Se pasó la mano por el cabello. Me daban ganas de cortarle un mechón para  
llevarme como *souvenir*. Lo ataría con un lacito rosa y lo tendría en mi  
cartera para la buena suerte. ¿Cuánto me darían por él en Internet? Supuse  
que no tanto como por sus calzoncillos.

—Aunque sea póngame a prueba unos días. Así por lo menos tendrá una  
excusa válida para echarme, y no solo por el hecho de que me odia por casi  
haberlo castrado en público. —Puse mi mejor cara del Gato con botas.

Él emitió un quejido, se cubrió los ojos, expiró muy fuerte y dijo:

—Sé que me arrepentiré de esto.

## CAPÍTULO 2

# Reglas, reglas y más reglas

No habíamos entrado en la cocina después de apagar el incendio, así que no tenía idea de cuál sería la magnitud del desastre. Gabriel ordenó una pizza y me indicó mis deberes mientras almorzábamos en la sala. Él, sentado en una punta del largo sofá, y yo, en la otra; bien lejos el uno del otro. Al menos era un avance estar en su casa y poder hablarle. Si era un sueño, no quería despertarme nunca.

—Básicamente, necesito alguien que limpie y cocine —explicó.

—Bien. —Tomé notas mentales de lo que iba diciendo.

Limpiar y cocinar. No sonaba dificultoso de recordar.

—Tu horario será de once a veintidós, todos los días excepto los fines de semana. Puedes tomarte algunas horas libres por la tarde si no tienes nada qué hacer. Incluso te dejaré salir si así lo deseas.

Asentí. No era tan odioso como me había dicho Brian.

—¿Podría quedarme aquí cuando no tenga nada qué hacer?

—Si no interfieres con mi trabajo, sí.

Su trabajo. O sea que... ¡lo vería escribir!

«Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, Dios».

Su cara me indicó que mi sonrisa era un poco aterradora, así que la suavicé. Anotó algo en un papel, lo apoyó en la mesa y lo deslizó hacia mí.

—Esa será tu paga mensual.

Trague saliva. Ver tantos ceros juntos despertó la trabajadora que había en mí.

—Gracias. Haré lo mejor que pueda.

—No me agradezcas. Si haces bien tu trabajo, lo menos que puedo hacer es pagarte como corresponde. Para que no tengas que buscar otros empleos simultáneos.

¿Cómo podría hacerlo si el hombre planeaba monopolizar mi tiempo? De once a veintidós eran muchas horas. ¿Me dejaría mirar mis doramas por la tarde?

—Ahora, pasemos a las reglas —dijo mirándome fijamente.

¿Había reglas? Ufff, no era buena para memorizar ese tipo de cosas. Por lo general, tendía a romperlas. De forma inconsciente, claro. ¿Habría alguna regla sobre desnudos? De él, no míos. Como, por ejemplo: «No tratarás de ver desnudo a tu jefe y mucho menos, sacarle fotos cuando esté en la ducha», «No te robarás los calzones de tu empleador» o algo por el estilo. Esperaba que no.

Gabriel pensaba que yo recordaría cada palabra. ¡Qué iluso! Probablemente, lo único que ocuparía mi mente las próximas horas sería la forma en que esos pantalones se ajustaban a sus nalgas. Me sentía en el cielo.

Lo escuché con atención.

—Uno: no me gusta repetir las comidas, así que espero un menú diferente para almuerzo y cena. Almuerzo a las doce y media, y ceno a las nueve en punto. Puedes comer conmigo si lo deseas —dijo esto último desviando la mirada—. Pero te advierto que no me agrada conversar mientras como. Prefiero hacerlo en silencio.

Era obvio que el hombre no estaba acostumbrado a la presencia femenina. O a la presencia humana. ¿Cómo haría con Brian? ¿Acaso le pondría una mordaza cuando estaban juntos?

«¡Lárguense de mi mente, pensamientos impúdicos!», ordené. No funcionó. Él siguió hablando.

—Dos: mantente alejada de mi escritorio. Eso implica no usar mi computadora, no abrir mis cajones..., ni siquiera ordenar los papeles que hay encima. De eso me encargo yo. Tampoco quiero que hurgues en mi armario ni bajo la cama. Solo límitate a hacerla y limpiar el piso cuando estés ahí.

—De acuerdo. Sin hurgar.

Iba ser difícil husmear si no me dejaba tocar sus cosas. ¿Cómo revisaría sus cajones si no me dejaba abrirlos? Supuse que en algún momento se descuidaría.

—Tres: no me interrumpas. *Nunca*. A menos que se trate de una emergencia. Nada de música. Nada de televisión. Detesto el ruido.

«¿Me dejará respirar?».

—Puedes leer si te aburres. —Señaló su enorme biblioteca, ubicada cerca de su escritorio. Abarcaba toda la pared.

Fui a ver los libros y me quedé sin aliento. Ahora entendía cómo se había sentido Bella cuando Bestia le había regalado la biblioteca. Por supuesto, a mí no me habían regalado nada.

Esperaba que también me concediera una horita del canal Pasiones.

Él se levantó del sofá y vino conmigo.

—No podrás llevártelos a tu casa, pero sí tomar el que gustes en tus ratos libres.

Le sonreí como boba. No me vio.

Revisé los títulos en los estantes y me di cuenta de que estaban clasificados por género y autor. Mi atención fue directamente hacia los libros románticos. Saqué uno con Fabio vestido como pirata en la portada y traté de no reírme. No sabía que los hombres leyeran ese tipo de cosas.

—¿Te gusta Fabio?

Se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Hago novelas románticas. Es mi deber conocer el mercado.

A mí no me engañaba. Le gustaba.

—¿Sabes? Eres mi escritor favorito. Tengo todos tus libros —dije

señalándolos.

Gabriel los había acomodado en una pequeña biblioteca aparte. Estos lucían como si jamás hubieran sido tocados. Yo, en cambio, había leído los míos tantas veces que algunos se desarmaban en cuanto los abría.

—Mi favorito es *Susurros en el tiempo* —proseguí—. ¿Cómo hiciste para inventar una historia tan genial? El conde de Northwood es tu alter ego, ¿cierto?

Suspiró y meneó la cabeza.

—No me gusta hablar sobre mi proceso creativo con gente que apenas conozco. Tampoco te contaré acerca de lo que estoy escribiendo ahora, así que ahórrate la pregunta.

Moría por saber cuál sería su próxima novela. No tenía para comprarme un par de zapatos nuevos, pero siempre podía gastar en libros. Sería capaz de vender un riñón con tal de conseguir la primera edición de sus novelas.

—¿Cómo supiste que te iba a preguntar...

No me dejó terminar:

—Porque eres una fan. Tarde o temprano, tocarías el tema de mis libros; de los que has leído y de los que no he escrito aún.

—Solo quería saber si...

—No te diré nada. Mi editora es la única persona con la que hablo del tema —contestó tajante—. Y trátame de usted. Soy tu jefe, no tu amigo. Ahora, ¿dónde nos habíamos quedado? Ah, sí. Cuatro: no atenderás llamadas ni abrirás la puerta.

Alcé una ceja.

—¿Hacerlo usted mismo no lo distraería de su trabajo?

—Sí, y es algo que odio.

—Pero entonces... —Tal vez no era el hombre cordial que imaginé.

—Lo haré yo —aclaró, debido a mi gesto de «no entiendo un cuerno tus reglas, Gabe»—. Cinco: no tolero la impuntualidad, así que procura llegar a tiempo. Supongo que no necesito decirte que cuides tu higiene personal y

vengas presentable.

—No.

—Bien.

Alcé la mano.

—Una pregunta, señor Savage.

Me sentí de vuelta en el colegio.

—Dime.

—¿Tendré que usar uniforme? Usted sabe, como esos que usan las mucamas de los hoteles, con la cofia y el delantal. —«Medias de red y tacones aguja», añadí en mi cabeza.

—Hmm... —Se cruzó de brazos y torció la cabeza, al tiempo que sus ojos recorrían mi cuerpo.

Me dio la sensación de que veía a través de mi ropa. Por un instante me sentí desnuda.

Luego de pensar unos segundos, dijo:

—No me interesa lo que lleves puesto. Ni siquiera estaré viéndote, así que no te preocupes por la ropa.

O le gustaban los hombres o me odiaba. Todavía no me había decidido por una de las dos opciones. Al menos no lo ocultaba. Le caía mal y eso saltaba a la vista. No había que ser demasiado observador para darse cuenta.

—¿Qué tal si me paseara por el departamento en ropa interior? —inquirí, desafiante—. ¿No le importaría?

Se agachó hasta quedar a mi altura y acercó su rostro al mío hasta que mi sistema nervioso colapsó. Me puse a temblar. No me besaría, eso era seguro.

«No te le echés encima, Gina. ¡Resiste!».

—Si lo haces, te despido —susurró con una sonrisa maliciosa.

«Oh, Señor». Su aliento olía a caramelos. ¿Sabrían igual sus besos?

Se apartó de mi lado.

Trabajar en casa de ese hombre me trastornaría, más de lo que ya estaba. Tendría que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no gritar y saltar

cada vez que se me acercara.

—Seis —dijo.

—¿Hay más reglas?! —Me horroricé.

Ya me había olvidado de todo cuanto me había dicho antes. ¿Acaso tenía ganas de torturarme? ¿Me tomaría un examen al final del día para ver si recordaba?

—Sí. —Ni siquiera se inmutó ante mi dramatismo—. Y esta es la más importante de todas: no quiero que le digas a *nadie* que estarás trabajando para mí. ¿Has entendido? Tengo muchas fanáticas locas que están esperando averiguar dónde vivo.

Lo sabía. Yo era la peor de todas. Sin embargo, él no tenía por qué saberlo. Si llegaba a enterarse de que lo seguía a todas partes y le sacaba fotos para subirlas a mi blog, *Te amo, Gabriel Savage*, era probable que se pusiese un tanto nervioso.

—Una vez, cuando fui a pasar unos días en la playa, una chica entró a mi habitación de hotel y se robó mis calzoncillos mientras me estaba duchando.

«Ups». Sería mejor que no descubriera que había sido yo. Por cierto, me pagaron una buena suma por los calzones de Gabe en la subasta que hice. Los hubiera enmarcado y colgado en mi cuarto, pero necesitaba el dinero para pagar la renta.

—Qué horror, señor. ¿Y la encontraron?

Negó con la cabeza.

—No. Pero le sacaron una fotografía. La tengo guardada en alguna parte.

Santa cachucha. Esperaba que no recordara mi cara. Tendría que encontrar esa vil foto y destruirla. Me pregunté dónde la guardaría. Ese departamento parecía muy grande. Me llevaría un tiempo dar con ella.

Tomó asiento frente a su computadora.

—¿Puedes empezar hoy?

—Sí, señor.

—Los elementos de limpieza se encuentran en la alacena bajo el fregadero.

Estarás a prueba un mes. Después de eso, decidiré si te quedas o no. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repetí.

Una vez que fijó su atención en el monitor, pareció olvidarse de mi existencia. No dijo una sola palabra más. Estuve a punto de hablarle, pero recordé su regla de no interrumpirlo durante el trabajo. Intentaría no romper las reglas, al menos, en mi primer día.

«Mejor empezar a limpiar el desastre de la cocina», me dije.

Quedé con la boca abierta al abrir la puerta: una gigantesca sonrisa burlona de color negro abarcaba el cielo raso y una de las paredes. Un mísero trapito agujereado ocupaba el lugar de las cortinas.

Sobre mi cabeza colgaba un mazacote carbonizado —un supuesto pollo—, que tuve que remover con un palo de escoba. Le di un par de golpes para desprenderlo y una de las patas se le salió. Cruel destino de un almuerzo incomible. Me agaché a recogerla sin ver que el pollo se estaba despegando y, cuando tomé la extremidad negrita y dura, el resto de la cosa impactó en mi nuca. Tardé media hora en quitármelo del pelo. ¡Media hora! Tuve que usar el pañuelo rosa que me había puesto como cinturón para cubrir mi dignidad llena de restos de pollo.

Una vez que me deshice del cuerpo —tiré el pollo a la basura—, me dispuse a fregar el piso. La capa de polvillo también adornaba la mesa, las sillas y la mesada. Temí respirarlo, así que me até una toalla en la cara. Apenas dejé mis ojos al descubierto. El señor Savage pasó a buscar un vaso con agua y me encontró trepada en la mesa como una ninja. No dijo nada. Hizo de cuenta que no me había visto y salió tan de prisa como había entrado.

Me tomó varias horas dejar presentable la cocina. Quería demostrarle a ese hombre que era competente, a pesar de que mi desempeño fuera ofuscado por algunos accidentes: por ejemplo, el tubo de la cortina cayó sobre una botella llena de Don Perignon. Esperaba que no lo descontara de mi salario. También



me corté un dedo juntando los vidrios. Después quise dejar el piso reluciente, así que lo lavé con detergente.

Grave error. Quedó tan resbaloso que tuve que ensuciarlo de nuevo para poder mantenerme en pie. Cada vez que quería dar un paso, me iba de culo. Cuando el señor Savage volvió a entrar a la cocina, yo vaciaba medio paquete de harina en el piso. Debió de pensar que estaba loca. Lo saludé con una sonrisa y seguí con mi tarea de ensuciar lo que había limpiado, para después volverlo a limpiar.

Hacia el final de la tarde, yacía semiinconsciente sobre la mesa, con el rostro, las manos y la ropa llenos de hollín, harina y restos de pollo carbonizado. Pero la cocina había quedado limpia.

—Hiciste un buen trabajo.

Al oír su voz, pegué un salto y me caí de la silla. No me ayudó a levantarme. Me observó como quien estudia un insecto con una lupa, desde la puerta, con el cabello mojado y una toalla sobre los hombros. Le dediqué la menos aterradora de mis sonrisas y retrocedió. ¿Acaso pensaba que iba a violarlo? Apenas conseguía moverme. «En otra ocasión», le dije por telepatía. Por supuesto, no le llegó mi mensaje o me hubiera despedido.

—¿Por qué no vas a limpiarte? Hay toallas en el armario —dijo.

Lo que escuché fue: «Ve a limpiarte. No quiero una zaparrastrosa sucia en mi casa».

Arrastré los pies hasta el baño. Traté de no desmayarme al sentir su perfume Seducción flotando en el aire. Cerré la puerta y reprimí un grito al sentarme en su inodoro immaculado. Me lavé las manos con su jabón de glicerina y olí sus toallas. Las abracé para impregnarme de él. A continuación, abrí el botiquín. No descubrí nada inusual, a excepción de un frasco de somníferos. Según había leído, Gabe sufría de insomnio. Usé su enjuague bucal y olí su colonia. No me puse porque se iría después del baño. Además, él se daría cuenta de que había estado toqueteando sus cosas.

Revisé el armario y saqué una toalla de la pila de toallas blancas. ¿No había

de otro color? Hice una mueca. Me quité la ropa y estudié mi cuerpo en su espejo, donde él se había visto desnudo cientos de veces. Era lo más cerca que estaría de su intimidad. Pasé la mano por la mampara de la ducha, de vidrio templado, y me metí dentro. Sentí que nadaba en las profundidades del océano, rodeada por los azulejos azules, verdes y turquesas. Abrí la ducha y dejé que el agua caliente se llevara los restos de suciedad de mi cuerpo mientras entonaba una canción de Julio Iglesias.

Al cerrar la ducha, cinco minutos después, sentí unos golpecitos en la puerta. Temí que hubiera venido a regañarme porque mis cantos no lo dejaban escribir.

—¿S... sí?

—No te vistas —dijo.

«¡¿Qué?!».

¿Había dicho lo que creí haber oído?

—¿Disculpe? ¿Qué dijo? Tenía agua en el oído y no lo escuché bien — mentí.

—No te vistas —repitió desde algún lugar—. Y entra en mi alcoba.

Me quedé sin respiración. Miré mis piernas y suspiré aliviada al comprobar que me había depilado la noche anterior. Andar en toalla con piernas de mono no era algo muy atractivo.

Saqué la cabeza al pasillo.

No lo vi.

Salí tratando de no hacer ruido. Mi ropa sucia había quedado tirada en el piso del baño. Más tarde la recogería. Y me llevaría uno de sus jabones de recuerdo.

—Es la última puerta a la izquierda —anunció Gabriel desde la sala.

¿Pero cómo? ¿No me aguardaba tendido en su lecho con una rosa en la boca? ¿Para qué me enviaba a su habitación si no me esperaba allí?

Entré al cuarto señalado y me encontré con una gran cama. Sobre ella descansaban, desparramadas, algunas prendas. Encontrarme en la habitación

donde dormía mi hombre soñado me había debilitado las piernas. Pasé la mano por el suave cobertor color plata y me dejé caer en él. Apreté una almohada contra mi pecho y gemí en ella hasta que me quedé sin aire en los pulmones.

«Estoy en su cama».

—Te dejé ropa limpia. —Él levantó la voz—. Ni se te ocurra acostarte en mi cama.

«Ashh, ni que tuviera cámaras de seguridad».

¿Me estaría espiando? Por las dudas, hice una pose sexy y le mandé un beso.

Revisé las prendas, todas enormes. Elegí unos pantalones grises deportivos y una camiseta azul con mangas largas. Lo demás me quedaba como una bolsa de papas. Pero claro, él era mucho más alto que yo. Mediría cerca de un metro noventa. Tuve que arremangarme los pantalones para no pisarlos.

El teléfono sonó cuando me estaba desenredando el pelo.

—Sí, está aquí. —dijo. Hizo una pausa—. Supongo que bien. No sé.

Me aproximé a donde estaba Gabriel y paré la oreja.

—Que sea la última vez que tomas una decisión como esta sin consultarme. ¿Entendiste? —Parecía enojado.

«¿Pelea de amantes? ¿Por mi culpa?». Eso me hacía sentir la tercera en discordia. Brian solo había querido ayudarme al darme este empleo. De haber sabido que le ocasionaría problemas maritales, no hubiera aceptado.

¿A quién engañaba? Por supuesto que lo hubiera hecho.

—¿Vendrás esta noche? —Aguardó unos segundos antes de seguir hablando—. Como quieras.

Ni bien lo oí cerrar la puerta de su estudio, salí de mi escondite. Escribía.

—Tal vez deberías usar un delantal para no ensuciarte la ropa de aquí en adelante —dijo sin apartar los ojos del monitor—. Mañana te compraré uno. Así no tienes que volver a bañarte aquí.

—A mí no me molestaría.

—A mí sí.

Fruncí la boca del disgusto.

—¿Qué tal estuvo tu baño? —preguntó.

—Bien, gracias.

—¿Ya lo limpiaste?

—Eh, ¿no?

—¿Y qué esperas? —inquirió con sequedad.

Bajé la cabeza y regresé al cuarto de baño. Tenía que recordar que no era una invitada. Trabajaba allí. Aun así, me molestaba su forma de tratarme.

—Una cosa más —añadió—. Conté los jabones, así que, si te llevas alguno, me daré cuenta.

Entré y cerré la puerta con un bufido. ¿Cómo se atrevía a decirme semejante cosa? Ni que fuese una vulgar ladrona. Levanté la ropa del suelo con ira y quité el jaboncito que había guardado en mi bolsillo.

—Odioso —susurré, limpiando los espejos empañados.

Metí mi ropa sucia en una bolsa, la dejé a un costado de la puerta para no olvidármela y regresé a quitar los pelos de la bañera. Debo admitir que Gabriel era un hombre bastante pulcro. A excepción del pollo explotado con el que me había recibido, no vi nada más que requiriera un gran esfuerzo para limpiarse. Seguro que se trataba de uno de esos tipos con miedo a los gérmenes. La botella de alcohol en gel sobre el vanity lo delataba.

—Puse a lavar tu ropa —comentó, sin mirarme, cuando salí del baño—. De nada.

¿Había hecho qué?

Continuó tecleando.

En las entrevistas se mostraba simpático y extrovertido. Sin embargo, ya lo había visto en persona en algunas ocasiones y parecía no responder muy bien al entusiasmo de la gente. Excepto durante los eventos de firmas de libros, solía actuar de manera soberbia y antipática cuando una admiradora se acercaba a pedirle un autógrafo o una foto. A una chica la hizo llorar en una

ocasión. Igual, yo lo amaba. Estaba convencida de que por dentro no era así. Él era una buena persona. De otro modo, no sería capaz de escribir palabras tan hermosas.

Dejó que me fuera temprano. Empezaría con mi horario completo a partir del día siguiente.

—A prueba un mes —dije, bajando por el ascensor.

Un mes para encontrar la foto que me incriminaba.

Un mes para lograr que me quisiera.

## CAPÍTULO 3

# Naranjas, libros y escaleras

—**H**ola, extraña.

Había ignorado las llamadas de Lena durante todo el día. Me hizo bien escucharla.

—Hola.

—¿Estás bien? ¿Por qué no me has atendido? Pensé que te habían secuestrado los alienígenas o peor. Se me ocurrió que podías haberte encontrado con el señor N.

—Encontré trabajo —respondí con un suspiro—. Hoy fue mi primer día y no quería que me pillaran hablando por teléfono. Trataba de darle una buena impresión a mi jefe. Estaré a prueba durante un mes.

—¡Felicidades! Desembucha.

Ella deseaba lo mejor para mí, pero sabía que yo no tenía demasiadas aptitudes para conseguir un empleo bien remunerado. La carencia de un título universitario limitaba mis posibilidades. Maldito Nelson; apenas me había dejado terminar el colegio secundario.

—Soy empleada doméstica —solté, esperando que me diera un sermón porque no quería que su amiga fuese una sirvienta.

—Oh.

—Pero la paga es buena, así que no me quejo. De hecho, soy la mujer más feliz del mundo.

—¿Por ser doméstica? —inquirió con un tono más elevado de lo normal.

—Adivina para quién trabajo —repliqué.

—¿Quién?

—Te dije que adivinaras.

—Detesto las adivinanzas, ya lo sabes. ¿Lo conozco?

—Ufff, sí. ¿Quién no?

Malena hizo silencio.

—¿Lena? ¿Sigues ahí? —pregunté al cabo de varios segundos—. Holaaaaa.

—¿Es quien yo creo? —soltó.

Asentí.

—No me hagas gestos, mujer, que no te veo —masculló—. ¡Contesta mi pregunta!

—Es quien tú crees —dije.

—¡Mientes!

Me reí.

—Pues créelo, amiga. Mi jefe es nada menos que el *sensualón* Gabriel Savage. ¿Te envió una foto?

Gritó en mi oreja.

—Maldita suertuda. ¡Te odio! ¿Cómo mierd...? —Se interrumpió y continuó hablando a un ritmo de cien palabras por segundo—. Dime cómo es él. ¿Vive con alguien? ¿Es linda su casa? ¿Ya lo has visto desnudo? Por favor, cuéntame todo.

—Tiene novio.

—¿Quéee?! —Casi me deja sorda de un oído.

Alejí el aparato y me froté con la mano.

—Es el chico que me contrató —expliqué cabizbaja—. Viven juntos.

—Mierda. ¿Y le robaste algo? Dime que no. No, en tu primer día.

—Uh, no. Temí que me descubriera. Pero estuve así —dije acercando mis dedos índice y pulgar a un milímetro de distancia— de conseguir uno de sus jaboncitos perfumados.

—Hazme un favor y pórtate como una chica normal.

—No te preocupes. —Sonreí.

—Hablo en serio. Siempre dices lo mismo, pero en cuanto ves algo que te gusta lo tomas sin pensar. Deberías dejar de hacer eso. Es ilegal.

—Me controlaré —prometí—. Solo debo robarle una foto. Nada más.

—No.

—Pero, Lena...

—Que no —repitió cortante.

Hablé con rapidez, sin tomar aire:

—Escucha, si no lo hago, sabrá que fui yo la que lo acosó en el hotel el verano pasado. Es una foto mía. No sé cómo la tomaron, pero no puedo dejar que me descubra o nunca me amará.

—Ay, nena. —Mi amiga suspiró—. Bien. Pero ten cuidado.

—De acuerdo.

Mi departamento empequeñeció de pronto. Cabía completo en la cocina de mi jefe. Me dejé caer en una de las dos sillitas de madera y fijé la vista en mi colección de novelas, que me saludaban con alegría. Las había desplegado sobre mi cama para admirarlas: mariposas de papel sobre una flor descolorida de lana vieja. Hacían juego con la pulsera que me había regalado Lena para mi cumpleaños. Me la coloqué y me acosté entre los libros, con ganas de gritar. Volvería a ver a Gabriel al día siguiente.

Y al siguiente.

Y al siguiente.

Etcétera.

—Vamos de compras —dijo el jefe en cuanto llegué a su departamento—. Así sabrás lo que me gusta.

—Sí, señor. —Conocía hasta el más tonto detalle de su vida, incluso qué papel de baño usaba, pero no se lo diría. Prefería disfrutar un día de paseo con él.



Caminamos hacia el mismo supermercado en el que me había topado con Brian por primera vez. Ir con Gabe por la calle me hacía imaginar que estábamos casados. El señor y la señora Savage.

«Señora Savage».

Me le arrimé. Enseguida se apartó de mi lado con el ceño fruncido. Aun así, yo no podía dejar de sonreírle.

«Señora Savage».

—Ve a buscar un carro —me indicó en la entrada del supermercado, señalando un montón de carritos vacíos a unos tres metros de distancia.

Busqué uno al azar y se lo llevé. Enseguida meneó la cabeza con desilusión.

—Trae otro. Este está chueco —dijo—. Se desviará hacia un costado todo el tiempo.

—Lo siento, no me di cuenta. —Esperaba no haberlo decepcionado por mi poca experiencia en la selección de carros. Lo regresé y saqué otro del montón. Me cercioré de que tuviese bien las ruedas.

Gabriel ni siquiera lo tocó.

—Está sucio. —Señaló el interior.

Alguien había dejado envolturas dentro.

—Podemos quitarlas —comenté con esperanza.

Me miró como si hubiera cometido el peor de los pecados.

—Eso no nos corresponde —contestó de mala gana—. Ve a buscar otro. Y asegúrate de que esté limpio y funcione bien. ¿De acuerdo?

Bufé y volví, con la cabeza gacha, arrastrando los pies y el carro tras de mí. Revisé cada uno de esos malditos cacharros hasta que, por fin, encontré uno perfecto después de haber revisado carro tras carro, tras carro. El último que quedaba. El elegido.

Iba a tomarlo cuando una mujer salió de la nada y me lo arrebató de las narices, la muy *buitra*.

—¡Oiga! Ese carro es mío —grité.

Salió corriendo y yo la perseguí como si mi vida dependiera de ello.

—¡Ey!

Colisioné contra un guardia de seguridad que se atravesó en mi camino.

—¿Qué hace, señorita?

—Esa mujer me robó el carro. Arréstela, oficial. Arréstela.

—¿Se llevó alguna de sus pertenencias? —preguntó.

—Bueno..., no.

—¿Se lo arrebató de las manos? ¿Había metido algo suyo en él?

—Eh... No precisamente. Pero ese carro era el indicado. Y ella me lo quitó. Casi lo tenía —lloriqueé—. No puede dejar que se salga con la suya. No puede dejarla libre después de semejante acto de egoísmo y maldad. ¿Qué clase de guardia es que no protege a los que lo necesitamos? ¿Qué clase de hombre es usted?

El sujeto se agarró la cabeza. Sentí que alguien me jalaba del brazo.

—Vamos, Regina.

Mi jefe había venido por mí. Se disculpó con el guardia, alegando que yo no andaba bien de la cabeza.

—Tal vez debería haber dejado a su esposa en casa —rio el hombre.

Gabriel lo miró como si lo hubiera insultado.

—No es mi esposa. —Me miró de reojo—. Solo trabaja para mí.

—Por supuesto. —El guardia hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

«Pero ¿qué mier...?», me sentí ofendida. Sabía que no hacíamos una pareja de ensueño, pero tampoco sucedía que me hubiera escapado de un psiquiátrico y él fuese el príncipe de Inglaterra.

Entramos al supermercado con un carrito que Gabe había conseguido.

—¿Tiene alguna lista de comestibles? —inquirí.

—No. Así que no te despegues de mí. ¿Entendido? Si quieres hacer tus propias compras, ven después. No quiero que perdamos mucho tiempo aquí. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Podría venir sola. Si me hace una lista, yo...

—Ni lo pienses. —Tomó algo de la góndola y lo puso en el carro sin mirar

cuánto costaba—. Solo sígueme.

Me puse a comparar precios. Por lo general, yo compraba las marcas más económicas. Ahorraba cada centavo que tenía. Él, en cambio, parecía ser el clásico derrochador. Por ejemplo, su café valía cuatro veces más que el mío. Aunque el mío parecía viruta de madera. Por suerte, me daba permiso de comer en su casa.

Dejé el café en la góndola y noté que mi jefe me había dejado sola con el carro.

—¿Señor Savage?

¿A dónde había ido?

Recordé una vez en la que, haciendo las compras con mi mamá, me había dejado olvidada. Me quedé horas aguardándola. Al final, mi abuelo fue por mí porque ella se había ido con unas amigas. ¿Cómo te olvidas de tu hija de cinco años? Es algo que nunca llegaré a comprender.

Me metí por un pasillo y, a lo lejos, divisé a un hombre con las mismas características que mi Gabriel. Tuve que correr con el carrito para alcanzarlo.

—¡Espere!

Giré en la dirección contraria y lo perdí.

—¡Señor Savage! —grité, recorriendo los pasillos—. ¡Señor Savage!

Me castigaría por no mantenerme a su lado. Me haría sentarme en el rincón de la vergüenza a pensar en lo que había hecho. Me pondría un embudo de papel sobre la cabeza y se reiría de mí, porque no sabía cómo seguir una simple indicación: «solo sígueme».

Empujé el carrito con fuerza. Tal vez demasiada porque se me fue de las manos. Corrí tras él al darme cuenta del inminente choque con una pila de latas de duraznos en almíbar.

—¡No! —Lo tomé en el último segundo, pero no llegué a frenarlo. Tanto el carrito como yo terminamos tirados en el suelo. El carro me había arrastrado con él y dimos de lleno contra las latas. Estas se derrumbaron como un juego de *jenga* y rodaron en todas direcciones.

La gente se quedó mirando. Nadie se acercó a ayudarme. Seguían de largo, riendo entre dientes de mi torpeza.

Una mano se extendió, de repente, ante mí.

—Sé más cuidadosa —me regañó mi jefe, ayudándome a ponerme de pie.

Levantamos el carro y metimos de nuevo la mercadería adentro. Al parecer, le habían dado ganas de estrangularme por llamar tanto la atención. Al hombre le gustaba pasar inadvertido, y yo era un cartel de neón ambulante que decía: «Mírennos, aquí estamos. ¡Aquí, aquí! Aaaaquíiiii».

Un puberto con un delantalito azul apareció para recoger las latas.

—Me perdí —contesté, jugando con mis manos.

—¿Acaso eres una niña de tres años? Vamos.

Se negó a devolverme el carrito. Y yo lo seguí cabizbaja hasta que terminamos de comprar.

Llenamos tres bolsas hasta el tope. Él llevó dos y yo la tercera; no sabía si por caballeroso o porque temía que se me cayera la mercadería en medio de la calle. Quizá me había visto tropezar un par de veces con mis propios pies mientras caminábamos. Me dijo que no tenía coordinación, a lo que respondí con un resoplido.

Un par de admiradoras nos siguieron, llamándolo. Querían un autógrafo.

—Sigue caminando —ordenó, sin detenerse.

Las ignoró, pero ellas se mantuvieron risueñas. Les regalé una sonrisa piadosa. «Yo estoy con él y ustedes no», canturreé por dentro.

Ni siquiera me miraron.

—Espérame aquí. —Gabe me entregó sus bolsas cuando nos detuvimos frente a la librería. Pesaban media tonelada cada una. Cortaban la circulación de mis dedos y los dejaban como pequeños matambres de pollo.

Dejé una bolsa en el piso antes de que se me desprendieran las falanges. La puse entre mis piernas y acomodé las otras, tratando de que su contenido no se me saltara para afuera. Después recogí la última y descubrí los libros de Gabriel en el escaparate.

—Hola, libros —los saludé.

Pasó media hora. Cambié las bolsas de mano y me apoyé contra la pared. Me dolían los brazos, la cintura, los pies y ya no sentía los dedos de las manos.

—¿Qué tanto hace ahí dentro? —Espíe por la puerta, pero no lo vi, así que abrí un paquete de galletas y me metí una en la boca—. Si no viene pronto, me comeré todo. Por olvidarse de mí.

Las luces de los negocios despertaban una por una. Un perro grandote y con aspecto de mafioso pasó junto a mí. Me hice la que lo ignoraba para que siguiera de largo; sin embargo, se detuvo y me miró como si fuera un jamón serrano. Por casualidad llevaba uno en una de las bolsas.

—Vete. —Le hice una señal con la cabeza—. Shu. ¡Shuuu!

El perro movió la cola y juro que me estaba sonriendo.

—Lee mis labios: shuuuu.

Al parecer, no sabía lo que eso significaba, porque me saltó encima.

—No, lárgate. Vas a tirarme al piso. —Levanté las bolsas por encima de mi cabeza para que esa bestia no las alcanzara.

Un viejito pasó caminando y se rio de mí en lugar de ayudarme.

—¡De qué se ríe! —grité, intentando mantener a raya al perro que me arañaba los pantalones—. Déjame en paz, perro.

Mis brazos lloraban de dolor, y a una de las bolsas se le había abierto un pequeño agujerito, del tamaño de una aceituna. Le pedí que no se agrandara.

Ni el maldito agujero ni el perro entendieron razones.

Diez segundos después, me cayó una naranja en la cabeza. Luego, otra. Al cabo de tres minutos, la vereda se había convertido en un reguero de naranjas. El perro demente quería el jamón. Y mi jefe no aparecía. Para colmo de males, di un paso en falso. Mi pie se hundió en una de esas bolas llenas de jugo. Esta reventó y me hizo resbalar.

Acabé en el piso. Las bolsas con el resto de los comestibles, desparramadas a mi alrededor. El animal, aprovechando mi situación de desventaja, se robó

el tan ansiado jamón y se dio a la fuga. Perro caco.

—¿Qué diablos? ¿Aquel perro acaba de robarse mi jamón?

Mi jefe me veía desde arriba, con expresión inescrutable.

—Sí.

Jamás pensé que diría esto, pero el señor Savage no era precisamente el hombre más amable del mundo. Con su actitud dejaba bien en claro que no le agradaba. Aguantaría tenerme como empleada un mes porque lo había prometido. Y yo no renunciaría porque necesitaba el dinero para comer. Así que estábamos atrapados el uno con el otro.

La segunda semana de mi llegada, Gabriel me hizo reordenar la biblioteca. Había diseñado un plano de cómo quería que acomodase sus libros. ¡Un plano! Tardé todo el día en dejarla como quería. Tuve que usar la escalera para llegar a los estantes de arriba. De tanto subir y bajar, dejé de sentir las piernas. Me agarraron calambres. Para hacerlo más rápido, se me ocurrió que podría apilar los libros. Me caí tres veces. No me rompí la cabeza porque justo apareció Brian para ayudarme. Se quedó un rato haciéndome compañía, hasta que lo llamaron sus amigos de la banda.

Terminé de acomodar los libros yo sola, a pesar de que Gabriel había estado ahí todo el tiempo, trabajando en la computadora. Ni una sola vez se volteó a verme o a preguntar si necesitaba ayuda. Si se ponía a escribir, yo desaparecía. Podía estar muriéndome a su lado, que él nunca se hubiese dado cuenta.

—Listo —suspiré, con el cuerpo dolorido y una sonrisa de satisfacción. Esperaba que dijera algo como «Buen trabajo, Gina. Te invito a cenar», o que al menos palmeara mi hombro con un gesto de aprobación.

El señor Savage giró la silla, examinó mi trabajo en una fracción de segundo y volvió a girar hacia su máquina.

—No me gusta —dijo dándome la espalda—. Mañana ponlos como estaban antes.

—Pe... pero... si ha quedado bien.

—He dicho que no me gusta.

La sonrisa no me duró mucho ese día.

En otra ocasión me pidió que le comprara, antes de ir al departamento, un café de determinada marca. No podía tomar otros; le sabían a *jugo de paraguas*. Recorrí tres supermercados para encontrarlo. Cuando por fin aparecí en su casa, me dijo que había tardado demasiado y él mismo había tenido que salir a comprarlo. Es más, ya se lo había preparado y bebido. ¿Por qué cuernos no me había dicho dónde conseguirlo? ¿Por qué no me había avisado que lo había comprado? «Aghh. El muy maldito...»

Los días de lluvia, me pedía que saliera a hacer trámites. ¿No podía esperar a que hubiera sol? No. *Tenía* que ser siempre cuando llovía. O de pronto se le ocurría hacer un experimento culinario y me tenía todo el santo día luchando para limpiar las paredes y el piso de la cocina. Parecía que le encantaba hacerme sufrir. ¿Acaso quería que renunciara? No le daría el gusto. Lo haría todo con una sonrisa, aunque por dentro quisiera ponerle veneno a su café.

En ocasiones me pedía que sacara la basura y la depositara en el cesto que había afuera, en la calle. Al regresar al departamento, me hacía bajar otra vez porque se olvidaba de darme alguna otra bolsa. He tenido que bajar cinco o seis veces seguidas a causa de sus *olvidos*. El portero ya se reía al verme. Pero a mí no me daba ninguna gracia. Tenía que morderme la lengua para no insultar a mi jefecito explotador, el hombre más sexy y cruel del mundo. Ya no sabía si lo amaba o lo detestaba. Confieso que la ira se me iba al verlo escribir. Era un bello tormento, mi castigo y recompensa.

Una tarde, el señor Savage me pidió que fuera por su correspondencia. Salí al pasillo y llamé al elevador, pero la luz del botón no se encendió. Apreté varias veces y me quedé esperando. Diez minutos después, seguía allí parada como un poste.

—¿Qué sucede? —Él apareció a mi lado.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Lo llamo, pero no pasa nada.

—Hmm... tal vez se quedó atorado en algún piso. —Me dio la espalda para volver a su casa muy tranquilo—. Tendrás que bajar por las escaleras. Brian lo hace siempre.

—Está bromeando, ¿cierto?

—Regina, yo jamás bromeo.

Cerró la puerta y tuve que bajar los veintitrés pisos a pie. Llegué prácticamente desfalleciente a la planta baja.

—¿Un poco de agua, señorita Regina? —me ofreció Lu al verme sin aire sentada en el piso.

—Gracias.

De tanto cruzarnos, el portero y yo ya nos estábamos haciendo amigos. Intercambiábamos saludos. Me contaba algo que había leído en el periódico y, en ocasiones, me convidaba con alguna cosa, de esas que compraba en la panadería para pasar la tarde. No me quedaba mucho tiempo con él porque Gabriel me tomaba el tiempo hasta cuando iba al baño.

Ya todos los del edificio me conocían, incluso más que a mi empleador, quien no asomaba la cabeza ni por casualidad. Era como un tortugo metido en su caparazón.

Abrí el buzón y tomé la correspondencia. Con discreción, salí a la calle y arrojé a la basura un par de cartas de fanáticas llenas de corazoncitos.

Me situé frente al elevador con el resto del correo y apreté el botón. La luz permaneció apagada.

—¿Sabe qué pasa con el ascensor? —pregunté, luego de unos minutos de espera.

El viejito se encogió de hombros.

—Tal vez se quedó atorado.

Pensar en subir por las escaleras me hacía cuestionarme si en realidad quería tanto ese empleo de esclava.

Oí la voz de Lena en mi cabeza:



«Necesitas el dinero, Gina. ¿O preferirías volver con Nelson?».

«Ni muerta», contesté.

—Lu, deséame suerte —le dije a mi amigo el portero, regresando por donde había venido.

Los primeros pisos estuvieron bien. Los subí sin problema. Ya había entrado en calor al bajarlos y me había estado entrenando con los quehaceres de la casa. Ir y venir todo el rato. Ir y venir. Aquí y allá. «Regina, tráeme esto y aquello».

Para cuando llegué al octavo piso, mi corazón parecía una bomba a punto de estallar.

—Tú puedes —dije apoyándome en el barandal—. Un escalón a la vez.

Arrastré las patas otro piso. No sé de dónde sacaba la energía. Quizá, de los *croissants* que me había llevado de contrabando a mi casa para el desayuno.

Mi velocidad iba disminuyendo conforme aumentaba el número de escalones subidos. Para el noveno ya casi iba gateando.

—Un... escalón... más.

En el décimo piso decidí parar. Me senté en un escalón y me puse a pensar que todavía me faltaban trece pisos más. Maldito Savage. Lo odiaba. Si quería que me fuera, ¿por qué no me lo decía de frente, en lugar de torturarme?

Sonó mi teléfono. Atendí sin leer el nombre.

—¿Dónde estás? —Su voz hizo temblar mi feminidad—. Hace casi una hora que te fuiste. Te recuerdo que aún no termina tu horario.

—Estoy en el décimo piso, cuestionándome acerca del significado de la vida —respondí con sarcasmo. ¿Dónde más iba a estar?

Cuando me colgó, supe que se había enojado conmigo. Entonces me reí. Me reí mucho.

—Estás acabada, nena —balbuceé, levantándome y poniéndome en marcha—. Esta será la última correspondencia que le llevarás a ese precioso ángel del infierno. Pero ¿sabes qué? Ya no me importa. no me impooortaaaa.

—Deja de gritar. Eres una escandalosa.

—¿Eh? —Me detuve.

Mi jefe se encontraba al pie de las escaleras, con las manos en los bolsillos.

—¿Qué hace ahí?

—El elevador volvió a funcionar.

—¿Vino a buscarme? —Me emocioné—. Y yo que había pensado que era un patán sin corazón. Espere, ¿dije eso en voz alta?

Entrecerró los ojos y se acercó a mí. «¿Ahora qué?», pensé. ¿Me levantaría en sus brazos y me llevaría cargando a su departamento porque mis piernas habían dejado de funcionar? ¿Me besaría?

Nada de eso. Me quitó la correspondencia de la mano y, sin hablar, se encaminó hacia el elevador.

Lo seguí lo más rápido que pude, pero apenas podía dar un paso, así que no lo alcancé. Vi las puertas abrirse y a él que se subía.

—¡Espéreme! —grité.

Él presionó un botón y las puertas se cerraron frente a mi cara.

## CAPÍTULO 4

# Que tengas un buen día

«Maldito seas, Gabriel Savage», fue lo primero que pensé. Estrellé mi frente contra la pared y cerré los ojos. No podía existir alguien peor que él. Me senté en el piso y entonces me di cuenta de que no tendría que subir caminando. El ascensor funcionaba. Lo único que tenía que hacer era esperar.

—No es tan maldito después de todo.

Cuando las puertas del elevador volvieron a abrirse, dudé en entrar. Dentro, apoyado contra la pared, un hombre vestido con un tutú rosado y capa me sonreía. Por las dudas, no hice contacto visual con él. Tampoco le hablé. ¿Qué tal si se trataba de un asesino serial? Bajó en el piso veintidós. Me pregunté si la viejita que vivía allí no sería una psiquiatra.

Ingresé al apartamento de mi jefe con la mente en blanco. Mala señal.

—Me cerró la puerta del elevador en la cara —exclamé.

Gabriel había dejado la puerta abierta. Escribía.

—No. Se cerró sola. —Levantó la voz.

—Pudo haberla detenido.

—Quizás. —Continuó escribiendo.

Irrumpí en el estudio, su recinto sagrado, y me paré a su lado.

—¿Por qué no lo hizo?

—Soy un patán sin corazón, ¿recuerdas? —Como siempre, evitó verme a la cara. El muy bastardo.

—No lo decía en serio. —Bueno, a lo mejor sí—. Estaba molesta. ¿A usted no se le escapan cosas que no quiere decir cuando se enoja?

—Yo siempre mido mis palabras —contestó el hombre-robot.

Claro. Era tan medido que no se le escapaba ni un gas.

—Es hora de que aprenda que no todos somos tan perfectos como usted —espeté—. Estos últimos días han sido una pesadilla para mí. Una tortura.

Me miró de soslayo y habló en voz baja:

—Pudiste haberte ido. ¿O tu fanatismo es más fuerte que tu orgullo?

No lo soporté más. Había un límite para todo. No había llegado hasta aquí para dejarme pisotear. Ni siquiera por él. Había tratado de aguantar todo lo posible, pero esto ya bordeaba la ridiculez.

—Váyase al diablo. Renuncio.

Salí de ahí con la furia carcomiéndome las entrañas. Era un mar de lágrimas cuando llegué al vestíbulo. ¿Y ahora qué haría? ¿Cómo haría para vivir?

—Niña, ¿qué pasó? —quiso saber Lu, acercándoseme para consolarme.

—El señor Savage es un idiota. Eso pasó.

—Acabas de describir a casi toda la población masculina de este continente. Ven, siéntate un momento. —Me condujo a un silloncito de cuero que nunca había visto. Debía de ser nuevo—. ¿Por qué no me cuentas?

Me tendió un pañuelo de papel y limpié mis mocos.

—Cree que no tengo orgullo, pero se equivoca. Si aguanté trabajar para él estos días fue porque... porque... él me salvó de quedar en la calle. Además, lo adoro. Pero no me importa que sea mi escritor favorito. Tengo mis límites. Es un sádico. Ya ni me importa que sea sexy.

—¿Quieres un chocolate? —Sacó de su bolsillo un pequeño bombón sin envoltorio y lleno de pelusas. «Puaj».

—No, gracias.

Se encogió de hombros y se lo comió.

—¿Sabes por qué es así contigo? —preguntó.

—¿Porque es la reencarnación del diablo?

—Conozco al señor Savage desde hace años. No creo que sea un mal hombre. Es natural que sea desconfiado. No apoyo que te haya tratado mal, pero entiendo que no es fácil ser él. Esas chicas que lo persiguen a veces lo vuelven loco. Le roban cosas. Lo acosan en la calle. Quieren meterse en su casa a toda costa. Incluso lo han atacado un par de veces.

Trague saliva. Lo sabía. Yo misma lo había perseguido, espiado, me había metido en su habitación de hotel y le había robado. Oh, y también había atentado contra su virilidad con un café asesino.

—Creo que solo te estaba probando —prosiguió—. No te desanimes. No renuncies. Eres la primera jovencita que aguanta trabajar para él durante más de dos semanas.

—Renuncié.

—Es una pena, Regina. De toda la gente que anda por estos pasillos, eres la única que me cae bien. Tú y ese loco travestista —dijo entre risas.

—¿Quién?

—No importa.

Paré un taxi y en el viaje me sonó el teléfono. Vi su número y lo ignoré. Entonces recibí un mensaje. No pude evitar leerlo.

Señor Savage: «Lo siento».

Me quedé viéndolo hasta que las letras se distorsionaron. No contesté. Volvió a sonar.

Señor Savage: «Por favor, no renuncies».

Para ser escritor, era un hombre de pocas palabras. Después escribió de nuevo:

Señor Savage: «Te necesito».

Regina: «Fue malo conmigo. Hice lo mejor que pude, pero parece que no fue suficiente para usted. Me contrató para ser empleada doméstica, no su

esclava. Estoy empezando a odiarlo».

Señor Savage: «Te pido disculpas. No volverá a suceder».

Quería volver. ¿A quién engañaba? Verlo a diario me hacía sentir feliz... y furiosa. Feliz y furiosa a la vez. Ni yo misma me entendía.

Regina: «Si me dice algo lindo, olvidaré lo ocurrido».

En sus novelas, los personajes pronunciaban palabras que me hacían suspirar; palabras que siempre deseé que alguien me dijera.

Llegué a casa y me senté en la cama, con la vista fija en el celular. ¿Me escribiría de nuevo? ¿Y si no lo hacía? ¿Si se había arrepentido?

«Tonta, Regina —pensé—. Un hombre como él jamás te suplicaría. En verdad, no le importa si regresas a trabajar mañana. Ni siquiera le caes bien. ¿Y tú le pides que te diga algo bonito? Te mandará a freír espárragos».

El teléfono sonó y me quedé tiesa. Las manos me temblaron. Temí que hubiera escrito algo como «Mejor no regreses».

En cambio, leí:

Señor Savage: «Me agradas, Regina».

Llegué temprano al día siguiente. Más que nada, porque me interesaba lo que él tuviera para decir. Además, me había acostumbrado a verlo todos los días; a sentir su adictivo perfume flotando en el aire; a oír su seductora voz regañándome... Me perdía en sus ojos, aunque no me mirara. La mayor parte del tiempo, su atención recaía en el monitor de su computadora. Si me iba, si renunciaba, le estaría regalando mi puesto a alguien más. Otra mujer lo olería, lo escucharía, lo miraría. Otra, y no yo, se acostaría en su cama para impregnarse de él y se comería las sobras de su plato. Otra, una intrusa, lavaría las toallas que habían secado su perfecto cuerpo desnudo. *No*. No podía permitirlo.

Había dejado la puerta abierta.

—Pasa —dijo, desde su estudio.

—Buenos días.

—Hola. Tengo que salir.

—¿Sucedió algo?

—Un pequeño problema con la PC. —La cargaba en brazos—. Te dejé una lista de tareas sobre la mesa de la cocina. Te veo más tarde.

Decepcionada, contemplé su retaguardia al marcharse. No dijo nada. Tal vez lo haría más tarde. Entré a la cocina y leí el papel con curiosidad.

«Lista de tareas para hoy (en orden de importancia):

1 Sacar basura.

2 Cambiar sábanas.

3 Hacer las compras de la semana (dejé una lista de comestibles pegada a la puerta del refri).

4 Limpiar refrigerador y horno.

5 Pasar aspiradora y lavar alfombras.

6 Limpiar ventanas.

No te haré listas todos los días, pero espero que sepas cuándo te corresponde realizar cada tarea. Espero que también cocines, limpies la cocina y el baño (con desinfectante) y ordenes la sala de estar. Lo que no termines hoy, se agregará a tus quehaceres de mañana. No te pediré más que eso.

P.D: Revisaré la casa cuando llegue.

Que tengas un buen día, Regina.

Gabriel».

—Bastardo.

Como si pudiese hacer eso en un día de trabajo. ¿En serio se había arrepentido por tratarme mal? ¿O me seguía castigando?

Entré a su habitación. Se me había metido en la cabeza buscar aquella

bochornosa fotografía que me inculpaba lo más rápido posible. Era la primera oportunidad que tenía para hacerlo. La primera vez que me dejaba sola en su casa.

Confieso que leí la lista una sola vez. Pero releí su firma como quichicientos veces.

Abrí su armario y lo revisé de punta a punta. Me contuve para no guardar en mi bolso alguna de sus prendas. Tenía un excelente gusto en moda. Me había enamorado de un *sweater* rojo de *cachemir*. Imaginarlo con eso puesto me aflojó las medias.

«Criatura bella de Dios».

Ojalá se lo pusiera pronto. ¿Y la foto? No estaba ahí. Pero había descubierto que padecía una manía antinatural por el orden. Incluso su ropa interior estaba clasificada por colores.

«Adorable y escalofriante».

A propósito, le saqué una foto a sus calzoncillos. No resistí.

Me metí bajo su cama y encontré fotos, cartas de fans y cosas como esas. ¿Habría alguna mía? Me puse a buscar y hallé solo una, dentro de un sobre con un gran corazón pintado con crayones.

«Querido señor Savage:

LO AMO. Sé que suena un poco brusco, pero así es. Mi sueño es casarme con usted. Por favor, no vaya a pensar que estoy loca. Prefiero que me vea como una mujer que encontró al hombre ideal, pero es demasiado *covarde* para cambiar su vida. No puedo salir de aquí. Estoy atrapada por la rutina, por mis miedos y por mi propia idiotez. Hablando de idioteces (¿se escribe así?), el otro día tenía que comprar algo para mi casa y terminé gastándolo en su última novela. ¡¡¡LA AMÉ!!! Ya la leí cuatro veces seguidas. Por favor, no me *jusgue*. Usted es mi debilidad. El único rayo de luz de mi existencia. Si supiera las cosas por las que tengo que pasar a diario, pufff. Pero leer sus libros, me hace más feliz de lo que podría imaginar. Sé que no lo *conosco*, y probablemente no lo *conosca*, nunca



pero igual LO AMO. Aunque usted no tenga idea de quién soy y no lo vaya a saber jamás. Espero que esté bien. Le prometo volver a escribirle pronto para contarle sobre mí.

P.D: disculpe las faltas de ortografía. Prometo mejorar, así no querrá arrancarse los ojos la próxima vez que me lea.

Lo quiere

Su chica, R. Blue».

¿Qué habría hecho Gabe con las otras cartas que le envié?

—Tal vez las tiró a la basura —musité.

En ellas había depositado mis sueños, anhelos y esperanzas. Había desnudado mi alma; expuesto mi corazón. Y siempre firmaba del mismo modo: *Su chica, R. Blue*.

Sonreí.

Le enviaba una cada mes. Es más, ya era tiempo de escribir una nueva. Sin embargo, ¿para qué hacerlo, si lo veía todos los días? No tenía ningún sentido.

Contemplé el pedazo de papel y me pregunté si debería confiscarla. *Nahh*. Él sabía que yo era una de sus fans, y escribir que lo amaba no era ningún delito. Además, ¿cómo se daría cuenta de que la había escrito yo? De seguro, ni siquiera recordaría haberla leído. Tuve un escalofrío al imaginarlo reconociendo mi mala ortografía y palabras cursis: «¿Tú escribiste esto? Fuera de mi casa. Ahora». Aunque peor sería su reacción al entrar en mi casa. Era, prácticamente, un altar dedicado a él. Por fortuna, no había ninguna razón para que me visitara. «Pfff... visitarme a mí. ¡A mí!»

Desistí de buscar la foto de mi irrupción al hotel cuando vi la hora. «¿Qué has estado haciendo todo el día, Regina?», me preguntaría mi jefecito. No podía decirle que había estado registrando su cuarto, mirando sus fotos de bebé y leyendo las obscenidades que le escribían sus admiradoras. Así que me puse a fregar los pisos para que cuando entrara pensara en la maravillosa empleada que era. Ya encontraría otra ocasión para deshacerme de la prueba

de mi delito.

Encendí el televisor y puse un canal de música para cantar y moverme al ritmo de Celia Cruz mientras limpiaba el inodoro.

Entonces recordé que no había sacado la basura. Vacié todos los cestos de la casa y até las bolsas con doble nudo para que los mapaches no las abrieran. No había visto ninguno, pero mi papá solía decir: «Más vale prevenir que lamentar». Salí del apartamento y dejé la puerta arrimada. Gabe no me había dado llave, de modo que tendría que aguardarlo en el hall si llegaba a quedarme afuera. Arrastré las bolsas de basura hasta el elevador y presioné el botón de la planta baja. Eran las cuatro de la tarde. Recé para que Gabriel tardase quince minutos más.

Las puertas del ascensor se abrieron y me pareció ver saliendo del edificio a un hombre disfrazado como el obrero de Village People. Froté mis ojos y fui a tirar la basura. Usar productos de limpieza en ambientes cerrados no hacía bien.

Después me crucé con la señora del piso veintidós.

—El otro día oí a tu jefe dar vueltas durante toda la noche. ¿Tiene problemas para dormir?

—No lo sé.

—Hoy lo vi salir.

Le sonreí, pero no dije nada.

—Casi nunca sale de su departamento —agregó.

—¿Ustedes son amigos?

—Oh, no, querida. Él no habla con nadie —contestó en voz baja. Se me arrimó; su colonia de rosas me ahogaba—. Me pregunto qué podrá hacer un hombre joven como él encerrado todo el día.

—¿Escribir un libro? —sugerí sonriente.

Se colgó de mi brazo.

—Incluso los escritores necesitan tener una vida. Tú sabes a qué me refiero. —Guiñó un ojo—. Que me llame si necesita algo, linda.

«Vieja *pervert*».

Subimos juntas al ascensor y nos despedimos en el piso veintidós. Cuando llegué a mi piso, encontré la puerta del departamento abierta en su totalidad. Yo no la había dejado así.

«¿Y si entró alguien mientras no estaba?!».

¿Si se trataba de una fan loca como yo? El señor Savage me mataría.

A hurtadillas me oculté en la cocina. ¿Qué tal si el ladrón tenía una pistola o un cuchillo? Abrí un cajón y agarré lo primero que vi. Lo empuñé con coraje y me deslicé como ninja por el pasillo. Una fina línea de luz se deslizaba por debajo de la puerta del baño y rasgaba la oscuridad.

Pegué mi espalda a la pared, concentrada en no hacer ruido al respirar. Levanté el cucharón y aguardé mientras el agua del grifo corría. Quizás, el ladrón se lavaba las manos. Quizá, también se miraba al espejo y se ponía un poco del perfume francés de mi jefe detrás de las orejas. Mis rodillas temblaron al imaginar sus manos toqueteando los jaboncitos, las toallas recién lavadas... Mi cuerpo se estremeció al oír el ruido de la cadena del inodoro rugiendo como león salvaje. Tendría que desinfectarlo.

El picaporte se movió. No dejaría que se escapara. La única que podía robarle cosas al señor Savage era yo.

La puerta se abrió y, con un grito de guerra amazona, me lancé contra el enemigo.

—¡Iaaaaahhhh!

—¡Espera, Gina, soy yo! —exclamó él, echándose hacia atrás.

Me detuve en seco, sosteniendo con fuerza el cucharón por encima de mi cabeza.

«¡Carajo! Casi le rompo la cabeza a mi jefe. Así nunca me dará un aumento».

El arma mortal cayó de mis manos y no sé qué más pasó, porque me hundi en el éxtasis. Me había llamado «Gina».

Levantó la cosa esa del piso y me condujo a la sala. Hizo que me sentase en

un sillón.

—¿Por qué casi me atacas con un cucharón?

Se acomodó junto a mí y mi mente se puso en blanco. Su cercanía me abrumaba. No supe qué contestar. Temí que me tomara por tonta, así que solo divagué.

—Pues yo... Verá, la puerta estaba... Pensé que usted... ¿Acaba de llamarme Gina?

La piel de su rostro tomó el color de la clara de un huevo duro.

—No. No lo hice.

—Lo hizo. Usted me llamó Gina —canturreé exudando felicidad por mis poros.

Puso los ojos en blanco.

## CAPÍTULO 5

# El efecto Baskerville

Mis conversaciones con Gabriel Savage no solían pasar de los cinco minutos. A veces, permanecíamos en silencio durante horas. Él, escribiendo y yo, dando vueltas por el departamento, barriendo o pasando el plumero por los muebles. Con el paso de los días me había habituado a la rutina. Cuando él tenía que salir, me dejaba una lista sin fin de quehaceres que jamás terminaba por dedicar mi tiempo a buscar la fotografía delatora. No me atrevía a registrar su escritorio aún. ¿La escondería allí?

—¿Regina, cuál es tu apellido? —inquirió un día, cuando le entregué una taza humeante de café—. Es que olvidé preguntarte antes y, como tu empleador, es mi deber saberlo.

Esperaba que no lo recordase de mis cartas.

—Blue, señor.

—¿Cómo el color?

—Sí.

—Ah.

Fin de la charla.

«Me gustaría tener algo en común con él —pensé entonces—. Algo sobre qué conversar. Pero no se me ocurre nada».

Un interés en común nos acercaría. Lo haría salir de su caparazón. ¿Qué podía tener en común un culto escritor de la gran ciudad conmigo, una chica

con estudios básicos criada en el campo? Éramos café y limonada. Él, un escritor serio y recatado que solo mediante la ficción expresaba lo que había en lo más profundo de su alma. Yo, una criatura atolondrada y en extremo emocional. ¿Acaso existiría un punto de unión entre ambos? Quería hallarlo pronto o nuestra relación nunca prosperaría. Gabriel necesitaba amigos. Y yo necesitaba que mi escritor favorito formase parte de mi vida. No como empleador-torturador, sino como algo más agradable.

Un día salió a reunirse con su editora. Yo supuse que tardaría, así que a las tres de la tarde abandoné mis tareas de limpieza para ponerme a ver mi novela coreana. Abrí una bolsa de papas fritas y una lata de cerveza bien fría, y me repantigué en el sillón.

Diez minutos después, oí la puerta.

—Oh, mierda.

Escondí rápido las papas debajo de uno de los almohadones y me puse de pie, ocultando la cerveza a mis espaldas. Aunque no alcancé a apagar el televisor.

Gabriel se quedó parado con la mirada fija en el canal Pasiones.

—¿Qué es eso?

—Un dorama, señor —musité—. Una... novela coreana.

—¿Ese es el protagonista? —Señaló al actor principal, Hyun Bin.

—Ajá.

—¿Por qué se viste así? —quiso saber al ver su equipo de gimnasia azul brillante.

—Es una prenda confeccionada por el mejor sastre italiano —aclaré.

Negó con la cabeza.

—Yo jamás usaría eso. Odio llamar la atención.

«Vaya novedad».

—¿En serio? —Entrecerré los ojos—. ¿Y por qué es escritor?

—Porque me gusta escribir. —Se encogió de hombros.

Se sentó en el sillón y las papas fritas se atrevieron a crujir bajo el

almohadón, cuando su trasero las aplastó. Las muy delatorias.

—¿Y esto? —Las sacó de su escondite.

—Ay, no sé. —Me hice la desentendida—. Quizás Brian las puso ahí.

Pobre Brian, siempre le echaba la culpa a él.

—No me sorprendería. A veces es un poco descuidado.

Un sonido de agua derramándose llamó mi atención. No recordaba haber dejado ningún grifo abierto.

Gabriel miró el piso. Yo hice lo mismo. Un chorrito amarillento caía formando un charco a mis pies. Ups. Recordé que aún sostenía la lata de cerveza tras de mí.

No sabía qué era más vergonzante: que descubriera que me estaba tomando su cerveza en horas de trabajo o dejarlo creer que me había meado encima. Por supuesto, opté por lo segundo. A lo sumo, me pediría que usara pañales.

Después de terminar de ver el dorama, Gabriel se encerró a escribir, mientras yo limpiaba la mancha de cerveza y sacaba las papas que habían quedado aplastadas en el sillón. La próxima vez tendría más cuidado. No por lo de mirar la tele, sino porque cuando él se iba yo hacía cosas peores, como ponerme su ropa. Sé que estaba mal, pero no podía evitarlo. Ese hombre me fascinaba y solo así lo sentía cerca de mí.

Podría decirse que, desde que trabajaba en esa casa, el Señor Savage había dejado de tener intimidad. Invadía a ese hombre de todas las formas conocidas y desconocidas. Sabía cuánto dinero guardaba en su billetera, cuánto le faltaba para terminar su crema de afeitar, cuántos saquitos de té quedaban en la despensa... Lo único que todavía no había hecho había sido revisar su más preciada posesión: su computadora.

Me había mantenido alejada del escritorio, aunque me tentaba abrir esos cajones para descubrir las maravillas que contenían.

—¿Qué quiere cenar? —pregunté cuando salió de su encierro para ir al baño.

—Haz algo de pasta.

Brian me había contratado porque le dije que sabía cocinar. Y era cierto. Me había criado en la cocina del restaurante de mi abuelo. Él había sido un increíble chef y me había enseñado a preparar el mejor estofado, incluso antes de que supiera cómo pintarme los labios. (Aún seguía sin saberlo. Siempre me quedaba la boca como la de un pato).

Preparé espaguetis a la carbonara.

—¿Vendrá Brian a cenar?

Por suerte, el jefe me dejaba comer con él. Supuse que era su momento *social* del día.

—No lo creo.

—No pasa mucho tiempo aquí —observé.

Cuando yo llegaba, él ya se había ido y regresaba después de que yo me fuera por las noches. Apenas nos cruzábamos. Había andado de gira por varias ciudades durante unas semanas, pero ya había regresado. Al parecer, la banda preparaba una gira internacional.

—Tiene una agenda bastante ocupada. Con los ensayos y eso.

—¿Usted nunca lo acompaña?

Mi madre me había dicho una vez que una buena pareja era la que se apoyaba entre sí.

—No me interesan esas cosas. Además, como te habrás dado cuenta, a mí no me agrada tratar con gente, Regina.

—No lo había notado. —Apreté los labios.

El hombre era un hongo.

—Mmm...

—En este mes que he estado trabajando aquí, he entablado más diálogo con sus vecinos que usted. —Colé la pasta.

Gabriel tomó una botella de vino de su pequeña bodega. «Château Mont-Redon» decía la etiqueta.

—¿Ya pasó un mes? —preguntó, abriéndolo.

—Síp.



—Entonces, supongo que no estarás más a prueba —sugirió.

—No me cambie de tema. Debería ser más sociable. Más simpático con las personas.

—¿Por qué?

—Sería lindo —dije.

—¿Y si no quiero?

«Qué terco».

—No lo va a hacer, ¿cierto?

Serví la comida en los platos y los llevé a la mesa.

—No. —Él se sentó frente a mí.

—¿Por qué no quiere? ¿Tiene algún trauma de la infancia? Puede contarme. Ábrase.

—El único trauma que tengo es el que me provocan mis admiradoras con sus acosos.

Sabía que se refería a mí. De alguna manera, yo era la representante de todas las fanáticas del mundo. Él me había castigado por eso.

—Si no fuera por ellas, sus libros no serían los más vendidos. Deme vino.

Llenó mi copa. ¿Acaso quería emborracharme para aprovecharse de mí? Soñar no costaba nada.

—Soy tímido —confesó, viendo fijamente el plato.

—¿Usted? No me lo creo. ¿En serio?

Suspiró y se metió un bocado de pasta a la boca.

—Está bueno. —Volvió a cambiar de tema.

—Lo sé. Cocinar es una de mis pocas virtudes. —Sonreí.

Él me devolvió la sonrisa. En cuanto lo notó, volvió a ponerse serio.

—Tendrás otras.

—Claro —respondí con entusiasmo—. También sé recitar el alfabeto al revés. ¿Quiere escuchar? Zeta, i griega, equis...

—No quiero.

—Qué amargo —comenté, lo que le provocó una segunda sonrisa.

—¿En qué mundo recitar el alfabeto al revés es una virtud? —quiso saber al cabo de cinco minutos de silencio.

Al parecer, se había quedado pensando en ello. Yo, en cambio, me había puesto a observarlo mientras comía. Masticaba más del lado izquierdo que del derecho e inclinaba la cabeza hacia un costado como un violinista, pero sin violín. Tocaba una canción imaginaria que era una apología al fideo.

—¿Y en qué mundo es sano organizar la ropa interior por colores? —repliqué, sin poder contenerme.

—Has estado hurgando en mi armario —me acusó.

Pero no se lo veía molesto. Quizás el vino lo había puesto alegre. Por lo general tenía cara de trasero y se lo pasaba refunfuñando y comiendo caramelos a escondidas.

—Tal vez un poco. Pero no le he robado nada. Al menos, ya no —murmuré para mí misma—. Oiga, ¿qué hay del cuarto cerrado con llave? ¿Una momia inca?

—Casi. Es la habitación de Brian.

Incluso se había puesto gracioso. Ya que consiguiera hacerlo sonreír era todo un logro.

—¿No debo limpiarla entonces?

—No *quieres* limpiarla —dijo.

—He espiado por la cerradura y no parece haber nada raro.

«Sí. Espío por las cerraduras. Demándeme».

Tomé un largo trago de vino.

¿Qué podía haber de especial en ese cuarto? Nada. Si hubiese estado abierto, quizá ni siquiera le hubiera prestado atención. Al único que quería entrar era al de Gabriel. No obstante, lo tenía tan ordenado que apenas pasaba unos minutos en él. Y me demoraba porque a veces me recostaba en sus sábanas y hundía la cara en su almohada para aspirar su aroma. En una ocasión me quedé dormida. Fueron los diez minutos más maravillosos de mi vida. Cada vez que iba a lavar su ropa, metía una de mis prendas en la

lavadora para que quedase con el mismo perfume. Lo hacía con disimulo; aunque un día me preguntó por qué tenía puesto solo un calcetín. Le dije que me había olvidado de ponerme el otro.

—¿Te gustaría entrar? —preguntó al notar el brillo en mis ojos.

—¿Puedo?

—Sígueme. Pero te advierto que no querrás volver a poner un pie allí.

—¿Qué guarda ahí? ¿Drogas? Son drogas, ¿verdad? Espero que no tenga una pequeña plantación de marihuana, porque una vez yo...

—Nah.

—¿Trafica con armas? ¿Tiene jovencitas secuestradas, encadenadas a la pared? ¡Ay, no! No me diga que es taxidermista como Norman Bates.

Nos detuvimos ante su puerta. Una sensación de incertidumbre se apoderó de mí.

—Pero ¿qué te estás imaginando?

—No sé. —Lo tomé del brazo—. Dígame que no es nada de eso.

—No es nada de eso. Relájate.

—Bien. —Le hice caso. Tal vez me relajé demasiado.

Nunca hay que hacerle caso a un hombre ebrio. Nunca, nunca jamás. Y mucho menos, si es escritor.

Él abrió la puerta ante mí y dejé escapar un grito lleno de horror y espanto.

—Oh, cielos. —Gabriel entró a la habitación—. No de nuevo, Enriqueta.

Yo quedé paralizada en el pasillo.

—E... es u... una... —Señalé al animal con el dedo tembloroso.

—Una tarántula gigante. Se llama Enriqueta. —La recogió del piso y la hizo caminar por su brazo—. Suele escaparse. Por eso Brian mantiene la puerta cerrada. Una vez abrí los ojos y estaba caminando en mi almohada al lado de mi cara. ¿Te imaginas?

Se me secó la boca. Di un paso atrás, sosteniéndome de la pared. *Arañas*. Arañas por todos lados. Por las paredes. Por mi cuerpo. No dejaba de imaginarme eso. Me sacudí.

—Me habrían encontrado muerta por el susto —murmuré.

—Eso se llama efecto Baskerville —dijo, en tono de enciclopedia ambulante—. Es inofensiva. ¿Quieres tocarla?

Sacudí la cabeza con energía, mientras esa cosa, tan grande como un plato, me miraba con sus miles de ojos.

—No, no, no.

La metió en la enorme pecera que ocupaba media habitación. Un hormiguelo me recorría el cuerpo. Miré mis pies para cerciorarme de que ninguna araña se me estuviese trepando. ¡Qué impresión! Ahora me parecía que en cualquier momento uno de esos bichos me saltaría encima. ¿Y si Brian tenía más? ¿Si estaban sueltos por la casa?

No me tranquilicé hasta que Gabe volvió a cerrar ese cuarto con llave.

—Ahora ves que no siempre es bueno husmear. Puedes encontrar cosas que no quieres. —En su rostro se dibujó una sonrisa perversa.

—Lo tendré en mente.

Soñaría con *Ella-Laraña* toda la noche. Maldita mi curiosidad. Cada vez que estuviera en ese departamento, me preguntaría qué estaría haciendo Enriqueta. Cada vez que pasase al lado de esa puerta, la imaginaría del otro lado, planeando su escape. ¿A quién se le ocurría tener una araña como mascota? ¿Acaso no sabía que existían los perros o los gatos? Una iguana hubiera sido menos aterradora. Sabía que Enriqueta me había visto. Había percibido mi terror. Tal vez deseaba asustarme otra vez. Se metería debajo de algún mueble o treparía a la alacena y se me lanzaría encima cuando estuviera desprevenida. El señor Savage no me escucharía gritar.

Camino a casa me crucé con Brian en el hall del edificio.

—¡Gina! ¿Cómo estás? —Me abrazó.

Olía a humo de cigarrillo.

—Bien. He... conocido a tu mascota hoy.

—Así que has descubierto mi oscuro secreto, ¿eh? —Rio entre dientes—.

¿Y qué te pareció? ¿No es un encanto?

—Bastante inquietante. Bueno, nos vemos. Cuídate.

Salí del edificio con un hormigueo en todas partes. Enriqueta. Enriqueta. Enriqueta. La imagen de la araña se negaba a desaparecer de mi cabeza. Necesitaría un exorcista.

—Espera. —Me siguió—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Si prometes no hablarme de la araña, acepto.

—¿Cuál araña?

Brian me hizo reír hasta que llegamos a casa. No podía creer que un chico tan encantador estuviera con alguien como Gabriel. Incluso me había mostrado su tatuaje de dragón.

—¿Ya cenaste? —quiso saber.

—Hice espaguetis.

—Oh. —Pareció desilusionarse—. ¿Qué tal se están llevando Gabe y tú?

—Es algo odioso.

—Sí, bueno, no todos los hombres son tan simpáticos como yo. Oye, ¿te gustaría ir a cenar conmigo un día de estos? —Estacionó su coche frente a mi edificio—. Y luego, tal vez, a mirar una película.

Abrí la puerta del vehículo.

—¿Como en una cita? —pregunté antes de salir.

—Algo así.

—¿Y qué hay de Gabriel? —pregunté.

La puerta se cerró sola.

—¿Qué hay con él?

—Pues, ¿y si le molesta que tú y yo salgamos?

Si yo tuviera una novia e invitara a un hombre a salir, me enfadaría. ¿Qué clase de relación tenían? O... ¿acaso Brian era infiel?

—Pfff, ni que fuera nuestro dueño —farfulló.

—Quizás debas hablarlo con él antes —sugerí—. Por las dudas.

Él se sorprendió ante mi pedido.

—¿Quieres que le pida permiso para invitarte a salir?

—Solo coméntaselo amistosamente. Me gustaría saber su reacción.

—De acuerdo —contestó de mala gana—. Hablaré con él cuando llegue a casa. Pero si me dice que no, lo ignoraré como siempre.

## CAPÍTULO 6

# Más tonto que una ameba

Tal y como había sospechado, Enriqueta hizo su aparición en mis pesadillas. Veía a Gabriel todos los días. ¿Por qué no soñaba también con él? «Cerebro malo».

El fin de semana pasó tan rápido que no lo noté. Fui con mi amiga Lena a mirar una película cuando sus hijos le permitieron darse un respiro. Luego nos metimos en una pizzería.

—Mi esposo es un idiota —se quejó, sacudiéndose el cortísimo cabello con ambas manos.

—¿Qué pasó?

—¿Tú qué crees? Le encontré mensajes de una tal Carla. Me prometió que dejaría de encontrarse con ella. La próxima vez que lo pesque, lo castraré, mataré y enterraré en el jardín. Después diré que me abandonó. —Me tomó de las manos—. Prométeme que nunca te casarás. Es un asco.

—Al paso que voy... —Suspiré con resignación.

—Lo bien que haces. Disfruta de la vida. No te enredes con el primer mojigato con el que salgas. Diviértete. Ve a fiestas y emborráchate. Vive la vida.

—No sabía que beber alcohol era vivir. Tendré que redefinir mis prioridades.

—Hazlo. Si no fuera por mis hijos, ahora mismo estaría en Las Vegas

bañándome desnuda en un jacuzzi con algún gigoló. ¿Conoces alguno?

Meneé la cabeza. ¿De dónde sacaría yo un gigoló?

—¿Sabes lo que deberías hacer? —preguntó.

—¿Qué?

Siempre me asustaba cuando decía eso.

—Inscribirte en uno de esos lugares de citas. Conocer hombres. Salir. No quedarte encerrada todo el día con esa ostra.

—Es mi jefe —le aclaré.

—Pero tienes una vida propia además de tu trabajo. Necesitas un galán de verdad. Él es solo un amor platónico. Jamás te hará caso, Gina. Despierta.

Hice una mueca.

—Oh, vamos. Será divertido. —Trató de convencerme.

Yo no era una chica de citas. Y, mucho menos, de citas por Internet con desconocidos que podrían resultar unos depravados sexuales. Mi único amor era Gabriel Savage y, a pesar de que no había nada entre nosotros, salir con alguien me haría sentirme como una adúltera.

—No es engaño si no es tu novio —insistió Lena.

—Bien, tal vez lo haga —accedí de mala gana.

Ella me sonrió.

—Eso es lo que quería escuchar.

El lunes limpié con tranquilidad. Cada tanto me asomaba para ver qué hacía el señor Savage. Lo noté entusiasmado con su novela. Reía solo y sus dedos se movían por el teclado sin parar. Al rato, sacaba de su cajón una carpeta amarilla y se ponía a leer su contenido. Me pregunté qué sería. En varias ocasiones lo había visto con eso en la mano. Su rostro se transformaba al leerlo: esbozaba la sonrisa más dulce del mundo. Ojalá lo hiciera al verme a mí.

—Deben de ser fotos de Brian.

Después de comer se fue a hacer compras. Me dijo que necesitaba caminar



o se pondría gordo de tanto que le daba de comer. Hubiera sido lindo acompañarlo, pero supuse que no le agradaría mi compañía. Más bien, parecía que huía de mí a propósito. Yo aproveché para visitar a Lena, quien había discutido con su esposo otra vez. Volvió a decirme que lo mataría y lo enterraría en el jardín, y se buscaría un tipo lindo. En realidad, sus palabras fueron «un tipo con buen culo», ya que su esposo actual lo tenía todo aplastado. Además, su cara de pescado dejaba mucho que desear. Pobres de sus hijos.

Cuando regresé al trabajo, aturdida de las quejas de Malena y el llanto de sus niños, Gabriel me señaló una pila de latas de duraznos que había dejado sobre la mesa.

—Acomódalas en la parte de arriba de la alacena.

Ya conocía sus mañas. Pretendía que las ordenara por fecha de caducidad, una sobre la otra, con las etiquetas al frente y en perfecto estado de alineación o su cabeza explotaría. Antes de eso, debía sacar las que ya estaban en el estante y reorganizarlas de nuevo.

Me quedé mirando hacia arriba un buen rato antes de ponerme en acción. No tenía ganas de ir a buscar la escalera, así que tomé una de las sillas. Esta me ayudaría a treparme a la mesada. De allí, quizás alcanzaría si me ponía en puntas de pies. Ya lo dije antes y lo repito ahora: soy bajita. Si hubiera medido diez centímetros más, hubiera llegado sin problema. Siempre le tenía que pedir ayuda a mi jefe para alcanzar los estantes altos. Sabía que lo fastidiaba, así que preferí no molestarlo.

Arrimé la silla y trepé a la mesada con dos latas en la mano. Me paré de puntitas y las dejé en el estante. Apenas llegaba. Bajé y repetí la acción. Poco a poco, fui subiéndolas todas, de dos en dos. Una vez que hube terminado, me propuse ordenarlas. Pero había un problema: antes de colocar las latas nuevas, se me había olvidado acomodar las viejas. No tenía dónde ponerlas y no quería hacer todo otra vez, así que comencé a apilarlas unas sobre otras.

—Apilando latas, apilando latas estooy —canturreé con los brazos

doloridos, mientras hacía malabares para que no se me cayeran y limpiaba la superficie del estante con un trapito húmedo.

Mis piernas también se habían agotado por el ejercicio. Hacía media hora que estaba trepada a esa alacena. Solo faltaba una lata y terminaba. La tomé y traté de ponerla en la cima de la pila.

Maldita sea, no llegaba. Me estiré lo más que pude, sosteniéndome de la puertita que se balanceaba de un lado a otro.

«Ya casi».

La empujé con los dedos y la lata cayó detrás de la pila, empujó las otras hacia delante..., y las derrumbó sobre mí. Me solté para proteger mi cabeza de la cascada de latas y perdí el equilibrio.

Unos brazos me atraparon antes de que me estrellara contra el suelo. De no ser por él, me habría matado.

—Existen las escaleras, ¿sabes? —comentó Gabriel.

Lo miré atontada. ¡Su cara y la mía se encontraban tan cerca! Me había agarrado de su cuello por instinto. Él me sujetaba de la cintura con sus manos calientes. Su aliento golpeó contra mis labios y los entreabrí con un jadeo.

Me soltó de inmediato.

—Yo terminaré —dijo—. Ve a leer algo.

Asentí sin quitarle los ojos de encima. Él me dio la espalda. Dejé la cocina con el corazón palpitándome a mil por hora. Necesitaría una ducha fría después de esto.

Me tomó media hora elegir un libro. Opté por *Jane Eyre* porque el actor que había interpretado a Edward Rochester en la película había sido Michael Fassbender. Me gustaba imaginarlo así. Me recosté en el sofá y metí la nariz entre las páginas.

«Aquel día no fue posible salir de paseo. Por la mañana jugamos durante una hora entre los matorrales, pero después de comer...».

—Regina.

—Mmm...

—Regina, despierta.

Los suaves toques de sus dedos sobre mis mejillas me despabilaron.

—Lo siento. Me dormí. —Me froté los ojos.

—Así parece.

Me senté de golpe y le di un cabezazo en la nariz. No me había dado cuenta de que se había arrodillado a mi lado.

—Perdón, perdón. —No me atreví a tocarlo.

—No te preocupes.

El departamento había sido invadido por la oscuridad. Me llamó la atención que no hubiera ninguna luz encendida. Descarté la idea de que Gabe estuviese tratando de ser romántico conmigo. Algo debía de haber ocurrido.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

Me despediría. Me despediría porque me había puesto a roncar en su sillón cuando debería haberle preparado la cena. Él manejaba su vida con horarios estrictos y yo siempre se los echaba a perder.

«Qué vergüenza, Gina».

—¿Y por qué está tan oscuro?

—Hubo un apagón. ¿No me oíste gritar? —preguntó con descreimiento.

—¿Eh? ¿Gritar? ¿Usted? No, ¿por qué?

Por cómo me había dormido, no hubiera oído una bomba estallar a dos metros de distancia.

—Perdí el último capítulo que escribí —se lamentó, golpeando su frente contra el asiento del sillón—. Qué idiota. ¿Cómo no la guardé? Me había gustado. ¡Tonto! ¡Tonto! ¡Tonto!

Se golpeó varias veces. Luego dio una profunda exhalación y permaneció allí, con la frente apoyada en el sillón, sin moverse. Era la primera vez que lo veía actuar como un niño chiquito. Qué ternura.

—¿Señor Savage?

No me contestó.

—Señor Savage. —Le toqué el hombro.

Nada. Ni se movió. ¿Respiraría? Temí que se hubiera suicidado ahogándose con el almohadón.

—No me asuste. —Me incliné hacia él—. ¿Está bien?

—No. No estoy bien, Regina —susurró—. Había quedado perfecto. ¿Sabes lo frustrante que es perder algo así? Eran más de veinte páginas. ¿Cómo no se me ocurrió guardarlas? Soy más tonto que una ameba.

No comprendía bien el motivo de tanto dramatismo.

—Puede volver a escribirlo —sugerí en mi ignorancia de *no escritora*. Como si fuese posible reproducir a la exactitud, palabra por palabra, un capítulo entero.

Alzó la cabeza y me contempló como si lo hubiera insultado.

—No eran dos páginas, sino ocho mil palabras. Ocho mil maravillosas palabras. Puedo recordar lo más importante, pero nunca quedará igual. —Volvió a desplomarse. Tomó un almohadón y lo colocó sobre su cabeza—. Mátame. Quiero morir.

—Tranquilo. —Aproveché la ocasión para palmearle la espalda. No pareció molestarle—. Estoy segura de que a más de un escritor le ha sucedido lo mismo que a usted y no han querido matarse por eso.

—Te aseguro que sí.

—No le prometo nada, pero quizás pueda recuperar su archivo.

Nelson me había enseñado a recuperar archivos perdidos o dañados. Era bueno con las computadoras. No con las personas, pero sí con las máquinas.

Gabe levantó la cabeza y apoyó su mano en mi rodilla. El cosquilleo de su toque me hizo saltar del asiento. Él no se percató del efecto que producía en mí.

—¿De verdad podrías hacerlo?

El hombre parecía al borde del llanto.

—Lo intentaré.

Tomé nota mental: lo peor que podía pasarle a un escritor era perder parte

de su trabajo. Lo mejor que alguien podía hacer por él era ayudarlo con su novela. Tal vez, incluso cambiara su modo de percibirme. Ascendería de *fanática desquiciada a salvadora de capítulos perdidos en apagones*. Todo un logro en mi carrera de sirvienta.

Era hora de ir a casa, pero el elevador no funcionaba. Y no bajaría otra vez por las escaleras los veintitrés pisos a menos que llevase conmigo un tanque de oxígeno o me tirase con un trineo.

Me asomé por el ventanal. Toda la ciudad se hallaba sumida en las tinieblas. La silueta de los edificios formaba una especie de fortaleza negra infinita, más sombría que la misma noche.

—¿Preocupada? —Gabriel se había tranquilizado. Ya no lloriqueaba.

Sacudí la cabeza. Agradecía no estar sola en mi pequeño departamento. Por las noches se escuchaban ruidos sospechosos, pasos, puertas que se abrían con ese rechinar que me ponía los pelos de punta: Ñiii, ñiii. Vivía allí porque no había conseguido un lugar más barato donde quedarme. Había tratado de decorarlo y volverlo mío, pero cuando las luces se apagaban el ambiente se tornaba aterrador. Dormiría con una luz encendida si no tuviese que pagar impuestos.

—Regina...

Lo miré. Gabriel se había aproximado a mí. La luna lo iluminaba y lo hacía parecer un príncipe de cuentos de hadas. Su respiración y la mía, al unísono, era lo único que oía. Su cercanía hacía que mi corazón se acelerara. Todo mi cuerpo se estremecía al percibir su calor de macho alfa.

«Tómame. No me importa que seas homosexual».

Estaba a punto de decirme algo.

Entreabrió sus perfectos labios y con su sensual voz destrozó mi fantasía.

—Tengo hambre.

## CAPÍTULO 7

# Danzar, cantar, reír y tal vez imaginar

Si amas a alguien, quieres verlo feliz. Cuando llegué esa mañana a la casa del señor Savage, noté que no lo estaba. Lucía como si un camión de basura lo hubiera atropellado tres o cuatro veces. No se había afeitado y llevaba la misma ropa que la noche anterior. De conocerlo bien hubiera dicho que algo lo preocupaba; tanto que no había pegado un ojo en toda la noche.

—Al fin estás aquí. Te esperaba.

—¿A mí? —Me sorprendí—. ¿Qué sucede?

Me quité el abrigo y lo colgué en el perchero.

—Casi voy a buscarte a tu casa a las seis de la mañana, pero luego pensé que estarías durmiendo.

—Pues sí. Suelo despertarme quince minutos antes de venir.

Pareció escandalizarse con mi revelación.

—¿Por qué duermes tanto? —preguntó.

—¿Por qué usted duerme tan poco? —respondí. Señalé sus ojeras—. Parece un muerto andante.

—No he podido dormir.

—¿Por qué no va a recostarse un rato mientras aseo la casa?

Sacudió la cabeza.

—No quiero que limpies todavía.

—¿Tiene alguna otra misión suicida para mí?

Se encaminó a su estudio.

—Sígueme.

Ay, no. ¿Me regañaría? ¿Habría descubierto mi lápiz labial en alguna de sus camisas o algo por el estilo? Su seriedad resultaba inquietante..., perturbadora. No era capaz de imaginar el motivo por el cual se había mantenido despierto. Su cara de hastío demostraba que no lo había hecho por gusto. Caminaba arrastrando los pies, como si la vida misma lo hubiera derrotado. ¿Qué le ocurría a este hombre?

Señaló el asiento frente a su máquina.

—Siéntate.

Me acomodé, preguntándome qué querría de mí. Recordé que le había prometido recuperar su archivo y me puse manos a la obra antes de que me criticara por olvidadiza.

Lo primero que hice fue clavar los ojos en su fondo de pantalla, la imagen de un castillo sobre un espejo de agua.

—Linda foto.

—Es el castillo de Azay-le-Rideau en Touraine, uno de los escenarios de mi novela. Lo tengo para situarme.

—¿Siempre pone imágenes así?

—Me gustan los paisajes.

Unas carpetas llamaron mi atención en la bandeja de entrada: una con el nombre de «proyectos», otra llamada «ideas interesantes» y una última denominada «inspiración». Me hubiese gustado que me dejara sola para revisarle la máquina. Supuse que conocía mis intenciones y por eso se mantuvo pegado a mi lado durante la siguiente hora. Trajo una silla y se instaló allí, atento a cada uno de mis movimientos.

—¿Cómo aprendiste a hacer esto? —quiso saber.

—Mi ex me enseñó.

—Si lo sigues viendo, dale las gracias de mi parte.

—Hmm... no. Ya no lo veo. —«Por fortuna», añadí mentalmente.

No dije más. Él no preguntó. Mi vida personal no parecía interesarle. No como a mí la suya.

—Y dígame, ¿cuál es su color favorito?

—Negro.

Una placentera sensación me colmó el pecho. ¡Me había respondido!

Continué preguntando:

—¿Canción?

—*Claro de luna*, de Beethoven. Oh, y el réquiem de Mozart.

—Nunca las he escuchado. Pensé que diría algo más actual, como la banda de Brian.

—Dios, no. —Sacó el celular de su bolsillo y buscó algo en él. Enseguida me colocó unos auriculares.

Una melancólica melodía de piano llegó a mis oídos. «¿Esta es su canción favorita?», pensé. En casa, a nadie le gustaba la música clásica; así que había crecido sin conocerla (a excepción de la que pasaban en los dibujos animados). Nelson tampoco la escuchaba. Era la primera vez que podía disfrutar su belleza. Una belleza que nunca antes había notado. A partir de ese momento, cada vez que oyera esa canción me acordaría del ogro de mi jefe, mi amor imposible y prohibido.

Un rato más tarde agradecí haber sido capaz de restaurar el archivo. Lo mejor fue ver su cara cuando dije «Ya puede seguir trabajando donde se ha quedado».

—Gracias, Regina. —Me dio un beso en la parte superior de la cabeza, que me dejó estúpida por el resto del día—. Ahora puedes comenzar con tus quehaceres diarios.

—Sí, señor Savage.

Busqué mi teléfono y me puse a escuchar mi propia música mientras aseaba el departamento. Me divertía fregar los pisos al ritmo de Ricky; aunque esperaba que mi jefe nunca se enterara. Él era tan culto y refinado que me daba vergüenza ser yo. En especial, cuando era lo más yo que podía ser. De



vez en cuando, lo sorprendía observándome como quien examinaba un animalito desconocido. Yo le sonreía y lo saludaba con la mano, y él se hacía el que no me había visto.

—Puedes irte a casa, Regina —dijo Gabe después del almuerzo.

—¿Eh?

—Te lo has ganado.

—¿Así, sin más?

Pero si aún no había lavado los platos.

—Le diré a Brian que se encargue de la comida esta noche. Estás libre por el día de hoy.

No, no, yo no quería ir a casa.

«Regina, el hombre te está mostrando su agradecimiento dejándote marchar. Además, querrá estar a solas con su amor y tú estorbas», dijo la voz en mi cabeza. Me levanté y fui a recoger mis cosas en silencio. Pude haber sido más lista y derramar algo en la cocina. Pero no.

Sonó el teléfono.

—Ey, Brian.

Cuando mi jefe hablaba con él, su tono se suavizaba. No era como cuando hablaba con el resto de los mortales. ¿Por qué tenía que ser tan dulce? Me revolvió las tripas. Aunque yo también era dulce con Brian. Su rostro de bebé con sus grandes ojos y enorme sonrisa provocaba dulzura instantánea.

—Espero que Brian te diga que no vendrá —mascullé en voz baja, caminando con lentitud hacia la puerta.

«Quiero tenerte para mí, señor Savage —pensé—. No quiero que seas gay. Quiero que seas mi novio, no el de él. ¡Feo Brian! Feos los dos. ¿Por qué no nací hombre? Así podría competir por ti con el sexy baterista de sonrisa fácil. Maldito cromosoma X. ¿Y si me hiciera transexual? ¿Qué tal si tomo esteroides para lucir varonil? ¿Llegaría a gustarle si me creciera una barba? ¿Y si empiezo a vestir como hombre y le pido que me llame “Regi”?».

«Trae el vino que me gusta», escuché.

Estaba de buen humor. Pero claro, si Brian lo había llamado. Yo también me pondría feliz de hablar con un monín como ese. De seguro que mi jefe no se pondría alegre si recibiera una llamada mía. ¿A quién pretendía engañar? Tampoco le gustaría si me hiciera hombre. Probablemente sería un tipo feo y payasesco. Me ganaría la vida persiguiendo celebridades y tomándoles fotos para las revistas de chismes, y me meterían preso por robar sostenes y subastarlos en eBay. No sería un galán, sino un cochino degenerado. ¿Cómo iba a fijarse en mí el ejemplar masculino más bello que existía sobre la Tierra? No tendría la menos oportunidad con él. Ni siendo chica ni siendo Regi.

Antes de echarme a llorar como una mocosa de jardín de niños a la que le habían robado su juguete favorito, me limpié los ojos con la manga y me fui. Sin embargo, antes de salir, corrí a su estudio y le robé un lápiz que hacía un rato lo había visto mordisquear. Me lo metí en el bolsillo y salí a hurtadillas, sin despedirme. No creo que él lo hubiese notado.

Tal vez trabajar en esa casa había sido una mala idea. Es decir, ¿cuánto podría soportar ver a mi amado intimar con otra persona? Sería Brian quien le cocinaría esa noche, no yo. Él se sentaría junto a su lado en el sofá y le masajearía los pies. Luego ocuparía el lado izquierdo de su cama y se fundiría en sus brazos, mientras yo pensaría en ellos desde mi pequeño y duro colchón..., desde mi diminuto y solitario apartamento.

Salí a dar una vuelta para despejar mi cabeza. Ni siquiera llevé el teléfono. ¿Para qué? Observé a una pareja caminar de la mano. Sonreían. Así como Brian me había sonreído en el supermercado. Así como yo le sonreía a Gabriel. Así como Gabriel le sonreiría a... ¿Le sonreiría a alguien?

Cuando llegué a casa, saqué mi cajita de tesoros de debajo de la cama y guardé el lápiz masticado. Gabriel no lo echaría de menos, con los miles de lápices idénticos en tamaño y forma que guardaba en su lapicero. Creí que ver mi colección Savage me alegraría, pero me equivoqué. Pasar tiempo con él me había vuelto más exigente. Ya no me conformaba con sus cosas. Lo

quería a él.

Mi vida me asqueaba. Mi casa también. Y mi apariencia de cirquera hippie dejaba mucho qué desear, con mi pelo castaño común, mis ojos marrones comunes y mi falta de refinamiento. Ni siquiera era alta (aquí venía el momento *emo* del día).

Cuando estaba con Nelson no me pasaban estas cosas. Nunca me había dormido llorando por él. Aunque sí por su causa.

La alarma no sonó. Me desesperé con la creencia de que me quedaban unos minutos para levantarme. Posé la vista en el reloj de pared y pegué un grito.

¡Faltaban cinco minutos para las once!

—¡Llegaré tarde! —Rodé como pelota fuera de la cama.

Abrí el armario y tomé lo primero que encontré: un vestido rosa con unas calzas violetas. Me puse mis zapatillas deportivas. No desayuné. Ni siquiera me pasé un peine por el nido de pájaros que tenía en la cabeza. Salí corriendo. El señor Savage detestaba la impuntualidad, así que prefería llegar a tiempo luciendo horrible que perder minutos arreglándome. Esperaba que no fuera demasiado severo conmigo.

Encendí el móvil en el ascensor. Lo había apagado el día anterior para ahorrar batería. Luego caí en la cuenta: ¿cómo iba a sonar la alarma?

«Qué inteligente eres, Blue».

Vi diez llamadas perdidas. Iba a fijarme el número, pero justo se abrieron las puertas del piso veintitrés, así que guardé el aparato en mi cartera.

—¿Hola? ¿Señor Savage? —dije asomada por la puerta.

Él se encontraba recostado en el sofá con un brazo sobre los ojos.

—Llegas tarde —susurró.

—Lo siento. Me quedé dormida.

Apartó su brazo y me vio de soslayo, sin decir nada. Ayer lucía tan feliz. ¿Qué había ocurrido con él?

—Vine en cuanto desperté. Ni siquiera tuve tiempo para desayunar —

continué.

Suspiró con pesadez.

—¿Acaso no sabes que el desayuno es la comida más importante del día?  
—me sermoneó.

—Temía que me regañara —musité con la cabeza gacha.

A veces me trataba como a una criatura de cinco años.

—Prepara unos *hot cakes* —se enderezó—. Para los dos. Y café negro. Yo tampoco he desayunado. De hecho, no he podido dormir. Así que comeré algo y me iré a la cama.

Lo noté extraño. ¿Habría discutido con su novio? Por las dudas, no quise interferir. Me tildaría de metida. Más extraño fue cuando entró a la cocina, dos minutos después, y se paró a ver lo que yo hacía en silencio. Se me hizo adorable.

—¿Se encuentra bien? —quise saber, al cabo de diez minutos.

Asintió. Se quedó de pie junto a mí. Por lo general, rehuía de mí. Se encerraba en su estudio y evitaba todo contacto conmigo. Sin embargo, últimamente, algo había cambiado en él. No lo notaba tan odioso como antes. Incluso su forma de verme era distinta. Por momentos lo pescaba con sus ojos sobre mí, como si acabara de conocerme.

—¿Por qué no contestabas? —preguntó una vez que nos sentamos a la mesa.

—¿Eh?

—Tu teléfono.

Jamás de los jamases me hubiese imaginado que él me llamaría. Revisé las llamadas perdidas. El nombre del señor Savage figuraba en cuatro de ellas. El resto era un número desconocido.

—Creí que se trataba de otra persona.

Nelson no había dejado de llamarme en los últimos meses, a pesar de haberle dejado en claro que no volvería con él, aunque que me pagasen un millón de dólares.

—Iba a decirte que no vinieras hoy. No había mucho para que hicieras.  
Su voz sonaba suave como el arrullo de las olas.

—Si quiere puedo ir...

—Quiero que te quedes.

—¿De veras? —Una luz de esperanza renació en mí.

Oh, el señor S quería que me quedara. Tenía ganas de ponerme a bailar como una maniática por toda la sala. Danzar, cantar, reír y tal vez imaginar que de verdad me quería allí con él.

—Ahora sí necesito que limpies algo.

Ya no quise bailar cuando me enseñó lo que ocuparía mis siguientes horas.  
Me dieron ganas de tirarme por la ventana.

—Pe... pero ¿qué sucedió aquí? —exclamé al entrar en el estudio.

## CAPÍTULO 8

# No puedo vivir sin ti

El piso del estudio me recordaba a la escena de un crimen. De no ser por el olor a vino, hubiera pensado que alguien se había desangrado en la alfombra. Una copa rota había dejado sobre ella sus esquirlas. Tardaría un buen rato en quitarlas. Y los libros... Parecía que estos, cansados de su aletargada existencia en las estanterías de caoba, habían decidido lanzarse al abismo. Sus cuerpos de papel yacían agonizantes en un mar de merlot.

—¿Qué sucedió aquí?

Gabriel miró hacia otro lado, quizá con vergüenza.

—Mala noche —se limitó a decir—. No enciendas la computadora. Tiene clave.

Se retiró a su cuarto antes de que pudiese contestarle y cerró la puerta.

Traté de asear sin hacer ruido; me tomó varias horas. No recordaba el orden exacto de los libros, pero sí los había acomodado por género. La sección de romance había quedado más o menos igual que antes. Si tardé fue porque me entretenía leyendo. Una vez que terminé, fui a cerciorarme de que Gabe siguiera durmiendo. Primero apoyé la oreja en su puerta y, al no escuchar ruidos, la abrí apenas y metí la mano para sacar unas cuantas fotografías con mi teléfono.

Como dudaba que él fuera a despertar enseguida, regresé al estudio y me quedé contemplando los cajones cerrados por diez minutos, antes de decidir

inspeccionarlos. Sabía que mi jefe reprobaría mi comportamiento pero, al igual que con lo de su habitación, lo que ignorara no lo dañaría. Recordé la voz de mi amiga diciéndome que me comportara como alguien normal.

—No haré lo que me digas. Solo eres una voz en mi cabeza. Ni siquiera eres la verdadera Lena.

Me arrodillé y abrí el último cajón. Ojeé una carpeta llena de contratos editoriales y volví a dejarla en su sitio. En el segundo cajón hallé una pila de cuadernos llenos de ideas para libros y algunos textos cortos. Anotaciones, listas con nombres para personajes, listas con posibles títulos para sus obras... Al parecer, su mente no dejaba de inventar cosas. Había ideas muy buenas ahí. Me tomé la libertad de escribir en uno de los márgenes: «escribe una historia sobre mí» y luego dibujé una carita que guiñaba el ojo. Me mataría, pero no me importaba.

Cada dos minutos volteaba la cabeza hacia la puerta. El silencio reinaba en la casa. Si Gabe llegaba a salir de su dormitorio, lo escucharía. Igual, me temblaban las manos. Seguí revisando, en busca de la fotografía delatora. «Tiene que estar por aquí».

Quedaban dos cajones por abrir. Uno de ellos tenía llave. El otro me dejó boquiabierto cuando descubrí su contenido.

«¡Palitos de la selva!». El cajón rebalsaba de caramelos. Metí la mano y tomé uno. Luego me detuve. ¿Qué tal si los tenía contados el muy maniático? «Regina, había ciento cuarenta y siete palitos de la selva en ese cajón y ahora hay ciento cuarenta y seis. ¿Qué sabes al respecto?». Mejor lo dejaba. Ya me compraría una bolsa cuando recibiera mi sueldo. Dos bolsas. Y se las restregaría por la cara. *Wajajaja*.

—Hola, Regina.

Cerré el cajón de golpe y giré, sin notar que mi preciosa pulsera de mariposa había quedado atascada.

—¡Brian! Hola. —Sonreí aliviada.

Casi gritaba del susto.

Por su pelo revuelto deduje que acababa de levantarse. Vestía solo unos pantalones cortos y tenía el dragón al aire. Quiero decir, lucía el tatuaje del dragón como uno de esos guerreros de sagas de romance paranormal. Trague saliva e intenté no babear. Me gustaba, pero al que amaba era a su novio. Tuviese tatuaje sensual o no.

—¿Cómo te está tratando Gabe?

—¿Bien? —contesté.

Rio. Su risa sonó como una canción suave y melodiosa. Mi pecho se llenó con algo similar al chocolate derretido. «¿Por qué nunca te ríes así, Gabe?».

Caminó hacia mí y me puso las manos sobre los hombros.

—¿Segura? Porque si dice o hace algo que te moleste, lo puedo poner en su lugar. Como verás, estoy bien entrenado. Llevo años de *kick boxing*.

—Vaya. Tú y mi ex podrían llevarse bien. Él es instructor de artes marciales.

—¿Pero ya no sale contigo? —preguntó entornando los ojos.

Sacudí la cabeza con energía.

—Ufff. Me alegro. Así no tenemos que batirnos a duelo —comentó riendo con música otra vez.

Si no hubiera pensado que él era gay, habría asegurado que coqueteaba conmigo. ¿Batirse a duelo con Nelson? No se lo recomendaría a nadie. Y menos a un chico con una cara tan bonita. Nelson odiaba a los hombres lindos con toda su alma porque cuando era niño le habían roto la nariz de un trompazo y le había quedado torcida. Desde entonces, su madre le decía que había quedado horrible y que ninguna mujer guapa desearía estar con él porque a las mujeres les gustaban los hombres guapos. Así que él se dedicó a romper caras solo por venganza.

—Brian.

El señor Savage lo llamó desde la sala.

—Ya despertó el ogro. —Se alejó unos pasos—. Supongo que será mejor que me vaya. Él querrá trabajar y yo lo *distraigo*. ¿Por qué crees que no tengo



mi batería aquí? Me lanzaría por la ventana.

Ambos reímos.

—Nos vemos, preciosa. —Me guiñó el ojo.

—Cuídate. —Quise saludarlo con la mano. Quise, pero no pude porque la tenía atorada en el cajón de las golosinas. Tiré de él y la pulsera no salió.

Justo cuando pensaba abrirlo para liberarme, Gabe apareció en el estudio.

—¿Por qué no preparas un poco de café? Me pondré a escribir.

—Eh, sí —dije, pero no me moví.

Permanecí ahí parada, con la mano atrapada a mis espaldas y rezando que él no la viera. Si abría el cajón, este rechinaría. ¿Por qué no la había sacado antes? Brian no me habría dicho nada. Ah, claro. Los abdominales bien marcados del baterista me habían provocado una leve conmoción cerebral.

Gabriel también se había quedado parado, con una expresión incierta.

Dio un par de pasos hacia mí.

¡No, no, no, no, no! No podía atraparme con mi mariposa en sus golosinas. Sabría que había estado hurgando en sus cajones, por ende, me calificaría como una mala empleada. ¿Cuánto tardaría en encontrar un reemplazo de mí? ¿Dos o tres horas? Seguro contrataría a la viejita del piso veintidós. Parecía un buitres con el pico abierto, a la espera de un trozo de Gabriel.

De pronto, el milagro: mi salvador Brian acudió a mi rescate sin saberlo.

—Ey, Gabe, ven un segundo.

Largué todo el aire de mis pulmones cuando el jefe me dejó sola. Me apresuré a abrir el cajón y sacar mi preciada pulsera de ahí, y corrí hacia la cocina para encender la cafetera. No había encontrado la fotografía de mí misma robando el calzón en el hotel, pero me había salvado de ser descubierta.

Al día siguiente, antes de las tres (dos y cincuenta y ocho, para ser exacta), el señor Savage se sentó en el sofá y me invitó a acompañarlo, dándole palmaditas al asiento de al lado. Una actitud intrigante, proviniendo de él. Me

pregunté si Brian le habría hablado de nuestra posible cita, pero no lo mencionó. Mejor así. No me gustaba la idea de que engañara a Gabe conmigo. Si Brian quería salir con chicas para tener fama de *playboy* y experimentar el famoso desenfreno rockero, allá él. Yo no deseaba tener que ver en el asunto. Ya me había hecho famosa en Internet por quemar las partes privadas del señor Savage. No quería que me reconocieran también como la que había ayudado a romperle el corazón.

—Veamos tu dorama, pues —comentó, poniendo el canal Pasiones—. Quiero ver de qué se trata.

—¿En serio? —Me había tomado desprevenida.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Parece divertido.

¿Diversión? ¿Había oído bien? Me pareció genial que ampliara sus horizontes conmigo. Admitió que jamás había visto un dorama antes, pero no le parecían malos. Al final del episodio, escribí una lista de todos los que debería mirar.

—Eso lo ayudará a tener ideas nuevas —dije.

—Son muchos —manifestó, recorriendo los nombres con la mirada.

—Así es como me siento yo al leer su lista interminable de quehaceres —informé—. Bienvenido a mi mundo.

—Hagamos un trato: tú cumples con mi lista y yo, con la tuya. ¿De acuerdo? —Me tendió la mano.

Emití un pequeño grito de emoción. No solo por lo que me había dicho, sino también por la corriente eléctrica que sacudió mi sistema nervioso al estrechar su mano. ¿Cómo se sentiría si la pasara por otras partes de mi cuerpo?

—¿Entonces verá los doramas? —inquirí acalorada.

—Si cumples con tu trabajo, te dejaré mirarlos conmigo.

Volví a gritar y él meneó la cabeza.

—Ahora, si me disculpas... Tengo trabajo pendiente. —Se levantó—. Y tú

también. Quiero esos pisos relucientes.

—¡Sí, señor!

Tal y como habíamos pactado, cada uno cumplió con la lista del otro. Él seguía añadiendo quehaceres y yo, doramas. Hacia el final del mes, leíamos con una sonrisa la lista del otro mientras tachábamos lo que íbamos cumpliendo. Todas las tardes, sin falta, nos acomodábamos en el sillón a mirar la tele. Después, regresábamos a nuestras respectivas tareas. A veces, veíamos varios episodios seguidos y yo me quedaba haciendo horas extra. Pero no me molestaba. Supuse que a él tampoco.

Nuestra relación, fría en un principio, fue tornándose amena. A él le gustaba conversar sobre los personajes y, a menudo, me preguntaba si alguna idea que se le había ocurrido sería interesante para un libro. En ocasiones, me enviaba mensajes por teléfono para decirme que se había quedado despierto toda la noche por mi culpa, y yo me reía, feliz de que al fin hubiéramos encontrado algo en común.

De vez en cuando recibía mensajes extraños, de números desconocidos. Los borraba de inmediato y trataba de olvidarme de ellos. Uno decía «Te estoy buscando». Se me puso la piel de gallina al leerlo.

Una noche, el teléfono sonó a las tres de la mañana. Pensé que se trataba del insomne de Gabriel, con ganas de charlar un rato.

—¿Problemas para dormir? —pregunté, sin mirar el número.

—¡Gina! —gritó alguien al otro lado de la línea.

Me senté de golpe al reconocer esa áspera voz.

—¿N... elson? —Se me cortó la respiración.

—Dime dónde estás. Quiero llevarte tus cosas.

—No —musité.

—Vamos, nena. Tengo ganas de verte. ¿No me extrañas?

Negué con la cabeza.

—No deseo verte, Nelson. Nunca más —espeté armándome de valor.

Me temblaban las rodillas.

—No seas terca, Gini. Ambos sabemos que soy lo único que tienes. Tus padres no te quieren. Tu única amiga no puede recibirte porque está llena de hijos. Estás sola en el mundo, amor. Solo yo te amo lo suficiente para cuidarte. Déjame hacerlo.

—¿Así como cuidaste de mí los pasados ocho años? No, gracias. —Quería apagar el teléfono, pero no podía moverme. Ni siquiera era capaz de llorar.

—Olvidemos los últimos meses. Empecemos de nuevo. Te amo, bebé. ¿Por qué no regresas conmigo? Será como si no hubiese pasado nada. Lo prometo.

—Olvídalo. —Debía ponerme firme. Agradecía tenerlo a kilómetros de distancia.

—No puedo vivir sin ti. Me estoy muriendo, nena. Cada día sin ti es una tortura.

—Lo hubieras pensado antes —repliqué molesta.

Una tortura era soportar cada día a su lado. Ya no toleraba sus abusos. Lo único que quería de mí era que fuera su sirvienta, mientras salía de juerga todas las noches a apostar su sueldo, a emborracharse con sus amigos y a acostarse con prostitutas. Y a mí, que ni siquiera se me ocurriera asomar la cabeza por la puerta o armaba un escándalo. No podía llevar escotes, usar maquillaje ni tacos altos. Me estaba prohibido tener amigos, hacer sola las compras o trabajar. Solo le había faltado ponerme unos grilletes.

—Por favor...

¿Nelson rogando? De tenerlo enfrente, sus ojitos azules hubieran hecho estragos conmigo. Luego de pegarme siempre se arrepentía. Me compraba flores, bombones... después de llamarme «puta barata» por haberme atrevido a usar una minifalda, me había regalado un collar. Podía ser dulce cuando quería y romántico. Cuando solía amarlo, lo perdonaba. Sin embargo, ya no sentía nada por él. Era más, al recordar cómo me había tratado, lo despreciaba. Y me despreciaba a mí misma por habérselo permitido.

—Adiós, Nelson.

—No te atrevas a colgarme —amenazó.

No respondí. ¿Qué podía hacerme?

—¡Regina! ¡Reg...

Apagué el teléfono y lo tiré a los pies de la cama. Respiré hondo e intenté relajarme para volver a conciliar el sueño. Él no me encontraría. Ni siquiera mis padres sabían a dónde me había mudado. Solo Lena, y ella no sería tan tonta de decirle a Nelson nada sobre mí. Lo odiaba más que yo.

Cerré los ojos y me concentré en visualizar el rostro de Gabriel. Lo imaginaría sonriendo como Brian. Sonriéndome.

«Olvida a ese tonto de Nelson. Ahora me tienes a mí». «Te amo, Gina». «Cásate conmigo».

Me dormí al amanecer.

—Mierda, mierda, mierda. —Me vestí lo más rápido que pude. Creo que me puse una media roja y otra verde, y cualquier zapato que encontré.

Me había despertado tarde. Muy tarde. Fui comiendo una fruta en el camino. Llegué al mediodía, con la esperanza de que Gabe no me dijese nada por no haber preparado su almuerzo. Existía el *delivery*.

Casi me desmayo al entrar a la cocina.

—¿Qué ocurrió aquí? —gemí, al ver un reguero de harina por todas partes.

Los pisos, la mesa, las encimeras..., todo había quedado blanco. Incluso el señor Savage.

—Intenté hacer un pastel —dijo con desaliento.

No podía dejar solo a ese hombre. Él, más que una mucama, necesitaba una niñera. El incidente con el pollo el primer día había sido gracioso; pero limpiar el hollín del techo, piso y paredes, no. Lo mismo con el desastre del estudio. Y esto...

Bueno, parecía haberlo hecho a propósito.

—¿Por qué? —susurré, sin lograr comprender su comportamiento.

Él se limitó a mirarme con los labios ligeramente curvados hacia arriba.

—Tuve una noche pésima.

## CAPÍTULO 9

# Berto Bertolucci, taxiboy, estilista y guardaespaldas

Me tomó casi toda la tarde limpiar. Para hacerlo ameno, me puse los auriculares y me concentré en la música de otro de mis amores platónicos, Ricky Martin. La ventaja: podía subir el volumen tan fuerte como me diese la gana y Gabriel no escucharía nada. Así que no podría criticar mis gustos musicales, no lo interrumpía y ambos disfrutaríamos en nuestro propio universo.

Para las seis, la cocina y la sala relucían. No podía negar que me había divertido. Me paseé por toda la casa con la escoba, al ritmo de la música y, antes de darme cuenta, me encontré parada sobre la cama del señor Savage usando un peine como micrófono.

—*Eres tú, lo mejor de mi vida eres tú... lo mejor de mi vida eres tú...*

Me encantaba esa canción. Ya la había escuchado veinte veces seguidas y no podía dejar de cantarla cada vez. Mi público invisible la pedía a gritos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Regina?

—¡Aaaaaahhhh! —grité al verlo apoyado en el marco de la puerta.

Y yo que creía que se encontraba en su estudio tecleando como poseído.

Bajé de la cama con el rostro ardiendo por la vergüenza. ¿Acaso tenía el don para hacer enojar al hombre? Sin duda. Ya me estaba convirtiendo en

una profesional.

—¿Qué te dije acerca del ruido? —preguntó con una excesiva amabilidad. Sospechosa amabilidad—. Estoy tratando de trabajar.

—Lo siento.

—Hasta los de planta baja debieron de haberte oído cantar.

Agaché la cabeza.

—No volveré a hacerlo.

—Siéntate.

Obedecí. Se sentó a mi lado. Nuestras piernas se rozaron sin querer y yo hice todo lo posible por no pensar en arrancarle los pantalones con los dientes.

—¿Por qué llegaste tarde esta mañana?

Ahora se le ocurría preguntarme. Bien, que comenzara la hora del drama.

—Mi ex me llamó anoche. Quiere que vuelva con él.

Gabriel, al igual que yo, miraba hacia el piso. No se movió. Ni siquiera parecía respirar.

Al cabo de uno o dos minutos, preguntó:

—¿Volverás con él?

—De ninguna manera —exclamé—. ¿Sabe las cosas terribles que me ha hecho?

—No. No lo sé.

Inspiré hondo y me preparé para mi diarrea verbal.

—Es un hombre manipulador, controlador y celoso. Me daba miedo, ¿sabe? No se supone que nuestra pareja debiera asustarnos. Él quería que yo hiciera todo lo que decía. *Por mi propio bien*. No me dejaba salir sola, no me dejaba tener amistades, no me dejaba trabajar, no me dejaba hacer nada que él no supervisara. Un día me enfadé y lo insulté frente a sus amigos. Lo llamé *cara de pene*.

Gabriel no sabía si reír o no. Admito que sonó gracioso cuando lo dije. Decidió mantener la seriedad luego de que me levanté la manga y le enseñé



una cicatriz redonda y blanquecina.

—¿Eso es...

—Una quemadura de cigarro.

Frunció el entrecejo.

—Si usted no me hubiera dado este empleo, probablemente habría aceptado su oferta —proseguí.

—¿Habrías regresado él? —preguntó espantado.

—Usted no entendería —susurré.

—Pruébame.

Dicho esto, lo imaginé tendido en la cama en tanga de leopardo y con las muñecas esposadas, mientras yo le untaba chocolate derretido. Quité la imagen mental de mi cabeza antes de que se diera cuenta de mi enfermiza obsesión.

—Estoy sola, señor Savage —dije en forma automática. Lo había escuchado tantas veces que había terminado creyéndomelo—. Nelson es el único que me quiere...

—Eso no es cierto.

Alcé la vista y nuestras miradas se encontraron.

«Dígalo. Diga que me quiere».

Él carraspeó.

—Me refiero a que tienes familia, ¿no? ¿Amigos?

Sentía que una mano invisible me oprimía la garganta.

—A mi amiga Lena; pero ella tiene sus propios hijos, su esposo, su trabajo... —Diablos, odiaba hablar de eso. Hacía que me ardieran los ojos—. Odiaría ser un estorbo para ella. Y con respecto a mi familia, me echaron de casa. Hace años que no quieren saber de mí.

—¿Por qué te echaron?

—Quedé embarazada —dije con cierto pudor.

—Ese no es motivo para echar a su hija a la calle.

—Cuando tienes un padre alcohólico que apenas se tolera a sí mismo y una

madre sometida que se deja golpear por cualquier razón, haces lo que sea por escapar. Aunque cometí el error de irme con un hombre exactamente igual al que dejaba atrás.

—Lo lamento. —Gabriel presionó mi mano.

Me sequé los ojos con los dedos.

—¿Qué pasó con el bebé? —preguntó.

—Lo perdí. Pero no fue culpa de Nelson. Sufrí un aborto espontáneo mientras estaba fuera de casa. Después de eso, él cambió. Se volvió demasiado protector y comenzó a beber con más frecuencia. Supongo que se echó la culpa por no haber estado conmigo en ese momento. Se había ilusionado mucho con ese bebé. Quería que se llamara Troy como el de *High School Musical*. —Reí con tristeza—. A pesar de que tengo una amiga, sé que no puedo contar con ella por completo. Nelson fue el único que me aceptó cuando ni siquiera mis padres me querían. Me dio un hogar. Cuidó de mí, a su manera. Bueno o malo, es la única persona que tengo en el mundo.

—No lo es. —Me quitó el cabello del rostro con delicadeza—. Él no es la única persona, Regina.

Lo miré llena de expectación. «Por favor, dígalo. Diga lo que quiero oír».

—Ahora me tienes a mí —prosiguió—. No seré tu familia ni tu mejor amigo, pero puedes contar conmigo.

Las lágrimas que había estado tratando de contener se salieron de control. Se me escaparon y ya no fui capaz de retenerlas.

—Gracias. —Sonreí.

Me sonrió de vuelta.

—La casa se sentiría un poco vacía si te fueras —admitió.

Y eso fue todo. Hasta ahí llegó mi control. Me puse a llorar como una condenada.

—Ya cálmate, chica *blue*, o los vecinos pensarán que te estoy haciendo daño. O peor aún, pensarán que el que llora soy yo.

Qué lindo, incluso trataba de hacer chistes. No creí que tuviera algún

sentido del humor. Aunque sus novelas tenían partes graciosas. Un momento. ¿Me había llamado *chica blue*? ¿Eso quería decir que sabía que había sido yo la de las cartas de amor? ¡¿Me había descubierto?!

—Ven. —Tomó mi mano y me arrastró fuera del cuarto.

—¿A dónde me lleva?

—A cenar. Yo invito. Así que seca esas lágrimas y pon una sonrisa en tu cara.

—¿De veras?

—Sí, ¿por qué no? Es viernes por la noche y ninguno de los dos tiene planes. Hay un restaurante italiano a una cuadra. Podemos ir allí, si te parece bien. La comida es buena.

Asentí, feliz. Por fin iba a poder conversar con él sin que el trabajo se interpusiera. Estaríamos uno frente al otro en un ambiente propicio. Planeaba hacerle miles de preguntas. Tal vez, si lo hacía beber vino, bajaría la guardia. Y luego... Ñam.

Tomé mis cosas y, cuando estábamos a punto de salir, algo pareció estrellarse contra la puerta.

—¿Qué fue eso? —pregunté con el corazón exaltado.

—Quédate aquí. —Gabriel me alejó de la entrada y fue a abrir.

—Espere. —Le advertí—. ¿Y si es un ladrón? ¿O un asesino?

—No lo creo.

—¿Qué tal si es una criatura monstruosa con cuernos y dientes como navajas?

—Diría que tienes más imaginación que yo.

Abrió la puerta y alguien se desplomó en el piso, justo delante de nosotros. No se trataba de ningún monstruo.

—¡Brian! —Gabriel se arrodilló junto a su novio medio muerto y mi mundo se vino abajo—. ¡Brian! ¿Qué pasó? ¿Te encuentras bien?

La preocupación que noté en él demostraba lo mucho que lo amaba. Y yo que planeaba seducirlo. ¡Era obvio que no me haría caso! Gabe olvidó mi

presencia en cuanto su querido baterista atravesó la entrada.

—Sí, *mamá*, estoy bien. Solo salí con los chicos.

Gabe lo ayudó a levantarse.

—Estás ebrio.

—Claro que no. —Alzó la mirada hacia mí—. Hola, bebé, ¿cómo estás? ¿Quieres que nos divirtamos un rato?

—Apesta a alcohol —masculló mi jefe, llevándolo al sofá. Luego se aproximó a mí—. Lo siento, Regina. No puedo dejarlo solo en esa condición.

«Recórcholis. Esto se pondrá *yaoi*<sup>[1]</sup> muy pronto», me dije.

—Podría quedarme y hacerles algo de comer —sugerí.

—Sí, quédate, Gina. No me dejes solo con este tipo —farfulló Brian, tratando de levantarse—. Quédate y juguemos al póker desnudo.

—Mejor vete —dijo Gabriel, empujándome con amabilidad hacia el hall. Metió la mano en su bolsillo y me dio unos billetes de cien con una mirada culposa—. Ten, para el taxi y la cena. Dije que yo invitaba.

A continuación, cerró la puerta.

Y no la volvió a abrir.

Guardé el dinero en mi bolso, imaginando que Gabriel ni siquiera lo había contado. Supuse que la aparición de Brian lo había puesto nervioso.

—Me pregunto qué estarán haciendo ahora.

Sacudí la cabeza para quitar la imagen que se había formado en mi mente. Lo más probable era que ambos estuvieran pasando un momento mágico. A Gabriel debía avergonzarlo que yo lo viese cariñoso con su chico. Por eso me había pedido que me fuera.

—Quería cenar con él —me quejé, saliendo del ascensor.

Ahora no lo vería hasta después del fin de semana.

Llamé a Lena desde el taxi.

—¿Quieres venir a casa? Salí temprano del trabajo. Pediré una pizza.

—Uh. Lo siento, Gina. Tengo a Sammy enfermo. Quizás otro día...

—De acuerdo. Que se mejore.

Suspiré y miré por la ventanilla. Ahí estaba el restaurante al que iba a ir con mi jefe.

—Déjeme aquí —indiqué al taxista.

No me quedaría sin mi cena.

En cuanto entré, el aroma a pizza me abrió el apetito. Me pareció el sitio perfecto para una velada romántica con mi jefe homosexual: música baja, velas, flores...

Un camarero con acento italiano me sentó en una mesa para dos, en una esquina.

—¿Espera a alguien la *signorina*?

—No esta noche.

—¿La dejaron plantada?

—Podría decirse.

—¡Berto! —gritó con voz aguda, haciendo que yo saltase de la silla—. ¡Berto!!!

Un joven de unos veinticinco años apareció frente a nosotros, vestido con unos pantalones cortos, delantal, un chaleco negro sin nada abajo y moñito rojo.

—Hazle compañía a la dama.

—Espere, no es necesario —dije.

Pero él ya se había ido y Berto se había acomodado frente a mí. ¿Acaso me habían visto cara de desesperada?

—Por lo general, son las señoras viejas las que me solicitan.

Sonreía mostrándome todos los dientes.

—Yo no te solicité. Vete.

—Una chica sentada sola en una mesa clama por atención masculina. En especial, con ese vestido.

Me crucé de brazos para ocultar mis pechos. ¿Qué clase de restaurante era este?

—No pagaré por tu compañía. ¿Entiendes? No soy esa clase de chica.

Él se encogió de hombros.

—Por lo que me importa...

—Oye, eso es grosero.

—Si no pagas por mí, tampoco obtienes el paquete de personalidad encantadora.

—Por lo que me importa... —lo imité haciendo una mueca.

Él rio tan fuerte que los comensales de las otras mesas se dieron vuelta para vernos.

—Me agradas. ¡Me agrada esta chica! —exclamó, señalándome.

Me deslicé por el asiento hasta que mis ojos quedaron a la altura de la mesa.

—Pues tú no me agradas —murmuré.

—¿Y quién sí? Ah, ya sé. Déjame adivinar: como yo tengo el pelo negro, deduzco que deben de gustarte los rubios. Mi talento natural para atraer mujeres no te impacta, por lo que supongo que los prefieres fríos y malhumorados. Tu tipo es el que se refugia en la soledad de su departamento, en un piso veintitrés.

No supe qué decir.

—Pero, ¿qué...?

—¿Te sorprendí con mi capacidad de observación?

—¿Me has estado observando? —Alcé la voz.

Él se inclinó sobre la mesa.

—Digamos que sí. También conozco al señor Savage.

—¿En serio? —Su mención agitó a la fan que tenía dentro.

—Lo odio.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te ha hecho?

Berto dejó escapar una risita entre dientes.

—Nunca quiso ser mi amigo. Siempre que lo persigo por la calle para saludarlo, sale corriendo.

—Y con razón —murmuré, examinándolo.

Yo también escaparía de ese tipo de ojos saltones, rulos negros que parecían tener vida propia y bigotito estremecedor.

—¿Cómo te llamas, *principessa*?

—Regina. Pero todos me llaman Gina.

—Es un *plazer* —dijo. E hizo una reverencia.

Por suerte, Berto no me cobró por su compañía o lo hubiera castrado con la cuchara de la sopa. Resultó ser una persona graciosa. Me hizo reír mucho.

—Ya sabes, Gina, si un día necesitas mis servicios, no dudes en llamarme.

—Al despedirnos, me entregó una tarjeta con su teléfono.

—Berto Bertolucci —leí—. *Taxiboy*, estilista y guardaespaldas.

## CAPÍTULO 10

# Mi bella dama

**E**l sábado por la tarde recibí una llamada de mi mejor amiga:

—Adivina lo que hice —dijo, con picardía.

—¿Un pastel?

—Algo mejor.

—No hay nada mejor que un pastel. Oh, espera. Sí lo hay: dos pasteles — bromeé.

—No hay pastel.

—¿Qué hiciste? —quise saber, con el terror que esa pregunta conllevaba. Nunca hubiera imaginado su respuesta.

—Te organicé una cita a ciegas.

—¡¿Qué?! —Quedé con la boca abierta.

Esas cosas nunca terminaban bien.

—Esta noche a las diez, en el club Noir. Él lo escogió. Tiene buen gusto. Te esperará en la entrada con una rosa blanca. De nada.

—¿De dónde sacaste a ese tipo? ¿Y... y... si me rehúso? ¿Cómo me organizas una cita con un completo extraño? ¿Acaso te volviste loca?

—Tranquila, niña. Te inscribí en un programa de citas en Internet.

—¿Hiciste ¡qué!? —Mi voz se agudizó cinco veces más de lo normal.

—Estuve haciéndome pasar por ti y hablé con él varias veces en el chat. Al parecer es guapo, soltero y vive cerca de tu casa. Además, es muy simpático.



No se parece en nada a tu jefe.

En mi cara se formó una mueca de disgusto.

—¿Cómo se llama? —inquirí de mala gana.

—*Gatito Salvaje*.

—¿Es un chiste?

—Es su *nick*. —Suspiró—. Olvidé preguntar su nombre.

—Qué bien, Lena.

—Debes ir. Se lo prometí. Y tú me lo prometiste a mí. ¿Recuerdas?

—Está bien —accedí, después de media hora de súplicas—. Me encontraré con el Gatito ese.

—Wiiiiii.

—Pero más te vale que no sea un pervertido. Y no te prometo que vaya a divertirme. Lo más seguro es que lo pase mal. Muy, muy mal, señora.

Miré el reloj. Todavía me quedaban dos horas para la descarada cita. A menos que se tratase de mi Gabriel, no manifestaría interés de ninguna clase. Pero quería hacer feliz a mi amiga. Después de todo, lo había hecho con buenas intenciones.

Busqué un atuendo decente. Ni demasiado revelador (por si el tipo resultaba un degenerado), ni demasiado soso (por si llegaba a gustarme). Opté por unos pantalones negros ajustados y una blusa celeste. Un poco de lápiz labial no me mataría. Y rímel. «¡Qué diablos, me pondría bella por una noche!». Si lo veía y me desagradaba, me iría de allí y luego haría que Lena se disculpase en mi nombre.

Había pocos momentos en mi vida en los que me sentía bonita. Este era uno de ellos. No me reconocí en el espejo. ¿De veras era yo? Me contemplé durante un largo rato.

—Linda —me dije por primera vez en mi vida.

Antes de salir, me saqué una *selfie* para colgar en mi muro de Facebook. Quería recordarme así. Quizás, accidentalmente, se la mostraría a mi jefe para

que viera lo que se perdía.

«¿Y si se la envío?».

Antes de que mi sentido común regresara, oprimí el botón «enviar» a Gabriel, con la frase «¿Adivine a dónde voy?».

El club quedaba a cinco cuadras de casa, por lo que preferí caminar. Vivía en una zona comercial, así que había gente por todas partes.

Mi móvil sonó al minuto y medio, con el siguiente mensaje:

Señor Savage: «¿A dónde?».

Breve, conciso. Muy Savage.

Regina: «A una cita a ciegas que arregló mi mejor amiga. ¿De casualidad no será usted GatitoSalvaje?».

Tal vez debí omitir la pregunta, pero me carcomía la curiosidad. ¿Qué tal si contestaba que sí?

En las siguientes cuadras me acompañó un silencio absoluto. Me quedé mirando la pantalla, aguardando que dijese algo. Ya a punto de llegar a mi destino, recibí una respuesta.

Señor Savage: «¿No me digas que no sabes el nombre del sujeto con el que saldrás?».

Regina: «GatitoSalvaje».

Señor Savage: «Eso no es un nombre!!!!».

¿Se habría enfadado? Bueno, no tenía ningún motivo. ¿O sí? Aunque había usado muchos signos de exclamación.

Regina: «La culpa es de Leña».

Maldito corrector.

Señor Savage: «¿Leña? ¿Cuál leña? ¿Acaso harás una fogata?».

Agh. El perfeccionista no toleraba el desorden ni los errores tipográficos.

Regina: «Lena!!!! El corrector cambió el nombre».

Enseguida me llegó su contestación

Señor Savage: «lol».

Quería que él fuera el hombre con el que me encontraría. Lo ansiaba con desesperación.

A continuación, recibí otro mensaje.

Señor Savage: «Si llegas a tener problemas con tu cita, solo llámame. No importa la hora que sea».

Miré la pantalla sin poder creerlo.

Regina: «¿Habla en serio?».

Temí su respuesta. El teléfono sonó enseguida.

Señor Savage: «Pruébame».

Oh, sí. No había nada que quisiera más que probarlo. Esa palabra me produjo una intensa oleada de calor. Me abaniqué un poco y guardé el teléfono mientras buscaba entre la gente al chico con la rosa blanca. Esperaba que no fuese demasiado horrible; y no solo en apariencia, sino por dentro. Mi amiga no tenía buen gusto. Bastaba con conocer a su esposo *cara de pescado*: además de feo, le metía los cuernos.

Me aproximé al club y solté un silbido al ver la fila de diez metros. Me tomaría una eternidad ingresar. Para entonces, mi cita habría desaparecido y yo regresaría a casa con el rabo entre las piernas.

Alguien puso una rosa ante mis ojos. Seguí con la mirada la mano que la sostenía.

—No. Puede. Ser.

—Hola, Gina bella.

Él llevaba un traje negro que le ajustaba de maravilla y un peinado despeinado que le quedaba genial.

—¿Brian? ¿Tú eres *Gatito Salvaje*?

—Sí. —Esbozó una sonrisa angelical, tan luminosa que casi me dejaba ciega—. Lo siento. Pensé que una cita a ciegas sería la mejor forma de que accedieras a salir conmigo sin tener que pedirle permiso a tu *jefe*.

No supe qué decir. ¿Acaso estaba engañando a Gabe? ¿Conmigo? De pronto la idea me hizo sentir mal. «Cálmate, Regina», me dije. «No te acostarás con él. Solo será una cita». No tenía por qué mortificarme. Por todos los cielos, se trataba de Brian.

Le devolví la sonrisa.

—Estás hermosa —dijo.

Hacía tiempo que nadie me lo decía. Por su expresión, sospeché que me había ruborizado.

—Gracias.

Me tomó de la mano y entramos al club sin hacer la fila. Nos acomodamos en una mesa ubicada en un rincón. Escuchamos buena música y cenamos sushi. Y, dos horas más tarde, nos reíamos a carcajadas, ya fuese por el alcohol que habíamos bebido o porque Brian se esforzaba para que lo pasara bien.

—¿Quieres bailar? —preguntó.

—Uh, no lo sé. Temo no poder coordinar mis movimientos.

Siempre que bailaba con alguien terminaba chocándome con él o cayéndome al suelo. Y tener zapatos altos no ayudaba. La próxima vez me pondría mis fieles zapatillas deportivas.

—No te preocupes, yo te guío.

Se portaba como si en efecto estuviese interesado en mí. Pero él no podía estarlo. No debía. Durante toda la cita había tratado de ignorar mi sospecha.

Me dejé llevar por su simpatía, por su amabilidad, suponiendo que lo hacía por pura amistad y no porque en verdad yo le gustase. Quizás pecaba de ingenua.

Me sujetó de la cintura y caminó detrás de mí hacia la pista de baile. Su aliento caliente en mi nuca me producía cosquilleos. Cerré los ojos e imaginé que no se trataba de él, sino de Gabriel. Había algo muy similar en los dos que no supe descifrar. Tal vez usaban el mismo perfume. Sí, eso debía ser. Al vivir juntos habían adoptado, además, gestos similares. Cómo fruncían las cejas, su modo de mover las manos cuando hablaban y ese *no sé qué*.

Era obvio que no pensaba con claridad. Había bebido mucho. La música me aturdía. Y la intensidad de su verde mirada me introdujo en una especie de sopor o alucinación de la que no quería salir.

«Gabriel», pensé, envolviéndole el cuello con mis brazos.

Brian no se apartó. Al contrario, me sujetó con fuerza contra él y, aprovechando el cálido momento entre ambos, me besó. ¿Cuántas veces había soñado con el momento en el que Gabriel Savage me tuviera entre sus brazos? Miles. Millones. Miles de millones.

Solo había un problema: el que me metía la lengua en la boca no era él.

«¡Oh, por Dios! ¡Me estaba besuqueando con el novio de mi jefe!».

Lo solté de inmediato al notar su excitación contra mi cadera.

—¿Ocurre algo? —quiso saber, haciéndose el desentendido.

—Lo siento. No puedo hacer esto. —Me alejé de él. Tenía que salir de ahí antes de cometer una tontería.

—Espera. ¿Por qué? —Me siguió entre la gente.

¿Y tenía el tupé de preguntarme eso?

—No puedo hacerle esto al señor Savage —mascullé, sintiéndome la peor escoria de la humanidad. Es decir, Brian podía engañarlo, pero ¿por qué tenía que ser precisamente conmigo?

Salí corriendo de Noir con el chico lindo pisándome los talones.

—Gina, aguarda. —Lo oí llamándome.

Lo ignoré y seguí corriendo. Lo que hacía estaba mal. Tenía que advertirle a Gabe la clase de hombre con el que se había metido antes de que saliera lastimado. Mi pobre ángel. No soportaría verlo con el corazón destrozado porque un playboy bisexual jugó con sus sentimientos.

Llamaría a su puerta. Él abriría y entonces le contaría todo:

*—Señor Savage, ¿recuerda que hoy tenía una cita a ciegas? Pues resulta que se trataba de su novio, Brian.*

*—¿Cómo dices?*

*—Él me besó. En los labios. Y... al parecer le gustó bastante, no sé si me explico.*

*Un torrente incontrolable de lágrimas empaparía sus perfectos pómulos.*

*—Yo lo amaba —susurraría al viento—. ¡¿Por qué, Brian?! ¡¿Por qué!!*

*Caería de rodillas y se arrancaría la camisa. Entonces, con un gemido de dolor, intentaría lanzarse por el balcón. Pero yo me pondría en el medio como la heroína de uno de sus libros y lo salvaría de una muerte prematura y sin sentido.*

*—¡Deténgase! No se mate.*

*Lo abrazaría por detrás.*

*—Por favor, no lo haga —suplicaría.*

*—Dame una razón por la que debería seguir con vida, Regina. Solo una.*

*—Porque ¡yo lo amo!*

*Una música romántica sonaría en el ambiente. Él me tomaría de la barbilla y uniría su boca a la mía en un perfecto beso apasionado.*

El choque frontal contra alguien (y mi posterior caída de nalgas) detuvo mi fantasía romántica. Me había olvidado de que iba corriendo por la calle.

*—Baia, baia, pero qué tenemos aquí.*

Levanté la vista y me froté los ojos.

—¿Berto?

¿O debería haberlo llamado *Berta*? Ese tipo musculoso de metro ochenta y piel bronceada llevaba puesto un diminuto vestido de piel de leopardo ajustado al cuerpo. Una larga peluca rubia cubría su largo cabello oscuro. Sin embargo, las medias de red no ocultaban los pelos negros de sus piernas, y el maquillaje no escondía su incipiente bigotito.

—¡Berto Bertolucci, taxiboy, estilista y guardaespaldas, a sus órdenes! — Hizo una reverencia llena de florituras.

—Por favor, no te inclines —pedí desde el suelo—. Se te ve la tanga.

Era roja con encaje negro. «Puaj».

Me ayudó a levantarme. Mañana tendría un lindo moretón en mis pompis.

—¿A dónde ibas tan aprisa, preciosa damisela? —preguntó con interés.

—Huía de mi cita a ciegas. —Intentaba no reírme, pero el muy diabólico me miraba frunciendo los labios como un chimpancé; labios que tenía pintados de fucsia—. ¿Por qué no me dijiste que eres un travesti?

—Porque no lo soy. Es solo un pequeño trabajo para esta noche. —Me guiñó el ojo.

Ni siquiera intenté imaginar qué tipo de persona lo había contratado.

—¿Te molesta si voy contigo? —inquirió.

—¿A dónde vas?

Rio por lo bajo.

—Ya verás.

Le gustaba hacerse el interesante. Y daba resultado. Mientras más cerca estábamos del edificio del señor Savage, más aumentaba mi ansiedad. Abrió la puerta del hall y la sostuvo para que yo pasara primero.

—*Paze ustedé*, mi bella dama. —Inclinó la cabeza.

Saludé al portero, quien me devolvió el saludo con la mano y luego puso cara de horrorizado al ver a mi amigo taxiboy travestido caminando detrás de mí.

—¿Cómo le va, joven? —Berto le lanzó un beso al anciano y me siguió al

elevador meneando la cola y haciendo repiquetear el piso de cerámica con sus tacones de veinte centímetros.

Se acomodó el vestidito. Por el escote se le veía el pelo del pecho, negro y abundante.

—*Omaigash*, soy tan sexy que me asusta —exclamó, sacudiendo la peluca. Me pegó con el pelo en la cara.

Al principio, me reí. Sin embargo, después de pasar los diez primeros pisos, me dieron ganas de gritar. ¿A dónde iba? Mi jefe no habría sido capaz de contratar sus servicios, ¿verdad? Berto me miraba divertido y se reía de mi expresión. El muy desgraciado. Podía oler mi miedo como un ratón de campo.

Continuamos subiendo. Piso quince, dieciséis, diecisiete... Ya comenzaba a pensar que tal vez no había sido buena idea hacerle una visita a Gabriel. Él suponía que yo andaba en una cita. Quizá también sabía que Brian había salido a alguna parte. Aprovechó que se había quedado solo para tener una noche de pasión con un loco italiano libertino. El pobre debía sentirse muy solo.

El elevador subió aún más. Veinte, veintiuno...

Mi corazón se estrujó.

Entonces nos detuvimos.

—Bueno, aquí me bajo —anunció Berto, acariciándose los vellos del pecho.

Miré el piso: veintidós. ¿No era aquí dónde vivía esa viejita?

Intenté articular alguna palabra, pero no pude. Me había quedado atónita. Y asqueada. Le dediqué una sonrisa de compasión.

—Hubiera preferido bajarme contigo. Al menos el señor Savage es *grrr*.

Le di un suave empujón para sacarlo del ascensor. No fuera a ser que cambiase de opinión y decidiera acompañarme al departamento de Gabriel.

Inspiré hondo y me encomendé al destino.



Dos minutos después, me comuniqué con él vía Whatsapp.

Regina: «Jefe, ¿está despierto?».

Contestó de inmediato.

Señor Savage: «Sí. ¿Ocurrió algo?».

Regina: «¿Podría salir al pasillo? Tuve un ligero contratiempo».

Escuché que la puerta se abrió. De seguro esperaba encontrarme allí, llorando borracha y ultrajada. Qué imaginativo había resultado.

Señor Savage: «¿Dónde estás?», preguntó al no encontrarme.

No me encontraba. Ni yo misma era capaz de verme. Escribí con rapidez:

Regina: «Atrapada en el elevador entre los pisos veintidós y veintitrés».

Señor Savage: «¿Cómo dices?».

Regina: «Estoy a-tra-pa-da-en-el-e-le-va-dor».

Había apretado todos los botones... y nada. Una vez había visto una película en la que trataban de desatorar un elevador saltando todos al mismo tiempo, pero me dio miedo probar. ¿Y si se caía? Justo después de que Berto se bajara, las puertas se cerraron y el aparato quedó atorado en el entrepiso.

—Todo es tu culpa Berto Bertolucci —masculé.

Probablemente, su vestido de leopardo se había quedado atorado en la puerta. Al subir, el ascensor se lo había arrancado y la tela se había enroscado en el mecanismo. Berto había quedado desnudo vagabundeando por el edificio y yo aquí, en la oscura celda de los insubordinados. Lo había inventado, pero sonaba bien. El taxiboy tenía cara de culpable, con sus labios más carnosos que los míos y su rímel a prueba de agua en esas largas y perfectas pestañas. En secreto, él no quería que yo me viera con el señor Savage porque tenía un enamoramiento enfermo y obsesivo. Sus ondas mentales habían hecho que me quedase atrapada.

Las puertas se abrieron unos centímetros y Gabriel se asomó por la abertura.

«Oh, ángel de la misericordia. Bendito seas», pensé.

—Ya llamé al conserje. Vendrá en unos minutos.

—Gracias. —Me senté en el piso.

—¿Qué haces aquí?

—A veces me dan ganas de atraparme en ascensores para sentir un poco de adrenalina. Y ver si puedo conseguir algún bombero guapo que me ayude.

El viejo amargo no captó la gracia. Bueno, no era viejo, pero tenía una actitud de hombre de noventa y tres años algunas veces.

—¿No tenías una cita? —preguntó con interés.

—Me escapé.

—¿Te hizo algo?

—¿Por qué todos siempre suponen que la chica es la víctima? ¿Acaso no puedo ser yo la victimaria?

—No fue mi intención insinuar eso —dijo—. ¿Qué le hiciste a tu cita?

—Lo abandoné. ¿Dónde está el conserje? Tengo ganas de ir al baño. Me estoy haciendo pis. —Sonreí mostrando los dientes para que ya no me hiciera preguntas.

—Supongo que ha de andar por el séptimo u octavo piso. No es sencillo subir veintitrés pisos por las escaleras.

—Mejor vaya a buscarlo. No vaya a ser que le dé algo a mitad de camino. Algo como un infarto del miocardio.

—Si tú lo dices...

—¡No! Espere —grité—. No me deje sola. Está oscuro y me da miedo. Quédese confortándome. Cuénteme algo divertido.

Suspiró. Ni que le hubiera pedido que me hiciese un *striptease*.

—¿Como qué?

—No sé. Lo que sea —dije.

—No se me ocurre nada.

—¿Y usted se hace llamar escritor?

Gabriel me entretuvo todo el rato, contándome anécdotas de sus presentaciones. Por supuesto, yo había ido a todas. El conserje llegó una hora y media más tarde. Luego, Gabe me preparó un té de frutos rojos y me senté a beberlo en el sillón como si fuera mi casa. Pasaba tantas horas ahí que me sentía más cómoda que en mi propio departamento. Me encantaba mirar las luces de la ciudad desde el enorme ventanal.

—¿Tenía una buena noche antes de que viniese a molestarlo?

—Eso quisiera. —Se dejó caer a mi lado con la mirada en el techo—. Estoy atorado.

Me contenté con la contemplación de su perfil. Intentaba grabarla por siempre en mi retina. Me hubiera gustado sacarle una foto.

—¿Atorado? —pregunté.

—Me atoré en una escena y no sé cómo seguir.

—No creí que eso pudiese pasar.

No entendía cómo funcionaba la mente de los escritores.

—Ocurre con más frecuencia de la que imaginas —explicó.

—¿Y cómo se desatora uno?

Se encogió de hombros.

—Hay muchas maneras. A veces, finjo que soy el personaje y me pregunto qué haría a continuación. Suele funcionarme.

—Suena divertido. —Sonreí—. Debería intentarlo.

—Mi mente no está muy creativa esta noche.

—¿Por qué? ¿Le pasó algo?

—Nada. —Y agregó—: Lo peor es que el personaje es una chica y me cuesta ponerme en su lugar. Por lo general lo hago, pero hoy se me está dificultando.

A mí no me engañaba; algo le pasaba. No desbordaba alegría como yo, pero solía ser menos deprimente.

—Ya sé. —Me enderecé entusiasmada y aplaudí—. ¿Quiere que lo ayude?

Si a usted no se le ocurre qué haría el personaje, quizás a mí sí. Tengo muchísima imaginación.

Él me miró como si quisiera huir a otro continente.

—¿Qué? ¿No me cree capaz? Soy muy buena actriz. Y —susurré a modo de confidencia—, además, resulta que soy una chica. Igual que su personaje.

—Mejor ve a casa. Debes estar cansada por tu cita.

Se apartó de mí y caminó a la puerta para abrirla. Ni loca volvería a subir a ese elevador sola. ¿Y si se quedaba atorado otra vez?

—Yo quería ayudarlo. —Hice un puchero—. Siempre quise saber cómo hacía para escribir esas novelas que tanto amo. Por favor, jefe. Solo esta vez. Déjeme ser su personaje.

—No creo que sea apropiado.

—Vamos. ¿Qué puede pasar?

—Regina...

—Por favor, señor Savage. Solo una vez. ¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?

Derrotado, accedió no sin antes proferir un quejido de rendición.

—Está bien.

A continuación, me explicó la situación: la hija de un duque había sido casada por la fuerza con un amigo de su padre, un tal Roland. Una noche, ella discute con su esposo y, para que no la encuentre, se esconde en el interior de un armario. Lo que ella no sabe es que pronto sería descubierta por el hermano menor de su esposo, un ser al que despreciaba, pero por el cual se sentía irresistiblemente atraída.

—¿Y la escena comienza...? —pregunté.

—Cuando él abre la puerta del armario y la encuentra allí. Ella le hace un gesto para que guarde silencio y él se mete en el armario con ella, para que su hermano no los vea juntos —respondió.

—¿Y qué pasa luego?

—No lo sé. —Bajó la cabeza y se golpeó la frente con la mano—. Por algún motivo que desconozco, ignoro cuál será la reacción de ella. Sé lo que

quiero hacer luego, pero no cómo llegar ahí. Tampoco sé por qué te cuento esto. Se supone que no hablo con nadie sobre mi trabajo en proceso. Pero estoy tan perdido... No logro concentrarme.

—¿Qué quiere hacer? ¿En su historia? —aclaré.

Carraspeó.

—No pienso revelarte el final. Ya te conté demasiado.

Lo tomé de la mano. Un cosquilleo me recorrió los dedos, la palma y subió por mi brazo. Dudaba que él experimentase lo mismo.

—Venga conmigo.

—¿A dónde? —No opuso resistencia mientras lo conducía a su dormitorio.

Me hubiera gustado decir que lo llevaba a la cama, pero fuimos directo al armario. Se mostraba tan dócil y ensimismado que fácilmente pude haberme aprovechado de él. No sé por qué no lo hice.

—Vamos a recrear la escena —informé.

Me miró boquiabierto.

—No puedo.

—Ya le dije que será divertido. Confíe. —Le guiñé un ojo (quizás haya sido por todo el alcohol que Brian me había hecho beber).

«Oh, Dios, estoy borracha».

Me metí en el armario.

—Ahora, encuéntreme —le pedí, desde adentro.

Esperé un momento en medio de la oscuridad. Me sentía como una niña jugando a las escondidas. Supuse que él no jugaría conmigo. Su seriedad no lo dejaría llevarme la corriente. Quizás debía desistir. ¿Quién era yo para obligarlo a hacer cosas que no quería? Seguro que Brian o Berto hubieran aceptado con gusto porque a ellos sí les gustaba divertirse.

Le estaba pidiendo a un pez que volara como una gaviota. Pero los peces no volaban, a menos que fueran esos que saltaban fuera del agua y parecía que tenían alas. Un guapísimo sireno como el señor Savage no poseía aletas grandes; solo una colita bien proporcionada. Y ni siquiera se asomaba a la

superficie del agua por miedo a que las gaviotas como yo le arrancáramos la nariz.

La puerta del armario se entreabrió y divisé su bellissimo rostro. Me diría que saliera de allí, que dejara de hacer tonterías. Me pediría un taxi y me enviaría a casa por ebria y desubicada. A Gabriel no le gustaba estar con gente. Las chicas no le gustaban. Además, detestaba que hurgasen en su armario. Y yo era gente, una chica. Y ahora mismo me encontraba metiendo las manos en los bolsillos de uno de sus abrigos.

Encontré un caramelo y me lo metí por el escote antes de que me viera.

—¿Zelda? —preguntó, tomándome por sorpresa—. ¿Qué haces en mi clóset?

«Oh, por mis polainas». Lo estaba haciendo. Una oleada de felicidad me invadió y mis piernas se aflojaron. ¿Quién hubiese dicho que para el final de la noche estaría metiéndome en un armario junto con el señor Savage?

Recordé lo que me había dicho e hice un gesto para que guardara silencio, igual que su personaje.

Él entró conmigo y cerró la puerta tras de sí.

## CAPÍTULO 11

# Ábrete sésamo

El espacio en el interior del armario se redujo de forma drástica. No entraba más que una delgada línea de luz que caía sobre mi jefe, delineando su contorno. De repente me sentí sin aire.

«No te desmayes, Gina. Es solo un humano. Un mundano. Un *muggle*».

Me pregunté qué haría Zelda en esta situación. Ella detestaba al hermano de su esposo, pero yo amaba a Gabriel. Tanto que me dolía el pecho con su cercanía.

—Aquí es donde me quedé —dijo en voz baja apoyando una mano en la pared, justo sobre mi hombro.

—¿Qué te gustaría que pasara ahora? —Olvidé las formalidades. Si no estaba en mi horario de trabajo, supuse que podía dejar de llamarlo de usted.

Apretó los párpados e hizo una profunda inspiración. Quizá, la idea de encerrarse conmigo se le hacía repugnante.

Recordé el beso con Brian y una horrible sensación de culpa se instaló en la base de mi estómago.

—Tengo que decirte algo. Decirle algo, señor Savage —me corregí.

La formalidad pondría algo de distancia entre nosotros. Había escogido un momento terrible para hablar de infidelidad, pero no me quedaría tranquila hasta confesar la traición.

—No ahora. —Acortó la distancia que nos separaba, pero no llegó a

tocarme.

Me dieron ganas de colgarme de su cuello, así que coloqué mis manos en la espalda para no abrazarlo *por accidente*. Si llegaba a desmayarme, le echaría la culpa al vino.

—Creo que es importante.

—Sea lo que sea, puede esperar. —Recorrió mi mejilla con uno de sus dedos y lo hizo descender por mi cuello de un modo que despertaba a la lujuriosa en mí. De repente se había convertido en otra persona. Recordé que se había puesto en la piel de uno de sus personajes. Ya no éramos Gabriel Savage y Regina Blue, sino Zelda y... y...

—¿Cómo se llama tu personaje?

—Antoine.

—¿Antoine?

—Pero qué importan los nombres. —Me atravesó con sus ojos de esmeralda—. Soy el hombre que te desea.

¿Iba a besarme? No. Antoine besaría a Zelda. Lo que hacíamos no era más que una representación. Una pantomima. Sin embargo, resultaba fácil olvidarlo cuando su cercanía me abrumaba; cuando una caricia suya me elevaba al séptimo cielo.

Despacio, muy despacio, fue inclinándose hacia mí. Posó la mano en mi nuca, sus dedos se enredaron en mi pelo. Me besaría. Me besaría y yo...

No pude más que maldecir por dentro porque no lo soporté más. Necesitaba decirle, antes de que saboreara el veneno de mis traicioneros labios. Ya tendría tiempo para autoflagelarme por mi propia estupidez.

—Brian fue mi cita a ciegas —solté con los puños apretados, clavándome las uñas en las palmas para mantenerme en mis cinco sentidos—. Y me besó.

Él tenía que saberlo, aunque me odiara para siempre.

Me soltó.

—Entiendo.

Bajó la cabeza y abrió la puerta del armario. Una sensación de frío me



envolvió y llenó el espacio que había entre ambos.

—Lo siento. —Lo seguí fuera del armario.

—¿Por qué te disculpas? —Se mantuvo de espaldas. Me pregunté si lloraba por el vil engaño—. El tonto fui yo.

Comenzó a alejarse y lo agarré de la camisa sin pensar.

—Espera. ¿No quieres hablar de eso?

Me miró con la seriedad de siempre. Antoine había desaparecido gracias a mi bocota. Tenía ganas de decirle «¡Regresa, Antoine, y bésame!», pero iba a quedar como una desubicada.

—No hay nada de qué hablar —respondió—. Lo hecho, hecho está.

—Pero Brian...

—¿Qué pasa con él? —Se cruzó de brazos.

—¿Estarán bien? Quiero decir, ¿lo perdonarás?

Resopló.

—Como si eso fuera posible. —Tomó sus llaves—. Vamos. Te llevo a casa.

El ambiente se tornó tenso en el elevador. No por mi miedo a que dejase de funcionar de nuevo, sino porque Gabriel no me dirigió la palabra; de hecho, ni siquiera me miró. Se notaba su enfado conmigo, pero yo no le robaría el novio. ¿Cómo hacérselo entender?

Su teléfono sonó.

—¿Qué quieres? —contestó.

Por su tono seco, adiviné que se trataría de *Gatito Salvaje*.

—No estoy en casa —contestó, con toda la antipatía del mundo.

Oí que Brian decía algo.

—Sí, está conmigo... Y no, de ninguna manera.

El gatito volvió a maullar.

—Agradece no estar frente a mí ahora mismo o te golpearía.

En ese instante deseé ser una tortuga para esconderme en mi caparazón. Recordé a Nelson y sus arranques de ira, y me abracé a mí misma, apretándome contra el rincón más alejado. Metí la cabeza dentro de mi blusa

y me encomendé a la virgencita.

—Adiós, Brian —colgó. Luego se dirigió a mí—. ¿Qué haces?

—Me protejo.

—¿De qué?

—De usted.

—¿Acaso estás loca? —Alzó la voz.

—Pero acaba de decirle a Brian que lo golpearía —comenté y saqué la cabeza afuera porque ya se me había acabado el oxígeno.

—A él —aclaró molesto—. No a ti. ¿Me crees capaz de pegarte?

La pregunta quedó flotando en el aire.

—¿Qué le dijo? —pregunté.

—No importa. Vamos.

Me hizo seguirlo al estacionamiento. Nuestros pasos resonaban en el cemento, haciendo eco como en una película de terror. Nos movíamos por las sombras, unos fantasmas perdidos. Me di vuelta un par de veces pensando que alguien me seguía. Cualquiera podría ocultarse en los rincones oscuros, al acecho.

Gabe caminaba con rapidez. Temí perderlo de vista, así que me apresuré para alcanzarlo y me pegué a su espalda. Sentía que algo se movía tras nosotros, siguiéndonos; vigilando nuestros movimientos. ¿Un espectro, tal vez? ¡¿Un asesino?!

Una figura amenazante se formó a pocos metros y grité, grité como nunca. Me agaché y oculté detrás de las piernas de mi jefe, quien se detuvo con un bufido.

—Es un perro.

El animal salió corriendo. Pobre bicho, le había dado un susto de muerte.

Me puse de pie invadida por la vergüenza.

—Lo siento.

—Sí que estás loca, chica blue.

Entonces algo increíble sucedió. Apoyó una mano en mi cabeza y dijo:

—Eres adorable.

No pegué un ojo en toda la noche. Muchas gracias, jefe.

El lunes fui a trabajar con una sonrisa. Pensé que lo sucedido el sábado había sido especial, pero Gabe no mostró ni un poco de consideración por mí. Me sentí una tonta al entrar al departamento y encontrar el resultado de otra mala noche esperándome. Era como si dentro de ese hombre conviviesen dos seres diferentes: el escritor que yo amaba y un monstruo que destrozaba todo lo que tocaba y que me hacía la vida imposible.

Lo saludé como de costumbre y me puse a limpiar. Él se limitó a mirarme con expresión culposa mientras yo iba y venía, juntando su desastre. Entendí que nuestra relación no cambiaría. Mi jefe nunca me vería como algo más que su sirvienta.

Me acostumbré a esperar, de vez en cuando, alguna sorpresa desagradable al cruzar la puerta. El señor Savage siempre agachaba la cabeza como un perrito arrepentido y se disculpaba. A veces, me seguía por el departamento y se quedaba viéndome trabajar. Otras, se ofrecía a ayudarme. ¿Por qué no solo dejaba de romper cosas? Había días en los que se dormía frente la computadora. Si se hacía tarde, le dejaba la cena preparada y lo cubría con una manta para que no pasara frío. Escribía una notita de despedida y se la pegaba en el monitor de la computadora. Y me iba sin hacer ruido.

Una noche, Brian llegó antes de que yo regresara a casa. No habíamos hablado desde que lo dejase plantado. Seguro que me odiaba.

—Gina. —Como siempre, esbozó una gran sonrisa al verme. Al parecer, había olvidado nuestro último encuentro—. ¿Cómo estás?

—¿Bien y tú?

—Excelente. ¿Ibas de salida?

—Sí.

—Te acompaño. ¡Gabe ya vuelvo! —gritó—. Llevaré a esta linda damita a la seguridad de su hogar.

Gabriel se asomó por la puerta de su estudio y se quedó parado allí, mirando con una expresión de fastidio cómo Brian me rodeaba con su brazo.

—No es necesario, en serio —dije.

—Insisto. —Me llevó a la puerta.

—¿No sería mejor que te quedaras con él? —Señalé a Gabe.

—¿Y perderme la oportunidad de pasar un rato a solas contigo? Jamás, preciosa.

Nos subimos al elevador y, en el piso veintidós, subió Berto. O lo que parecía ser Berto en un traje de porrista.

Brian y yo nos miramos de reojo.

—Esa señora tiene gustos muy raros —comentó el taxiboy, sacudiendo sus pompones. Enseguida se dirigió a Brian—. ¿Y tú quién eres, guapetón? ¿Te gustaría una probadita de esto?

Se inclinó hacia delante y palmeó uno de sus glúteos. Ese hombre no tenía pudor.

—No, gracias.

—¡Berto! —exclamé.

Brian puso cara de espanto y lo señaló con el dedo.

—¿Co... conoces a este sujeto?

Mi amigo se aclaró la garganta y, dando un paso adelante, se presentó:

—¡Soy Berto Bertolucci, taxiboy, estilista y guardaespaldas, para servirte!  
—Y le guiñó un ojo—. Cuando quieras, nene.

Brian pegó la espalda a la pared del elevador y me uso como escudo humano cuando Berto le tiró uno de sus besos.

—Aléjalo de mí.

—Así que no te gustan mis besos, ¿eh? —masculló Berto—. Entonces se los daré a ella.

Sin que yo tuviera oportunidad de hacer nada, el taxiboy me plantó un beso en la boca. Quedé petrificada porque nunca antes me había besado un porristo en minifalda.

Las puertas se abrieron en la planta baja y él se alejó a los saltitos lo más campante.

—Hasta luego, lindos. —Nos saludó con los pompones y salió del edificio. Brian y yo lo vimos alejarse.

—Nunca imaginé que diría esto, pero agradezco que te haya besado a ti y no a mí —susurró.

Pasaron cuatro días en total paz y quietud. Cuando llegaba a trabajar, el señor Savage ya se encontraba en su estudio. Para cuando me iba, seguía metido allí. No lo tenía revoloteándome alrededor para ver lo que hacía, así que me tomé la libertad de llevarme algunos artículos que él no echaría en falta: una vieja camiseta que nunca usaba, una de las fundas de su almohada y uno de sus jaboncitos. También me terminaba su café cuando lo dejaba por la mitad y le robaba las galletas mordidas que dejaba sobre el escritorio. Entraba a limpiar la alfombra y a buscar libros para leer en mi tiempo libre, cuando él iba al baño. No quería interrumpir su trabajo. Sabía que le desagradaba eso.

Un día me entró curiosidad y espí lo que estaba escribiendo.

—¿Qué es esto? —dije al contemplar una página en blanco.

Hacía varios días que no escuchaba el sonido de su teclado, que no lo oía hablar solo o refunfuñar. Se sentaba en su escritorio como todos los días pero, al parecer, no escribía. Permanecía contemplando durante horas una página vacía. Como un zombi.

Me encontró sentada frente a su PC, pero no dijo nada. Se quedó en silencio. Como si en realidad no estuviera ahí, sino en otra parte. No me dirigía la palabra desde hacía días y, si lo hacía, eran oraciones cortas, superficiales. «Buenos días». «Hasta mañana». «¿Me traes un café?». Nada importante, nada personal.

—¿Se trabó en otra escena, señor Savage? —Me atreví a preguntarle cuando se sentó.

—Peor que eso, Regina. —Se inclinó hacia atrás en la silla y se puso a

contemplar el techo. En ocasiones, cuando me hablaba, hacía eso en lugar de verme—. Estoy bloqueado. No puedo escribir.

—¿Y por qué no?

—Quién sabe.

Nos quedamos sin decir nada. Fue incómodo. Incluso me dieron ganas de irme a casa. Sospechaba que Gabriel no quería mi compañía. Recogí una taza con café que le había llevado hacía un par de horas (y que no había tocado) y me dispuse a irme.

—Si no me necesita, me iré a...

Su mano apresó mi muñeca.

—No te vayas.

—Creí que querría estar solo —comenté.

—No.

—¿Se siente bien?

—Yo... no sé.

Lucía pálido. Le toqué la frente y noté un poco de temperatura.

—Señor Savage, métase en la cama.

Asintió. Sin embargo, no se movió del asiento.

—¿Por qué no me dijo que estaba enfermo?

—No estoy enfermo.

Lo guie por el pasillo hasta su cuarto. Su camisa se había empapado. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Qué tal si se moría?

—Quítese la camisa —le ordené.

—No quiero.

Me puse las manos en la cintura para aparentar autoridad.

—No me obligue a quitársela. Sabe que lo haré. —Abrí su armario y saqué una camiseta.

No me importó la regla de no hurgar. Que me regañara todo lo que quisiera. No lo dejaría con la ropa mojada.

Se la quitó y la usó para cubrirse el pecho.

—Tú lo que quieres es verme sin ropa —murmuró.

—Por supuesto.

—Pervertida.

Se la quité de las manos.

—Deme eso y siéntese.

Obedeció con un gruñido. A pesar de su mala actitud, me dejó ayudarlo a ponerse la camiseta. Al terminar, pisé la camisa que había quedado tirada en el piso, me resbalé y caí sobre su ardiente anatomía.

—¿Acaso intentas matarme? —susurró con media sonrisa.

No se movió. Se limitó a verme fijo, mientras yo intentaba no morir de un paro cardíaco.

—¡Lo siento! —Salté como pulga de la cama y salí corriendo al pasillo.

Cerré la puerta tras de mí y me metí en el baño. Abrí el grifo y me empapé la cara para bajarme la calentura. Al cabo de cinco minutos, regresé a espiarlo. Se había quedado dormido. Aproveché el momento para fotografiarlo. Eso me recordó que debía buscar la foto que me incriminaba. «Ahora o nunca».

Me escabullí al estudio y tomé asiento frente al escritorio. Dispuesta a abrir ese primer cajón, me quité una horquilla del cabello y la metí en la cerradura. Procedí a hacer lo que un millón de veces había visto en la tele. Durante media hora había manipulado esa cosa para abrir el cajón de los misterios, y nada sucedía. Ya empezaba a ponerme nerviosa. Cada tanto, mis ojos viajaban al pasillo con temor de que el señor Savage me pescara.

Y Brian no estaba allí para salvarme de nuevo.

—Ábrete sésamo. —Empujé la hebillita, la giré hacia todos lados y la seguí empujando—. ¡Ábrete, sésamo! —dije.

No funcionó porque no era MacGyver. Lamento admitir que me rendí. Ya buscaría la llave en otra ocasión. Derrotada, intenté quitar la horquilla de la cerradura y me di cuenta, con horror, de que se había quedado atorada.

—No. No, no, no, no, no —gemí, tironeando de ella con todas mis fuerzas.

Escuché la puerta de la habitación de Gabriel rechinar. Mi corazón martilleó. ¿Ni siquiera enfermo descansaba ese hombre? Vi su sombra aproximándose por el pasillo. ¡Y esa hebilla de porquería que no quería salir! «Idiota, Gina. Siempre haciendo cosas que no debes».

—¡Sal! —Presioné la hebilla. Esta se clavó en mi piel, pero seguí presionando más y más hasta que di un jalón tan fuerte, que caí hacia atrás con silla y todo.

—Auch.

—¿Regina? —El señor Savage apareció adormilado en la puerta—. ¿Qué haces?

Al menos, la horquilla había salido.

—¿Yoga? —dije desde el piso, con las patas arriba.

Levantó una ceja y regresó a la cama.

No volvería a hacer algo tan estúpido. Al menos, no en un par de días.



## CAPÍTULO 12

# Las viejitas, el payaso y la pierna protésica

Un par de días después de su fiebre, mi jefe continuaba con ese bloqueo que no lo dejaba escribir. Se limitaba sentarse en el sofá con un cuadernito en la mano y una taza de café.

—¿Y qué pasó con Brian? No lo he visto últimamente —pregunté de manera casual—. Levante los pies.

Siguió mi indicación y barrí por debajo.

—Esta noche se va de gira —contestó—. Y cuando vuelva, se mudará. Ya empacó.

—¿Las cosas no iban bien entre ustedes?

—Nunca fueron bien. Él y yo somos demasiado diferentes. Es mejor que tomemos distancia antes de que nos matemos el uno al otro —explicó, garabateando algo.

—¿Cómo lo lleva usted?

No quería que él me viese como una entrometida. Aunque, claro, peor era que me viese como la causa de su separación. La mujer que se había interpuesto entre el puro amor que se profesaban él y su baterista estrella.

—Bien. —Se encogió de hombros.

—Pues no lo parece. —¿A quién quería engañar con esa cara de depresivo?

—. ¿Por qué no sale de este departamento y hace algo divertido, como ir al parque de diversiones? Despeje su mente. Está demasiado encerrado aquí. Ya se le está poniendo la piel grisácea. —Le hundí un dedo en un cachete.

Se limitó a verme como si me hubiera vuelto loca.

Si quería superar su relación, lo mejor era que se distrajera. Yo me disponía a ayudarlo a olvidar a Brian. Si no funcionaba, tal vez podría contratar a Berto para levantar su ánimo por unos cuantos billetines.

—¿Crees que salir me ayudará?

—No lo sabrá si no lo intenta. —Le ofrecí una sonrisa esperanzadora.

—Tienes razón.

Al día siguiente, Gabe me esperaba en el hall del edificio. Lucía el *sweater* rojo con el que siempre había querido verlo. Me quitó el aliento. Hacía juego con mi falda con estampado de mariquitas.

—Espera. No entres a casa. —Se interpuso en mi camino—. Quiero que vengas conmigo.

—¿A dónde?

—Solo sígueme.

Fuimos hasta su auto. Se sentó y me abrió la puerta del copiloto.

—Entra.

—¿Y qué hay del departamento? Tengo que limpiarlo, señor Savage.

Él negó con la cabeza.

—Hoy no. Ya me encargué yo.

—¿Usted? ¿En serio?

—Necesitas un día de descanso —sugirió—. Y yo, una salida recreativa. Así que pensé ¿por qué no salir juntos?

—Señor Savage, yo... —Me había dejado sin habla.

En mi cabeza, un hombre serio como él se divertía leyendo libros y mirando cine extranjero. Iba a conciertos de música clásica y, quizás, a museos de arte. ¿A dónde iba a llevarme? ¿Sería apropiada mi ropa? Si me hubiera

avisado antes, me habría puesto algo más decente y me hubiese preparado psicológicamente para pasar el día con él.

Pasábamos todos los días juntos, pero esta vez sería diferente.

—Puedes llamarme Gabriel. Hoy seremos amigos. ¿Te parece?

Asentí, incapaz de otra cosa que no fuera sonreír como idiota. Sabía que no se trataba de un asunto romántico, pero aun así me hacía feliz que quisiera pasar el día conmigo. Pudiendo elegir a cualquier persona en el planeta Tierra, había decidido llevarme a mí, su sirvienta.

—Gracias.

Veinte minutos más tarde, la aparición de una estructura descomunal en el horizonte llamó mi atención inmediata. Quedé hipnotizada.

«¡El señor Savage me está llevando al parque de diversiones!».

—Tenemos que subir a esa montaña rusa —dije, una vez que nos bajamos del auto.

—¿Tenemos?

—Oh, sí. —Lo tomé de la mano y jalé de él sin pudor—. Vamos.

Nos internamos en el mar de gente que iba y venía, movida por la música y el bullicio de las atracciones. Lo llevé directo a la gran montaña, que tocaba el cielo.

Noté el temor de Gabriel en cada paso, pero aun así me siguió.

—Nunca me he subido a una —comentó, al detenerse en la fila.

—¿No me digas que te asusta?

—No exactamente. Al menos, no más que eso. —Señaló un sujeto, a pocos metros de nosotros, con una peluca multicolor y un montón de globos rojos que pudieron ser pintados con la sangre de sus víctimas. Reía a carcajadas.

—Es horrible —farfullé.

Usaba un traje amarillo y azul con un moño anaranjado tan grande como su cabeza, y balanceaba el trasero de un lado para otro al ritmo de la música de los altavoces. Le frotó la calva a un hombre que lo amenazó con el puño. Le dio una nalgada a una chica, quien huyó despavorida. Pellizcó la panza de un

señor, que le gritó algo y se fue.

Cuando lo vi alzando la mirada hacia mí y luego me saludó con la mano, se me puso la piel de gallina. Esperaba que no viniera hacia nosotros. Incluso recé para que no le hiciera nada a Gabe. No quería volver a salir conmigo a ninguna parte.

—¿Qué tal si no pensamos en él? Distraigámonos con otra cosa. Por ejemplo... —Señalé con la cabeza la montaña rusa.

—Bien. Pero después vayamos a comer algo.

—¿Tú invitas?

—Por supuesto.

—Hecho.

Hicimos fila. Delante de nosotros había como doscientas personas. No me había dado cuenta de que medio parque quería subirse a la colosal montaña. Comimos algodón de azúcar para pasar el rato. La verdad, no me importaba esperar mientras él me hiciera compañía. Aún si nos hubiéramos ido luego de pasar medio día de pie aguardando subir a un juego, para mí hubiera sido grandioso.

Unas espeluznantes vocecillas llegaron hasta nosotros.

—¿No es aquel Gabriel Savage?

—¿Dónde? No lo veo, Raquel.

Un pequeño grupo de mujeres de avanzada edad caminaba abriéndose paso a bastonazos. Gabriel las detectó enseguida, con sus súper poderes de ermitaño.

—Ay, no. —Se agachó y se cubrió con mi cuerpo.

Me causó gracia verlo esconderse. Aunque él no parecía muy divertido.

—Pero si son adorables. —Reí—. Míralas, con sus sombreritos y bastones, pegándole a la gente por no dejarlas pasar. Deberías sacarte unas fotografías con ellas.

—¿Estás bromeando? —preguntó en voz baja—. La última vez que aparecí en público, una fan loca me quemó con su café y luego se me arrojó encima.

Pensé que iba a violarme.

Hice una mueca.

—Nunca lo olvidarás, ¿cierto?

—No —dijo con media sonrisa.

El payaso aterrador se puso a caminar al lado de las mujeres, imitando sus movimientos. Una de ellas no estaba de humor para burlas, así que le pegó con su bolso en la cabeza. Otra le dio con el bastón en los testículos.

Lo dejaron tendido en el suelo y se fueron detrás de un muchacho rubio, que por detrás lucía como Gabriel.

Mi jefe se enderezó una vez que las damas hubieron desaparecido. Suspiró con pesar.

—Después de que te fuiste aquel día, la situación se salió de control —continuó—. No me dejaban irme. Una señora casi me arranca la camisa porque no le firmé su libro. Creo que era una de esas viejitas. Después, cuando conseguí salir de la librería, una muchacha me persiguió hasta mi auto y se trepó al capó. «Te amo, Gabriel», decía. ¿A ti te parece que eso es amor? ¿Acosar a alguien?

—Claro que no. Pero las entiendo. Así como ahora te entiendo a ti. Si no fueras tan guapo...

—Nunca te hubiera gustado.

—Para mí eres mucho más que una cara bonita, Gabriel Savage.

No solo era guapo, sino también inteligente, culto, refinado y talentoso. Escribía novelas que saciaban la sed de amor de féminas como yo y como tantas otras. Además, cuando hablaba, me cosquilleaban las tripas. Y más abajo. Su único defecto era ese carácter odioso. Y, quizá, su obsesión por el orden y la limpieza. ¡Me hacía ordenar las botellas de vino alfabéticamente! Aparte, dormía demasiado poco y bebía mucho café; unas seis tazas diarias. Dejaba miles de papeles de caramelos por todas partes, y que cocinara equivalía a la explosión de una bomba nuclear. Pero, a pesar de esas cosas, seguía siendo perfecto.

—¿Sabías que el incidente de la librería fue subido a la red? —mencionó.  
Dimos un paso adelante en la fila.

—Mi blog ganó muchos seguidores después de eso. Me llaman *la chica del café*.

—¿Tienes un blog? Espero que no publiques ahí las fotos que me sacas mientras duermo.

Carraspeé. ¿Cuándo se había enterado de que le sacaba fotos dormido? Mi teléfono estaba lleno con sus imágenes de dios griego mientras reposaba, escribía, leía (sí que lucía sexy con un libro en la mano), miraba la tele... Solo me faltaba conseguir una de él envuelto en una toalla.

Me abaniqué con la mano.

—No te preocupes. Las que tengo son para mi consumo personal —expliqué, notando cómo sus mejillas adquirirían algo de color.

«Qué adorable».

—Ahora no sé quién me da más miedo. Si el payaso siniestro, las señoras lujuriosas o tú.

—¿No tienes un calificativo para mí?

Se quedó pensando.

—No se me ocurre nada que concuerde contigo, chica blue. Eres única.

Llegó nuestro turno. Nos estábamos acomodando en el carro cuando vi aparecer a las ancianas. Caminaban hacia nosotros. Todavía no nos habían visto, pero lo harían si no nos íbamos de ahí cuanto antes. Y estábamos atrapados. Como Gabe no podía ocultarse y yo no quería que nos fuéramos, hice lo que cualquier chica normal hubiera hecho: me lancé sobre él.

Me atajó y sus ojos verdes se abrieron con perplejidad, fijos en los míos. Lo tenía tan cerca que podía haberlo besado en ese mismísimo instante si hubiese estado segura de que me correspondería..., de que no se levantaría y huiría de mí directo a sus admiradoras, quienes lo protegerían de esta acosadora perversa.

—Disculpa, Gabriel. —Me apoyé en su pecho y me eché atrás para poner

un poco de distancia entre ambos.

Él me retuvo contra su cuerpo y sentí que moría.

—No te muevas ni un solo centímetro más —susurró, echando un vistazo por sobre mi hombro—. Nos miran.

Cerré los párpados y conté mentalmente hasta diez, o sería de mí de quien debería huir. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

El roce de su nariz contra la mía casi me hace tener un pequeño infarto.

«Sieteochonuevediez».

Hubiera sido fantástico hacer algo lindo como sonreírle al guapo o apartarme guiñando un ojo. Tal vez, atreverme a darle ese beso frustrado que había quedado en el aire durante nuestra actuación de armario. Hubiera sido lindo quedar bien con algún bello gesto que lo hiciese sucumbir a mis encantos, pero no hice ninguna de esas cosas.

Estornudé.

El hechizo que había entre nosotros se rompió de manera abrupta. Me di cuenta de que yo no servía para ejecutar acciones románticas sin caer en la vergüenza o la ridiculez. Como me había dicho siempre mi madre: había sido meada por un dinosaurio. Al menos no le estornudé encima. Hubiera sido horrible llenarlo de mocos. Nunca se hubiera acercado a mí de nuevo; habría quedado traumatado de por vida. «Regina, la mocosa» me dirían todos, y se reirían de mí hasta el día de mi muerte.

—Qué suerte que ya se fueron o te habría delatado con el estornudo —dije, secándome la nariz—. Lo siento.

—Por la velocidad con la que caminan, diría que para cuando ellas hubiesen llegado aquí, nosotros ya habríamos estado durmiendo en casa. — Elevó una cejita y la comisura de los labios en una *casi sonrisa*.

Hubiera matado por escucharlo reír. Sin embargo, lo que oí a continuación fueron sus gritos de terror. Dimos cinco vueltas en la montaña rusa, a pedido mío. Él no se negó, aunque con cada vuelta se volvía más y más pálido. Si no parábamos, terminaría dando vueltas con un espectro. Y yo no quería eso. Lo

quería bien vivo y energético.

—Creí que eras asustadiza —comentó al bajar de la atracción.

—Pues resulta que me gustan las alturas, señor Savage.

—Ah, ¿por eso siempre te asomas por el balcón?

—Sí y porque me gusta arrojarle cosas a la gente que está abajo. Pero no le cuente a nadie o todos sabrán que es adicto a los caramelos de animalitos.

—«Ups».

Me cubrí la boca antes de meter más la pata.

—Al parecer alguien anduvo registrando mis cajones. —Suspiró—. No sé por qué, pero estoy casi seguro de que has quebrantado cada regla que te di.

—No todas. ¿Estás pensando en despedirme? Por favor, no lo hagas. Por mis niños.

—Tú no tienes niños —masculló.

—Podría tenerlos. Además, si me despides, venderé todas tus fotos por Internet —lo amenacé—. Tengo muchas compradoras interesadas.

—Cielos, supongo que entonces no tengo más remedio que... ¡sacarte el teléfono! —Me lo arrebató de las manos.

—Oye, no.

Lo puso en alto.

—Devuélvemelo —pedí, saltando.

Fanfarroneaba su altura y lo hacía estupendamente.

—Nop.

Dejé de saltar cuando volvió a reírse. Un brillo mágico lo envolvió, como si en verdad estuviese feliz. Un cosquilleo se esparció mi corazón al verlo tan gallardo y tan galán de cine..., tan Thor.

—Sí que te alegra ser malo conmigo —comenté.

—Al parecer.

Pues a mí me alegraba verlo sonreír de esa manera. Jamás lo había hecho en público antes. Yo sabía. Su mayor demostración de alegría pública registrada hasta entonces había sido una sonrisa forzada en una entrevista. ¿Pero



carcajadas? *Never*. Podría decirse que yo era la primera en presenciarlas.

«Soy la primera».

Confiscó mi teléfono hasta que nos fuéramos. Luego me lo devolvería. Como yo no tenía a quién llamar, me resigné y lo olvidé. Comimos algodón de azúcar, fuimos a la vuelta al mundo y gané un conejito de peluche para él, que prometió que colgaría en el espejo retrovisor de su auto. Gabe, a cambio, me consiguió una linda guirnalda de flores que colocó en mi cabeza a modo de corona. No me la quitaría hasta que llegáramos a casa. Había dicho que me hacía lucir linda.

Antes de que nos diéramos cuenta, había anochecido.

—Ufff. Estoy llena —palmeé mi estómago.

—Pues claro. Si te comiste todo tu helado... y el mío.

—Dijiste que ya no querías —murmuré—. ¿Ya recorrimos todo el parque? Habíamos pactado ir a cada una de las atracciones.

—Nos falta solo un lugar por ir.

Me guio por un camino de piedra desolado hasta llegar a la casa de los sustos. Tenía fama de estar embrujada. Habían construido el parque a su alrededor. La convirtieron en una de sus principales atracciones. Por supuesto, varios programas de televisión habían sido transmitidos desde allí, con cazafantasmas y psíquicos.

«Maldito escritor». La casa se ubicaba en una colina poco iluminada y estaba rodeada por árboles que la hacían parecer más solitaria y siniestra de lo que era. No quería entrar. Tampoco quería quedarme afuera; temía a los fantasmas tanto como a estar sin él.

—Oh, no.

—Oh, sí. He estado esperando todo el día para esto. —Se frotó las manos con malevolencia.

—Eres diabólico, Gabriel Savage.

—Acaba de descubrir mi segundo nombre, señorita Blue. —Me hizo un guiño.

¿De verdad se trataba de él? ¿No sería Brian disfrazado?

—Miren, ahí está —exclamó una de las viejecitas, al encontrarnos por casualidad.

Seguían buscándolo. Esas habían resultado peores que yo.

Gabriel abrió la boca para decir algo, pero yo lo tomé de la mano y lo arrastré conmigo al interior de la casa. Ninguna vieja calenturienta me sacaría a *mi* escritor. Que se consiguieran otro.

—¿Qué hacemos? —inquirí, viéndolas por la ventana—. Uh, son más que antes. Una, dos, tres... siete. Y vienen hacia acá.

—¿Acaso se multiplican como los gremlins? —bromeó él—. Busquemos otra salida.

Apretó mi mano para que no lo perdiese en la oscuridad. Hubiera sido romántico si no hubiéramos estado huyendo de unas viejitas locas y si la casa no hubiese estado embrujada. El día perfecto con Gabriel terminaría arruinado por esas versiones futuras de mí. Comprendí entonces el porqué de su aversión a las demostraciones de cariño de las fans. Le arrancarían hasta los pantalones si lo atrapaban.

—Déjame decirte que tienes unas fanáticas muy persistentes —manifesté molesta, siguiéndolo a través de la sala.

—Lo sé.

Fue amable en no mencionar que yo era una de ellas. De pronto había pasado de ser *la chica del café* a *una compañía aceptable para ir al parque de diversiones*. Un logro, considerando que antes de *la chica del café* había sido *la robacalzones*.

Solo nuestros pasos resonaban en la casa, hasta que oímos un golpe en la planta superior. Como si un payaso hubiera caído desmayado sobre el parque o algo así.

—¿Crees que haya alguien? —pregunté, prestando atención a los sonidos de nuestro alrededor, incluso los más sutiles: la respiración pausada de Gabe, la mía, unas voces provenientes del exterior, pasos y algo más que no supe

identificar. Algo que provenía del interior de la casa.

—Fuimos los únicos en entrar esta noche —comentó con seriedad.

—¡No me digas eso! —chillé, dándole un golpe en el brazo.

—¿Y qué se supone que te diga?

—Miente —sugerí—, como los demás hombres.

—Auch. No nos tienes en gran estima, ¿verdad?

El piso de madera crujió y me sobresalté. Temía que algo saliera de la negrura insondable de la casa; que una mano pálida me agarrase de la ropa y me arrastrara hacia el sótano cuya puerta abierta de par en par nos decía «Veeengannn». Me aterraba pensar en las sombras que se movían entre nosotros, aunque quizá provenían de las luminiscencias que se colaban por la ventana y jugaban a ser fantasmas.

Buscamos un interruptor de luz, pero los focos no funcionaban. «Para intensificar la experiencia del pavor», pensé.

—¿Gabriel?

—Dime.

—Tengo miedo —admití.

Una niña de cinco años hubiera sido más valiente que yo en esa situación. ¿Qué pensaría Gabe sobre mí? De seguro, no me volvería a invitar a ningún lado. Debía de estar riéndose por dentro.

—Tranquila. —Me acercó a él—. Las perderemos.

—No me refiero a las ancianas. Me asusta la idea de ver un fantasma.

Hubo un instante de silencio. A pesar de su brevedad, me dio la sensación de que duró un millón de años. ¿Me consideraría una ridícula?

Finalmente, dijo:

—Cierra los ojos. Yo te guiaré en la oscuridad.

—Deberías escribir eso —sugerí.

La puerta del frente se abrió de golpe y volvió a cerrarse. Las mujeres habían entrado tras nosotros. Mejor dicho, tras el rastro de mi Gabe.

«Antes muerta que entregarlo».

Nos escabullimos en el comedor, un espacio rectangular con una enorme mesa alargada y una araña de cristal. No distinguí lo demás, aunque vi cuadrados negros diseminados por las paredes, puertas del más allá en donde parecían asomarse caras aterradoras.

«Hermosos cuadros», pensé con un escalofrío.

—Agáchate —susurró mi jefe en mi oído, mientras me llevaba bajo la mesa y se acurrucaba junto a mí.

Aproveché el momento para arrimarme a él. Desde que habíamos entrado a la casa, no dejaba de tocarme. Me había aferrado con fuerza de su ropa para no perderme y, de tanto en tanto, nuestros cuerpos entraban en contacto: un roce de brazos, una palmada ocasional, yo apoyándome contra su pecho. ¿Notaría él también esa estática que se producía cada vez que nos acercábamos el uno al otro? La atracción se intensificaba a medida que se escapaban los minutos.

Intentamos no hacer ruido. La multitud de piernas y bastones pasó a nuestro lado. No moví un músculo. Apreté los labios e traté de no respirar. Ya se iban cuando sentí un cosquilleo en mi nariz. La moví de un lado a otro como un conejo. Me puse la mano encima para aliviar el inminente estornudo.

Nada funcionó.

—¡Ahí están! —gritó una de las viejas al oírme.

Entonces me di la cabeza contra la mesa.

Gabriel tomó mi mano y me sacó de ahí. Corrimos a la puerta, pero nos detuvimos en seco. Una de ellas hacía guardia en la entrada con una Polaroid en la mano. Al verse sitiado, mi desesperado jefe me arrastró rumbo a las escaleras. Ir al piso superior era nuestra única opción.

Pasamos de largo las dos primeras puertas, suponiendo que nuestras perseguidoras revisarían esas habitaciones primero. Huir con Gabriel Savage de un grupo de mujeres mayores en una casa embrujada se me hizo irreal. ¿Cómo me había metido en ese lío? Y, para colmo de males, ese payaso feo que se burlaba de la gente dormía en una de las camas, a pata suelta. En

cuanto entramos y lo vimos, Gabriel me tapó la boca para que no gritara. O, tal vez, porque necesitaba una excusa para tocarme de nuevo.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté en voz baja para no despertar al payaso, una vez que me descubrió la boca.

Don escritor contempló un armario semiabierto, lleno de piernas protésicas, y contestó:

—¿Nos metemos adentro hasta que se vayan?

La idea de pasar el rato metida en un armario con él se me hizo tentadora. Sin embargo, nos descubrirían.

De inmediato se me encendió la lamparita. Agarré entre mis manos una de esas piernas y le dirigí una sonrisa perversa.

—Se me ocurrió algo.

Diez minutos después, salíamos de la casa con tranquilidad.

—No puedo creer que hicieras eso —comentó Gabriel, acomodándose el moño—. Y no puedo creer que me convencieras de esto.

Se miró de arriba abajo con resignación.

—Piiiiip. —Le apreté la nariz roja.

La mujer que se encontraba parada al frente de la vivienda nos dejó pasar con un gesto de asco mientras, en el cuarto de arriba, un payaso desnudo yacía noqueado junto a una pierna protésica.

## CAPÍTULO 13

# Algo para alegrarte

Cuando Gabriel me devolvió el teléfono noté dos cosas: una, que había borrado todas sus fotos no autorizadas; y dos, que tenía diez llamadas perdidas de Nelson. Por más que cambiara el número, él se las arreglaba siempre para conseguir el nuevo. Me bombardeaba con mensajes y llamadas que me negaba a contestar porque ya me tenía harta. Esperaba que algún día se cansara de acosarme. Ya le había dicho muchas veces que no volvería con él. Y no me cansaría de repetírselo. Tarde o temprano entraría en razón.

—¿Por qué no contestabas? —exigió saber, cuando atendí la llamada número ciento veinte.

—No tengo por qué hacerlo —repliqué.

—¿Cuándo regresarás a casa?

—Entiende, Nelson: no lo haré. Así que deja de llamarme. Basta.

—Tendré que ir a buscarte y traerte de vuelta —farfulló.

—Buena suerte. —Colgué.

De ninguna manera volvería con él. Antes, prefería que me matara. Me gustaba mi nueva vida; mi nueva libertad. Nadie me la arrebataría. Y menos él.

El teléfono sonó de nuevo.

—Ya te dije que no —grité exasperada.

—¡Pero si todavía no te he pedido nada!

Me alegró escuchar la voz de Lena al otro lado de auricular.

—Ah. Eres tú. —Me tiré en la cama, frente al póster de Gabe.

—¿Volvió a llamarte ese desquiciado?

—Sep.

—Mándalo a arrestar por hostigador.

Carraspeé.

—En ese caso, a mí también deberían arrestarme por hostigar a Gabriel. Por espiarlo, meterme en su casa para robarle cosas y venderlas, tomarle fotos sin permiso y colgarlas en Internet... —La lista seguía y seguía.

La carcajada de mi amiga me dejó medio sorda. Tuve que alejar el móvil de mi oreja.

—No te rías. No es gracioso —protesté.

—Pues vieras que sí. En fin, quería pedirte un favor. ¿Estás libre el viernes?

—Sabes que trabajo.

—Peeero...

—¿Pero? —repetí.

—Podrías pedirle al señor Savage que te dé el día, ¿no?

—Ya me dio el día hoy, Lena. Fuimos al parque de diversiones.

—¿Y hubo romance? ¡Cuenta!

Suspiré. ¿Por dónde comenzar? No había habido romance, pero sí un acercamiento. ¿Eso contaba? Ah, y me había hecho llamarlo por su nombre. Definitivamente significaba algo. Decidí hacerle un resumen con lo más significativo del día:

—Toda la tarde fuimos perseguidos por unas viejitas locas que querían robarme a Gabe. Terminamos ocultándonos en una casa embrujada. Luego noqueé a un payaso con una pierna ortopédica.

—Y yo que pensé que uno iba allí a montarse a los juegos. Espera, me perdí. ¿Para qué noqueaste al payaso?

—Duh, para robarle la ropa. ¿Por qué lo haría sino?

—¿Y para qué?

—Para que Gabriel se la pusiera. Mira, tú no estuviste allí. Era la única forma de escapar de esas fanáticas violadoras.

—¿Violadoras? Oye, ¿no estás exagerando?  
Bufé.

—¿Para qué querías saber si estaría libre el viernes? —pregunté, volviendo a la conversación de antes—. ¿Harás una fiesta?

—Ojalá. Necesito una niñera. Nina no puede venir.

—¿Qué hay de tu marido? ¿No puede cuidar de sus propios hijos?

—Lo haría si aún viviera en casa —contestó—. Se fue hace un par de días.

—Lo siento.

—Yo no.

—Intentaré convencer a Gabriel, pero no te aseguro nada. Luego te aviso.

Luego de hablar con Malena, me puse el pijama de gatitos y me metí en la cama. Había sido un gran día. Por unas horas me había olvidado del trabajo y de mi patética vida. Era como si hubiera salido en una cita real con el chico que me gustaba, aunque sin beso de despedida.

Apagué la luz y, mientras abrazaba mi almohada, deseé con todas mis fuerzas que él estuviera pensando en mí.

—¡¡Aaaahhhh!! —Grité la mañana siguiente al mirar mi muñeca y descubrir, con horror, que mi pulsera de mariposa no estaba.

Tenía que encontrarla. Volteé mi casa patas arriba y nada.

—No, no, no, no. —Vacíé mi bolso, revisé el interior de mis bolsillos, debajo de la cama, incluso dentro del refrigerador.

La pulsera que me había regalado Lena había desaparecido. Me mataría. Le había costado una fortuna. Y yo la amaba. Era la única pieza de joyería que había rescatado de mi casa.

—Debí haberla extraviado en el parque —sollocé, sabiendo que jamás volvería verla.



Una vez en el departamento, hice mis quehaceres a un ritmo lento y melancólico. Terminé llorando en el baño, luego de que por accidente me golpeé el dedo gordo del pie con el inodoro.

—Regina. —Gabe golpeó la puerta—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

Me enjuagué las lágrimas.

—¿Regina?

—Estoy bien —contesté, sin parar de llorar.

Tomé el papel higiénico y le di un tirón. Lo usé para secarme la nariz.

—¿Me dejas entrar?

Dije que sí con la cabeza. ¡Qué boba! Ni que él tuviese visión de rayos equis.

La puerta se abrió un poco y Gabriel se asomó con cautela.

—¿Qué haces en el piso? ¿Y por qué hay una montaña de papel higiénico a tu lado?

Le mostré mi muñeca desnuda.

—Soy una tontaaaa.

Se arrodilló a mi lado.

—¿Por qué dices eso? —Sus dedos se pasearon por mi pelo enmarañado. Recordé que se me había olvidado peinarme y lloré más fuerte.

—Porque sí. —Me apoyé en él como un perrito en busca de amor.

—¿Me dirás lo que pasó? —Me secó las lágrimas con la mano—. ¿Tiene que ver con el papel?

Sacudí la cabeza. Era lindo. De verdad parecía preocupado por mí. Además, desde el paseo al parque, se había aficionado a tocarme.

—La perdí. —Volví a mostrarle la muñeca vacía.

No entendió el mensaje.

—¿Qué perdiste?

—Mi pulseraaaaaa.

—Tranquila, no llores. —Me abrazó, sin dejar de acariciarme la cabeza.

—Es fácil de decir para usted —murmuré contra su hombro.

«Cielos, qué bien huele», pensé.

Y tenía el cabello mojado. Tuve que contenerme para no darle una lamida en el cuello.

«La pulsera, Gina, piensa en la pulsera».

—¿Cuándo la perdiste? Podemos buscarla.

Sacudí la cabeza de nuevo.

—Fue en el parque de diversiones.

—Oh. —Se limitó a decir.

—Amaba esa pulsera. Tenía un dije de mariposa y tintineaba cuando la sacudía.

Su expresión se tornó triste.

—Quisiera poder hacer algo para alegrarte, pero... no sé qué. —Besó mi frente.

«Ya lo estás haciendo» pensé, dejando de llorar.

Mi teléfono no había dejado de sonar en todo el día. Lo había apoyado sobre la mesa ratona para no cargarlo conmigo a todas partes. No lo había apagado porque de vez en cuando me llegaban mensajes de Lena. Me divertía mucho leer cómo criticaba a su jefe: «Este huevón me tiene cansada». «Se frotó la pelada y ahora le brilla. Juro que puedo verme reflejada allí».

—Te llama Nelson —me avisó el señor Savage, dejando su libro a un lado al escuchar la musiquita de Darth Vader—. De nuevo.

—Ah. —Ignoré la llamada y continué aseando las ventanas.

Tenía ganas de arrojar el teléfono por el balcón. Había estado a punto de hacerlo un par de veces. El *ringtone* se detuvo y yo recé fuerte para que no volviese a sonar porque si lo oía una vez más...

—¿Por qué no atiendes? —inquirió mi jefe con la cabeza ladeada, desde el sofá.

—Porque no puedo hablar por teléfono en horas de trabajo —respondí sin dejar de repasar el vidrio con el trapo.

—Pfff... como si acataras alguna de las reglas que te di —dijo él, acomodándose los lentes para retomar la lectura.

Fruncí los labios.

—No quiero volver a hablar con él —expliqué—. Me llama todo el tiempo para pedirme que regrese. Le dije que no como unas doscientas veces. Pero sigue y sigue llamando como si eso fuese a hacerme cambiar de opinión.

—Te acosa.

—Me acosa. —Me dejé caer en el sofá con una potente exhalación.

—¿Por qué no cambias el teléfono?

Suspiré. Parecía no darse cuenta de que mi situación financiera actual no me permitía darme ese tipo de lujos.

—Tengo demasiados gastos.

Gabe puso mala cara.

«Así es, señor Savage. Lo que usted me paga no me alcanza para llevar su mismo estilo de vida. Aunque agradezco que me deje comerme su comida y beberme sus vinos caros. Oh, y usar su papel higiénico acolchadito. Gracias infinitas».

—¿Cuántas veces te ha llamado hoy ese sujeto? ¿Veinte? ¿Treinta? No solo te está molestando a ti. No lo conozco y ya empiezo a odiarlo —manifestó con irritación.

—Lo siento.

—No te disculpes. Él debería hacerlo por no haber sabido valorarte antes de perderte. Son los hombres como él los que nos hacen quedar mal a todos. No todos somos así, chica blue.

—Lo sé, señor Savage. —Le sonreí y él me devolvió la sonrisa.

El teléfono sonó otra vez. Para mi sorpresa, Gabriel atendió antes de que mi mano alcanzase el aparato.

—¿Hola, Nelson? —dijo, mirándome a los ojos en todo momento—. Escucha: Gina no quiere hablar contigo y, francamente, yo quiero que dejes de llamarla porque me estás fastidiando. Si no lo haces, te buscaré estés

donde estés y te romperé la cara. ¿Entendiste?

Me dejó con la boca abierta. Primero, por hablarle así. Y segundo, porque se había referido a mí como *Gina*. Quizás quería fingir familiaridad. Me pregunté qué pensaría Nelson luego de que Gabe le colgara. Hubiera matado por verle la cara. Seguro que echaba humo por las orejas.

Gabriel me devolvió el celular y sonrió con suficiencia, poniendo los pies sobre la mesa.

—Y así es como se hace, señorita Blue.

Incluso cuando trataba de portarse como matón, lucía increíblemente sexy. Era la versión humana del helado bañado con chocolate. Y yo me mordía las uñas para no comérmelo.

Nelson no volvió a llamar por el resto del día.

«Señor Savage, es usted mi héroe».

Pasé el resto de la tarde sola porque él decidió salir de improviso. Regresó antes de que terminara mi horario de trabajo, con una bolsa misteriosa que extendió hacia mí. Una bolsa dorada con un moño rojo.

—¿Y esto? —La tomé.

Ni siquiera era mi cumpleaños.

—Ábrelo.

Miré el interior sin esperar nada. No era bueno hacerse ilusiones cuando el chico de tus sueños se paraba ante ti y te entregaba un regalo sin motivo. De mis experiencias pasadas había aprendido que, cuando un hombre te daba algo, era porque te había tratado mal y quería que lo perdonaras, o estaba por pedirte algo que por lo general te negarías a darle. ¿Acaso existiría una tercera opción?

—¿Me compraste un teléfono?! —exclamé, casi gritando, al ver el contenido de la bolsa.

—Sí.

—Pero ¿por qué?

Se encogió de hombros restándole importancia.

—No sé. Pensé que podría gustarte.

Un momento. ¿Me estaba diciendo que me había comprado algo carísimo por el solo hecho de que a mí me gustaría?

—¿No te gustó? —preguntó al notar mi cara de confusión.

Reí.

—Me encanta. —Amagué a abrazarlo, pero me detuve. No sabía cómo actuar con él. Temía cometer el error de pensar que yo podía llegar a gustarle —. Gracias.

Saqué el aparato de la bolsa y lo examiné. Él se había tomado la libertad de guardar su número entre mis contactos. No a nombre de *Señor Savage*, sino de *Gabriel*. También le había puesto una foto suya en la que sonreía. Y no se trataba de una sonrisita inocente, sino una media sonrisa con una ceja levantada, como diciendo «Pruébame».

«Ay, Jesús».

Me dejó sin respiración.

Había sido cruel en borrar todas sus fotografías de mi teléfono. Pero había sido muy tierno en comprarme otro. Y lo de la foto... No tenía palabras para describir eso.

Después de agradecerle el hermoso gesto que había tenido conmigo, preparé mis cosas y me dispuse a partir rumbo a casa. «Casa»: palabra curiosa si se tomaba en cuenta de que me consideraba ahí cuando llegaba al departamento de mi jefe.

—Aguarda. —Gabriel me detuvo en la puerta.

Sacó su teléfono del bolsillo y me tomó una foto.

—¿Uh?

Me sonrió.

—Yo también necesitaba una.

Me mostró su lista de contactos. Uno de ellos decía «Chica blue».

—Listo. Ya puedes irte. —Me guiñó un ojo—. Te veo mañana.

Subí al elevador con palpitaciones. Quizá, la montaña rusa le había

sacudido un poco el cerebro. Sí, eso debía ser. De seguro en un par de días volvería a ser el mismo amargo de siempre.

Unos segundos más tarde, mis pensamientos fueron interrumpidos por un oso panda.

—¿Berto? —pregunté llena de curiosidad.

¿Quién más podría ser?

—Ghhh ghhh ghhh —comenzó a decir, dándose golpes en la cabeza con ambas manos.

—¿Qué?

—¡Ghhhhhh!

—Lo siento. No hablo oso.

Se puso a saltar como un loco, dándose manotazos en la cara.

—¿Qué haces? Vas a romper el ascensor. Nos quedaremos atorados y nadie vendrá a rescatarnos. Y luego tendremos que recurrir al canibalismo para sobrevivir.

Hacía señas raras que no entendía. Se dio la cabeza contra la pared varias veces. Pensé que trataba de quedarse sin sentido. O matarse. Ya imaginaba los titulares de los periódicos: «Oso panda se suicida en elevador».

—¿Puedes quitarte la máscara?

Sacudió la cabeza y volvió a pegarse.

—Ghhhhhh.

—¿Te la quito?

Asintió. Se puso de rodillas frente a mí. Supuse que con los guantes que tenía puestos se le dificultaba quitársela él mismo. Lo tomé de las orejas y jalé hacia arriba. Nunca antes había decapitado a un oso.

—Ghhh —exclamó.

Tiré más fuerte hasta que me choqué contra la pared, y la cabeza quedó en mis manos como un trofeo de caza.

—Gracias, dulce Gina —dijo Berto con la cara como un tomate—. Ya me estaba dando claustrofobia ahí dentro.

—¿Y para qué te pones... —Dejé la frase inconclusa; mejor no preguntar.

—¿Ya te vas para tu casa? —inquirió.

—Sí.

—¿Quieres que te alcance? Ando con el Bertomóvil.

—Eres muy amable. Además, siempre quise ver un panda conduciendo un vehículo.

Salimos del elevador y el portero se nos quedó viendo mientras atravesábamos el hall.

—Adiós, guapis —lo saludó mi amigo.

Una vez en la calle, le envié un mensaje a Lena con mi nuevo número de teléfono. Ella no tardó en responder:

«¿Y? ¿Le pediste el día de mañana libre a tu jefe?».

Cierto. Me necesitaba para que cuidase a sus niños. Lo había olvidado por completo. Sería mejor que volviera y le preguntase a Gabriel en persona. Así, si me decía que no, me haría la llorosa para convencerlo.

—¿Me esperas unos minutos? —le pregunté al oso—. Olvidé preguntarle algo a mi jefe.

—Seguro, *la mia bella*. —Se colocó la cabeza de nuevo y se apoyó contra un árbol—. Descansaré un rato. Uff. Este traje pica.

Se rascó una nalga sin la menor elegancia.

—Si te pica, ¿por qué no te lo quitas?

—Porque no me puse ni el calzón —carcajeó.

—Iughh. —No quería imaginar eso.

Arrugué la nariz y volví a entrar en el edificio.

Golpeé la puerta. Esperaba que Gabe no se hubiera ido a dormir. Aunque, pensándolo bien, el hombre no dormía nunca.

«Ese hombre es como un vampiro».

—¿Señor Savage? ¿Está ahí? Señor Savage. —Volví a golpear.

Escuché sus pasos, cada vez más fuertes.

Continué:

—Olvidé preguntarle alg...

Abrió con el rostro ensombrecido. Sus labios dibujaban una fina línea recta y entrecerraba los ojos. ¿Acaso se trataba de su parte oscura, esa que destruía el apartamento cuando yo me iba? ¿Por qué lucía enfadado conmigo? ¿Qué había hecho yo?

Retrocedí cautelosa.

Él vino hacia mí.

—Lo siento. No quise interrumpir —dije rápido—. Puedo irme si quiere.

Mi espalda chocó contra la pared y Gabriel se apoyó en ella, colocando las manos a los costados de mi cuerpo.

—Regina... —masculló.

—¿S... sí? —Me encogí.

¡Y pensar que había sido tan adorable conmigo hacía un rato! ¿Ahora planeaba asesinarme y esconder mi cadáver desmembrado en una maceta?

Por cómo me miraba, temí lo peor.



## CAPÍTULO 14

# El niño

No tenía a dónde correr: el elevador se mantenía cerrado y las escaleras de emergencia se encontraban al otro lado del pasillo; para llegar a ellas tenía que pasar sobre mi jefe. Apreté los párpados y aguardé una temprana e inevitable muerte.

Él dejó escapar un suspiro cargado de frustración.

—¿No te pedí que me llamaras Gabriel?

Pestañé un par de veces e intenté asimilar esas palabras.

—Gabriel —susurré, a continuación, con las mejillas ardiendo.

Posó una mano en mi cabeza.

—Así me gusta.

Caminó de regreso al departamento, conmigo detrás como una perrita desprotegida en busca de su amo.

—¿Puedo pedirle...? —Enseguida me corrigió—. ¿*Pedirte* un favor?

—Seguro. ¿Qué necesitas? —Se quedó a la espera de una respuesta coherente de mi parte.

Enseguida elaboré una respuesta:

«Que te acerques a mí y me desnudes con tu mirada seductora, que recorras con los labios hasta el último rincón de mi cuerpo, que tus manos calientes dejen un rastro de cosquillas en mi piel. Necesito arrancarte la ropa y llenarme de ti. Besarte, tocarte, morderte, y que me hagas lo mismo».

Tragué saliva.

«Concéntrate, Gina. No estás aquí para pedirle favores sexuales. Tal vez otro día».

—Mi amiga Lena tiene que atender un asunto mañana y no tiene con quien dejar a sus hijos. Y bueno, yo me preguntaba si podrías... ¿darme el día para ir a cuidarlos?

—Hmm... —Se llevó una mano a la nuca—. ¿Son muy pequeños?

—Dos, tres y cinco años.

—Vaya, la que te espera. —Fue a su estudio y regresó—. Por supuesto que te daré el día.

—Gracias.

Me entregó un papel en blanco.

—Anota el número de tu amiga, por las dudas.

Lo hice.

—¿Necesitas otra cosa? —preguntó—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Eh, no, gracias. Mi amigo Berto dijo que me llevaría.

Pero ¿qué acababa de hacer? ¿Acaso lo había rechazado?

—¿Berto Bertolucci? —Alzó una ceja.

—¿Lo conoce? —Sospeché que, quizás, él habría contratado alguno de sus servicios alguna vez. No quise imaginar cuál.

—Vagamente.

—Espere un segundo. —Busqué su tarjeta en mi bolsillo y se la di.

Él la leyó en voz alta:

—Berto Bertolucci. *Taxiboy*, estilista y guardaespaldas.

Me miró con cara rara.

Encontré a Berto tumbado panza arriba en medio de la vereda. Abrazaba la cabeza de oso.

«¿Ya se murió? Si apenas lo dejé por veinte minutos».

Al oírlo roncar le di una patada en un costado.

—Despierta.

—¿Eh? ¿Qué? ¡¿Ya vienen los monos?! —exclamó.

—Pero ¿qué dices?

Se pasó una mano por la cara.

—Lo siento. Soñaba que era un plátano.

—Me preocupas, ¿sabes? —Lo ayudé a levantarse—. Creo que te conseguí un cliente.

—¿Quién?

—El señor Savage. Le di tu tarjeta.

—¿A quién? —volvió a preguntar con asombro—. Ay, Gina, creo que te pasaste.

Estalló en risas.

—No le veo lo gracioso. A decir verdad, es algo trágico ofrecerle los servicios de un taxiboy al hombre que te gusta. Pero haré lo que sea con tal de verlo feliz.

Berto no dejaba de reírse. Se secó una lágrima.

—¡No te rías! —Le di un puñetazo en el hombro, y la cabeza de panda salió rodando. La corrió por la calle. Estuvo a punto de atropellarlo un autobús. A pesar de ello, el idiota seguía riéndose.

Si hubiera tenido ropa de humano (en vez de esa cosa horrorosa de panda), lo hubiera invitado a mirar una película. Pero el señorito alegó sentirse muy cómodo en esas fachas, así que nos despedimos en la puerta de mi casa. Me prometió vestirse para la próxima. Más le valía. Con verlo en tanga una vez había sido más que suficiente.

Al día siguiente caí en la cuenta de que no vería a mi guapo Gabriel sino hasta el lunes. ¿Cómo aguantaría tres días alejada de él?

«Podrías ir a molestarlo un rato», me dije. «No, no, no. Él necesita descansar de mí».

Veía mi horrenda cara de lunes a viernes. Lo más probable era que quisiera

un poco de privacidad, ya que yo metía la nariz en sus cajones casi todo el tiempo. Incluso sabía sus horarios para ir al baño: a las once, las tres y media, y a las siete cuarenta y cinco.

Me puse a pensar en la cantidad de cosas que podría hacer en lugar de presentarme a su casa. Nada; absolutamente nada vino a mi mente. Encendí el teléfono viejo para pasar mis contactos al nuevo y descubrí veinte mensajes de texto. Todos de Nelson.

Abrí uno. La curiosidad me mataba.

«Así que tienes un novio. Pues dile que, si no puedo tenerte, nadie lo hará».

Una sensación de frío se alojó en mi panza. Borré los demás mensajes sin leerlos. Había intentado bloquear su remitente, pero siempre conseguía la manera de escribirme o llamarme a través de otros números de teléfono. Me avergonzaba haberme enamorado de él en el pasado. ¿Cómo no me había dado cuenta de su locura? Tenía ganas de ir con Gabriel y pedirle que me abrazara como lo había hecho en el baño. Pero hoy no lo vería. Ni mañana. Ni siquiera pasado.

Me vestí y fui a lo de Lena. Los niños dormían cuando llegué, así que ella aprovechó la paz para darme todas las indicaciones necesarias:

—Dale cereales a Chris, pero no con leche porque le cae mal. A Anita sí dale leche, pero blanca y sin azúcar. Ah, y hazle una tostada con mermelada, pero de durazno, no de frutilla. La mantendrás entretenida un buen rato. Sammy ya desayunó y volvió a dormirse, así que cuando se despierte cambia su pañal.

—¿No había aprendido a ir al baño?

Lena negó con la cabeza.

—Cuando su padre se fue empezó a mojar la cama. Tuvo una regresión o quién sabe qué. Recuerda no darles caramelos o los tendrás saltando por todas partes.

—De acuerdo. ¿Qué hay del almuerzo?

—Comen a las doce treinta. En el refri hay pollo de anoche y un poco de

pizza. A Christian no le gusta, así que no te molestes en darle. Solo dale una pata de pollo. A Anita córtale la pizza en tiras y dale jugo de naranja. Debes vigilar a Chris porque le gusta golpear a Anita y arrojarle cosas. Ah, y vigila que Anita no se meta cosas en la nariz.

—¿Y Sammy? —Ya me había mareado. ¿El jugo para quién era?

Eran tres criaturas pequeñas. ¿Qué tanto trabajo podían darme?

—Dale pollo en trozos pequeños. Los comerá con la mano. Pero por ningún motivo lo dejes beber solo. ¿Te lo anoto?

—No, está bien. Lo recordaré —me jacté, para no quedar como una bobalicona.

—Genial. Te quiero, adiós. —Se fue tan rápido que no alcancé a preguntarle nada.

Si ella era capaz de mantenerlos bajo control, yo también. La había visto miles de veces lidiar con ellos. No debía de ser difícil. Seguro que los mantendría tranquilos y sonrientes.

Estaba a punto de escribir las instrucciones, cuando oí la voz de Anita llamando a su madre.

Había mojado la cama.

—De acuerdo, calma —me dije, yendo a su cuarto—. ¿No era el chiquito el que se mojaba?

Sammy se puso a llorar. La voz de su hermana lo había despertado. También a Christian.

—Ya voy, Sammy —exclamé, corriendo a buscarlo a la otra habitación.

En cuanto entré a recoger a su hermanito, Chris salió de la cama y salió corriendo rumbo a la cocina. Mientras tanto, Anita lloraba a los gritos:

—¡Mamáaaa! ¡Mami!

A mí me conocía. ¿Por qué mi presencia no la tranquilizaba?

—Tranquila, nena. Mamá volverá pronto —dije.

Dejé al mocosito en el suelo y le di un oso de peluche; con eso se entretendría un rato. Corrí a ponerle ropa limpia a su hermana meada. Por

supuesto, ella se negó a colaborar, me mordió el brazo la muy piraña.

—La gente no se come —informé.

—Tengo hambre —se quejó—. ¿Dónde está mi mamá?

—Volverá enseguida. Pero te quedarás con la tía Gina un rato. —Sonreí—. Yo les daré de comer. Y después jugaremos.

Ella hizo una mueca.

—Ven, vamos a buscar a tu hermano. —Tomé su mano y la llevé conmigo al cuarto de los niños.

—¿Sammy? ¿Dónde estás? —Él ya no estaba donde lo había dejado—. ¡Sammy!

Anita se metió el dedo en la nariz y señaló el baño.

El chiquito se había arrancado el pañal cagado y lo había revoleado por todos lados. Había caca hasta en las paredes. Levanté al nene antes de que siguiera esparciendo felicidad y lo senté en el inodoro. Luego me dirigí a la cocina a buscar a Chris, quien se encontraba sumido en un silencio sospechoso.

—¿Qué haces?

En cuanto di un paso sobre las cerámicas blancas y negras, me patiné. Caí de espaldas al piso, en medio de un charco de leche y cereales multicolor que se me pegaron en el pelo y la ropa. El niño se echó a reír, sentado sobre la mesa con la mano metida en la caja de cereal.

—Muy gracioso.

Anita se acercó a mí, me quitó un cereal de la ropa y se lo metió en la nariz.

—No hagas eso. —Me levanté con un quejido en medio de aquella cochinado, y la perseguí hasta su cuarto. Se escondió bajo la cama—. Ven aquí. Tengo que sacarte eso.

Sammy lloró desde alguna parte de la casa. Recordé que me lo había olvidado en el baño y fui por él. Se había empapado de la cabeza a los pies. Había quedado azul, por el producto que Lena metía en el tanque del inodoro, ese para desinfectar.

Tocaron el timbre y el teléfono empezó a sonar. Anita lloraba, Sammy gritaba porque no quería que lo vistiera, y Christian se reía de mí mientras yo intentaba mantener la cordura en esa casa del infierno. Solo faltaba que hubiera un incendio. ¿Cómo se las arreglaba Lena para lidiar con esto todos los días? No había pasado ni media hora desde mi llegada y ya tenía ganas de gritar y salir corriendo. Y lo peor, no recordaba ninguna de las instrucciones que mi amiga me había dado.

«Soy la peor niñera del mundo».

Me prometí que, si lograba sobrevivir el resto del día, no volvería a cuidar niños. No había forma de calmarlos. Ni con la televisión, ni cantándoles, ni jugando con ellos. ¿Qué se suponía que debía hacer? En un momento de desesperación, uno recurre a lo primero que viene a su mente. Tomé el teléfono y llamé a la única persona con la que podía contar.

—¿Gabriel? —dije, cuando él atendió—. Necesito ayuda.

Cuando alguien te consuela en el piso del baño deja de ser un extraño. Diría que no solamente yo había sido promovida en esta relación. Él había dejado de ser mi *amor platónico* y se había vuelto *mi jefe*, para luego ser algo más. Pero ese *algo más*, ¿qué era? No lo sabía. Tal vez, ni él.

Veinticinco minutos después de mi llamada, un coche negro estacionó en la entrada de la casa.

—Gracias a Dios —suspiré, intentando que los niños no se matasen entre ellos.

—Pero ¿qué pasó aquí? —inquirió mi salvador, al entrar y encontrar el piso lleno de cereales y leche, mis pelos pegoteados y los niños arrojándose comida entre sí.

—¿Una mala mañana? —respondí, casi al borde de un ataque de nervios.

Gabriel les dirigió a los mocosos una mirada gélida.

—Sentados.

Para mi sorpresa, le hicieron caso. Era un buen adiestrador.

A continuación, se dirigió a mí:

—Regina, sentada.

Automáticamente, mi trasero hizo contacto con una silla. Los niños y yo nos dirigimos miraditas extrañadas, pero ninguno de nosotros se atrevió a moverse de su sitio mientras él procedía a limpiar el enchastre de la cocina. Anita lo veía con los ojos bien abiertos. Pero claro, si nunca había visto un hombre tan bien parecido.

Unos minutos más tarde, los tres críos ayudaban a Gabriel a limpiar. Incluso el pequeño Sammy se había puesto a repasar las paredes con un trapito.

—Será mejor que te laves ese pelo —me recomendó mi jefe, señalando el pegote en mi cabeza.

Me levanté y de pronto recordé algo.

—¿Gabriel?

—¿Qué?

—El baño...

—¿Qué pasa con él?

Me mordí el labio. No quería decirle. Tampoco quería limpiarlo ni que él lo hiciera. Lena debería haberme advertido sobre la tendencia que tenía su hijo a embadurnar las paredes con caca. ¿Qué iba a saber yo? Gabe se asomó y vi su cara de horror en mi mente, ya que no podía observarlo desde la silla en la que me encontraba. Un hombre fino como él no debería ser expuesto a semejantes cosas. Alguien como él merecía vivir en un mundo mágico donde nadie defecara.

Unas horas más tarde, la casa había vuelto a la normalidad. La cocina rechinaba de limpia, yo podía contemplar mi imagen en los pisos, y el baño olía a un bosque después de la lluvia. Gabe había puesto a los niños a hacer tareas, por lo que no se aburrían en toda la tarde. Por ende, se mantuvieron tranquilos. Sin pelear, sin llorar, sin morderse unos a otros.

—Me salvaste la vida —agradecí al caballero que había venido en mi rescate.



No era que yo fuera una damisela en apuros. Por lo general, solía generar los problemas en los cuales me metía.

—Tú haces lo mismo por mí todos los días.

Ahí estaba esa hermosa sonrisa, manifestándose como una aurora boreal.

«Es gay, gay, gaaaay» me repetí varias veces, para no olvidarlo. Por momentos tenía el loco impulso de decirle que lo amaba. No obstante, me mordía la lengua. También mordía otras partes de mi cuerpo para que el dolor me distrajera de lanzarme sobre él y desgarrarle la camisa.

Para las cinco de la tarde, los tres angelitos se habían quedado dormidos. Sammy en brazos de Gabe, Christian mientras miraba la televisión y Anita, jugando con sus muñecas.

—Ven. —Luego de acostar a Sammy, Gabriel aprovechó el momento de calma para tomarme del brazo y llevarme al baño.

Tomó la manguera de la ducha y abrió el grifo.

—Agáchate.

—¿Qué? —Me quedé petrificada.

Una sonrisa juguetona se dibujó en su rostro.

—Te lavaré el pelo.

El calor me invadió, comenzando por las plantas de mis pies. Subió a través de mis piernas y se apoderó de mi cuerpo entero en menos de un segundo. La mano de Gabriel se instaló en mi espalda y me empujó con gentileza sobre la tina. ¿Y si pretendía ahogarme? Nah. No era un asesino. Un momento. ¿Y si en realidad me había hecho creer que Brian se había ido de gira, pero lo había matado? ¿Y si por eso no había rastro de él? ¿Qué tal si su cuerpo mutilado se hallaba todavía en su departamento, en aquel cuarto cerrado bajo llave? Miles de crímenes pasionales eran cometidos todos los días por personas insospechadas.

Gabriel Savage era escritor. ¿Qué tal si también era asesino?

Sentí que una corriente cálida me empapaba la nuca, y unos dedos me masajearon con cuidado, quitando los cereales que se habían quedado

pegados.

—Puedes matarme cuando quieras —se me escapó.

## CAPÍTULO 15

# Alejarme de ti

¿Por qué ese hombre tenía que ser tan lindo conmigo? Solía ser una persona fría, antisocial con la mayoría de la gente. ¿Por qué se comportaba como si yo le gustara sabiendo que nunca podríamos ser nada? ¿Qué clase de maldad era esa?

«Hombre malo, malo».

Dejé que mi cuerpo se relajara en sus manos a pesar de esa pose tan antinatural que había adoptado, y dejé la cabeza apoyada en el borde de la tina. Amaba sentirlo tan cerca de mí. Quería recostarme contra él y que me dijera que me había equivocado, que siempre le habían gustado las chicas y que me elegía a mí.

«Basta de soñar, Gina».

Cerró el grifo y ni cuenta me di. Tampoco sentí que me levantara del suelo y me depositara en el sillón. Corretear a los niños por la casa me había dejado exhausta. No me había dado cuenta de cuánto hasta que la chillona voz de mi mejor amiga me despertó. Mejor dicho, nos despertó a ambos. Gabriel me había apoyado en su regazo y se había reclinado contra un almohadón. Y así nos habíamos quedado.

Malena atravesó la puerta y nos encontró dormidos en el sofá.

—¿Qué hora es? —Me desperecé.

—Las siete, chica traviesa. —Lena me guiñó un ojo—. ¿Y mis bebés?

¿Cómo se han portado?

—Bien, son unos amores —mentí, pero valió la pena al ver su enorme sonrisa de madre orgullosa.

Caminó hacia nosotros y extendió la mano en dirección a mi jefe.

—Es un placer conocerlo por fin, señor Savage.

—Lo mismo digo —respondió adormilado.

—Gina me ha hablado tanto de usted que ya siento que lo conozco.

Le envié una mirada furibunda. ¡No se suponía que él se enterara de eso!

—¿Ah, sí?

—No le hagas caso. ¡Vaya, mira la hora! Tenemos que irnos. —Lo tomé del brazo y lo llevé casi corriendo a la puerta. Él me siguió divertido—. Nos vemos otro día, Lena.

—¡Te llamo! —exclamó ella, cuando cerré la puerta tras nosotros.

Caminamos directo al auto de Gabe y nos acomodamos.

—¿Quieres ir a cenar? —preguntó.

—Sí, claro. Emm... ¿luzco presentable?

Él torció la cabeza y pareció examinarme con rayos x. Sin los anteojos de lectura y con el pelo revuelto parecía un héroe de novela romántica. Se mordió el labio.

«¿Cómo te atreves a ser tan sexy?».

Estiró uno de sus brazos y llevó su mano a mi cuello en uno de esos instantes de celestial tortura que me llevarían directo al infierno.

Quitó la mano y me enseñó un cereal.

—Ahora sí.

Cenamos pizza en ese restaurante italiano al que había prometido llevarme un día.

Hablábamos con naturalidad, pero había temas que nunca tocábamos. A pesar de que él era un autor consagrado de novelas románticas y yo una lectora apasionada del tema, jamás mencionábamos el amor. Quizá porque yo

no lo tenía y él acababa de perderlo, no nos alegraba mencionarlo. Además, ¿qué le diría? ¿«Gabe, estoy loca por ti»? Y él respondería: «Preferiría salir con Berto Bertolucci. Él tiene mejores piernas».

Una llamada nos interrumpió a mitad de la cena.

—¿Hola?

Gabriel no se molestó en levantarse para atender su teléfono. Observé su rostro con atención. Su mandíbula se tensó.

—¿Qué quieres, Brian?

Se notaba que no tenía ganas de hablar con él. Escuchó con paciencia y contestó:

—Sí, está bien. Te veo mañana.

Suspiró con fastidio y habló antes de que yo preguntase.

—Al parecer la gira se canceló. Llega mañana y me pidió que fuese a buscarlo al aeropuerto.

—Y accediste.

—Por supuesto. —Pareció darlo por obvio.

—Lo quieres mucho.

—Es la única familia que tengo —dijo con un aire resignado.

Cuando un hombre considera *familia* a otro, significa que tienen un vínculo estrecho, importante. ¿Y si Brian era su esposo? Eso explicaría muchas cosas.

—¿Seguirá viviendo contigo? —quise saber.

—No lo sé. Siempre tendrá un lugar en casa. Lo sabe.

«Y en mi corazón» le faltó decir. Aunque no era cursi como para expresarlo. No sabía si ponerme feliz por el hecho de que se amigaran, o triste por mí y mi patético amor no correspondido. ¿Cómo se suponía que debía sentirme?

—Me alegro por ustedes.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A que cuentan el uno con el otro a pesar de sus diferencias. Me gustaría tener eso con alguien.

—No es tan divertido como parece —comentó—. Es más lo que peleamos que lo que nos llevamos bien. Diría que somos como perro y gato.

—Y a pesar de ello se quieren —concluí.

No era justo. Dos chicos hermosos unidos por el destino y yo entre ellos, tan desubicada como una monja en un campo nudista. ¿Quién era yo para separarlos? Una lágrima inoportuna rodó por mi mejilla cuando me di cuenta de que el único prospecto que tenía era Berto.

—¿Estás bien?

Sacudí la cabeza, sin hablar. Sin mirarlo. Porque una vez que me perdiera en sus ojos, difícilmente podría volver a decir algo coherente.

—¿Quieres hablarlo conmigo?

Volví a sacudir la cabeza.

—¿Te llevo a casa? —inquirió.

Asentí. La triste realidad me había golpeado. Me gustaba estar con él, pero también me entristecía. ¿Cómo había llegado a ese punto? Necesitaba descansar unos días. Le diría que enfermé; que no podía ir a trabajar. Tal vez, si no lo veía, las piedras en mi estómago desaparecerían. Tal vez, incluso, consiguiera desenamorarme si me fijaba en otro.

«Lo siento, Gabriel», pensé. «Tengo que alejarme de ti o me volveré loca».

Me recosté en el asiento y miré a la gente que caminaba por la calle. Sabía que debía decirle lo que sentía, pero no me atrevía por temor a que quisiera sacarme de su vida. Yo me conformaría con verlo feliz, acostarme en su cama y aspirar el perfume de su almohada cuando no me veía, sacar cosas de su armario y ponérmelas o tan solo espiarlo como siempre. Necesitaba reponer las fotos que él había borrado de mi celular, por lo que me escondería y le tomaría algunas mientras se encontrara distraído. Eso me mantendría ocupada para no cometer alguna estupidez.

—¿Chica blue?

—¿Eh?

—Hace media hora que llegamos a tu casa —dijo él.

Dejé de hacer dibujitos en el parabrisas.

—Perdón, me distraje.

Había apagado el motor y no lo había notado.

—¿Ese soy yo? —preguntó al ver mi obra de arte.

—Y esta soy yo —señalé—. También hice a Malena y a los niños.

—¿Y qué es esa cosa de ahí? —señaló un monigote irreconocible.

—El oso Berto. Iba a hacerlo humano, pero me salió demasiado gordo.

—No sé por qué, pero creo que soñaré con ese tipo —manifestó con desagrado.

Solté una carcajada.

—No es tan malo, jefe.

Suspiró.

—Mejor ve a tu casa. Te veré el lunes.

—Gracias por traerme. —Sin pensarlo, le di un beso en la mejilla.

Los labios me hormiguearon. Ese hormigueo me bajó por el cuello y se instaló en mi pecho. Bajé rápido del coche y corrí a casa. Mi puerta daba hacia un pequeño corredor abierto en la planta baja.

Me detuve en seco encontrar abierta la puerta de mi departamento. Giré hacia Gabe. Él se alejaba despacio.

—Espera. —Corrí detrás del automóvil—. ¡Gaaaabeeeee! ¡Detente!

Choqué contra un niño que andaba en bicicleta y se la pedí prestada.

—Después te la devuelvo.

Pedaleé con fuerza hasta alcanzar el coche. Justo se había detenido en un semáforo.

—Gabe. —Golpeé la ventanilla del copiloto con la palma.

El auto arrancó y yo continué pedaleando. En mi defensa debo decir que no vi el bache. La bicicleta se salió de control y me fui de cabeza contra un arbusto.

Lo siguiente que recuerdo es que él me palmeaba la mejilla para despertarme.

—Regina, Regina, ¿estás bien?

—¿Qué pasó?

—Diría que dejaste de tomar tus medicinas —bromeó—. Parece que de repente enloqueciste y robaste una bicicleta con la que intentaste hacer una pirueta mortal.

—Auu. Me duele el trasero —me quejé.

Había aterrizado con la gracia de una morsa.

—¿Acaso intentabas matarte? —Gabriel me ayudó a ponerme de pie y me llevó de vuelta a casa.

—No. Es que tenía miedo de entrar al departamento —musité—. La puerta estaba abierta.

—Quédate en el auto —indicó al aparcarse.

Se bajó y corrió hasta mi casa. Entonces recordé todas las fotos tuyas que tenía en las paredes. ¡No debía verlas por nada del mundo!

Fui tras él.

—¡Espera! No entres. —Me puse frente a la puerta.

—¿Pero no dijiste que...

—No puedes entrar ahí —lo interrumpí.

Arqueó una ceja y se cruzó de brazos. Lucía súper guapo cuando hacía eso. Por lo general adoptaba esa pose para regañarme.

—¿Por qué no?

Quise pensar alguna mentira ingeniosa. Lo que fuera, con tal de que no viera que mi casa era un santuario dedicado a él, el dios de las novelas románticas.

—Pues... porque... porque... —No se me ocurrió nada.

—Tranquila. Quédate aquí. —Empujó la puerta para entrar.

¡El hombre iba a pensar que era una desquiciada!

Quedó paralizado en el umbral. Yo también. No me esperaba lo que vi: Berto sentado en mi cama, vestido como Batman.

—¿Quién es este tipo? —Gabriel lo señaló.



Aún no había reparado en las paredes.

El *taxiboy* vino hacia nosotros y acercó su rostro al de mi jefe. Se había dejado crecer el bigote. «Dios, es un ridículo», pensé.

—Yo... soy Batman —susurró.

Me reí de manera forzada, aunque por dentro quería echarme sobre mi amigo y matarlo lenta y dolorosamente. Carraspeé. ¿Tendría tiempo de echar gasolina y prender fuego el apartamento sin que Gabe se diera cuenta?

—Gabriel, te presento a...

—¡Berto Bertolucci, *taxiboy*, estilista y guardaespaldas! —exclamó mi amigo con entusiasmo, tomando la mano de mi jefe y sacudiéndola como si quisiera arrancarla—. Es un placer conocerlo, señor Savage. Soy su más ferviente admirador. Eh... después de Gina, claro, como podrá apreciar.

«Si serás idiota».

Gabriel no se había percatado del decorado de mi casa hasta ese momento. El gran cartel con su cara resplandecía frente a mi cama, marcado con besos rojos. Su mirada recorrió las paredes, empapeladas con él en diferentes momentos de su vida cotidiana, sin poder creer que alguien fuese capaz de manifestar tan ardiente fanatismo. Al menos, eso era lo que decía su cara de espanto cuando se plantó frente a mi caja llena de suvenires, que había quedado sobre la mesita de noche. Levantó uno de sus lápices masticados y se quedó viéndolo fijamente.

Esa era la verdadera Regina; no la que le planchaba las camisas.

—Ahora entiendo por qué no querías que entrara —manifestó con un hilo de voz.

Quise tirarme a un pozo y echarme tierra encima. No dije nada. ¿Para qué empeorar el momento de humillación? No había manera de arreglar esto. Cualquier cosa que dijera podría ser usada en mi contra. Ahora solo cabía esperar la orden de restricción.

—Será mejor que me vaya —dijo, sin mirarme.

Sentí ganas de vomitar. Lo había perdido. Y Berto no ayudaba a mejorar la

situación.

—Esto es tu culpa. —Le di un manotazo, después de que mi jefe se fuera—. ¿Y cómo entraste?

—La puerta estaba abierta. Si no me hubiera metido para proteger este santuario de Savage, ¿quién sabe qué hubiera pasado? Deberías ser más cuidadosa y cerrar la puerta con llave.

Me dejé caer en el piso. Recordaba haber cerrado. ¿O no lo había hecho? Mi mente era un caos. Agarré un almohadón y lo aplasté contra mi cara para asfixiarme. ¿Por qué me pasaba esto a mí?

—Tranquila, Gina.

—¿Tranquila? —exclamé casi gritando—. Mi jefe piensa que soy una demente. Como Glenn Close en *Atracción fatal*. Supongo que ya no querrá verme.

Volví a enterrar mi cara en el almohadón.

—Dale unos días para que se dé cuenta de que no estás tan loca como parece.

Levanté la cabeza.

—Voy a asesinarte.

—No puedes. Soy Batman.

El lunes recibí un mensaje de Gabriel diciéndome que me tomara el día libre. Berto había arruinado todos mis avances con él. Si no hubiera estado en mi casa...

¿A quién quería engañar? De todas formas, mi jefe habría visto mis paredes empapeladas con su cara.

Había vuelto a ser la fan acosadora. Y Brian había vuelto a la ciudad, así que seguro se habían reconciliado. Ya no me necesitarían. Quedaría sin trabajo. Y lo peor: el Señor Savage no querría volver a verme nunca más.

—Deberías llamarlo —recomendó Lena, mi consejera en tiempos difíciles. Se tomaba muy en serio su labor. ¡Ni que recibiera un sueldo!

—¿Y si me corta? No podría soportarlo. —Llevé una mano a mi pecho en una pose dramática.

Me dolía adentro.

—Entonces ve a su casa.

Lo decía así, tan tranquila, porque no había visto el horror en los ojos de mi Gabe. Solo yo sabía el miedo que le tenía a las fans desquiciadas. Y ahora resultaba que yo misma había sido una de ellas todo este tiempo. Eso me pasaba por no haberle contado la verdad desde un principio.

El pánico se apoderó de mí.

—Me da vergüenza mirarlo a la cara después de lo que pasó.

—Gina, Gina... —Mi amiga sacudió la cabeza—. Si quieres algo en esta vida, debes ir por ello. No esperes que caiga a tus pies. ¿Amas al señor Savage? Díselo. ¿Qué importa que sea gay? Ya se enteró de tu secreto cochino. Las cosas no podrían empeorar. Además, no es para tanto. Creo que exageras. ¿Qué importa que él haya descubierto que lo idolatras? Probablemente, ya lo sospechaba por la cara de Bob Esponja que pones cada vez que lo tienes enfrente.

—¡Ey!

—¿Lo niegas?

Fruncí los labios. Tenía razón.

Una hora más tarde, me encontraba frente a la puerta de Gabriel con una bolsa vacía de pan que me fui comiendo en el camino y tratando de convencerme de golpear. Levantaba el puño y lo volvía a bajar. Lo levantaba y lo bajaba. Repetí lo mismo como veinte veces. No podía hacerlo.

¡Sí que podía!

No, no podía.

¡Qué diablos! Malena estaba en lo cierto. Inspiré fuerte, me puse en pose de guerra (que había sacado de una de las películas de Bruce Lee), y di unos cuantos golpes a la puerta, dispuesta a enfrentarlo.

Cuando me di cuenta de lo que había hecho, retrocedí y llamé al ascensor. Cobarde. Era una cobarde. Ni siquiera había pensado qué decirle. ¿Cómo justificar mi locura? «Hola Gabe, lamento que vieras mi apartamento empapelado con tus fotos. Es que me gusta dormirme mirándote mientras abrazo un almohadón e imagino que eres tú».

Patética.

—¿Gina?

En un acto reflejo, me puse la bolsa en la cabeza.

—No soy Gina, señor —dije con voz grave.

Una risa me hizo voltear.

No era Gabe, sino Brian quien había abierto la puerta. Un Brian en cueros. Ahora entendía por qué Gabriel se había enamorado de él. Santo padre de los bateristas.

—¿Qué haces con una bolsa en la cabeza? —inquirió con gracia.

—No importa. Ya me voy.

La puerta del elevador se abrió y di un paso hacia delante.

Él me detuvo del brazo.

—Espera. ¿No quieres pasar?

Sacudí la cabeza y la bolsa bailó. Él me la quitó con un rápido movimiento.

—Si es por Gabe, él se fue. Tuvo una reunión con su editora, Babs.

«¿Babs?».

—Ah. Entonces sí. Pasaré unos minutos.

—¿Quieres beber algo? ¿Té? ¿Café? ¿Cerveza? ¿Escocés en las rocas?

—No, gracias.

Nos quedamos de pie en medio de la sala silenciosa.

—¿Qué pasó con tu gira?

—Uno de los chicos tuvo un inconveniente, así que la cancelamos. Ya que tu jefecito no volverá y tienes el día libre, ¿por qué no me acompañas a almorzar? Me espera un día largo y quiero relajarme.

Reparé en el baúl que se encontraba al lado de la puerta.

—Me mudo hoy —aclaró—. Vine para llevarme el resto de mis cosas.

—Oh. Lo siento.

—¿Por qué? Finalmente soy libre de la tiranía de ese hombre.

—Es que pensé que ustedes se habían arreglado. Lamento que su relación no funcionara.

Brian puso las manos sobre mis hombros.

—Ay, linda, nuestra relación está bien. Nos llevaremos mejor ahora que me voy. Vivir juntos no funciona. Él no me deja ser yo mismo. Es demasiado controlador. Además, sospecho que lo saco un poco de quicio.

«¿Controlador? ¿De veras?»

La imagen del perfecto Gabriel que había formado en mi mente se distorsionó. No le agradaba que moviese sus cosas de lugar. Se daba cuenta, inclusive, si cambiaba de sitio uno de los libros de la biblioteca. No se enfadaba, pero volvía a colocarlo donde estaba antes. Otro detalle que me había llamado la atención eran las toallas y sábanas. Todas, de un blanco impoluto. Cuando una se manchaba, la tiraba a la basura, aunque apenas se notara (por supuesto, yo me la llevaba). Mantenía su ropa impecable y tan organizada que, si yo llegaba a tocarla, enseguida se daba cuenta. Pero ¿y los días en los que encontraba cosas rotas regadas por el piso? ¿Cómo encajaba eso con su personalidad? ¿Acaso se apellidaba Jekyll?

Brian interrumpió mis pensamientos. Habíamos ido a comer hamburguesas a un local de comida rápida. El olor a papas fritas se me metió en los poros.

—Haré una reunión con mis amigos el sábado que viene en mi nuevo departamento. ¿Quieres venir?

—Supongo que también irá Gabriel, ¿no? —mencioné, tomando una papa frita.

—Sí, pero no tienes que hablar con él si no quieres. Ignóralo. Mejor céntrate en mí. Soy más interesante. Y divertido. Y sociable. Y guapo.

«Y egocéntrico», se le olvidó decir.

—¿Sabes si está enojado conmigo? —pregunté.

Él se encogió de hombros. Sacudió su vaso de plástico y bebió un sorbo de hielo derretido.

—El tipo vive enojado. No le des importancia. Alguien que pasa las veinticuatro horas encerrado en un departamento frente a su computadora no puede ser una persona feliz. Él nunca supo cómo divertirse, Gina.

—Claro que sabe. Vimos doramas juntos.

También había presenciado cómo los ojos de Gabe se iluminaban al tener una nueva idea, al inventar un diálogo que lo satisfacía. Lo había visto reírse solo e incluso hacer mímicas cuando pensaba que me encontraba en otro cuarto. Su rostro al leer un libro que lo apasionaba adquiría el más adorable aspecto. Su voz al hablar de sus novelas se volvía de terciopelo. Brian no podía estar diciéndome semejante cosa. ¿Acaso no lo conocía? Quizá, su manera de divertirse no coincidía con la de la mayoría de los mortales, pero Gabriel sí sabía cómo hacerlo. Y no necesitaba de nadie más para alegrarse, a diferencia de otros. Podía hacerlo por su propia cuenta.

La sonrisa de Brian se extinguió.

—Estás enamorada de él.

## CAPÍTULO 16

# Quédate conmigo

—¿Qué? ¡No! —exclamé—. No lo estoy.

Se levantó de su silla y se instaló a mi lado. Él ya había terminado su hamburguesa súper especial de tres pisos. Yo apenas iba por la mitad de la mía, una simple con queso.

—¿Segura?

—Segura.

No quería que se diera cuenta, pero mi expresión debía de haberme delatado. Cada vez que hablaba de Gabriel ponía la misma cara de... *Bob*. Como Lena había dicho.

—A mí no me miras como a él —continuó.

Me puse de pie, fingiéndome ofendida.

—Brian, espero que te quede claro: no estoy enamorada de Gabriel. Ahora, si me disculpas, tengo que irme. Te veré el sábado.

Esperaba haberlo convencido con mi actitud. Por las dudas, me fui caminando rápido y me metí en el primer negocio que encontré, por si se le ocurría salir a buscarme. Aunque ¿por qué lo haría?

Pasé toda la tarde metida en una librería en la que había una sección dedicada a las novelas de Gabe. Sin embargo, me puse a ver otros libros. Era hora de ampliar mis horizontes. Empezaría por quitar sus fotos de mis paredes y poner una estantería. Tendría una biblioteca tan grande como la de

él. Aunque, claro, colocaría sus libros en el lugar de mayor visibilidad. Por más que me odiara, seguía siendo mi escritor favorito. Lo sería *forever*.

Mi teléfono sonó. Quizás se trataba de Brian, para preguntarme dónde me había metido. Pobre, era la segunda vez que lo dejaba plantado.

—¿Diga?

Nadie contestó del otro lado de la línea.

—¿Hola? ¿Holaaa?

Sabía que Berto tenía cita con una clienta y había apagado el celular (asco, ni siquiera quería pensar en eso). Así que no había sido él. Tampoco Gabriel. Después de lo sucedido, dudaba mucho que quisiera hablarme. De ser él, ya estaría buscando una nueva empleada.

Corté y llamé a Lena. Tal vez alguno de sus hijos había tomado su teléfono para jugar. Sucedió en ocasiones.

—¿Qué hay, niña linda, alguna novedad?

—¿Tú me llamaste? —pregunté.

—Apenas he tenido tiempo de ir al baño. ¡Chris, deja eso! —La escuché gritar—. Disculpa, te llamo luego, ¿sí?

—De acuerdo. Adiós.

Se me revolvieron las tripas al pensar que Nelson podría haber conseguido mi número. ¿Qué tal si me espiaba desde atrás de alguna estantería en ese mismo momento? Pagué mis libros y decidí irme a casa.

En cuanto llegué, encontré la puerta abierta otra vez. Alguien había tirado las sillas, desecho la cama y...

—¡No, no, no, no!

Habían arrancado y desparramado por el suelo las páginas de los libros de Gabriel. Me arrodillé y acaricié las hojas, rotas y pisoteadas.

«Nelson», fue lo primero que me vino a la cabeza.

Un trozo de papel con algo escrito apareció entre el montón: la firma de Gabe. Busqué las otras partes para pegarlas, pero mis manos temblaban y las lágrimas no me dejaban ver.



Tenía que salir de allí.

—Mis libros —gemí con el corazón destrozado.

Mi posesión más preciada, la única que tenía en este mundo, se encontraba hecha trizas a mis pies. Al llevar la mirada a las paredes vi también que las fotografías, mis amadas fotografías, habían sido arrancadas, tachadas con encarnizamiento.

La puerta del baño se encontraba cerrada. ¿Y si el intruso continuaba en casa? No me atreví a mirar. Tomé mi bolso y salí corriendo con la angustia atorada en mi garganta, y atragantada con un grito de muda desesperación.

Vagué sin rumbo fijo por media hora o más, sin dejar de llorar por mis libros perdidos. Cuando por fin me sentí a salvo, me senté en un banco, saqué mi teléfono y llamé al primero de mis contactos. Se me había olvidado de que había salido despavorido de mi apartamento. Su imagen era la única que acudió a mi mente.

—¿Chica blue?

Una oleada de calma golpeó mi pecho al oír la voz de Gabe. Al menos contestaba mis llamadas.

—Gabriel —musité, abrazándome a mí misma—. Tengo... tengo miedo.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

Pareció preocuparse.

—No, no lo estoy. Creo que él me encontró. Mi casa... —Me costaba trabajo hablar, pensar incluso—. Alguien ha entrado en mi casa y ha destruido mis cosas.

—¿Dónde estás?

—No seee. —Me eché a llorar al darme cuenta de que me había perdido.

—Cálmate, Regina. Descríbeme lo que hay a tu alrededor —dijo con toda la calma del mundo.

—¿Edificios?

Maldita ciudad de edificios clonados.

—¿Nada que reconozcas? ¿O algo que llame tu atención?

—Pues, ahora que lo dices, del otro lado de la calle hay un Cupido gigante que le hace pis a la gente —contesté.

—Es una fuente.

—Ah.

—Ya sé dónde es. No te muevas. Iré por ti.

La seguridad que había construido las últimas semanas había sido derribada en un segundo. No tenía dónde ir. Si Gabriel no hubiera contestado mi llamada, no habría sabido a quién acudir. Mis padres no me querían y mi mejor amiga tenía demasiados problemas con su trabajo y los niños como para que la complicara más.

Nelson sabía que estaba sola. Su voz retumbó en mi interior: «Soy lo único que tienes».

Siempre le había creído. Incluso ahora se me dificultaba no hacerlo.

El señor Savage me trataba bien, pero nuestra relación era estrictamente profesional. No tenía por qué cuidar de mí. ¿Qué tal si me decía que lo mejor para mí sería regresar con Nelson porque era el único que me quería? Si llegaba a oírlo de su boca, me haría un bollito en el suelo.

Abracé mi bolso y contemplé los automóviles en la calle, esperando que apareciera el coche negro. Pasaron unos minutos. Crucé a la vereda de enfrente y me paré ante Cupido.

—No vendrá por mí —dije—. Es probable que se haya arrepentido. ¿Por qué no le lanzas una flecha para que se enamore de mí?

Una silueta se dibujó en el piso, tras de mí.

—Pensé que no vendrías —comenté con alivio.

—¿Me esperabas, amor?

Mis huesos temblaron al oír esa voz. Con lentitud me di vuelta, y la ciudad pareció hacerse más grande. O tal vez yo empequeñecí.

—Nelson —musité, sin ser capaz de moverme.

—Hola, cariño. ¿Cómo has estado?

Lucía diferente desde la última vez. Había adelgazado unos diez kilos y se

había cortado el cabello al estilo mohicano. En una época lo consideré el hombre más guapo del mundo. ¿Cómo había estado tan ciega? Asco era lo que me provocaba.

Dio un paso adelante y yo retrocedí dos.

—No te acerques —advertí.

—Oh, no seas cruel. ¿Sabes lo que me costó encontrarte? Tuve suerte de verte en televisión.

«¿Televisión?». Arrugué las cejas. «El video de la firma de autógrafos que subieron a Youtube», pensé con ganas de gritar.

—Te metiste a mi casa —lo acusé.

—¿Cómo puedes llamar *casa* a ese nido de ratas?

—Destruiste mis libros. —Las lágrimas llenaron mis ojos y me impidieron tener una visión clara de su angulosa y sonriente cara.

—No necesitas esa basura —espetó—. Ven. Vamos a casa. Te compré esas *donuts* grasientas que tanto te gustan.

Se estiró para alcanzarme.

Me alejé.

—No.

—¿Qué has dicho?

—Dije que no —lo desafié por primera vez en mi vida.

Frunció el ceño y emitió un bufido. ¿Cuándo se había vuelto tan feo?

—Regina, vendrás conmigo. No te lo estoy pidiendo.

—Vete al diablo. —Me puse de espaldas a él y comencé a caminar.

Me agarró con fuerza del brazo; clavó los dedos en mi piel.

—¡Suéltame! —Sin detenerme a reflexionar en las consecuencias, le di vuelta la cara de un cachetazo. La palma me ardió.

—Maldita perra. —Se frotó la mejilla enrojecida—. ¿Quién te has creído?

Levantó la mano para asestarme un golpe, y me encogí en el suelo a esperar mi castigo. Sin embargo, el golpe nunca llegó.

—¿Te crees muy macho pegándole a una chica indefensa? ¿Por qué no

intentas golpearme a mí?

Mis piernas se debilitaron al oír la voz de Gabriel. Mi amor, mi príncipe valiente había venido a ayudarme; a rescatarme de este monstruo cara de pene.

Sujetaba con fuerza a Nelson de la muñeca.

Nelson pareció reconocerlo al instante.

—Yo te conozco. Eres ese escritorsucho que tanto le gusta a esta estúpida.  
—Le dio un empujón.

—Y tú eres el neandertal que se cree su dueño —contestó mi escritor.

Nelson lo mataría. Aunque su forma de defenderme era tan novelesca, que creí haberme desmayado y estar soñando.

—Un segundo. —Nelson frunció el ceño—. ¿Tú eres el tipo que me habló por teléfono?

—Vaya. Hasta que te diste cuenta. —La cejita de Gabe se arqueó.

—Gina se irá conmigo. —Caminó hacia mí.

Gabe se interpuso entre nosotros.

—Lamento informarte que Regina no te acompañará a ninguna parte.

—¿Y tú quién eres para decidirlo? —gruñó Nelson, con la cara roja.

—No fui yo quien lo decidí. Fue ella. Y respondiendo a tu pregunta, soy su jefe. ¿Y quién eres tú para decidir lo que ella debería hacer?

Nelson escupió en el suelo.

«Ay, no. Va a decírselo». Me mordí las uñas.

Diría las tres peores palabras del mundo, y yo nada podía hacer para frenarlo.

Tapé mis oídos.

—Soy su esposo.

Gabriel se giró para verme y, en ese preciso instante, Nelson le asestó un golpe en el estómago que lo hizo caer de rodillas.

—¿Crees que puedes robarte a mi mujer? —El bruto lo pateó en las costillas.

—¡No! —grité y me lancé contra él con todas mis fuerzas.

Ambos caímos bajo el chorro de pipí del Cupido.

Sabía que era más fuerte que yo, pero, aun así, tenía que hacer algo antes de que se desatara la verdadera pelea. Ya lo había presenciado muchas veces: Nelson se volvía loco una vez que la adrenalina corría por su cuerpo y era imposible detenerlo. Había casi matado a varios hombres por insultarlo. Y Gabriel lo había hecho; aunque, quizá, todavía no se había percatado de ello.

—¿Acaso te has vuelto loca, mujer? —exclamó sacudiendo los brazos empapados.

No lo dejaría tocar al señor Savage. Antes, prefería que me matara a mí.

—Lárgate —ordené, quitándome del agua—. No quiero volver a verte.

La gente se detenía a mirarnos. En cualquier momento, alguien llamaría a la policía.

Me arrodillé y ayudé a Gabriel a levantarse.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió, con una mano en el estómago.

—¿Quieres ir al hospital?

Negó con la cabeza.

Pobre hombre. Por mi culpa había sido herido. Primero, lo asustaba con mi conducta de lunática y, después, lo hacía apalear por un sujeto que resultaba ser mi esposo. ¿Qué seguiría después?

—Mejor vámonos, antes de que él entienda lo que acaba de pasar. Tenemos cerca de cinco minutos hasta que la información llegue a su cerebro —sugerí con una sonrisa, al cerciorarme de que Nelson se había quedado mirándonos estupefacto.

*—¿Sabes, Nelson? Un día de estos voy a irme —le había advertido una tarde.*

*Él había quitado la mirada del televisor para dedicarme una sonrisa incrédula.*

—Claro, corazón.

—Hablo en serio.

—¿Y a dónde irías?—había preguntado.

—Encontraré a alguien que me quiera de verdad —había contestado en voz baja.

—Yo te amo.

Había apretado el libro de Gabriel Savage contra mi pecho.

—Esto no es amor —había murmurado, cuidando que no me oyera.

Gabriel me dio las llaves de su auto y me llevé una mano al pecho.

—¿Quieres que conduzca? —dije conmovida.

—Confío que lo harás bien. Sabes conducir, ¿verdad?

Asentí.

—¿Te duele mucho?

—Ya pasará —aseguró, fingiendo una sonrisa.

Una vez en el estacionamiento de su edificio —llegamos en una sola pieza—, apagué el vehículo y le devolví las llaves. Había estado muy callado en el trayecto. Pensativo en su propio mundo.

—¿Por qué no mencionaste que te habías casado con él? —preguntó.

«Me daba vergüenza admitirlo», contesté en mis pensamientos.

Sabía que no siempre la persona con la una que elegía casarse resultaba ser la indicada, pero quise creerlo en aquel entonces. Había estado convencida de que Nelson cambiaría al enamorarse de mí. Creía que, como los protagonistas de los libros que solía leer, su agresividad se debía a que nadie lo amaba. No porque fuese así realmente. En el fondo, poseería un corazón tierno e inocente y un alma noble.

Pensaba que sería genial que me ocurriera lo mismo que en las novelas: al principio me maltrataría y después se convertiría en mi héroe. Nelson nunca

había sido bueno conmigo. Eso me atraía. Sabía pelear y cada año se hacía un nuevo tatuaje. Andaba en motocicleta y me llamaba *nena*. «Su nena». Las chicas lo seguían, y yo me sentía especial por ser la elegida. Tal vez había llegado a quererme pero, a diferencia de esos chicos ficticios, Nelson era real. Y los hombres reales no cambiaban por arte de magia gracias al amor. Qué ingenua fui. No era divertido cuando esas cosas que leías te pasaban a ti:

Cuando su modo de protegerte era aislándote del mundo.

Cuando amarte significaba que le pertenecías.

Cuando cada una de tus acciones debía estar de acuerdo con su voluntad.

Una vez leí en un libro: «Amar a alguien no es poseerlo, sino dejarlo ser». Y Nelson nunca me había dejado ser yo. Aquellas palabras me habían despertado y se habían alojado en mi corazón. Su dueño, Gabriel Savage, me hizo entender que había estado ciega toda mi vida. Me volví su fan; no por sus hermosas historias, sino porque había tocado mi alma como ningún otro con sus palabras, con sus ideas, con su concepción acerca de lo que debería ser el amor.

No podía decirle que gracias a él me había vuelto una mujer libre, una mujer que había aprendido a pensar por sí misma. No podía decirle que lo amaba, porque sabía que no me correspondería; no como deseaba ser correspondida.

—No hablé de mi relación con Nelson porque quisiera que nunca hubiera existido —dije, abriendo la puerta del auto—. Supongo que a veces el pasado regresa para golpearte en la cara.

—O en el estómago.

El sol ya se había ocultado detrás de los edificios. Necesitaba ir a casa. Pude haberle pedido a Gabriel que me llevara, no obstante, dudé. Nelson conocía la dirección. Allí me buscaría primero. Y, estando sola, yo no sería tan valiente. Preferí seguir a mi jefe a su departamento.

—Pídele el divorcio —sugirió Gabe, con toda su inocencia, llamando al elevador.

Me reí. En un mundo normal eso sería lo más adecuado, mas no en el mío.

—Es fácil decirlo. Nunca me dejará ir. Tendré que seguir huyendo hasta que muera o le caiga algo en la cabeza y le dé amnesia. Mientras tanto —suspiré—, no tengo dónde ir. Mi vida es un completo desastre.

—Quédate conmigo —soltó de improviso.

—¿Qué?

No daba crédito a lo que acababa de oír.

El elevador llegó a la planta baja.

—Ven a vivir conmigo —repitió, mientras las puertas se abrían.

—Wow. Sí que eres rápido, viejo. —Brian salió del interior del ascensor—. Mi cama ni siquiera se enfría y ya encuentras alguien más a quién dársela. ¿O acaso se quedará en la tuya?

Gabriel entornó los ojos. «Si serás idiota», parecía decir.

—No es que pase algo entre nosotros, Brian —dije con torpeza—. Lo que sucede es que ya no puedo quedarme en casa, y Gabriel ha sido muy amable en ofrecerme un techo donde poder quedarme mientras encuentro otro lugar donde vivir.

La mirada de enfado del señor Savage se posó en mí. No quería que se enojara con Brian a costa mía. Yo no era nadie; solo una mucama.

—Oh, bueno. Ya me contarás. —El baterista me guiñó un ojo.

Gabriel resopló y me empujó con suavidad dentro del ascensor.

—Adiós, Brian —saludé.

—Nos vemos, dulzura.

Las puertas se cerraron y me quedé a solas, de nuevo, con mi jefe.

—Señor Savage —dije con propiedad—, será un placer para mí aceptar su oferta.

—Hasta que encuentres un lugar donde vivir —repitió mis palabras, sin ganas.

—No puedo aprovecharme de su generosidad —argumenté.

—Si considerara, señorita Blue, ser una mucama con cama adentro, no



necesariamente sería una cuestión de generosidad.

—¿Como esas de las telenovelas? —Me emocioné.

Yo, una alegre chica del campo, que trabajaba para un apuesto y malhumorado escritor.

—Piense esto. —Apoyó las manos sobre mis hombros—. Necesita un lugar donde quedarse y yo tengo una habitación extra. Hay un hombre tras usted y aquí estaría protegida. ¿No suena bien?

Sonaba extraño. Me hablaba de usted.

—No tendría que tomar un taxi para ir al trabajo —bromeé—. Suena bien, Gabriel.

Mis hormonas me pedían que enroscase mis brazos alrededor de su cuello y lo arrinconara contra la pared. De repente, el ascensor me pareció cada vez más pequeño.

Lo que ninguno de los dos había dicho en voz alta era que ya no estaríamos solos. Pasara lo que pasara, sabía que podría contar con él.

Y él podría contar conmigo.

## CAPÍTULO 17

# Mientras dormía

—Mañana iremos por tus cosas —dijo al abrir la puerta de su departamento—. Ahora trata de descansar.

Entré detrás de él como un bebé pato y me quedé parada sin saber qué hacer a continuación.

—¿Dónde voy a dormir?

—Te recomiendo que esta noche uses el sofá. Brian se llevó el colchón, así que debo conseguirte uno nuevo. Sígueme.

Permanecí estática.

—Ah, no. No volveré a ese cuarto de arañas, señor.

—Enriqueta ya no está.

Me llevé una mano a la nuca al percibir unas patitas imaginarias que me caminaban por encima y fui con él hasta la habitación. Era más grande de lo que recordaba, con paredes de un azul profundo y piso de madera clara. Brian había dejado su gran cama en el centro, un sillón y un espejo de pared.

—¿Qué es ese olor? —inquirí, olfateando el aire—. ¿Lentejas?

—Hay que ventilar. —Gabriel abrió la ventana—. Te daré algo de ropa para que te quites eso mojado.

Se dirigió a su dormitorio. Lo noté más serio que de costumbre, como si yo fuese una desconocida. Una extraña que había encontrado en la calle.

—¿Jefe? —Me asomé a su dormitorio.

—Dime —dijo, con la cabeza metida en su armario.

—¿Está usted bien?

—Perfectamente, señorita Blue.

Me hizo entrega de la ropa que ya me había prestado una vez.

—Mientras te cambias, llamaré al restaurante de la esquina para que nos envíen comida.

Me dejó sola y yo tuve la horrorosa sensación de que tal vez no era bienvenida en su casa. Pero, entonces, ¿por qué me había pedido que me quedara?

Desabroché mis pantalones y los dejé caer al piso. Me quité la blusa de volados. Esperaba que no se hubiera arruinado con el pipí de Cupido. «Qué va, si no era pis de verdad, ¿cierto?». Aunque me hubiera gustado que lo fuera, ya que Nelson se había mojado más que yo. Seguro que había tragado un poco.

Reprimí una carcajada y me dispuse a ponerme lo que Gabriel me había dado.

—¿Oye, qué quieres que te pid...? —Él entró de golpe a su cuarto y me encontró en ropa interior—. ¡Regina!

—Aaahhhh —grité y me cubrí como pude con las manos.

Gabe se dio vuelta. Agradecí que no le gustasen las chicas porque me sentí avergonzada. Además, mi ropa interior de duendecitos no era la más sexy del mundo.

—No pensé que te estuvieras cambiando aquí, teniendo una habitación propia.

—Lo siento. No me di cuenta.

Recogí la ropa con rapidez y me tapé con ella.

—Tendremos que hacer nuevas reglas. Uno: no te desnudarás en mi dormitorio ni en ningún otro rincón de la casa, a excepción de tu cuarto. Con la puerta cerrada.

—¿Tendré que bañarme vestida?

Bufó y volvió a mirarme, con el ceño fruncido.

—¿Sabía que cuando se enoja se le arruga aquí? —Me estiré y le toqué el entrecejo.

Aparté la mano de inmediato, antes de que me la arrancara de un mordisco.

—Puede pedir lo que usted quiera. —Salí de allí, para que no se enojara peor—. Yo me adapto.

—¿Pero no quieres comer nada en particular? —Me siguió hasta el baño.

Lo enfrenté y frenó de golpe, a pocos centímetros de mí.

—De acuerdo. Tome nota. Quiero una pizza de anchoas y jamón, con mucha salsa de tomate, poco queso y abundante albahaca. Ahora, si me disculpa, tengo un pequeño asunto qué atender.

Cerré la puerta en su cara y me eché a reír en voz baja, aunque por dentro quería patearme el trasero. ¿Cómo iba a hablarle así a mi jefe? Con suerte, no terminaría durmiendo en el elevador esa noche. Al salir del baño, vi que había dejado una manta peludita y una almohada en el sofá, y se había sentado a escribir. Hacía tanto que no trabajaba en su libro que me emocioné. No dije nada porque odiaba ser interrumpido. Preferí salir al balcón. Llevé conmigo un pan viejo que había encontrado en la cocina y un rallador de queso. Noté que Gabe me seguía con la mirada.

Tomé mi posición y entonces apareció detrás de mí.

—¿Vas a comer pan duro? —Se apoyó en el barandal.

—Creí que escribía, jefe —añadí, mirándolo de soslayo.

—No sé por qué, pero no logro concentrarme. —Se sentó a mi lado—. ¿Qué haces con eso?

Sus ojos estaban fijos en mi pan.

«Ojalá me viera a mí con tanta pasión», pensé.

—Le mostraré.

Aguardé a que una señora apareciera en la esquina para ponerme a rallar el pan por fuera del barandal. La nieve de hidratos de carbono se precipitó a la calle y bañó los techos de los coches estacionados. Esa mujer alzó la cabeza

hacia nosotros y la meneó de forma reprobatoria.

—No funcionó como yo quería —me quejé—. Estamos muy arriba.

Gabriel frunció las cejas.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Acaso no le dije que me gustaba tirarle con cosas a la gente?

Él rio.

—No pensé que fuera en serio.

Le ofrecí el pan y el rallador.

—¿Quiere probar? Es divertido.

Dudó. Diez segundos después, sus dedos rozaban los míos. El cosquilleo casi me hizo gritar, como cuando era adolescente y me decía «hola» el chico que me gustaba. Gabe no trataba de ponerse romántico. Solo tomaba lo que le ofrecía.

—Con una condición —respondió con seriedad.

—¿Cuál?

Se llevó la mano libre a la nuca. Cerró los ojos, se mordió el labio inferior y volvió a mirarme en un gesto que no comprendí porque no formaba parte de su repertorio habitual.

—Deja de hablarme de *usted*.

—¿Eh?

—¿Cuántos años tienes? —dijo.

—Veinticinco.

—Y yo veintisiete. Tenemos casi la misma edad, Regina. No necesitas tratarme como a un hombre mayor.

—¿No le parecería extraño a usted que, siendo su mucama, me tomara tanta confianza? La gente pensaría que somos... amigos.

Recibió mi respuesta con un resoplido.

—¿Qué importa lo que piense la gente?

—Supuse que me diría «por supuesto que somos amigos, chica blue». — Había intentado imitar su voz, pero me había salido fatal. En vez de

ronronear como un gato sexy, parecía que se me había atascado ese mismo gato en la garganta.

Bajó la cabeza. Tal vez consideraba que no debía hacerse amigo de alguien como yo, una mujer problemática y tan ridícula con mis faldas de colores y cabello indomable. Además, pobre.

—No creo que podamos serlo —musitó.

Me dieron ganas de estrellarle el pan en la cara.

—¿Sabe qué? Tiene razón —espeté. Abrí el ventanal con rudeza y entré al departamento.

Cené en la cocina y él, en su escritorio. No sabía qué se había pedido de comer, pero yo tenía una caja de pizza para mí sola. De anchoas y jamón, con mucha salsa, poco queso y albahaca.

Quizás exageraba con mi enfado. Él no me había tratado mal; me había ofrecido su casa. Me había dado un empleo y regalado un teléfono. Me había defendido de mi esposo loco y me había ayudado a cuidar los niños de Lena. El sujeto no había hecho más que cosas buenas por mí y yo me enojaba porque me había pedido que no lo llamase de usted. Pero ¿qué pasaba conmigo?

Tomé mi porción de pizza y me acerqué a él por detrás, sin hacer ruido.

Escribía.

Me asomé sobre su hombro y leí:

«Por más que trataba de acallar mi corazón, me era imposible ocultar que la amaba. Cada gesto, cada uno de mis actos me delataba pero, aun así, ella seguía ignorándome. Quizá, no lo notaba. ¿Acaso sería tan ciega para no ver que moría por ella? ¿O estaría enamorada de mi hermano? De ser así, me rendiría porque él merecía ser feliz; incluso más que yo».

—Eso es hermoso —comenté, sobresaltándolo.

Giró en su silla para verme, mejor dicho, para apuñalarme con la mirada.

—¿Qué haces?

—Como pizza. —Le mostré la porción en mi mano—. ¿Quiere una anchoa?

Saqué una y se la ofrecí. La hice nadar frente a sus ojos de asesino en potencia.

—Quita eso de mi cara y déjame seguir con mi trabajo —ladró.

—Uff, de acuerdo. —Fui alzando la voz a medida que me alejaba—. Me intriga que un hombre como usted se las ingenie para escribir cosas románticas. De verdad.

Me senté con las piernas cruzadas en el sillón y encendí la tele.

—Me intriga mucho —añadí con la boca llena, mientras cambiaba los canales.

Se levantó de la silla y me siguió.

—¿A qué te refieres con «un hombre como yo»? —Se cruzó de brazos a unos pocos metros del sofá.

—Pues así. —Lo señalé con la anchoa—. Ogro.

—No soy un ogro.

Dio media vuelta y regresó con su amada computadora.

—¿Ah, no? —Ahora fui yo quien lo siguió—. ¿Y cómo se autodefine?

Se quedó callado y siguió escribiendo.

Volví a la comodidad del sillón.

—Sabía que no respondería. —Di otro mordisco a la pizza y busqué una película. Bajé el volumen para que el señor *don escritor* no se enfurruñara.

Tal vez no había sido tan buena idea la de mudarme con él. Al conocer realmente a las personas, el encanto desaparecía. «¡PUF!» Las carrozas se volvían calabazas; los caballos, ratones y los príncipes azules...

Su voz interrumpió mis pensamientos.

—Para tu información, detesto las anchoas.

—Eso no lo hace menos ogro —contesté.

Lo oí murmurar algo. Minutos después, me quedé dormida.

Cerca de las dos de la madrugada, desperté sobresaltada. En cualquier segundo, el edificio podría derrumbarse a causa de los truenos. No era como

esas viejas estructuras resistentes a tornados, terremotos y huracanes, sino un moderno rascacielos cubierto de vidrios espejados. Imaginé el sonido de millones de cristales estallando y me tapé la cabeza con la manta. Intenté volver a conciliar el sueño.

«Una oveja, dos ovejas, tres ovejas, cuatro ovejas, cinco ov...».

Trueno.

«Una oveja dos ovejas *tresovejas cuatrovejas...*».

Trueno.

Una trampa mortal, eso era ese edificio.

«*Unovejadosovejastresovej...* Prrrff, me cansé». No conseguiría dormirme así.

Una luz fulgurante iluminó la sala. Un trueno hizo temblar los cimientos.

Me senté de golpe, todavía con la manta en la cabeza. Si bien me había acostumbrado a pasar tiempo en el departamento, jamás me quedaba de noche y sola. Parecía un lugar diferente: enorme, silencioso y lleno de sombras. Todo lo contrario a la cajita de zapatos en la que yo vivía.

Ninguna fotografía de Gabe me cuidaba desde ninguna pared. Es más, ni siquiera parecía haber paredes. Me sentía flotando a la deriva en medio de la nada. La boca de un gigantesco tiburón blanco podría aparecer desde abajo, con sus letales dientes, y arrancarme un pedazo.

Me acurruqué. La tormenta se hacía cada vez más fuerte.

«Auxilio, señor Savage, tengo miedo de que un monstruo me ataque».

Apoyé la cabeza en la almohada y cerré los ojos. Las gotas de lluvia golpeaban el ventanal que vibraba. Había quedado entreabierto y el quejido moribundo del viento penetraba por la rendija.

Me puse la almohada sobre la cabeza; pero me ahogaba, así que no aguanté más de treinta segundos con mi escudo protector.

Tuve que levantarme a cerrar.

Los nubarrones tapaban la luna e impedían el paso de la luz. Solo los relámpagos daban claridad a mis pasos. Quise encender la lámpara, pero la



corriente había sido cortada.

«Malditos apagones».

Otro estruendo sacudió el cielo semidormido y agitó mi tempestuoso corazón.

Tiré la manta al suelo y salí corriendo. Me adentré en el pasillo y, sin pensar, atravesé la última puerta. Me detuve al verlo dormir. Lucía como un ángel; un ángel sexy.

«Jefe, tengo miedo. ¿Me deja dormir con usted?», le hubiera dicho.

«No», me hubiera respondido. Así, tajante.

Mejor ni preguntar. No le haría daño lo que ignoraba. Y no se daría cuenta de mi presencia porque regresaría al sofá antes de que acabase la tormenta. Trepé a su cama y me acurruqué a su lado con cuidado de no tocarlo. Me mataría si llegaba a despertar y me encontraba allí acostada, mirando cómo subía y bajaba su pecho mientras respiraba.

Luché para que no me dominara el sueño. Saqué el teléfono del bolsillo de mi pantalón y le tomé una foto para inmortalizarlo. Valía la pena el riesgo. En todos mis días trabajando en su casa, nunca lo había visto más bello que en ese momento: con su lacio cabello rubio sobre los ojos, sin camisa y abrazando su almohada. Tuve ganas de arrojarla al otro lado del cuarto y ponerme en su lugar.

Cerré los ojos y aspiré su aroma. Se había duchado antes de acostarse. Me pregunté si cantaba o si era de esos que se bañaban en silencio. Seguro que no cantaba porque lo único que oía era música clásica y esa no tenía letra. A menos que tarareara. Sin embargo, no lo imaginaba haciendo eso.

Un relámpago iluminó la habitación y le dibujó alas de sombra. Gabriel Savage era un ángel que me llevaría directo a mi perdición. Mientras fuera soportable, me quedaría junto a él. Admirándolo en silencio, preguntándome si en un mundo alternativo él hubiera podido enamorarse de mí.

Un trueno retumbó en el cielo.

«No despiertes. No despiertes. No despiertes» pedí en silencio.

Se dio vuelta y quedó dándome la espalda. Si llegaba a abrir los ojos, lo único que tenía que hacer yo era rodar hasta caer de la cama y arrastrarme como gusana hasta la puerta. La oscuridad sería mi aliada.

Lo vigilé. Me asomé por encima de su hombro, evitando el deseado contacto, y me cercioré de que sus párpados seguían cerrados. Si, con el ruido que había, Gabriel continuaba dormido, un pequeño beso en su piel pasaría inadvertido para él. Si no aprovechaba, sería una tonta. Así que respiré profundo y lo hice: presioné mi boca contra su espalda desnuda.

Su calor me envolvió. Los labios me hormiguearon. Tenía ganas de gritar, de saltar como la loca fan que era. Pero no podía. ¿O sí? No, no, no.

Había besado a Gabriel. Mis labios se habían llenado con su ADN. Jamás volvería a lavarlos. Podría incluso hacer un clon de él y tener mi propio Gabito. ¿Qué tal si le daba otro beso? No había notado el primero. Antes de arriesgar mi vida, volví a tomar el teléfono y me saqué una fotografía con él. Si llegaba a tener otra casa, me haría un póster con ella y lo usaría para empapelar mi cuarto.

Preparé mis labios. Por más simple que pareciera, ese acto requería de toda mi concentración. El hombre alborotaba mis hormonas. Su presencia hacía que millones de mariposas revolotearan en mi estómago y se alojaran en otras partes de mi cuerpo.

Volví a besarlo en la espalda y me quedé así, impregnándome de él e imaginando que también me besaba esa noche lluviosa, en esa habitación oscura, en esa cama..., su cama.

Gabriel emitió un sonido ronco. Fue mi señal para apartarme. En cualquier momento tendría que salir rodando y escabullirme por los rincones. El riesgo de ser atrapada lo valía. Supuse que había llegado la hora de volver a la soledad del sofá. Mis ojos pesaban; querían cerrarse.

«Él nunca sabrá que estuve aquí. Nunca sabrá que lo besé mientras dormía».

Me deslicé un centímetro en dirección al borde de la cama y, entonces, él

rodó sobre mí. Me detuvo. Me atrapó con su cuerpo contra el colchón.

No supe si gritar, desmayarme o intentar huir de manera sigilosa. ¿Quién me había mandado a meterme en su cama?

## CAPÍTULO 18

# Íntima y personal

**E**l aire caliente en mi oreja me recordó que nunca había abandonado la habitación de Gabriel. Los hilos de luz penetrando la persiana americana me hicieron comprender que había pasado la noche en sus brazos. ¿Cuándo me había quedado dormida? No recordaba.

Traté de zafarme de su agarre pero, en cuanto me moví, su brazo me presionó más contra él. Mi respiración se cortó al notar su excitación y agradecí a la madre naturaleza por el regalo. Sabía que no podría escapar, así que hice lo más sensato: apoyé la cabeza contra su pecho, lo abracé y me hice la dormida. Incluso puse una de mis piernas alrededor de su cadera para darme el gusto.

Unos segundos más tarde, noté un cambio en su respiración y el ligero roce de un dedo en mi espalda. Me quedé quieta. Pasaron cinco, diez minutos, y Gabe seguía abrazándome. Por momentos, se movía y yo tenía que hacer fuerza para aguantar la lujuria. ¿Acaso no iba a echarme de la cama? Me aferré a su cuerpo cual garrapata hambrienta y pegué la nariz a su cuello. Él dio un respingo. ¡Estaba despierto! Estaba despierto y no hacía nada por evitarme.

«¿Estará imaginando una escena para su libro?», me pregunté.

Saber que había despertado dificultaba mi capacidad para continuar fingiendo. Además, mi estómago rugía. Decidí moverme con el fin de hacerlo

reaccionar: deslicé lentamente la pierna con la que había atrapado su cadera, hacia arriba y abajo.

Suspiró.

Me derretí por dentro cuando pegó la cálida humedad de sus labios en mi frente.

«Madre santa, quiere volverme loca».

Decidí poner en marcha el astuto plan que acababa de ocurrírseme.

—¿Qué hago aquí?! —grité, con la voz más aguda que me salió.

Gabriel puso cara de sorpresa.

«Bien, sigue así, Gina».

Dirigí mis ojos a sus brazos, que estaban alrededor de mí, y después (que Dios me perdone) le di un empujón.

—¿Qué hace? —pregunté, deslizándome hacia atrás, y tratando de ser convincente—. ¿Acaso me drogó anoche? Fueron las anchoas, ¿verdad? Les puso algo para que me durmiera y luego me trajo para que durmiera con usted. ¡Confíese!

Lo señalé. Pobre, casi le meto el dedo en el ojo.

Gabriel se había quedado atónito.

—No se puede confiar en los hombres —mascullé—. Gays o heterosexuales, todos son iguales: unos pervertidos.

Él carraspeó. Quise achucharlo, pero me detuve a mí misma.

—¿Has pensado que tal vez eres sonámbula? —preguntó.

—Puede ser —respondí con la mirada llena de sospecha.

Lucía tan guapo sentado en la cama con la sábana entre sus piernas que no me atreví a irme. Me hubiera gustado sacarle una foto para recordarlo justo así, despeinado y en cueros como Tarzán.

—Quizá debemos levantarnos —comentó.

—Quizá —repetí.

Hizo un gesto con la mano para indicar que yo lo hiciese primero. Así que bajé de la cama y, festejando mi astucia a los saltitos, salí al pasillo.

—Regina —me llamó.

—¿Sí? —Volví y asomé la cabeza por la puerta.

Él continuaba sentado. Parecía absorto viendo algo que tenía apoyado en su regazo.

—Creo que olvidaste algo. —Alzó la mano frente a mí.

En su mano había un teléfono y, en el teléfono, una imagen: la de él dormido y yo, a su lado, mientras esbozaba la sonrisa más grande del mundo.

Tragué saliva.

—¿Conque droga en las anchoas, eh? —Me devolvió mi celular con media sonrisa.

La buena noticia era que me dejó conservar la foto que yo nos había tomado por la noche. La mala: nuestra relación había retrocedido al *usted* de nuevo.

«Bravo, Regina. Bravo».

Fuimos a recoger mis pertenencias a mi pequeño departamento al terminar de desayunar. No había mucho qué empacar.

Quedé petrificada en la entrada por segunda vez cuando observé las cientos de páginas arrancadas y desparramadas por todas partes. Había olvidado lo que Nelson le había hecho a mis amados libros.

Gabriel permaneció de pie junto a mí. Su mano se apoyó en mi hombro.

—Lo siento. Sé cuán importantes eran para ti.

Me arrodillé y levanté uno de los trozos de la hoja que él había autografiado.

—No necesitas eso —dijo—. Repondremos los libros que perdiste y te los firmaré todos.

—Gracias.

Mi mundo había sido destrozado, no obstante, sonreía.

Gabe se detuvo ante a la imagen de él en tamaño real que yo había pegado frente a mi cama.

—¿Este es el cartel de la librería? —quiso saber.

Su rostro había sido tachado con ira.

Asentí.

—Supongo que no podemos reponer eso. —Hizo una mueca, con las manos en la cintura.

—Me gustaba mucho ese cartel —musité con decepción.

«Aunque mucho más me gustas tú», agregué mentalmente.

—Regina, tienes al escritor en carne y hueso aquí mismo, así que dudo mucho que necesites algo así. —Se me acercó al oído—. Es más, vives en su casa. Y, si mal no recuerdo, esta mañana despertaste en su cama.

Las mejillas me ardieron al escucharlo. Me avergonzaba ser tan obvia.

Una sonrisa iluminó su cara.

—¿Para qué quieres un cartel cuando me ves todos los días?

—Es que... ya me había acostumbrado a verlo antes de dormir —confesé carcomida por la pena—. Y, no vaya a reírse, pero también hablaba con él.

Como había supuesto, estalló en risas. Yo y mi bocota.

—Hay cosas mucho mejores que ver. Por ejemplo...

Colocó un pequeño espejo frente a mi rostro enrojecido.

Tomó cerca de una hora guardar mis pertenencias en una maleta y un par de cajas. Mi jefe prometió llamar a la casera y explicarle mi situación para que se cancelara cuanto antes el contrato de alquiler. Además, aseguró que pagaría la renta atrasada.

—No se preocupe, señor Savage. Buscaré enseguida un lugar para alquilar —dije con tristeza.

Esperaba conseguir otro apartamento pronto. No quería convertirme en una molestia para él.

Alzó una ceja.

—¿No te gusta mi casa? —preguntó.

—Oh, sí. Es hermosa. Pero no quiero invadirlo. Ya suficiente tiene conmigo yendo y viniendo durante el día.

Gabriel esbozó una sonrisa indescifrable, entre diabólica y juguetona.

—Señorita Blue, es imposible que me invada aún más. —Se aproximó a mí hasta que percibí el calor proveniente de su cuerpo—. Sé todo lo que ha hecho y, para serle franco, no me molesta en lo absoluto.

Conmocionada, retrocedí hasta golpearme la espalda contra la pared. ¿A qué se refería con *todo*? Apoyó una mano en el muro, al costado de mi cabeza, y se inclinó lo suficiente para que nuestros rostros quedasen enfrentados, a solo dos o tres centímetros de distancia. Su respiración me quemaba la piel. Por un breve instante, pensé que me besaría. Luego recordé que tenía buen gusto, y la emoción que había surgido en mi pecho desapareció.

—Siempre me he preguntado hasta dónde serías capaz de llegar con tu fanatismo.

De pronto hizo lo impensable: agarró mi mano y la llevó a su pecho. Fue deslizándola lentamente hacia abajo, por su abdomen, hasta que llegó al borde de sus pantalones.

Quitó la mano y él me sonrió sin ganas.

—Eso pensé.

No entendía a ese hombre. ¿Le gustaba torturarme? ¿Jugar con mi psiquis? Pues lo hacía de maravilla.

—Perdóname —dijo, una vez en el auto—. Antoine me poseyó por unos segundos. No volverá a pasar. Solo necesitaba ver tu reacción. No es que yo sea un perverso como dijiste esta mañana.

Qué pena. Yo tenía la esperanza de que lo fuera.

—¿Y qué sucederá con él? ¿Con Antoine? —pregunté—. ¿Se quedará finalmente con Zelda?

Las esmeraldas de sus ojos brillaron.

—Tendrás que leer el libro para averiguarlo.

—Oh, vamos —insistí—. Ni siquiera lo ha terminado. No puedo esperar tanto. ¿Qué tal si muero mañana?



—No me vas a convencer.

—¡Buuuu!

Sacudió la cabeza ante mi reacción de mocosa caprichosa.

—Quizás puedas ayudarme con algo —agregó, pensativo.

—¿En serio? —Pegué un saltito, pero enseguida me quedé quieta cuando el jefe me miró feo. Había olvidado que íbamos en un vehículo en movimiento y no debía ponerme a saltar—. ¿De qué se trata?

—Antoine se dio cuenta de que estaba enamorado de Zelda luego de que ella se casara con su hermano —explicó.

Él era el que se había metido con ella dentro del armario, recordé.

—Y, dígame, ¿logró besarla aquella vez en el armario?

—Ella se le escapó —respondió con cierta desilusión—. Es una maestra en el arte de escabullirse.

—Ufff, usted es frustrante. ¿Acaso no sabe cuánto esperan las lectoras el primer beso entre sus personajes?

—Lo sé, pero ellos tienen sus propios planes —aseguró.

—Lo dice como si estuvieran vivos —comenté.

—Así es —dijo—. Son ellos quienes deciden cómo se irá desarrollando la historia. No yo.

—¿En serio?

Siempre había pensado que los escritores tenían un completo control de sus creaciones. Ahora me enteraba de que eran estas quienes controlaban al escritor. Parecía que este sufriera de personalidades múltiples. Se metía en la cabeza de sus personajes, sabía cómo pensaban y qué sentían, pero no mantenía control sobre ellos.

—¿No puede simplemente decidir por ellos? Digo, hacer que estén juntos.

Gabriel meneó la cabeza.

—No es así como funciona. Tienen su propia personalidad y actúan acorde con ella. Siempre se rebelarán si los obligo a hacer lo que yo quiera. ¿Qué tal si comemos ahí? —Se interrumpió a sí mismo al pasar frente a un

restaurante.

—Claro.

Me encantaba conversar con él. Yo solo era yo y nadie más; pero él no era solo él, sino Antoine, Zelda y muchos personajes más. ¿Cómo describir la fascinación que ese hombre suscitaba en lo más profundo de mí?

Entramos en el restaurante y la mesera nos acomodó en un rincón. No dejaba de mirar a Gabriel con esa sonrisa que yo conocía a la perfección.

Una admiradora.

—Disculpe, señor Savage, ¿podría darme su autógrafo?

Él suspiró con fastidio. Su expresión era la misma que había puesto la primera vez que me vio.

Abrí el bolso y le tendí una lapicera con un gesto de «no seas ogro, la chica solo quiere un firma». La tomó sin decir nada y le autografió la parte superior del delantal. Yo había supuesto que ella le daría un papel, pero *nooo...* La señorita quería que le tocara alguna parte del cuerpo. La muy calenturienta.

Puse mala cara cuando ella se fue.

—¿Qué te ocurre?

—Nada —contesté.

Malditos celos. ¿Por qué tenía que ponerme así? Ni que fuese mi novio.

Cuando fui al baño, oí a la mesera hablando con otra.

—¿Crees que sea soltero?

—Ojalá. Vino con una chica, pero no creo que tenga tan mal gusto.

—Yo oí que él es gay y que le gustan los jovencitos.

—No sé qué es peor. Que sea pedófilo o que salga con payasos de circo.

¿Esa bruja acababa de llamarme «payaso de circo»? Miré mi ropa. ¿Qué tenía de malo usar una camiseta verde con una falda fucsia? ¿O lo decía por mis medias de colores? Está bien, a veces exageraba un poco. Sin embargo, alguien tenía que alegrar este mundo gris. ¿Quién iba a hacerlo? ¿Gabriel? Para él, no existían más colores que el blanco y el negro.

Tosí fuerte para que notasen mi presencia.

—¿No es lindo mi prometido? —pregunté a las mironas—. Ya estamos viviendo juntos. Me ama taaanto...

Les enseñé la foto que nos había tomado en la cama la noche anterior. Era demasiado íntima y personal, pero quería que dejaran de hablar de él. De nosotros.

Entré al sanitario embargada por una indescriptible sensación de triunfo. Las había dejado con la boca abierta.

—¿Se puede saber qué le dijiste a la camarera? —preguntó Gabriel cuando volví a sentarme.

—¿Yo? Nada.

—Regina, me preguntó la fecha de la boda.

—Boquifloja —musité—. Lo que pasó fue que las sorprendí hablando sobre nosotros. Yo no soy un payaso, señor Savage. Y usted no es ningún pedófilo. Solo quería ponerlas en su lugar.

—¿Engañándolas? —Me pareció que estaba al borde de la risa—. ¿Cómo que un pedófilo?

—Por Brian —añadí.

Río.

—Oh. Entiendo la confusión.

—¿Cuántos años tiene él?

—Siete menos que yo. —Se encogió de hombros.

Así que ellas tenían razón. Por lo que sabía, hacía años que convivían.

Le tiré con un trozo de pan en la cabeza.

—Auch. ¿Por qué hiciste eso?

—Usted sabrá.

## CAPÍTULO 19

# La bella y la bestia

Después de almorzar, el señor Savage me llevó a comprar un nuevo colchón. Probé todas las camas y me enamoré de una que valía más que mi salario de cuatro meses. Gabriel insistió en comprarlo. Claro, el dinero no significaba nada para él. Además, la cama le quedaría cuando yo consiguiera una nueva casa. Estaba segura de que lo quería para él más que para mí.

—¿Te gustaría pintar el cuarto? —inquirió al pasar por la sección de pinturas del centro comercial.

—No, así está bien.

—Pensé que te gustaría decorarlo a tu gusto.

—Me gusta el azul.

¿Para qué quería que decorase? Ni que fuera mi casa.

Caminamos en silencio. Él adelante, yo atrás. Hubiese resultado incómodo con otra persona, pero no con él. Disfrutaba su compañía. Jugaba conmigo misma imaginando que era mi esposo e íbamos a comprar cosas para el cuarto de nuestro futuro bebé. En serio, me entretenía más mirando cunas y juguetes para niños que cosas para mí. Por suerte, Gabe se encargaba de buscarme lo que necesitaba.

Mi teléfono sonó. No atendí. Seguí caminando como si nada, cargando un refresco en una mano y, en la otra, una bolsa con par de paquetes de sábanas nuevas. Ya íbamos camino al auto. Nos entregarían el colchón en unas horas

y debíamos estar en casa para recogerlo. En *su* casa.

—¿No vas a atender? —inquirió cuando volvió a sonar el aparato.

—No puedo. —Le mostré las manos llenas.

—Podría ser Berto —sugirió.

—Con más razón no debería atender. —Reí.

Él no comprendió la gracia del asunto. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué?

Detuvo la marcha. Por poco y me choqué contra él.

—¿Hay algo entre ustedes?

Me atraganté con la bebida.

—¿De veras cree que tendría algo con él? Por todos los cielos, es un *taxiboy*.

—Hmm... Podría ser. —Pareció relajarse—. También es Batman.

Mi carcajada hizo eco en el estacionamiento.

—¿O sea que la respuesta es no? —se aventuró a adivinar.

—¿Por qué de repente se interesa por mi vida sentimental, señor Savage?

Se apresuró en contestar:

—¿Y quién dice que me interesa?

No supe qué responder. Que me hiciera preguntas significaba que sí le interesaba, aunque fuese un poco. ¿No?

El teléfono volvió a sonar.

—¿Podría atender usted? Está en el bolsillo de mi chaqueta.

Lo tomó con una extraña familiaridad y comenzó a hablar con el interlocutor.

—Hola. ¿Cómo estás? —sonrió.

—¿Quién es? —susurré.

—Ella no puede hablar. Por el momento está incapacitada. —Me vio de reojo—. No, es que tiene las manos ocupadas. Y también la boca —dijo, al verme beber el resto de mi jugo—. Además, la agoté con lo de la cama —agregó.

Me apresuré a tirar el vaso en un cesto y le arrebaté el teléfono antes de que siguiera hablando.

—¿Hola?

—¡Amiga! —Se trataba de Lena—. ¿Qué me decía tu jefecito acerca de ti y una cama?

—Comprábamos un colchón.

Él disimuló su risa.

—¿Entonces hice mal en decirle que te dejara bien contenta?

—¡Lena! —exclamé.

Si había alguien con menos pelos en la lengua que yo, era ella.

El jefe me dio el resto del día para que me instalara. Pareció tomarse muy en serio mi mudanza. El horario de trabajo sería el mismo. Lo bueno era que podría pasar mi tiempo libre vagando por la casa, en bata y pantuflas de conejito. Hubiese matado por verlo en pijama y desaliñado, mientras daba vueltas a mi alrededor. Pero no pasaría. Se vestía en cuanto se levantaba. Por eso me encantaba espiarlo mientras dormía. Me aceleraba el pulso verlo despeinado y sin sus lentes de lectura.

—Regina, ven un momento —me llamó, una vez que terminé de hacer la cama y guardar la ropa en los cajones.

Gabriel se encontraba en su estudio.

—¿Necesita algo, señor Savage?

—No. Solo quería darte algo. Acércate.

Estaba de espaldas, contemplando su biblioteca.

—He pensado mucho y... —Se volteó y apoyó las manos en mis hombros—. Quiero regalarte mis libros.

Señalé la estantería con sus novelas.

—¿Va a dármelos? ¿A mí?

Asintió. Entonces se puso detrás de mí y me guio hacia la biblioteca grande; la que ocupaba la pared completa.

—Son tuyos. Todos.

—¿Eh?

En ese instante sentí que el alma abandonaba mi cuerpo. De seguro había escuchado mal. Me pareció haber entendido que me regalaba todos sus libros. Lo miré sin entender. Él se limitó a asentir. ¿Cuándo nos habíamos convertido en la bella y la bestia? ¿Cuándo un hombre como él le hacía un regalo tan valioso a una chica como yo, sin esperar nada a cambio? No lo decía en serio. No podía decirlo en serio.

—Es un obsequio hermoso. Más de lo que podría aceptar de usted.

—¿Por qué?

Abrí la boca, pero no se me ocurría nada qué decir, así que arrugué las cejas.

—Ese gesto me asusta —comentó dando un paso atrás—. Dime por qué no te permites aceptarlo.

—Es que me desconcierta, señor Savage.

—Solo quería hacer algo bonito por ti —admitió.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al tratar de recordar la última vez que un hombre que no fuera él había tenido un lindo gesto conmigo.

*—Lo siento, amor. —Nelson me abrazó por detrás—. Sabes que no quise hacerlo. Te juro que jamás volverá a pasar. Decidí dejar de beber.*

*Aún me dolía el ojo. Me costaba abrirlo.*

*—Tengo algo para ti. —Sacó un paquete de su bolsillo y me lo entregó.*

*—¿Qué es esto?*

*—Ábrelo —dijo con entusiasmo.*

*Adentro había un collar con un dije en forma de corazón.*

—Gracias, Gabriel —susurré.

Me hubiese gustado abrazarlo, pero no me atreví. Me hubiera gustado hacerle otras cosas, sin embargo, se habría roto el encanto.

—De nada.

Cenamos en el sofá, mirando una película de samuráis. En realidad, nos pasamos media película hablando de su novela, por lo que, al final, no entendimos de qué se trataba. Solo recuerdo que al final todos murieron.

—Creo que Antoine es un tonto —concluí.

—Tal vez.

—El hombre está enamorado de Zelda. ¿Por qué no se lo dice?

—Espera que ella se dé cuenta.

—También es una tonta —mascullé—. Por Dios, no se daría cuenta ni siquiera si el tipo se le arrodillase enfrente con un anillo de compromiso en la mano. ¿Cómo puede estar tan ciega? Eso no es creíble. Nadie es así en la vida real.

—¿Qué tal si está enamorada de Roland?

Roland, su esposo. El hermano de Antoine. Un borrachín mujeriego que engañaba a Zelda con cuanta mujer se le cruzaba en el camino.

Meneé la cabeza.

—¿Ese vividor? Si yo fuera Zelda, le pongo veneno en el desayuno. Y me meto en la cama de ese churrito de Antoine durante la noche, para darle una sorpresa.

Las mejillas de mi escritor adquirieron un tono rosado. Por supuesto, se lo atribuí al vino. No había manera de que se hubiera puesto así por mi comentario. Ni que él fuese Antoine.

—¿Me ayudarías con una escena? —preguntó de pronto.

—Claro. Pero antes deme un segundo. —Tomé mi copa de *cabernet sauvignon* y la vacié de un sorbo—. Ahora sí.

—Bien pensado. —Me imitó.

Se sirvió otra copa y también se la bebió. Luego, se arrodilló ante mí. Imaginé que sacaba un anillo de su bolsillo trasero y me pedía matrimonio. No sería sano para mi mente seguir imaginando ese tipo de cosas. ¿Qué tal si un día ya me era imposible distinguir la fantasía de la realidad? No quería



acabar viviendo en la calle rodeada de gatos, riendo sola y loca, y recordando cómo mi amado me había abandonado por un *taxiboy* italiano en mi luna de miel.

Se aclaró la garganta.

—Tú eres Zelda y yo Antoine.

—Yo quería ser Antoine —me quejé.

—No. Antoine soy yo.

Apreté los labios y lo miré de soslayo.

—Hmm...

—¿Por qué me ves así?

—Por nada. —Puse los ojos en blanco.

Me pareció que el vino estaba haciendo efecto. Mejor me quedaba callada o diría algo fuera de lugar.

Gabriel me tomó de las manos y la ola de calor me llegó hasta el coxis.

—Zelda —comenzó—, hay algo que debo decirte. Estoy cansado de seguir fingiendo.

Seguí el juego:

—Habla.

Gabriel se me acercó y alzó mi mentón con uno de sus dedos. La intensidad de su mirada me capturó y, por unos segundos, creí real lo que no era más que un juego de roles. ¿Quién me culparía? El hombre sabía actuar.

Entonces dijo lo que siempre había deseado escuchar de él:

—Me enamoré de ti.

Emití un silencioso chillido y me cubrí la boca para no cagarla.

—Intenté demostrarte lo que sentía —prosiguió—, pero ni siquiera lo notaste. Cada día que pasa, es más difícil ocultarlo. Estoy aterrado pero feliz, y acabo de darme cuenta de que te quiero a mi lado cada día por el resto de mi vida. No te lo estoy diciendo como An...

Unos intensos golpes en la puerta lo hicieron callar. No despegó los ojos de mí. Tampoco se movió de su sitio.

—¿Quién es? —exclamó.

—Yo.

Brian.

—¿Qué quieres?

—Que abras la maldita puerta.

Gabriel sacudió la cabeza. Al parecer, la actuación había terminado.

—Lo siento, Regina. Quizás deberías ir a acostarte. No creo que quieras ver lo que está a punto de pasar.

«¿Y qué está a punto de pasar, señor?», tuve ganas de preguntarle.

Se dirigió a la puerta y me envió una mirada de disculpa. Así sería entre nosotros. No podía pedir más de lo que me daba. Me levanté y fui a mi cuarto antes de averiguar qué ocurría. La voz de Brian llegó a mis oídos, discordante, excesivamente fuerte.

—Esta es mi casa. ¿Necesito invitación para venir?

No supe qué respondió Gabriel. De seguro fue algo que lo enfadó, porque a continuación escuché el sonido de algo rompiéndose. Pegué un salto.

—Sé que ya no me quieres aquí. ¿O me equivoco? Deseas que me vaya bien lejos.

—Cálmate, Brian.

—¿Que me calme? Ni siquiera sabes lo que me pasa. Abre los ojos, maldita sea. Mataría por ser tú en este momento. Estás tan metido en tu mundo que no te das cuenta de lo que pasa a tu alrededor.

—¿En mi mundo? ¿Y tú qué? Andas de fiesta en fiesta, emborrachándote y quién sabe qué más, para luego venir a insultarme porque tu vida no es lo que quieres que sea. Yo no tengo la culpa de que te hayan expulsado del colegio. No soy responsable por tus malas decisiones. Madura de una vez, Brian.

—Vete al diablo.

Oí un golpe y luego, nada más. Nada de nada.

Salí corriendo asustada del dormitorio y lo vi tendido en el piso. Gabriel lo observaba impávido.

—Lo mataste. —Me arrodillé junto al cuerpo y le tomé el pulso—. No te voy a ayudar a enterrarlo a menos que me pagues una buena suma, eh.

—No está muerto. Está borracho. Aunque a veces sí me gustaría matarlo. —Se agachó y trató de levantarlo—. Ayúdame a llevarlo a mi cama.

Yo ya me había imaginado que tendríamos que deshacernos del cadáver. Lo habría ayudado, aunque no me pagara. Mis talentos incluían trozar carne.

Lo llevamos a la habitación de Gabriel y lo dejamos en la cama.

—Lamento que hayas tenido que presenciar eso —se disculpó.

—Está bien, no te preocupes. —Caminé por el pasillo y me detuve en seco al llegar a la sala.

Hasta ese momento no me había dado cuenta del desastre que había dejado Brian a su paso: un jarrón roto y el vino derramado en el sillón y la alfombra.

—Yo lo limpiaré —manifestó Gabe agachando la cabeza como si él hubiera sido responsable por la situación.

—Señor Savage, limpiar es mi trabajo. ¿Recuerda? Usted me contrató para eso.

—Sí, pero...

—Nada de peros. —Levanté la mano frente a su cara para que se callara.

Ya me había acostumbrada a lidiar con los resultados de una mala noche.

—Déjame ayudarte, al menos. —Fue por la escoba para barrer los vidrios—. No tienes por qué hacerlo sola.

—¿Así que esto es lo que siempre pasa? —pregunté.

Fui por un trapo húmedo para limpiar el sillón. En ese instante entendí la expresión de su rostro cada vez que yo llegaba y me encontraba con uno de esos desastres.

—A veces Brian tiene problemas para lidiar consigo mismo.

—Sé sobre eso. Yo terminaré aquí. ¿Por qué no descansas? Mañana parecerá que no ha sucedido nada.

Lo pensó un rato.

—Está bien. No te desveles.

Se retiró y yo decidí quedarme hasta que la sala quedó perfecta.

Terminé a las dos treinta. Me di una ducha nocturna y me fui a mi habitación. No me levantaría hasta las tres de la tarde. Esperaba que mi jefe fuese considerado y no me regañara.

El corazón me dio un vuelco cuando lo vi acostado en mi cama.

«Pero ¿qué...?».

¿Por qué no se había quedado con Brian? ¿Y dónde dormiría yo? ¿Con él? ¿En el piso?

«Supongo que toca ir al sillón».

Me aproximé y le di un beso en la frente, luchando con el impulso de acostarme con él.

—Que descanse.

Recogí una mantita del armario y la llevé al silloncito de su estudio, un poco más pequeño que el de la sala. Me hice una rosquita ahí y me dormí.

El olor del café recién hecho alertó mis sentidos. Con un quejido, estiré los brazos y las piernas fuera del silloncito. Me dolían todos los músculos del cuerpo. Abrí los ojos y encontré al señor Savage frente a mí con una taza humeante en la mano.

—Buenos días. ¿Una taza de café?

Decidí volver a las formalidades, para tomar conciencia de la realidad *mucama-jefe*.

—Debería ser yo quien le haga el desayuno a usted. —Bostecé, tomando la taza—. No al revés.

—¿Por qué dormiste en el sillón? —Tomó asiento junto a mí.

Nuestras piernas se tocaron y una corriente eléctrica se propagó por mi sistema nervioso. La ignoré.

—Porque usted durmió en mi cama anoche —respondí, intentando no perder la concentración.

Tomé un sorbo de café...

—Había lugar suficiente para los dos —dijo.

Y lo escupí.

Encima de él.

—Ay, Dios. Perdón. —Amagué para limpiarle la ropa, pero me detuve al recordar su cara en la firma de libros, cuando quise limpiar sus pantalones—. No quise hacerlo.

Busqué un pañuelo de papel sobre el escritorio y me di cuenta de que estaba intentando no reírse.

—¿Señor Savage?

Su carcajada me tomó desprevenida. Y yo que creí que iba a molestarse y a bufar como siempre o que me daría un sermón acerca de beber el café con propiedad, como las damas de la alta sociedad.

—¿Se encuentra bien? —quise saber.

—Perfectamente, chica blue.

Un resoplido en el pasillo llamó mi atención. Brian nos veía con cara de pocos amigos.

—Ah. Ya te levantaste. —Lo saludó mi jefe.

—Psé.

Me alejé de Gabriel y me metí en la cocina. Brian me siguió.

—Lamento lo de ayer, Gina.

—No te preocupes.

—¿Aún vendrás a mi reunión? —Se sentó sobre la mesada y se puso a comer una banana mientras yo lavaba las tazas del desayuno.

—Dije que lo haría. ¿No?

—Gina.

—¿Sí?

Cerró el grifo y me hizo mirarlo.

—Eres hermosa. ¿Lo sabías?

Abrí la boca para decir algo, pero me había quedado muda. ¿Por qué me decía eso?

Siguió hablando:

—¿Puedo preguntar qué hay entre Gabe y tú?

—Pues, nada. ¿Cómo podría haber algo entre nosotros si él es... bueno, ya sabes?

—¿Escritor? —Se rascó la nuca.

—No, no. Lo otro.

—¿Feo?

—Homosexual —susurré.

## CAPÍTULO 20

# Si dieran premios a la torpeza, me llevaría el primer lugar

Solo yo puedo rechazar a un chico súper guapo, baterista de una banda de rock y rico, por un hombre que no me mirará jamás. Aunque, en realidad, no lo rechacé. Solo me hice la tonta y lo planté dos veces.

—¿Te quedarás a almorzar? —le pregunté, dando un paso a un costado.

—Claro. ¿Quieres que te ayude a cocinar?

Gabriel entró a la cocina, muy oportuno.

—Regina, ¿qué te parece si preparamos ratatouille?

«¿Preparamos?».

Me le quedé mirando. Brian también. Cada vez que se le ocurría cocinar algo, se incendiaba la cocina, explotaban los pasteles, los pollos... Un día había estado mirando el canal de cocina y se le ocurrió hacer *mousse* de chocolate. Lo dejé solo un momento para ir al baño y, cuando regresé con él, la cosa había saltado por todas partes. «Lo siento» dijo, bañado de chocolate. «Creo que no sirvo para esto». Debo admitir que, aunque siguiera las recetas al pie de la letra, se las ingeniaba para arruinarlas con estilo. Al final, lo mandé a escribir para terminar lo que él había empezado.

La idea de tener a mi jefe en la cocina conmigo me emocionaba y aterrorizaba al mismo tiempo.

—Tú odias la cocina —manifestó Brian con cierto recelo—. ¿Por qué no te vas a tu estudio con tus libros? Yo ayudaré a Gina.

—No lo creo.

Brian y Gabriel intercambiaron miradas tensas. El ambiente se tornó denso, casi irrespirable. Parecían dos perros custodiando el mismo hueso. No quería que pelearan y mucho menos por mí, así que recurrí a años de sabiduría novelesca para evitar la incómoda situación. Aspiré hondo y me dejé caer al piso con los ojos cerrados. Cabe destacar que nunca debí haberme hecho la desmayada en la cocina. No por las implicaciones morales de mi engaño, sino porque al caer me golpeé la cabeza con una silla y me desmayé de verdad.

Desperté con un doloroso chichón.

Una figura borrosa se acercó a mí. Reconocí su voz al instante.

—Nena, al fin despiertas. Me tenías preocupada.

—¿Lena? ¿Qué haces aquí? —Examiné la habitación desconocida en la que me hallaba—. ¿Dónde estoy?

—Te diste un fuerte golpe en la cabeza. Tu jefe me llamó luego de traerte al hospital.

—¿Gabriel? —Lo busqué a mi alrededor—. ¿Dónde está?

—Le pedí que fuera a comer algo. ¿Qué te pasó? No me digas que ¡¿estás embarazada?!

—Claro, del Espíritu Santo. —Fruncí los labios—. ¿Con quién voy a estar? ¿Con mi jefe gay o con su ex novio? ¿O, tal vez, con mi amigo el *taxiboy* travestido?

—¿Entonces qué pasó?

—Te vas a reír de mí si te digo.

—Oh, linda, jamás me reiría de ti. —Me tomó la mano y la palmeó—. Un desmayo es algo serio. Podrías tener un tumor cerebral. Lo que explicaría muchas cosas.

Mordí mi labio. Pues a mí me diagnosticarían con estupidez crónica.

—Bien, te contaré —murmuré—. Pero promete que no le dirás al señor



Savage.

—Él, más que nadie, debería saberlo. Hubieras visto su cara de susto.

—Lo fingí —confesé.

—¿Qué?

—Que fingí el desmayo, Lena. Y luego, creo que me golpeé la cabeza y terminé desmayándome de verdad.

Malena se quedó contemplándome, quizá, sin saber qué decir.

—Lo sé, soy una tonta. Ríete si quieres.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque quise distraer a Gabe y a Brian. Temía que se pelearan. —Llevé una mano a mi cabeza—. Auch. Me duele.

—¿Cómo no va a dolerte, si tienes el Monte Olimpo ahí? No te toques. Oye, ¿y cómo te sientes ahora?

—¿Avergonzada?

—Bien. —Se puso de pie—. Deberías dejar de hacer chiquilinadas, Gina. Ya estás grandecita.

—Lo sé —bufé—. Oye, ¿ya te vas?

¿Iba a abandonarme luego de que casi me rompo la cabeza? ¿Qué clase de amiga era?

—No puedo quedarme. Dejé a los niños con mi vecina.

—¿Con esa que detesta a todo ser viviente?

—Sí. Por eso quiero llegar pronto, antes de que les ponga pretales y los ate en el árbol de su patio con un cuenquito con agua.

—No es tan mala. —Quise reír, pero me dio una puntada en la cabeza.

Cuando me quedé sola, me levanté a mirar por la ventana. Abajo, las lucecitas iban encendiéndose una por una.

—¿No deberías estar recostada?

No me di vuelta para mirar a Gabe. Probablemente, Lena le había contado la verdad. No soportaría ver su cara de desprecio. Ya la había visto una vez.

O dos. O diez.

Puso las manos sobre mis hombros y me guio a la cama.

—Lo siento —dije, arrastrando los pies—. No quise ocasionarte problemas. Tampoco quería hacerte gastar dinero. ¿Cuánto costó este cuarto? Te prometo que lo pagaré.

Negó con la cabeza.

—Olvidalo.

—Pero, jef...

—Ya deja de llamarme así —me interrumpió, arrugando la nariz. Luego se suavizó—. Repite conmigo: Ga...

—Ga.

—Briel.

—Briel.

Amaba ese nombre cada día más.

—Así está mejor. —Sonrió y se sentó a los pies de mi cama.

—Quiero irme. Me asustan los hospitales —murmuré, aún sin atreverme a verlo a los ojos.

—No puedes. Tienes que pasar la noche aquí para que puedan monitorearte. Estuviste inconsciente durante cinco horas.

—Pero he oído cosas espeluznantes sobre este tipo de lugares. ¿Sabía que la mayoría de la gente que muere no se va? Se queda vagando por los pasillos. Seguro que la morgue está llena de muertos. ¿Y qué tal si uno de ellos tiene un virus que lo hace levantarse como zombi?

—Diría que has visto demasiada televisión. ¿Qué tal si me quedara a hacerte compañía?

—¿Lo haría?

—Por supuesto.

Por mi culpa, él pasaría la noche sentado en una incómoda silla. Tal vez, ni siquiera cerraría los ojos por vigilar mi sueño. Solo se quedaría ahí en medio de la oscuridad de esa escalofriante habitación, sin hablar. Contaría los

segundos para el amanecer. La oscuridad y el silencio lo volverían loco. Los fantasmas de su pasado lo atormentarían en medio de sus reflexiones nocturnas. No podría huir de ellas; no, hasta que saliera el sol.

Acababa de condenar a ese pobre hombre a la noche más larga, aburrida y solitaria de su existencia.

—De verdad, lo siento. —Me mordí el labio.

—No tienes por qué disculparte. —Posó la mano en mi cabeza, con cuidado de no tocar el chichón.

—Sí, sí tengo; pero no voy a decirle por qué. Se enojará conmigo y me dejará sola en este hospital de fantasmas.

—¿Hospital de fantasmas? —Alzó una ceja.

—Y de zombis —añadí—. Si llega a aparecer alguno, ocasiónele una lesión cerebral severa. Solo así morirá.

—Trataré de recordarlo. —Sonrió—. ¿Por qué no descansas?

El cuarto giraba alrededor de mí, así que cerré los ojos. Era lindo que él siguiera mis incoherencias.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber al oírme suspirar.

—Mareada.

—¿Quieres que llame a la enfermera?

—No. —Lo agarré de la muñeca por si planeaba escaparse—. Ya se me quitará.

Tomó mi mano. Me hubiera gustado que él también sintiera las miles de diminutas hormigas caminándole por la piel. Cuando su pulgar acarició mis nudillos, recé para que nunca parara. Me hubiera gustado saber si le molestaba quedarse conmigo, si no hubiera preferido permanecer escribiendo en su estudio. No me atreví a preguntar.

El cosquilleo de mi palma fue desapareciendo. El sueño se apoderó de mí, a pesar de que luchaba por no perder la conciencia mientras Gabriel me sostuviera. Su presencia llenaba de paz mi corazón. Me hacía sentir a salvo. Lentamente, fui arrastrada hacia los confines del sueño, antes de darle las

gracias. Desperté un par de horas después y allí lo vi, sentado junto a mi cama, con la cabeza ladeada contra su puño cerrado. Se había quedado dormido cuidándome, con un libro en su regazo. Pensé que se trataría de algo romántico hasta que leí el título: *Misery*.

Sin pensar, me estiré y le di un breve beso en la mejilla.

—Gracias por quedarte conmigo.

Si dieran premios a la torpeza, me llevaría el primer lugar. Me había estirado tanto para alcanzarlo, que perdí el apoyo y caí. Lo tiré de la silla y terminamos ambos en el piso. Le hubiera dicho que caminaba dormida, pero él sabía que lo de mi sonambulismo era una mentira.

—¿Estás bien? —Gabriel me ayudó a levantarme.

—Sí, sí. Me caí porque, bueno, solo quería darte un beso para agradecerte lo que hiciste por mí —dije olvidando los formalismos.

Él no pareció notar que había dejado de hablarle de *usted*.

—Qué linda. —Su cara se iluminó—. Torpe pero linda.

Me di vuelta para volver a la cama. Más que nada porque no sabía qué contestar. Me consideraba linda, tal vez, como una mascotita. Y lo de *torpe* no me pareció un cumplido. Así que no me permití alegrarme demasiado. Que él tuviese gestos bonitos conmigo no significaba que me quisiera.

Apenas pude dar dos pasos cuando sus brazos me rodearon desde atrás. Apoyó su pecho contra mi espalda y me besó en la coronilla. Percibí los latidos de su corazón, su respiración y su aliento contra mi piel. Me abrazó con fuerza, como yo deseaba abrazarlo a él.

Y se detuvo el mundo.

«Te amo, Gabriel Savage», dije por dentro, aguantando las lágrimas de felicidad que amenazaban con inundar mis ojos. Nunca le había dicho lo que sentía por él, excepto en aquellas cartas que le había enviado y que, seguramente, habían acabado en la basura. Estuve a punto de hacérselo saber varias veces, pero una voz en mi cabeza me pidió que callara. Una sola vez se lo había dicho a alguien. Una sola vez y juré no volver a pronunciar aquellas

palabras.

Sabía que con Gabriel no sucedería lo mismo que con Nelson. Sin embargo, ninguno de los dos me amaría jamás. No de verdad. No como yo quería ser amada. Nelson carecía de corazón. Y Gabriel...

«Los hombres que escriben ese tipo novelas románticas son todos gays», había asegurado Malena. La idea se había instalado en mi mente. Al ver que mi jefe vivía con otro hombre, lo había comprobado. En especial, por cómo había hablado Brian sobre él y por el modo en que se trataban. La forma de ser de Gabe no era como la de los demás tipos. Su manera de vestir, tan cuidada, aumentaba mi temor. No importaba lo mucho que lo quisiera, Gabriel no sería para mí. Por más que su modo de tratarme me engañara; por más que fingiese atracción hacia mí cuando se ponía en la piel de su personaje Antoine, no podía amarme.

Me lo repetía a mí misma cada día y cada noche en la soledad de mi habitación.

Si Gabriel me amara, ya me lo hubiera dicho.

## CAPÍTULO 21

# Hado madrino

Al día siguiente, Gabe me dio permiso para no hacer nada. Compró pizza y helado, y luego limpió todo. Me sentí como la reina de Inglaterra. Yo, mirando la televisión desde el sofá, y él, fregando los pisos. Hablé por teléfono con Malena durante más de una hora y no sentí culpa alguna.

«No deberías acostumbrarte a esto», pensé, cuando Gabriel me trajo un té. «Solo se porta así contigo porque te desmayaste. Ignora que lo fingiste y te golpeaste de casualidad. Ignora que eres una mentirosa aprovechada; que eres una idiota. Irás al infierno, Regina Blue».

—Gracias.

Él se sentó a mi lado.

—Quisiera hablar contigo. —Movía las manos como si estuviera nervioso y se mordía los pellejitos de los dedos.

—¿Sucede algo? —Mi corazón se aceleró.

Me daba miedo lo que tuviera que decirme. Parecía grave. ¿Le habría pasado algo a Brian? ¿Habría tenido un accidente? Aunque, si así fuera, él no se habría quedado tan pancho conmigo. ¿Me despediría? Eso tenía que ser.

—Sé que no soy la empleada perfecta, así que, si vas a echarme, solo dímelo. Lo sabré entender —dije con un nudo en la garganta.

—¿Echarte? —Arrugó la frente. Su tono me hacía creer que le había hecho una pregunta descabellada—. ¿Cómo se te ocurre? Tiene que ver con otro

asunto.

Se aclaró la garganta.

—¿Está todo bien? Me estoy asustando.

—Sí. No. No sé. —Sacudió la cabeza como para aclarar sus pensamientos y se despeinó en el proceso.

«Bello, bello, bello adonis de mis sueños».

—Gabriel. —Lo tomé de las manos. Sudaban—. Puedes decirme lo que sea. Yo entenderé. ¿Es sobre Brian?

Entrelazó sus dedos con los míos y volvió a sacudir la cabeza.

—No. Regina, tú...

Los golpes en la puerta no lo dejaron terminar de hablar. Parecía que estábamos destinados a ser interrumpidos *forever*.

—No importa —dijo, levantándose.

¿Que no importaba? ¿Entonces por qué se ponía tan nervioso? Nunca lo había visto así.

—Espera. —Lo detuve cuando posó la mano en el picaporte—. ¿Qué ibas a decirme?

—Nada. Mejor olvídalo.

«¡Y un cuerno!».

No lo olvidaría. Tarde o temprano ese hombre tendría que completar la frase: «Regina, yo...».

¿Yo qué?

El rostro sonriente de Berto esperaba al otro lado de la puerta, junto con un no muy sonriente Brian. Este último me estrujó con fuerza entre sus brazos y se negó a soltarme.

—¿Cómo te encuentras? Me tenías preocupado.

—Está bien —contestó Gabriel, con los brazos cruzados—. No necesitabas venir hasta aquí. Pudiste haber llamado por teléfono.

Brian se tensó.

—Quería verla con mis propios ojos.

Gabriel bufó.

—Pues ahí la tienes. —Se dirigió a su estudio.

—Woohhh, es una casa preciosa —exclamó Berto, recorriéndola con los ojos—. Podría vivir aquí. ¿Cuándo traigo mis cosas?

—¿Batman? —Lo señaló mi escritor, regresando con nosotros.

Mi amigo aplaudió con ganas.

—Veo que no olvidas una cara bella, sexy. Soy...

—Berto Bertolucci, *taxiboy*, estilista y guardaespaldas —dijimos Gabe y yo a coro.

—Seré lo que tú quieras. —Le guiñó un ojo—. *Grrr*.

A mi jefe no lo impresionó a pesar de su buen aspecto. Quizás pensaba que, como había entrado con Brian, ambos estaban *juntos*. Eso explicaría su repentino mal humor.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que ustedes dos...? —Miré a Brian, luego a Berto—. ¿Acaso no estarán...?

Carraspeé.

Brian hizo un gesto de asco.

—Puaj. Ni siquiera lo insinúes.

—Nos encontramos en el *eleveitor*, *beibi* —dijo Berto, sentándose en el sofá y cruzando las piernas con elegancia.

La gente podía decir lo que quisiera de él. El caso es que era un divo. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que llevaba un traje de seda negro y unos lentes oscuros. Lucía como James Bond. Hubiese matado por ver a Gabe con esa ropa. Berto incluso se había atado el pelo. ¿Sería este su verdadero aspecto? ¿O una de sus mil caras? Eso sí, usaba brillito labial.

—Y dime, linda, ¿cómo te sientes? —inquirió Brian, tomándome de las manos.

—Bien, gracias.

—Lamento haberte dejado ayer.

—Está bien. Gabriel se quedó conmigo —expliqué.



—¿Toda la noche? —pareció espantarse.

Mi jefe contestó por mí:

—Sí. —Parecía irritado—. ¿Tienes algún problema con eso?

Pero ¿qué sucedía con esos dos? Escuché a Berto susurrarme «Esto se pondrá bueno».

—Gabe, ¿puedo hablar contigo? —Brian lo tomó del brazo y se lo llevó a la cocina.

Conversaron por unos minutos. Berto no quitó los ojos de mí en todo ese tiempo. Me hacía sentir incómoda. Desnuda.

—¿Qué? —pregunté ante su insistente mirada.

—Mañana tienes una fiesta —canturreó.

—Solo es una reunión —espeté—. ¿Cómo supiste?

—Deberías saber que yo me entero de todo, señorita. —Sonrió con malicia—. Quiero que me lleves a tu cuarto. Ya.

—¿Po... por qué?

Se acercó a mi oído y me ahogó con su perfume.

—Vamos a aprovechar la ausencia de los guapetones para escabullirnos sin que nos vean.

Tragué saliva.

—Si te me estás insinuando, vas mal —le advertí—. Además, apenas nos conocemos.

—Gina, Gina, ¿parezco la clase de hombre que se te insinuaría?

Me quedé pensando.

—No sé. Mi sentido arácnido fue afectado por el golpe —farfullé—. Supuse que te le insinuabas a toda la gente.

Me tomó de la mano y me llevó al pasillo. Yo me resistí.

—Quiero que me muestres lo que vestirás mañana en la reunión del chico baterista.

—Ohhh, bien —cedí—. ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Me gusta que la gente saque conclusiones apresuradas —contestó alegre.

—¿Te gusta que las personas piensen mal de ti?

—¿Por qué no? Soy un chico travieso. —Se palmeó el trasero.

—No vuelvas a hacer eso en mi presencia.

Una vez en mi alcoba, cerré la puerta. Berto se recostó en mi cama con un gemido de satisfacción al notar la comodidad de mi colchón nuevo. Abrí el armario y me puse a buscar entre mis pocas pertenencias.

—No tengo la menor idea de qué usar.

—¿Será una reunión informal? —preguntó.

—Supongo. ¿Por qué tanto interés en el asunto?

—Porque quiero que pases una noche inolvidable junto a uno de esos galanes. Así yo me puedo quedar con el otro. Considérame tu *hado padrino*.

—¿No será *padrino*?

—*Madrino*, dije.

Me llevé las manos al pecho, pero no logré contener la risa.

—Eso sonó bastante gay. ¿Lo eres?

—Soy lo que me convenga, querida mía. Ahora, muéstrame lo que tienes.

Revolví entre mi ropa y saqué dos vestidos, los únicos que tenía. El rosado que había usado en la firma de libros y otro que jamás me había puesto, de color lavanda con volados.

—¿Qué te parece esto? No hay más. Cuando me fui de casa, no llegué a empacar toda mi ropa.

Él resopló.

—Pruébatelo.

—Tápate los ojos.

Se los cubrió.

—Aunque no tienes nada que no haya visto antes. Créeme. He visto de todo en esta tierra del Señor.

Me quitó la ropa y me lo puse con rapidez.

—¿Y bien?

Él negó con la cabeza.

—Te hace ver gorda.

—¡No es cierto!

—Quítate eso, linda. El rosado es bonito, pero muy revelador.

Comencé a desvestirme. De nuevo.

—¿Y si vas por tu ropa a tu excasa? —preguntó con entusiasmo.

—Ni loca.

—Te acompañaré.

—Son tres horas de viaje. Seis horas entre ida y vuelta.

Berto miró su reloj.

—Si nos apresuramos, estaremos de vuelta a las dos de la mañana. A las tres, como mucho. No puedes usar siempre los mismos pantalones. Vamos, no pasará nada. —Alzó la mano—. Promesa de *boy scout*.

—Si Gabriel se entera, me matará —comenté, levantando mis prendas del piso.

—¿Es tu dueño?

—No, pero se preocuparía al saber que salí después de pasar las últimas veinticuatro horas en el hospital. El hombre no durmió por mi culpa. Seguro me regañaría. A veces me trata como si fuera una niña. Es lindo, pero...

Alguien golpeó la puerta.

—¿Quién es?

—Yo —contestó Gabriel.

Iba a abrir, pero entonces vi al *taxiboy* acostado en mi cama y a mí en ropa interior y, de repente, ya no me pareció tan buena idea.

—Un segundo.

Abrí la ventana y le hice un gesto a Berto para que saliera a la cornisa.

—Debe estar todo cagado por palomas —se quejó.

—Sal —ordené, apresurándome a ponerme de nuevo la ropa.

Berto obedeció.

—Ay, se me cayó un zapato. ¡Cuidado ahí abajo, señora! —gritó hacia abajo.

—Shhh. —Cerré el vidrio y lo dejé afuera—. Gabriel te va a oír.  
También cerré la cortina y le abrí a mi jefe con expresión risueña.

—¿Todo bien? —preguntó cauteloso.

—Fantástico.

Se asomó en mi cuarto.

—¿Y tu amigo?

—Se fue.

—Pues no podrá llegar muy lejos. Parece que se dejó las llaves del auto en tu cama.

Me di vuelta. El idiota de Berto las había dejado en medio del colchón. Se notaba que eran las suyas porque tenían un llavero dorado de su propio nombre.

Gabriel se encaminó al pasillo.

—Por cierto, te pusiste la ropa al revés —dijo.

—Diablos.

Tuve que hacer entrar al *taxiboy* antes de que una corriente de aire lo lanzara a la calle. Después me culparían a mí por su muerte.

Luego de que se fue, me llegó un mensaje de Whatsapp de su parte.

Berto: «Te estaré esperando en el hall. Tenemos que recuperar tu ropa».

Regina: «¿Cómo distraeré a mi jefe para que no me vea salir?».

Berto: «Ya te inventarás algo».

Respiré hondo y traté de no enloquecer. Luego pensé que, si Nelson estaba aquí, en la ciudad, bien podría hacer una escapada para recuperar mis pertenencias sin que él lo supiera. Mi único problema era entretener a Gabriel y a Brian para que no me descubrieran. Recordé las pastillas para dormir que había en el botiquín del baño, y me apresuré a coger un par (tres o cuatro). Me dirigí a la sala y los vi discutiendo en el estudio. Al menos no se besuqueaban. Hubiera sido traumatizante para mí.

Trituré las pastillas en la cocina. Metí el polvo en dos vasos y los llené de

jugo de naranja. No sabía si era peligroso mezclar las pastillas con vino, así que por las dudas no lo hice. No quería ir a prisión por asesinato. Aunque, si mataba a alguno de ellos, sus admiradoras se encargarían de hacerme desaparecer.

Abrí la puerta del estudio y le entregué un vaso a cada uno.

—Pensé que tendrían sed.

—Brian ya se iba —dijo Gabriel, quitándole el vaso de la mano y colocándolo en el escritorio.

—Claro que no. Aún no terminamos esta charla. —Brian levantó el vaso y se bebió el contenido de un trago.

Gabe dejó el suyo.

«No, no. Tómalo para que pueda escaparme con mi amigo *taxiboy*».

—¿No tienes sed? —pregunté, intentando que volviese a agarrarlo.

—Por el momento, no —contestó—. Gracias.

—Pues yo sí. —Brian tomó el vaso de mi jefe.

¿Qué podría pasarle a alguien que ingería varios sedantes? No quise averiguarlo.

—¡No! —Se lo arrebaté de las manos y los dos se me quedaron viendo como si me hubiera vuelto loca—. Es que... eh... demasiada vitamina C puede hacerte daño, Brian.

—Por supuesto que no. —Amagó con volver a tomar el vaso que le había quitado.

Pero fui más rápida que él y lo bebí todo.

«Maldición. No era lo que tenía en mente».

Brian fue a la cocina a servirse más, y yo me quedé contemplando la nada, mientras Gabe se sentaba frente a su amada PC. Al menos, habían dejado de discutir. Quizá no querían ventilar sus trapitos sucios frente a la sirvienta.

—¿Gabriel? ¿Antes de ponerte a escribir podrías hacerme un pequeñísimo favor? —Junté mis dedos gordo e índice frente a mi cara.

—Dime.

—¿Podrías ir al hall a decirle a Berto que me bebí tu jugo?

—¿Por qué iría a decirle eso?

—Porque —Di un paso al frente y me agarré de su cuello para no caerme —, tenía un sedante.

Eso fue lo último que recordé de esa noche.

—¡¿Qué diablos?!

El grito de Brian en la puerta de mi habitación me despertó. Mis párpados pesaban y mi boca se sentía amarga. Le dirigí una mirada confundida y, de inmediato, me percaté de la presencia de alguien en mi cama.

—Buenos días, dormilona. —Gabriel me veía con expresión divertida, tendido a mi lado. Sin camisa.

Brian entró. Parecía tan confundido como yo. Claro, había tomado el jugo también, así que ambos habíamos quedado inconscientes.

—¿Qué haces en la cama de Gina? —quiso saber de mala gana.

Mi jefe se apoyó en uno de sus codos, de costado, mirando hacia mí.

—Tú estabas en mi cama y no me gusta dormir en el sofá. ¿Por qué tengo que darte explicaciones? —Se sentó.

Dirigí la vista a las sábanas que le cubrían las piernas. ¿Se habría quitado también los pantalones? Me espanté porque noté que yo no tenía puestos los míos. Me quería morir. Gabriel me los había quitado con sus perfectas manos. Había dormido con él y ni siquiera lo había notado.

Brian emitió un gruñido y salió del cuarto.

—Mejor vístete —sugirió Gabe, guiñándome un ojo.

Se levantó, se puso la camisa y siguió al baterista desairado.

Me di unas cuantas palmadas en la cara para comprobar que no soñaba. Con rapidez, levanté los pantalones del piso y me los puse, y salí a ver que esos dos muchachos no se matasen el uno al otro.

—Actúas como un crío —manifestó mi jefe.

—Sabes perfectamente lo que me pasa —exclamó Brian, caminando de un

lado a otro.

Me acerqué despacio por el pasillo, sin hacer ruido.

—Por supuesto que lo sé. Eres un niño caprichoso. Siempre lo fuiste.

—Y tú eres un egoísta. No piensas en nadie más que en ti mismo.

Eso pintaba mal. Alzaban la voz cada vez más. En cualquier momento, empezarían los puñetazos. Ya me había hecho la desmayada una vez para distraerlos. No funcionaría de nuevo. Lo mejor sería plantarles cara y detenerlos. ¿Qué importaba que fuese la sirvienta? Gabriel me había invitado a vivir bajo su techo. Lo hubieran querido o no, formaba parte de la familia. Bueno, casi.

Tomé coraje y di un paso rumbo a la sala. Luego retrocedí porque temí que se enojasen conmigo.

—Aún recuerdo lo que me dijiste. —Gabriel se apaciguó. Me había visto espiándolos—. ¿Quieres que te lo repita?

—¿Sabes qué? Me largo.

—Haz lo que quieras, Brian. Eres libre.

El portazo me sobresaltó.

Mi jefe se quedó meditabundo, apoyado en el respaldo del sofá con los brazos cruzados.

—Lamento que tuvieras que oír eso —dijo.

—Supongo que ya no irás a su reunión.

—¿Tú sí? —Se sorprendió.

—No se peleó conmigo. Quiero decir, él me invitó y le dije que iría.

—No iré —respondió, tajante—. Y tú tampoco deberías hacerlo.

## CAPÍTULO 22

# Benedict Lion

**G**abriel no me acompañaría al departamento de Brian. Lo comprendía, ya que su relación había caído en picada desde mi llegada. No quería que yo fuera, pero no era mi dueño para decirme qué hacer. Planeaba divertirme. Estaba en mi derecho a salir de fiesta con mis amigos y Brian era uno de ellos.

—¿No preferirías ir al cine? Te invito.

Mi jefe trató de sobornarme para que cambiase de opinión. Lo siento, no soy del tipo de chica que incumple una promesa. Además, no había sido yo quien había discutido con Brian.

—¿Qué tal si invitas a cenar a Lena y a Berto si te sientes solo?

—En otra ocasión.

No podía creerlo. ¿Acababa de rechazar a Gabriel Savage? ¿Qué pasaba conmigo? No tenía fotos suyas empapelando mis paredes. Había dejado de espíarlo y de seguirlo. Y hacía semanas que no actualizaba el blog. Tal vez vivir con él había disipado mi fanatismo. Estaba segura de que él tampoco me consideraba una acosadora. Por su manera de dirigirse a mí, hubiera podido asegurar que se había encariñado conmigo.

Como mi plan de recuperar mi ropa se había frustrado, recurrí a Lena, quien me prestó uno de sus vestidos. Había dejado a los niños con la vecina para hacerme una visita y, de paso, conocer el apartamento.



—Eres mi heroína —dije, mirándome en el espejo de mi cuarto.

—Lo sé.

Había escogido uno con motivos floreados que resaltaba el tono de mi piel. A pesar del escote pronunciado, me quedaba bien. Ella lo había ajustado con su máquina de coser para adaptarlo a mis curvas, no tan generosas como las de ella.

—*Gelouuu*. —Berto entró a mi habitación, vestido con unos mini shorts amarillos y una camiseta de red.

Lena se quedó viéndolo con la boca abierta. Había olvidado la primera impresión que provocaba Berto, una mezcla entre divertido asombro y miedo.

—*Oh la lá*, pero ¿quién es esta delicada flor? —inquirió él, levantando una ceja mientras le tomaba una mano para besársela—. Soy Berto Bertolucci, preciosa. Para ti, solo *amore*.

Me daban ganas de decirle que su actitud de donjuán no funcionaría si llevaba esos mini shorts. ¿Cómo se atrevía a coquetear con mi amiga? ¿Cómo se atrevía a entrar en esta casa vistiendo así? Gabriel debía de haber querido arrancarse las córneas al abrirle la puerta. Y yo... bueno, no quería que se sentara en mi cama. Estaba casi segura de que no se había puesto nada debajo de esa espantosa cosa amarilla que no dejaba nada a la imaginación.

—Es *taxiboy* —le comenté a Lena.

Su actitud no fue la que yo esperaba.

—¿En serio? —preguntó abriendo más los ojos (si eso era posible) y alzando la voz.

Entonces recordé que un día me había dicho que quería contratar uno. Yo había pensado que bromeaba. Al parecer, lo había dicho en serio.

Berto se metió la mano en el interior del short y sacó una tarjeta.

—Para ti, preciosa.

Malena la tomó y se la guardó en el escote.

—Gracias. —Le sonrió de un modo seductor.

«¡Asco, asco, asco!».

¿Qué acababa de presenciar? Tosí. Tosí fuerte para llamar su atención antes de que se olvidaran de mi presencia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al italiano.

—Solo vine a molestar a tu jefe. —Dio una vuelta de ciento ochenta grados—. ¿No luzco despampanante?

—Oh, sí —replicó mi amiga, la babosa.

Hice una mueca.

—¿Qué? ¿No te gustan mis musculosos glúteos? —preguntó él—. *Ziempre* voy al *gym*.

—Se dice *siempre*. Aprende a hablar bien —mascullé.

—A mí sí me gustan. —Malena levantó la mano.

—Iughh —exclamé—. ¿Por qué no se van a un hotel?

Ambos se miraron de reojo con interés. Yo y mi bocota.

«Gracias, chicos, acaban de asegurarme una semana entera de pesadillas».

—¿Sabes qué, Gina? Me parece que ya es algo tarde. —Lena enfiló hacia la salida—. Y tengo... tengo que hacer algo.

—Ajá. —Mis ojos se posaron sobre Berto, que se peinaba el bigote con un diminuto peine que había llevado guardado en un bolsillo.

—Sí, yo también debo irme —comentó, enseñando su perfecta dentadura.

—Claro. —Los acompañé a la salida.

Gabriel se asomó desde la cocina cuando me oyó cerrar la puerta. Secaba una taza con un repasador.

—¿Tan pronto se fueron tus amigos? —preguntó, una vez que se subieron juntos al elevador.

—Mejor ni preguntes. —Sacudí las manos y regresé directo a mi dormitorio.

—Por cierto, lindo vestido —gritó.

—¡Gracias!

Cerré mi puerta y me dispuse a arreglarme para la reunión. Como no sabía dónde vivía Brian, él vendría por mí. Me esperaría en la calle para no tener

que cruzarse con Gabe.

A eso de las siete, me despedí de mi jefe.

—¿A qué hora volverás?

—No sé —contesté.

Por un momento me sentí de nuevo de quince años, con mi padre que me hacía preguntas antes de que saliera con algún chico.

—¿Quieres que vaya a buscarte luego?

—Sería muy amable de tu parte —le dediqué una sonrisa.

—Podría llevarte, si quieres —ofreció.

—Te lo agradezco, pero Brian me espera abajo. —Me puse un chal blanco y salí para llamar el elevador.

Gabriel me siguió.

—¿Llevas el teléfono?

—Sí.

—¿Me llamarás si hay algún problema?

Repetí que sí con algo de fastidio.

Cuando la puerta se abrió, subí y él también.

—¿Te molesta si te acompaño? —preguntó, presionando el botón de la planta baja.

—No —respondí en voz baja.

Era un hombre adulto perfectamente capaz de pasar unas horas sin mi compañía, pero se comportaba como si fuera un perrito abandonado. ¿Qué sucedía con él? Parecía haber olvidado quién era yo. Tal vez la convivencia había borrado algunos límites. Por ejemplo, ahora él conocía toda mi ropa interior. Al principio, me había dado vergüenza que la viera (en especial la de los cariñositos), pero no podía colgar la ropa en mi cuarto para que se secara. Él lo tomó con naturalidad. Incluso se encargaba de colgarla él cuando me veía ocupada con otra cosa.

También teníamos que lidiar con los pelos en la bañera. Ya me había regañado varias veces porque me olvidaba de quitarlos luego de bañarme.

Aunque él tenía sus irritantes costumbres también. Era un maniático del alcohol en gel. ¿Acaso era necesario ponerselo cada vez que se lavaba las manos? Tuve que comprarle una crema para la resequedad porque el hombre se gastaba un frasco cada cuatro días. Además, entendí por qué contaba los jabones. Tenía el número exacto de los que gastaría en el mes. Bueno, desde que yo había llegado compraba dos o tres de más.

Me sorprendió que él se adaptara tan bien a mi presencia en el departamento. Como si siempre hubiera vivido con él. Ni siquiera se había espantado con mis toallitas femeninas. Vacío una parte de su botiquín para que yo guardase ahí mis cosas. Si no fuese gay, hubiera pensado que ya había convivido con una mujer. Porque era gay, ¿no? Sí, o Brian me habría dicho lo contrario.

Cuando el ascensor llegó a la planta baja y salimos al vestíbulo del edificio, divisé el coche de Brian en la entrada. Lo saludé con la mano, pero no me vio. Estaba muy concentrado cantando.

—Bien, ya me voy —dije caminando a la puerta del edificio.

—Espera, chica blue.

—¿Sí?

Gabriel se inclinó y me dio un suave beso en la comisura los labios.

Mi mundo entero se detuvo. Un cosquilleo atravesó mi corazón. Dejé de respirar; me había olvidado de hacerlo. Solo podía pensar que sus labios habían tocado mi cara, muy cerca de mi boca. Si me hubiera movido dos centímetros a la derecha, nos habríamos besado. Pero no. Fue tan rápido que yo apenas me percaté cuando ya lo había hecho. No dejaría de reproducir esa brevísima escena en mi mente, una y otra vez, durante toda la noche... durante toda la vida. Aunque solo hubiera sido un beso de despedida y nada más.

—¿Qué esperas? Vete ya. —Gabe me dio una suave empujoncito en la espalda cuando vio que yo no reaccionaba—. O Brian vendrá a buscarte con la policía, acusándome de que te tengo secuestrada.

—S... sí. —Caminé a la calle con la mano sobre la boca.

Lloviznaba, pero ni siquiera lo noté.

Él me había dado un beso.

Me metí en el auto. Oí la voz de Brian diciéndome algo y asentí. Esperaba que me hubiera saludado y no que me hubiera preguntado otra cosa, porque creería que estaba drogada o que el golpe que me había dado en la cabeza me había afectado el cerebro.

Seguía hablándome y yo no dejaba de pensar en Gabriel besándome, aunque ya no en la mejilla.

«Reacciona, chica, reacciona»; me ordené a mí misma.

—¿Gina, estás bien?

—Ajá —alcancé a contestar.

Mi facultad para articular palabras había desaparecido.

«Gracias, Gabriel. Me convertiste en una zombi».

Cuando el auto arrancó, me apoyé en el parabrisas. Gabe continuaba observándome desde el hall. Tuve el impulso de bajarme del coche y correr hasta él, pero Brian pisó el acelerador a fondo y en menos de diez minutos llegamos a su edificio, un rascacielos que tocaba las nubes.

—Odio los ascensores —comentó mientras subíamos las escaleras—. Por eso me mudé al primer piso.

—Y, dime, ¿vendrá mucha gente? Podría ayudarte con la comida. Oh, qué lindas lámparas. —Señalé el techo. No era tan elegante como el edificio de Gabriel—. ¿Cuánto pagas de renta?

Para mí, cualquier edificación bien iluminada, con pisos y paredes que no se cayesen a pedazos, era como el palacio de Versalles.

Recibí un mensaje de Gabriel y no oí la contestación de mi anfitrión:

Gabriel: «¿Todo ok?».

Regina: «Estamos subiendo por las escaleras».

Gabriel: «¿Cómo se está portando?».

Regina: «Es todo un caballero».

Brian guardó silencio hasta que traspasamos la puerta de su casa. Encendió la luz y tiró las llaves dentro de un cuenco, en la mesa.

—¿Qué te parece? Aún hace falta que compre algunos muebles.

—No está mal. —Recorrí con la mirada las paredes de ladrillos a la vista y el piso de cerámica negra. La batería descansaba en el medio de la sala. En un rincón pude ver un enorme televisor, dos sillones rojos y una consola de juegos.

—El baño tiene un hidromasaje. ¿Quieres verlo?

—¿En serio? —Me emocioné.

—Sí, ven.

Me tomó de la mano y me guio hacia una puerta de color negro.

—Lo primero que hice al mudarme fue tomar un largo baño de burbujas — dijo con una sonrisa.

—Genial.

—Eres bienvenida a usarlo cuando gustes. —Me guiñó el ojo.

—Vaya, gracias.

Era el segundo hombre que me invitaba a bañarme en su departamento.

—¿Has visto alguna vez una cama de agua? —inquirió.

Sacudí la cabeza.

—Sígueme.

Enseguida le escribí a Gabe.

Regina: «Tiene un hidromasaje y una cama de agua. OMG!!!! Muero muerta».

Gabriel: «¿A quién invitó?».

No demostró interés alguno por lo que acababa de decirle. ¿Estaría celoso? Claro. No debía de ser fácil haber quedado excluido de la vida del baterista. De seguro, asistía a muchas fiestas y conocía gente interesante y guapa. Seguí a mi entusiasta anfitrión.

Regina: «Aún no ha venido nadie».

Gabriel: «Hmmm».

No pude evitar responder:

Regina: «¿Hmmm qué?».

Gabriel: «Esto no me gusta».

Paranoico. Lo pensé. No lo escribí. Entramos en el cuarto de Brian y quedé paralizada. Con la pintura de turquesa oscura y las peceras iluminadas contra las paredes, me sentía en el fondo del mar.

—Esto es increíble.

Se lanzó de espaldas a la cama y esta se movió. Se sentó y, con una de sus sonrisas encantadoras, preguntó:

—¿Quieres probar? Es divertido.

Guardé el teléfono y dejé mi bolso en el piso para tirarme de espaldas y con los ojos cerrados. Emití un grito de vértigo. Nunca había logrado divertirme de esa forma con Gabriel. Este chico sacaba a mi niña interior. Y más cuando se puso de pie en la cama y me hizo pararme con él.

—Ahora, lo mejor. Prepárate.

Me tomó de las manos y se impulsó hacia arriba. La cama rebotó bajo nosotros. Temí caer de cabeza, así que me sujeté bien de él.

—¿No se romperá? —pregunté, temerosa de que se reventara y se inundara su habitación.

—Tranquila. Está reforzada. Puedes saltar si gustas.

—De acuerdo. —Me uní a él, entre risas, olvidándome por completo de mi jefe y del beso que me había dado hacía apenas unos minutos.

—¡Me-en-can-ta! —grité, subiendo y bajando, con la respiración agitada.

Salté por un buen rato antes de caer sentada. Él cayó después que yo. Nos quedamos tendidos boca arriba, recuperando el aliento y mirando el reflejo de las luces de las peceras en el techo. Por un momento, me sentí hipnotizada. Las sombras de los pececitos se movían por toda la habitación.

—Qué lindo.

Brian se volvió hacia mí.

—Sabía que te gustaría. —Me quitó un mechón de los ojos y abrió la boca para decir algo.

El sonido del timbre lo detuvo.

—Deben ser ellos. —Se deslizó fuera del colchón.

—¿Quiénes?

—Ya verás. —Fue a abrir la puerta.

Yo me quedé sentada en la cama, esperando.

Un hombre entró en el departamento.

—¡Ey, Bri!

La intriga fue más fuerte que mi comodidad, así que me acerqué. Brian saludaba a un joven alto con cabello negro y largo.

En cuanto se dio vuelta, tuve que sostenerme del marco de la puerta para no desmayarme de la emoción.

«Oh. Mi. Dios».

Se trataba del cantante de Clow: Benedict Lion. Lo amaba, y a cada una de sus canciones. Aunque no era tan guapo como Gabe. Nadie lo era. Pero, si tenía que escoger a dos personas para llevarme a una isla desierta, definitivamente los elegiría a ellos dos.

La piel de porcelana de Ben resaltaba con su vestimenta oscura. El tono celeste de sus ojos, casi sobrenatural, iba enmarcado con un delineador negro que le confería un aire místico.

Hiperventilé cuando caminó hacia mí.

—Ben, esta es Gina. Una fan tuya —nos presentó Brian.

—Mucho gusto, linda.

El cantante me estrechó la mano y yo asentí con una sonrisa boba.

—Hola.

—¿Así que eres la novia de Brian? —preguntó con media sonrisa.

—Somos amigos —aclaré.

Brian no lucía muy feliz con mi comentario. Pero era la verdad. ¿Para qué



mentiría?

—¿Y los chicos? —preguntó al cantante.

—Vendrán en cualquier minuto.

—Bien. Gina, ¿me ayudarías con los sándwiches?

—Claro.

Seguí a Brian hasta la cocina. Benedict se quedó en la sala, eligiendo música para la velada.

—¿Les molesta si pongo Clow?

—Eso sería genial —contesté.

—Cuando repartieron los egos, Ben era el primero en la fila —susurró Brian con gracia de camino a la cocina, un espacio pequeño y rectangular.

Espí a Benedict. Cantaba sus propias canciones y bailaba de forma provocativa, como si estuviera dando un espectáculo a un montón de fans calenturientas. Tomé un racimo de bananas de la mesa y me abaniqué con él.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada. —Dejé las bananas en el bol con las otras frutas.

El teléfono de Brian sonó. Mientras hablaba, me puse a rellenar unos platos con papas, maní y cuadraditos de queso, moviendo el cuerpo al ritmo del rock.

—Después de ti, ya nada será iguaaal —canté.

—Gina, ¿te molesta si me voy unos minutos? —dijo mi amigo al colgar—. A Chase se le pinchó un neumático a pocas calles de aquí. Volveré lo más rápido que pueda.

—No hay problema.

Tomó las llaves y se dirigió a la puerta.

—Ya regreso, Ben. Voy a buscar a los chicos.

En cuanto Brian se fue, Benedict se asomó a la cocina. Todavía me costaba creer que compartiéramos el mismo espacio, ¡el mismo oxígeno!

—Oye, hay un teléfono sonando en la habitación de Bri —comentó.

Dejé las papas y corrí a atender a mi jefe. Su tono de llamada era

inconfundible.

—¿Hola?

—Gina, me asustaste —dijo.

—¿Asustarte? ¿Por qué?

—Llevo llamándote desde hace más de cinco minutos.

«Aww, qué tierno». Lo hubiera achuchado si lo hubiese tenido enfrente.

—Estaba en la cocina —contesté—. Acabo de conocer al cantante de la banda. Es tan...

—¿Estás con los chicos de Clow?

—No. Solo con Benedict. Brian tuvo que salir a buscar a los otros porque su auto se quedó parado por ahí.

—¿Te quedaste sola con él? —exclamó.

—Sí. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

Murmuró algo que no entendí.

—¿Novio? ¿Amante? ¿Esposo? —La profunda voz del cantante me sobresaltó.

—Mi jefe —contesté, volteándome hacia él. Me dirigí a mi jefe—. Nos vemos después.

Colgué y dejé el teléfono sobre la cama.

—No te pregunté con quién hablabas —aclaró—, sino qué querías que fuera yo.

—¿Eh?

Empujó la puerta hasta cerrarla y se aproximó a mí. Me acarició el brazo y di un paso atrás. De repente me sentí incómoda.

Benedict tocó mi cabellera y deslizó mis dedos fríos por mi cuello.

—No te haré daño, bombón. Relájate.

¿Qué le pasaba a este tipo? Que le hubiera sonreído no significaba que quisiera involucrarme con él.

—Brian volverá pronto —dije con el deseo ferviente de que apareciera.

—Entonces deberíamos apresurarnos.

—¿Disculpa?

Dio un paso adelante, me sujetó de la nuca y me estampó un beso. Como no me gusta mentir, admitiré que Benedict Lion era un excelente besador. Aunque eso no quiere decir que haya disfrutado su invasión a mis labios. Casi todos los hombres que conocía me habían besado en algún momento, menos el señor Savage. Solo en una ocasión habíamos estado a punto de besarnos mientras jugábamos a Zelda y Antoine, pero la cagué. Como siempre.

¡Incluso Berto me había dado un beso en los labios, joder!

## CAPÍTULO 23

# Kissing a fool

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté cuando se apartó de mí.

—Tenía ganas. ¿Tú no?

Descarado. Por supuesto que no tenía ganas.

—No —respondí.

—Oh, vamos. ¿Qué mujer no querría besarme? ¿A mí?

Con disimulo me acerqué a mi móvil para llamar a Brian o Gabe. La mirada de este tipo me ponía nerviosa. Le encontré un aire de depravado sexual.

—Estoy enamorada de alguien.

Se encogió de hombros.

—¿Y eso qué?

Recogí mi bolso y mi teléfono, y me dispuse a irme. Ya le explicaría luego a Brian el motivo de mi desaparición. Benedict se interpuso en mi camino.

—¿Por qué eres así? —Me arrebató el móvil.

—¿Así cómo?

—Aburrida. Pensé que querrías divertirme un rato. Tú sabes, calentar esa cama. —Su tono me puso la piel como la de un pollo con hipotermia.

La canción de George Michael sonó de nuevo. Gabe me llamaba.

—Dame el teléfono. —Estiré la mano en su dirección.

No me lo dio. En lugar de entregármelo, lo metió dentro de una pecera sin agua con una expresión divertida en el rostro. Con irritación, metí la mano

dentro. Era bastante alta, por lo que tuve que pararme en puntas de pies. Aun así, no llegaba hasta el fondo.

—Yo no haría eso si fuera tú —advirtió él con media sonrisa.

—¿Qué? —Lo miré.

Fue un error apartar mi atención de la pecera. El cantante la señaló. No. Mejor dicho, señaló algo que se encontraba dentro y que me hizo cosquillas en los dedos.

Grité y saqué la mano. ¡Maldita araña! Me había olvidado de su existencia. Sacudí mi mano para deshacerme la *aracnidad* que me había quedado impregnada. De hecho, corrí gritando por toda la habitación, intentando hacer desaparecer esa sensación horrible de patitas sobre mis dedos.

¡No se iba!

El inmaduro se rio a carcajadas.

—No es gracioso. —Me senté en la cama, fulminándolo con la mirada.

—No te enojas. Fue una pequeña broma.

Volvimos a escuchar la canción *Kissing a fool* saliendo de mi teléfono, y maldije por dentro a ese hombre y a toda su familia.

—Deberías atender —sugirió.

Lo miré, esperando que el odio me saliera por los ojos como dos rayos láseres fulminantes.

—¿Me das mi teléfono, por favor?

—Por supuesto —dijo con una sonrisa—. Si me das un beso.

Me quedé sin palabras.

—Solo uno. ¿Por favor? —insistió, poniendo cara de una inocencia que yo sabía que no tenía—. No volveré a insistirte.

—¿Lo prometes?

Dibujó una cruz invisible sobre su pecho y asintió.

Reflexioné un momento. Un besito y ya. ¡Qué demonios!, lo haría. No era como si hubiese tenido que besar a Berto. De solo imaginar que los pelitos su bigote me tocaran el labio, se me achicharraba la libido. A diferencia de mi

amigo, Benedict poseía un atractivo difícil de negar. Incluso podría presumirle a Lena luego.

—De acuerdo —accedí con un nudo en el estómago.

«No me gusta esto. No me gusta. No pienses, Gina, solo hazlo».

Me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia él. Salté cuando sus heladas manos se posaron en mi espalda. ¿Qué era? ¿Un vampiro? Si me mordía, le arrancaría los pelos y tendría que usar una peluquita.

—¿Y mi beso? —quiso saber, presionando su erección contra mi cadera.

«Este tipo me quiere apuñalar».

—Lo siento. No puedo. —Retrocedí, con la intención de regresar a la sala a buscar una ventana por donde huir despavorida.

Él me agarró de la muñeca.

—Espera. ¿A dónde vas? No hemos terminado.

—Sí, lo hemos hecho. Cuando venga Brian, le voy a...

No me dejó terminar. Jaló de mi brazo con fuerza y acabé tirada en la cama, con él sobre mí.

—Seré bueno contigo. Lo prometo. —Deslizó la mano por mi pierna desnuda.

Maldita la hora en que decidí ponerme un vestido. Debí haberme dejado los pelos largos en las piernas y, de haber podido, también haberme dejado el bigote. En mi posición sería más ventajoso dejar de depilarme para siempre. Así, por lo menos, parecería un chico. Tampoco debería pintarme los labios, ya que con el bigote parecería más un orangután maquillado que un muchacho. Y me confundirían con uno de esos del planeta de los simios.

—¡Déjame! —exclamé, tratando de quitármelo de encima.

Me sujetó los brazos sobre la cabeza y, entonces, los latidos de mi corazón se aceleraron, al darme cuenta de lo que planeaba. Quería irme; llamar a Gabriel para que viniese a buscarme; que Brian volviera; ¡que Nelson me encontrara! Lo que fuera, con tal de no seguir en esa habitación mientras ese hombre me toqueteaba.

—Vamos, linda, no seas aguafiestas. ¿Para qué crees que te traje Bri?  
Acarició mi muslo bajo el vestido. Le hubiera dado una patada en las bolas si sus piernas no hubiesen estado apretando las mías. Me había inmovilizado.  
—Suéltame —exigí.  
—No.  
—Que me sueltes, Benedict.  
—No quiero.  
Posó la boca en mi cuello y me dio una lamida.  
—¡Suéltame! —grité.  
Me ignoró y siguió bajando por mi cuerpo hasta detenerse en mi pecho. Con un gruñido, tiró hacia abajo los breteles de mi vestido.  
—Preciosa —susurró, rozándome un pezón con los dientes.  
Quise llorar. Corrijo: me eché a llorar como una nena. Hacía meses que no experimentaba semejante impotencia.  
—¡¿Qué mierda haces?!  
Brian lo apartó de mí con una furia asesina y lo empujó contra la pared.  
—Tranquilo, hermano. No le hice nada. En todo caso, ella tiene la culpa por llevar ese vestidito tan provocador. —El cantante levantó las manos en señal de rendición, mientras me subía el vestido.  
—Aléjate de ella, idiota, o te mataré —masculló mi amigo. Luego se arrodilló ante mí—. ¿Te hizo algo este animal?  
«Estuvo a punto de violarme, nada más». Si llegaba a decirle eso, seguro que lo molía a palos. Pero no quería presenciar una pelea. ¿Qué tal si Brian resultaba lastimado por mi culpa?  
Negué con la cabeza.  
—Estoy bien. Será mejor que me vaya —dije, tomando mi bolso.  
No quería que me viese llorar, así que salí corriendo.  
Brian me siguió por las escaleras.  
—Gina, espera. Quiero pedirte disculpas.  
—¿Por qué? Tú no hiciste nada malo. —Me detuve en el último escalón.

Él bajó para ponerse a mi altura.

—No debí dejarte sola con Ben —musitó—. Lo siento. Arruiné todo. Solo quería pasar tiempo contigo. Nunca debí haberlo invitado. A ninguno de ellos.

—Ya pasó. Si quieres pasar tiempo conmigo, visítame en el trabajo. Sabes dónde es —bromeé, aunque ninguno de nosotros tuviese ganas de reír.

—Sabes que Gabe está ahí, siempre pegado a tus faldas —dijo de mala gana—. No sé si lo has notado, pero no me deja acercarme.

—Dale tiempo para superar la ruptura.

—¿Cuál ruptura?

—La de ustedes.

Brian entrecerró los ojos y se quedó contemplándome durante un rato, al parecer, perdido en sus propios pensamientos.

—¿Creíste que éramos una pareja? —Alzó una ceja, imitando a Gabe. El gesto le salía igualito.

—¿No lo eran?

—No —contestó con una mueca de espanto, como si hubiese insinuado la cosa más descabellada del mundo—. Ahora entiendo por qué no le dijiste nada.

—¿Sobre qué?

—Lo quieres.

No tenía sentido ocultárselo. Al parecer, lo llevaba escrito en mi frente: «Estoy enamorada de mi jefe». Bajé la cabeza y noté una hilera de hormiguitas caminando en el borde de la pared. Algunas llevaban hojas y otras, trocitos de algo. ¿Pan?

Brian se aclaró la garganta.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó en voz baja—. ¿Sientes... algo?

Me mordí el labio. No sabía. Él me agradaba. También me gustaba, en especial, su bella sonrisa de ángel. Y su cuerpo... ¿cómo ignorarlo? Además, era divertido y simpático. Nos llevábamos bien. Sin embargo, cuando lo veía



no me provocaba ganas de gritar ni el estómago se me revolvía. Había algo en Brian que me recordaba un poco a Nelson. Por eso no podía enamorarme.

No esperó que le contestara.

—Yo sí te quiero —confesó.

—Lo sé.

Me dejé abrazar por él, con la tristeza anidando en mi corazón.

«Me hubiera gustado enamorarme de ti, Brian. Porque nadie se merece que lo amen más que tú», pensé. Tendría que habérselo dicho, pero no me atreví.

—Hay algo que deberías ver. —Sacó su móvil y me enseñó la captura de pantalla de una conversación entre ellos:

Brian: «¿Cómo van las cosas con Gina?».

Gabriel: «No la tolero. Me desharé de ella pronto».

Brian: «¿Puedo contratarla yo?».

A lo que mi jefe respondía:

Gabriel: «Es toda tuya, hermano».

*Crashh.* Algo en mi pecho se rompió. Todas mis esperanzas de convertirme en la señora Savage desaparecieron. ¿Qué era eso? ¿Qué acababa de leer?

—No puede ser.

Me negaba a creerlo. Gabriel nunca sería capaz de decir algo semejante. No me dejaría en la calle. Que fuera un ogrillo no lo hacía cruel. Me aventuraría a afirmar que nos habíamos hecho buenos amigos.

Una opresión en el pecho me dificultaba respirar. Jamás imaginé que Gabriel pensase eso de mí. ¿Por qué no me lo había dicho nunca? ¿Por qué no había sido franco conmigo? Qué idiota debí haberle parecido al saludarlo con mi mejor cara todas las mañanas. Era obvio que el elegante señorito de la gran ciudad no me tomaría en serio si iba a trabajar con una mochila de osito y una sudadera con orejitas en la capucha.

«No la tolero», había dicho.

Y yo que le había comprado una bufanda de patitos. Nunca la había usado, pero tenía la esperanza de que lo hiciese algún día. Solo para darme el gusto.

«Gabriel Savage, cuando duermas entraré a tu cuarto y te dibujaré unos bigotes de rata con tinta indeleble», pensé irritada.

—Lo siento, Gina. Tenías que saberlo. Perdona que no te lo haya dicho antes. No sé cómo esté tu relación con Gabriel ahora, pero espero que haya cambiado de opinión con respecto a ti.

—¿No te dijo más nada? ¿Después de esto?

—Nada.

¿Gabriel me había mentido? ¿Me hizo creer que yo le agradaba para clavarme el puñal de la traición por la espalda? No lo sabía. Y no saberlo dolía.

—¿Me darías un beso, Brian? —le pedí.

Quizás debía darme una oportunidad para quererlo. Él no me lastimaría. No jugaría con mis sentimientos, solo con mi cuerpo. Me había dado un empleo. Me había rescatado de un cantante vampiro violador.

—Regina...

—Solo uno pequeño. —Cerré los ojos y esperé.

Y esperé.

Y seguí esperando.

Al abrirlos me encontré con un muchacho de expresión dolida.

—Sería injusto para mí, para ti y para Gabe que te besara ahora. Mi hermano no será perfecto. Aun así, sé que siempre lo preferirás a él.

—¿Tu qué? —Me quedé dura en mi sitio.

—Mi hermano. ¿No lo sabías?

Abrí la boca como un pescado y me sentí la mayor estúpida del mundo por no haberme dado cuenta de algo tan obvio.

—Gracias por la velada, Brian —dije en forma automática.

—Déjame llevarte a casa. Es lo menos que puedo hacer por ti.

—¡Brian! ¿Estás ahí? —gritó uno de sus amigos desde arriba, antes de que

nos pusiéramos en marcha.

—¿Qué sucede?

—Tu araña se escapó. No la encontramos por ninguna parte.

—Ya voy —gritó. Enseguida se dirigió a mí—: Supongo que no querrás venir a buscarla conmigo.

—Ve con tus amigos. No te preocupes por mí. Estaré bien.

—¿Segura?

Asentí. No podía seguir mirándolo. En su cara se reflejaba el corazón que yo le había roto sin querer. Subió corriendo las escaleras y yo salí del edificio. Necesitaba ir a casa. No *mi* casa, sino la de mi jefe, que se sentía como *casa* sin serlo en realidad.

Continuaba lloviendo.

Me paré bajo un árbol para resguardarme; había olvidado el paraguas. No había llevado dinero y mi teléfono había quedado en una pecera. Seguro que también se me había corrido el maquillaje por haber llorado y debía parecer un mapache derretido.

Lo que había escrito mi jefe seguía dando vueltas en mi cabeza:

«No la tolero. Me desharé de ella pronto».

«Es toda tuya, hermano».

«Hermano».

«Hermano».

Mi estómago rugió.

—Noche asquerosa —me quejé.

Un automóvil pasó por un charco y me empapó. Solo faltaba que me cayera un rayo.

Por las dudas, me quité de debajo del árbol. Busqué un toldo y me quedé allí, esperando que la lluvia amainara. Tendría que volver a casa caminando. Eso, si lograba ubicarme. ¿Dónde demonios estaba?

Busqué un letrero con el nombre de la calle. No lo encontré.

Tiritando, me abracé y me dediqué a llorar. Lo que tenía que salir mal,

siempre salía mal. Lo que tenía que salirme bien, salía aún peor. Me pregunté lo que haría Gabe en esos momentos. Probablemente, leía a Stephen King recostado en el sofá, en calzoncillos y comiendo aceitunas con un vinito tinto. O habría aprovechado mi ausencia para tomar un largo baño con música clásica de fondo y sus velitas perfumadas de vainilla.

Un auto se detuvo frente a mí y tocó bocina. Si se trataba de Nelson, anotaría ese día en mi diario como el peor de mi existencia. Aunque él no poseería un sedán Quoris a menos que lo robara.

Una figura masculina salió del vehículo y corrió directo hacia mí.

—¿Regina? ¿Qué haces aquí fuera? Debes estar congelada. —Gabriel me puso la mano en la espalda—. Vamos al auto.

Mi cuerpo no respondió.

—¿Qué tienes? —Alzó mi rostro y me examinó con expresión preocupada. De repente, cambió el tono. Me hizo estremecer—. ¿Estás herida?

Sacudí la cabeza con desgano.

—¿Por qué no atendías mis llamadas?

Agaché la cabeza y jugueteé con mis manos. Ahora que sabía que Brian y él no habían sido pareja, me preguntaba qué pensaría de mí. ¿Me vería guapa? Lo más probable era que mi cara lo asustase. Nunca más usaría una máscara para pestañas que no fuera a prueba de agua en un día lluvioso. Nunca. Nunca más.

—Benedict me quitó el teléfono —respondí sin energía, tiritando—. Lo metió en la pecera de Enriqueta.

—¿Por qué haría algo como eso?

—Quería que yo... Él me... —No fui capaz de decirle. Solo me limité a agachar la cabeza. Por situaciones como esta, me daba vergüenza ser mujer. ¿Por qué no había nacido como un machote peludo y corpulento?

—Entra al auto —dijo Gabe con seriedad.

Me dio la sensación de que se había enfadado conmigo. ¿Qué había hecho mal?

Sin decir una palabra más, se dirigió al edificio de Brian. Lo esperé en el automóvil, deseando con todas mis fuerzas que no se enojara porque le había mojado el fino tapizado del asiento. Se lo lavaría si quedaba manchado. Abrí mi bolso para buscar pañuelos descartables con los que limpiarme la cara, pero chorreaban más que yo. Igual me quité con ellos el maquillaje de mapache.

Encendí la radio y apoyé la cabeza en el respaldo. Imaginé a Brian contándole lo sucedido a mi jefe y me estremecí. No logré imaginar su reacción al enfrentarse con Benedict. Tal vez le diera un sermón acerca del respeto hacia las mujeres. Cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, noté que el auto se había puesto en movimiento. Giré la cabeza en dirección a Gabriel. Conducía tranquilo, sin prisa. Mi atención se centró en los rojos nudillos de su mano derecha.

—¿Le rompiste la cara a Benedict? —inquirí sorprendida.

—Digamos que su nariz ya no es bonita.

No me imaginaba a Gabe golpeando a nadie.

—Y él...

—No llegó a tocarme —se apresuró a contestar.

Una sensación de calor me recorrió el pecho. Miré por la ventanilla.

—Gracias.

Contemplé las luces de la ciudad a través de las gotas de agua acumuladas en el parabrisas. Navegábamos entre estrellas en el asfalto. Saber que eran las manos de Gabriel las que conducían me llenaba de tranquilidad. Aunque viajáramos por aguas turbulentas en medio del océano, me dejaría llevar por él. Iría a donde fuera con mi capitán.

—Dejé tu celular en la guantera —dijo—, porque tu bolso... emm...

—¿Quedó hecho sopa?

Lo había dejado a un costado de mis pies, un bollo empapado e inidentificable.

—Lo siento. Nunca debí dejarte ir sola —manifestó con culpa.

—Como si hubieras podido evitarlo. —Suspiré.

—Pude haber hecho algo.

Me había invitado al cine y le había dicho que no. Dudé que hubiera sido capaz de ofrecerme lo único que me habría hecho quedarme.

—Viniste por mí —musité—. ¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—Brian me llamó. Te hubiese buscado de todas formas. ¿Estás bien, chica blue?

—¿Si digo que no, me darás un abrazo?

Nos detuvimos en un semáforo en rojo y él me hizo una seña para que me acercara.

—Ven aquí.

—Ensuciaré el asiento.

Con un suspiro, se estiró hacia mí y me quitó el cinturón de seguridad.

—¿Vas a echarme del auto? —gemí.

—Pero ¿qué dices? —Me rodeó los hombros con su brazo y me recostó contra su pecho, sin que le importara que manchase su ropa de miles de dólares.

Me acurruqué en su camisa. Olía a café. Si me dejaba, me quedaría así para siempre; moriría agarrada a su cuerpo.

—¿Podrás conducir así? Porque puedo levantarme.

—Quédate justo en donde estás —pidió.

A pesar de sus manías y defectos, a pesar de portarse como un ogro a veces, a pesar de ser un antisocial o un hongo de la humedad que solo crecía en un rincón oscuro de la casa, Gabriel Savage me hacía feliz. No necesitaba hacer mucho para conseguirlo. Una mirada, una palabra, un simple gesto de él bastaba para hacerme sonreír.

A veces me preguntaba qué lo haría sonreír a él.

El resto del camino nos mantuvimos en serena calma. El ronroneo del motor acompañado por las gotas de lluvia cayendo sobre el capó me arrulló. Mis párpados se cerraron y no volvieron a abrirse hasta que el coche se

detuvo.

—¿Quieres que vaya por unas hamburguesas? —preguntó.

—Oh, por favor.

—¿Por qué no subes a casa y te das un baño caliente? —Me entregó las llaves—. Volveré en unos minutos. Deja la puerta abierta.

Asentí. Él no se marchó hasta que entré en el edificio. Su forma amable de tratarme solo significaba una cosa: algo malo sucedería pronto. Lo había aprendido de sus novelas. Traiciones, infidelidades, peleas, asesinatos. Cada vez que yo bajaba la guardia, el sádico escritor encontraba una nueva forma de hacerme sufrir.

## CAPÍTULO 24

# Nada que perder

**B**ajé del elevador y me quedé parada en el oscuro corredor frente a la puerta del departamento.

El sonido de mi teléfono me sobresaltó.

—¿Hola? ¿Hola?

Oí a alguien respirar del otro lado de la línea, pero no contestó. Mis ojos se posaron en la puerta de emergencia al final del corredor. Si llegaba a abrirse, me daría un síncope.

Corté la llamada.

Me apresuré a entrar y cerré la puerta. Encendí el televisor y dejé *Mi vecino Totoro* para alegrar el ambiente y que hubiese algo de ruido. Iba a buscar ropa seca cuando sonó el teléfono de la casa.

—¿Quién habla?

Una voz femenina me sorprendió:

—Disculpa, creo que me equivoqué de número. —Cortó.

Cinco segundos después, volvió a llamar.

—Residencia Savage —dije en tono amable para que la alcahueta no le fuera con el cuento a mi jefe de que yo la había maltratado. Quienquiera que fuera.

—¿Se encuentra Gabriel?

Así que lo llamaba por su nombre. Decidí que la odiaba. ¿Acaso sería ella



la razón de mi futuro despido? ¿Qué tal si no era solo su amiga? Si Brian y Gabe nunca habían sido una pareja, ¿entonces Gabriel no era homosexual? ¿Me había equivocado al suponer que le gustaban los hombres? Nunca lo había visto con nadie. ¿Sería hetero? ¿Y si tenía novia?, ¿una novia de la que él no me había hablado nunca? Aunque, claro, no tenía por qué contarle su vida amorosa a su sirvienta.

—No —respondí—. No se encuentra. ¿Quién le digo que lo llamó?

—Bárbara.

—Bien, le diré que llamó. Buenas noches. —Colgué sin darle la oportunidad de que dijese nada más. No me interesaba escucharla. Ni presentarme.

Me metí en el baño. Lo único que me preocupaba era lo que Gabriel le había dicho a Brian sobre deshacerse de mí. ¿Seguiría pensándolo? Saqué un jabón de jazmín y lo olí, intentando retener en mi memoria olfativa ese exquisito perfume. Si Gabe me echaba, robaría todos sus jabones.

En cuanto a sus fotos..., no podría publicarlas en internet por más que quisiera vengarme. Aunque él me detestara, yo seguiría amándolo hasta el fin de los tiempos. Sonaba cliché, pero así me sentía. Y cuando estuviera viejo, sin dentadura y pelado, yo seguiría en primera fila esperando que me firmase sus libros. Porque lo más hermoso que había en él no era su rostro, sino su maravillosa mente creadora de mundos.

Al salir de la ducha, me puse mi pijama de gatitos. Lamentaba no tener algo un poco más sexy para seducirlo. Seguro que esa tal Bárbara o como se llamara era una belleza. Incluso su voz sonaba sensual.

Me miré al espejo.

—Luzco como una caricatura.

Desenredé mi pelo y me puse el desodorante de Gabe para disfrutar su olor en mí. Me senté en el sofá y entonces oí los golpes en la puerta. Sonaban de tres en tres, a intervalos regulares de diez segundos.

—Perdón. Olvidé dejar la puerta abierta —dije.

—No te preocupes. Solo llevo esperando unos quince minutos —contestó Gabriel, curvando los labios al ver mi pijama—. Ese gatito se parece a ti.

—¿Cuál?

—Este —posó el dedo en mi estómago. Luego dio media vuelta y se metió en la cocina. Regresó con la comida en una bandeja.

Yo me quedé mirando el gato.

—¿Estás viendo Frozen? —preguntó con gracia.

—Había puesto *Mi vecino Totoro*, pero terminó mientras me bañaba. Puedes cambiar. Iré por cerveza.

Regresé a la sala con dos vasos llenos de alcohol y me acomodé en el sillón. Gabriel había puesto *Tienes un e-mail*. Curiosa elección, ya que había notado que era fanático acérrimo de Stephen King y transmitían *El resplandor* en otro canal. No lo mencioné por si no se había dado cuenta. Tomé mi vaso y bebí su contenido de una sola vez. No tenía ganas de hablar. Además, Meg se encontraba en la cafetería con una rosa roja en su libro y Tom estaba a punto de entrar. Amaba esa parte.

Gabe aprovechó mi silencio para ir por la botella. Me sirvió más sin que se lo pidiera.

—Espero que no te resfríes. Estuviste mucho tiempo bajo la lluvia.

Seguí comiendo con la mirada fija en la película.

—¿Estás usando mi desodorante? —inquirió con la cabeza torcida.

—Ajá. —Me metí una papa en la boca—. Casi me olvido. Te llamó Bárbara.

Esa Bárbara de la que nunca me había hablado. Esa que quizá fuera mi peor enemiga.

Tomé mi vaso y me puse a beber. No pararía hasta vaciarlo. De nuevo.

—¿Dijo qué quería?

—Nuu.

Se levantó y la llamó desde su estudio. De seguro se trataba de algo importante, para que lo buscase un sábado en la noche. Un asunto de vida o

muerte que no podía esperar un minuto más.

—Zorra —murmuré.

Me serví otro vaso de cerveza.

Más de dos meses trabajando con él, cinco días a la semana, casi diez horas por día, y no tenía la mínima idea de quién era esa mujer. Eso demostraba un punto: yo no era nadie para él. Solo la mujer que le hacía de comer. La que cambiaba sus sábanas. La que limpiaba su inodoro y le lavaba los calzones. Nada más.

Como por décima vez en menos de una hora, irrumpió en mi cerebro la imagen de la conversación que Brian me había enseñado. Supuse que pronto tendría que buscar otro trabajo y un lugar dónde quedarme. Temía preguntarle a Gabe si había llegado la hora de que me fuera de su casa. ¿Y si decía que sí? Sospeché de tanta amabilidad de su parte, como si se tratara de un mal presagio.

Vacíé el tercer vaso de cerveza y reemplacé la botella por otra. Tuve que servirme dos vasos más mientras lo esperaba, para que la cantidad quedase como él la había dejado. ¿Qué tanto hablaba con esa mujer? Se había sentado de espaldas, con los ojos en el monitor de su computadora. ¿Y si le enviaba fotos de ella desnuda?

Me mordí un dedo y decidí prestarle más atención a la película que a su sexo telefónico.

Gabriel regresó a su asiento y tomó una de mis papas.

—Parece que el lunes tengo un almuerzo.

Lo miré feo.

—Qué bien. Diviértase.

—Dudo mucho que me vaya a divertir con ella. Es demasiado exigente. A veces, algo sádica.

Puse mi mejor cara de «vete a la mierda». Lo que menos quería era que me contara acerca de sus aventuras sexuales sadomasoquistas.

—Esa mujer se oía muy interesada en usted —dije con frialdad.

Él suspiró. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y se quedó contemplándome. Debía de pensar que me veía ridícula en ese pijama de gatos. No lo decía porque era cortés, pero se le notaba en la cara.

—¿Sabes quién es ella, Gina? —inquirió.

—No me interesa. —Mantuve mis ojos fijos en Tom Hanks todo el rato. Él sería mi nuevo amor a partir de ahora. Nunca me engañaría. Nunca me haría sufrir.

—¿En serio?

Bufé.

—En serio.

—Igual voy a decírtelo, para que no pienses nada equivocado.

Desde que lo conocía venía pensando cosas equivocadas. ¿Y se preocupaba ahora?

Giré la cabeza hacia él, con fastidio, y me quedé atrapada en su mirada. Maldito seductor de mujeres indefensas. Cómo lo odiaba.

—Lo oigo —mascullé.

Me pareció que la situación lo divertía. «Adelante, hágame sufrir».

—Bárbara es... —dijo con lentitud, al parecer, a propósito— mi...

Tragué saliva. ¿Su qué? ¿Su novia? Era su novia, ¿verdad? Cerré los ojos para no verlo mientras destrozaba lo que quedaba de mi corazón.

—Editora —concluyó.

Abrí un ojo.

—¿Su qué?

—Es mi editora, chica blue. —Me tocó la punta de la nariz—. No hay nada entre ella y yo. Tenemos una relación estrictamente profesional.

Esbozó una sonrisa tan encantadora que me ahogué con mi propia saliva. Tuvo que golpear mi espalda cuando me puse a toser.

—Estoy bien.

Qué vergüenza. Me regañé a mí misma por tratarlo como si fuera su novia, en lugar de lo que en verdad era.

—Creo que iré a dormir. Ha sido un día largo y... y... —Me puse de pie y perdí el equilibrio. No hubiera salido mejor si lo hubiese planeado.

Aterricé sentada en su regazo.

—Ay, lo siento. —Me tapé la boca.

—No te preocupes —susurró él, colocando su mano sobre la mía para que me descubriera la boca.

Me mordí los labios y miré hacia abajo.

—¿Caí sobre tu hamburguesa?

Reprimió una risotada. Había sonado gracioso, pero no era cómico tener mayonesa y salsa de tomate embarrados en los glúteos. Sentía como si me hubiera hecho caca encima.

Me ayudó a ponerme de pie. Despegué un pedazo de pan de mi pantalón y lo tiré sobre la bandeja.

—Iré a cambiarme y me meteré en la cama. Buenas noches, señor Savage.

—Me dirigí a mi cuarto.

Él me interceptó.

—Espera. ¿Señor Savage? —preguntó con extrañeza—. ¿Después de todo lo que...

—Es mejor así —dije.

Tal vez me había distraído con sus lindos ojitos verdes por un rato, pero el miedo de ser despedida había regresado a mí en cuanto tomé conciencia de la realidad y de lo agotador que había sido el día.

Las cejas de Gabriel se levantaron de forma expresiva. Me pregunté qué pensaría. Tendría que haber un diccionario español-cejas. O él debería escribir un libro titulado *El lenguaje secreto de las cejas*.

Gabe interrumpió el hilo de mis cejosos pensamientos:

—No entiendo. Creí que tú...

—Brian me mostró una captura de pantalla —dije.

—¿Qué captura?

—Una en la que usted decía que no me toleraba y planeaba echarme.

Intentó decir algo, pero lo callé con un gesto de mi mano. No le di tiempo de hablar. Si lo dejaba abrir la boca, estaría perdida. Sus palabras eran mi *kriptonita*. Yo lo sabía. Él lo sabía. Incluso mi loco esposo del cual escapaba lo sabía. No era ningún secreto para nadie.

—Déjeme continuar. Sé que no he sido la mejor de las empleadas. De hecho, hice cosas que me avergüenzan. Pero he dado lo mejor de mí y creo que al menos merezco una explicación de por qué dijo eso.

—Por supues...

—No he terminado —lo interrumpí—. Me lastimó ¿sabe? Leer que yo le desagradaba fue duro porque pensé que nos llevábamos bien.

—Si me dejaras expl...

—Llegué a la conclusión de que si quiero hacer algo con mi vida, usted me estaría haciendo un favor al despedirme. Después de todo, no puedo vivir aquí para siempre ni ser sirvienta hasta que muera. Me hará bien irme. Aunque me encante este lugar, no es mi casa. Usted y yo no somos nada.

Los ojos me ardían. Que ese hombre me hubiera acogido había sido como uno de esos milagros de Navidad de Charlie Brown. No me asustaba que Nelson viniera por mí porque sabía que Gabriel me protegía de todo mal como un ángel guardián. Era lo que imaginaba, lo que siempre había deseado creer. En mis sueños, éramos Anakin Skywalker y Padmé Amidala de *Star Wars*.

—Regina, yo...

—Una última cosa, Señor Savage —volví a interrumpirlo—. Quisiera disculparme con usted. He hecho algo horrible y quiero que sepa que jamás volverá a pasar nada semejante. No volveré a acosarlo mientras viva.

Su desconcierto se transformó en curiosidad.

—¿Qué hiciste?

Inspiré hondo y confesé con la sensación de que ya no tenía nada que perder. Cuando eso ocurre, uno se vuelve valiente (o estúpido). Aunque, claro, luego de un rato te preguntas «¿qué mierda hice?». Pero no me

retractaría. Ya me había decidido a contárselo para que, al morir, no tuviera asuntos pendientes que me ataran a esta tierra.

—Fui yo. —Agaché la cabeza y fijé la mirada en sus zapatos italianos. El hombre tenía buen gusto.

—¿Tú?

Suspiré con fuerza.

«No tiene idea de lo que hablas, Gina. No lee tus pensamientos» me regañé.

—Yo lo hice. Robé sus calzones en el hotel. Sé que nunca debí haberlo hecho. Pero es que tú... *usted* los había dejado sobre la cama y no me resistí. Castígueme si quiere. Lo merezco.

«Unas cuantas nalgadas no me vendrían mal».

Se quedó contemplándome con la boca abierta.

—¿Así que fuiste tú?

Por el amor de Gabriel Savage. No habían pasado ni treinta segundos de mi confesión, y ya me había arrepentido.

—See —lloriqueé.

Pensaría que estaba más loca que antes. No me echaría, no. Me mandarían a internar en una clínica psiquiátrica donde me afeitarían la cabeza y me la meterían en un balde con agua. Luego me darían electrochoques y me tendrían en una celda oscura y pequeña, sin aire y con olor a orines. Momento. Eso lo había visto en una película.

—Vaya. —Mi jefe se apoyó en la pared—. Ahora entiendo por qué me resultaste conocida la primera vez que te vi. ¿Por qué no me dijiste antes?

—Tenía miedo de que me echara.

—¿Y ya no? —concluyó.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento. Lo si...

—Ya, ya. Deja de sentirlo.

—¿No me hará arrestar? ¿O internar?

Debí haberle parecido muy chistosa porque se rio. Aunque tal vez reía para no llorar o matarme en un arranque de furia.

—¿Me odia? —susurré.

Sacudió la cabeza.

—No. Pero lo que hiciste estuvo mal —me sermoneó.

—Lo sé.

—Al menos ya sé de quién era la misteriosa foto. —Apoyó una mano en mi cabeza—. ¿Por qué no vas a descansar? Tengo mucho en qué pensar esta noche.

«Oh, rayos. Pensaré el modo más poético de sacarme a patadas de su casa».

—De acuerdo.

Mi espantosa yo había quedado finalmente expuesta. Era el tipo de mujer de la que él había estado huyendo siempre. El tipo de mujer que él más temía: una *psicofan*.

Decidí mantenerme despierta esa noche. No soportaría escucharlo decir «estás despedida» o «haz tus maletas». Prefería recuperar mi orgullo y marcharme antes. Sí, señor Savage, por fin había conseguido orgullo. Abrí el armario de mi cuarto y apilé mi ropa sobre la cama. La metí en mi maleta. En esos días había acumulado demasiadas cosas. No entraría todo.

Me senté en la maleta para cerrarla con el peso de mi cuerpo. Ya casi la tenía lista. Hice presión con todas mis fuerzas.

—Cierra. Vamos, ciérrate.

Me paré sobre ella y cedió. Me alegré durante una milésima de segundo, hasta que resbalé. Caí contra la mesa de luz y tiré todo a mi paso, incluida la lámpara de noche.

—Au. —Quedé despatarrada en el piso, sin poder moverme.

Y así acabaría mi vida. Sola y patética. Sola y triste. Sola y sola.

—¿Regina? —Mi jefe golpeó la puerta de mi dormitorio—. ¿Qué pasó? ¿Te encuentras bien? Oí un golpe.

—Me caí de la cama.

Intenté sentarme. No me había roto nada, pero había estado cerca. Sentí algo caliente bajando por mi cuello y me pasé la mano. Grité al ver la sangre.



Me había cortado con la lámpara.

—Voy a morir. —Lloré.

Gabe abrió la puerta y me encontró en el piso, en medio del caos, con una mano sobre mi cuello ensangrentado.

Se arrodilló conmigo.

—Déjame ver eso.

—No, no. Si quito la mano tendré una hemorragia y moriré desangrada. ¿Nunca ha visto *Sala de emergencias*? Si te cortas la yugular, estás muerto.

Suspiró y me ayudó a ponerme de pie.

—Ven. Vamos al baño a limpiarte.

Abrió el grifo y se fijó que el agua estuviera tibia antes de tomar mi mano y ponerla debajo del chorro.

—No creo que vayas a morir, chica blue. Al menos, no esta noche. —Examinó mi cuello—. Tienes un corte, pero no es profundo. Ni siquiera necesita sutura.

Tomó un algodón húmedo y me limpió la herida con cuidado. Cerré los ojos porque me daba impresión mirar la herida a través del espejo. Luego de desinfectar me puso una gasa y continuó limpiándome la línea de sangre que se había formado hasta llegar al borde de mi camiseta. Por un instante esperé que se propasara, como cada hombre que había conocido. Pero no lo hizo.

—Ya puedes abrir los ojos —indicó, tirando el algodón al cesto de basura.

Volví a llevar mi mano a la herida, ahora cubierta. Viviría otro día.

—Gracias.

Ambos nos quedamos mirando la mancha roja en mi ropa.

—¿Te duele?

—No. Solo me asustó la sangre. —Di media vuelta—. Será mejor que vuelva a la cama.

Él me tomó del brazo.

—Gina, espera.

Hubo un incómodo instante de silencio en el que hubiera preferido salir

corriendo que afrontarlo cara a cara. ¿Y si me hacía la desmayada de nuevo? ¿Y si fingía amnesia?

—Hay algo que quiero decirte —prosiguió.

Claro, lo mejor era atacar cuando el contrincante se encontraba débil. No era que yo fuera su enemiga, pero si iba a hacerme algo que generase mi furia, el momento oportuno era ese. No huiría debido al cansancio y al dolor del golpe. Además, había perdido como medio litro de sangre.

—¿Qué?

Había llegado el momento que tanto había temido. No imaginé que escucharlo pronunciar esas palabras me generaría tanto dolor. Pero así fue. El hombre sabía desgarrar mi corazón. No hacían falta golpes; solo hallar las palabras adecuadas.

—No quiero que sigas trabajando para mí —dijo con seriedad aún sosteniéndome. Tal vez lo hacía para que no escapara; para que me quedase a oírlo.

Al final, Brian había tenido razón. No me soportaba. No importaba lo yo que hiciera o dijera. Él ya no quería que continuase siendo su empleada. Lo que había dicho en la captura de pantalla había sido real.

Retuve mis lágrimas. No discutiría su decisión. Ni siquiera le suplicaría quedarme. Había sufrido demasiado por amor. Era tiempo de dejarlo, de una vez por todas.

—Ya no le causaré problemas. Me iré en la mañana, señor Savage —contesté sin verlo a los ojos. No soportaría su mirada de lástima.

Quise soltarme de su agarre, pero él no me lo permitió.

—No.

Alcé la cabeza.

—¿Disculpe?

—Entendiste mal. —Colocó la otra mano en mi mejilla, suave gracias a la crema de aloe vera que yo le había comprado una vez y que continuaba usando. Seguro que se la había gastado en una semana con lo obsesivo que

era.

—Pero... usted dijo que...

—No deseo que te marches —añadió.

Una diminuta luz de esperanza se encendió en mi corazón.

—¿Entonces qué quiere?

—No quiero que sigas trabajando para mí porque... —Hizo una angustiante pausa. Desesperante pausa.

—¿Por qué? —inquirí con impaciencia—. Suéltelo ya o pasaremos toda la noche aquí en el baño. ¿Por qué mejor no vamos a la sala donde podemos sentarnos? Prometo que no escaparé.

Accedió. Salí del baño y me acomodé en el sofá. Él se había quedado al lado de la puerta del baño, rígido como una estatua de dios griego.

«Bello, bello, bello»; repitió la voz de fan en mi cabeza. «Bello y cruel».

Gabriel abrió la boca y de inmediato mi mente quedó en silencio. Sin embargo, no dijo lo que yo esperaba.

—Necesito que me ayudes. —Se pasó las manos por el pelo y se despeinó.

Torcí la cabeza, en espera de que completara su pedido.

—¿Harías una escena conmigo? —inquirió al cabo de unos interminables segundos, acercándose a mí.

—Es algo tarde, ¿no cree?

—Por favor. —Me tomó de las manos.

¿Cómo decirle que no, con esa cara de pichón desvalido? Un par de meses atrás, ni siquiera me hubiera atrevido a imaginar que tendría a Gabriel frente a mí, mientras me suplicaba que lo ayudara con una de las escenas de su libro. Me necesitaba. Y yo a sus novelas.

—De acuerdo —dije sin la mejor de las predisposiciones—. Supongo que soy Zelda. Lo siento si ella está algo molesta hoy. No tuvo un buen día.

—Espero cambiar eso. —Se levantó y tiró de mis manos para que me pusiera de pie. Enseguida las colocó alrededor de su cuello.

Mis piernas temblaron. Menos mal que me agarraba de él o capaz que me

caía. Cuando sus manos se posaron en mi cintura, pensé que Antoine por fin se pondría en acción. Me pregunté cómo lo plasmaría Gabe en su novela. Cómo describiría cada movimiento, cada cosa que hacíamos. Siempre me había asombrado su habilidad para escribir las escenas de amor de sus personajes. Me hacía sentir que formaba parte de ella, justo como en ese instante.

Cuando acercó su boca a la mía, mi mente se bloqueó y ya no fui capaz de pensar en nada coherente. Rozó mis labios con los suyos. ¿Acaso Gabe planeaba enloquecerme? Maldito Antoine. Maldita Zelda. Maldito escritor. Lo amaba y lo odiaba al mismo tiempo. ¿Cómo se atrevía a hacerme esto? Decidí seguirle el juego, presionándome contra él. Me sentí orgullosa cuando le arranqué un suspiro (aunque más me hubiera gustado arrancarle la ropa con los dientes).

Una traviesa sonrisa se dibujó en su rostro. Hubiera matado por leer sus pensamientos. No me atreví a adivinar por temor a equivocarme.

Mi cuerpo se estremecía en sus manos.

Mi corazón parecía a punto de estallar.

Su respiración se aceleró y entonces supe que me daría lo que siempre había anhelado..., eso con lo que fantaseaba desde que había visto una fotografía suya en la página web de una editorial.

Capturó mi boca con un leve gemido, en un beso que sacudió la tierra hasta sus cimientos. La electricidad se propagó por mi piel, proveniente de sus manos. Estas se movían con lentitud por mi espalda y despertaban cada terminación nerviosa. Su contacto mareaba; era como ir en carrusel con los ojos vendados. Separé los labios y él acarició mi lengua impaciente con la suya.

El carrusel fue más aprisa. El mundo giró. Y un ardiente cosquilleo se apoderó de mi pecho y se propagó como incendio forestal a través de cada una de mis partes.

Sedientos uno del otro, profundizamos el beso hasta que nos olvidamos del

tiempo, del espacio y de nuestros propios nombres.

—¿Antoine? —pregunté, confundida, cuando paré para tomar aire.

—No —susurró contra mi boca, con la respiración entrecortada—. Gabriel.

—¿Gabriel?

—No quiero que trabajes para mí porque deseo salir contigo. Me gustas,  
Regina Blue.

## CAPÍTULO 25

# Las aventuras de Chica blue y Sexyescritor

Me sumí en una especie de euforia malsana y enajenante. Dejé de escucharlo. Me paralicé por completo al oír esas palabras saliendo de sus hermosos labios. ¿Habría sido mi imaginación? ¿Estaría soñando?

«Oh, no. Al caerme en mi cuarto me he matado y he ido al paraíso».

Una música sonó en mi cabeza; la de cuando Elizabeth, mientras amanece, ve salir a Darcy de la niebla y dirigirse hacia ella todo gallardo y hermoso en la película de *Orgullo y prejuicio*. No era una visión. No se trataba de un sueño. Era él. En carne y hueso. Él, a quien Elizabeth había hechizado en cuerpo y alma, y que la amaba, amaba, amaba, y no quería estar otro día sin ella.

«Qué bello».

Suspiré.

—¿Regina?

—¿Uh?

—No me has contestado. ¿Te gustaría salir conmigo? ¿En una cita real?

Me llevé la mano al pecho, temiendo que el corazón se me saliera, y me eché a llorar. Lloré y reí. ¿Que si me gustaría salir con él, el hombre que protagonizaba mis sueños húmedos? ¿El que imaginaba que era mi esposo

cuando íbamos de compras? Por cómo me reía, con los ojos llenos de lágrimas, debió haber pensado que estaba demente. Aunque no sería nada nuevo. Me puse a saltar en sus brazos, todavía sin poder hablar debido a la emoción. Emití uno o dos gritos de emoción. Luego, me subí al sillón para saltar con más estilo.

«¡Le gusto a Gabriel Savage!».

—Cuidado, no te caigas —advirtió—. ¿Es eso un sí?

Asentí con energía.

—¡Sí! Sí, sí, sí, sí. —Reprimí mis otros «sí» para no asustarlo.

Se me acercó y me tendió los brazos para hacerme bajar del sofá. Estiré los míos hacia su cuello y di un brinco. Si no me hubiese atrapado en el aire, habría estrellado contra la mesita y la historia de amor hubiese terminado ahí. Por suerte, no pasó.

«Así debe sentirse la felicidad», pensé.

Cerré los ojos y traté de grabar ese momento en mi memoria. Desde ahora no coleccionaría papeles de caramelo o lápices masticados. Me dedicaría a coleccionar recuerdos. Quizás, algún día, Gabriel me ayudaría a escribir un libro sobre nosotros; acerca de cómo nos conocimos. Tal vez exageraría algunas cosas y omitiría otras. Lo titularía con nuestros nombres. O, también, podría hacer una combinación de ambos: Gibriel, Regiel, Gagina...

«*Iugh*, ese suena como vagina. Mejor lo descarto».

Ya inventaría algo así como *Las aventuras de Chica blue y Sexyescritor*.

Gabriel me bajó con cuidado y depositó un casto beso en mi coronilla. ¿Así terminaría la noche? ¿Con un beso de abuelo? ¿Qué había pasado con la pasión y la lujuria desenfrenada?

«¿No me vas a hacer un hijo?».

—¿Eso será todo? —No pude ocultar mi decepción.

Tomó mi mano y acercó sus labios a ella con delicadeza, como un perfecto caballero victoriano.

—Señorita Blue, si intentase algo más esta noche, usted dudaría de mis

verdaderas intenciones —dijo.

Así que a este muchacho le gustaban los juegos.

—¿Cuáles son sus verdaderas intenciones, señor Savage? —pregunté, con el mismo tono formal.

—Pronto lo averiguará, *milady*. —Hizo una reverencia y se alejó de mí con una sonrisa enigmática.

Entré a mi habitación con las mejillas encendidas. Había encontrado a mi propio *mister* Darcy. Emocionada, tomé mi teléfono y le escribí un mensaje a Lena en letras mayúsculas.

Regina: «gabriel me invitó a salir. Le gusto!!!! wiiii».

Y llené todo el chat de corazones.

No contestó. Ni siquiera me dejó en visto. Había dos posibles explicaciones: estaba muerta o seguía con Bertolucci. Traté de quitarme la imagen mental de Berto en tanga de leopardo y me fui a dormir.

Mi teléfono sonó a las tres de la mañana. Pensé que se trataría de Malena, así que atendí, soñolienta.

—¿Hola?

Una respiración agitada al otro lado de la línea me despabiló. Me incorporé.

—¿Quién es?

La respiración se convirtió en jadeos roncós y regulares. ¿Por qué no había bloqueado ese número? Apagué el móvil con una sensación de *déjà vu*, y de que un reptil anidaba en mi estómago. Nelson era un maldito loco, un acosador. ¿Por qué tenía que asustarme de esta manera? Cuando éramos más jóvenes, solía mirarme salir de la escuela desde la calle. En ese entonces, lo consideraba lindo, con su moto y anteojos negros. Me seguía. Todos los días. Me llamaba por teléfono. Dondequiera que fuera, él aparecía. A mí no me molestaba porque me gustaba. Llegué a considerarlo un ángel guardián, un protector.

No sabía...



No sabía que era él de quien debía huir.

Dejé a mi familia. Dejé mi trabajo. Dejé a mis amigas. Dejé a mi pato.

Cuando quise recuperar lo que había perdido, mi familia ya no quiso recibirme. Mis amigas me ignoraron. Mi pato murió. No tenía nada. Solo Lena me ayudó. Fue difícil para mí recuperarme una vez que fui libre, pero lo logré. Sin embargo, mi nombre seguía unido al suyo ante la ley. Continuaba siendo su esposa y, para él, el matrimonio era sagrado. ¿Qué le importaba que yo no lo quisiera? Él me quería a mí. Se había obsesionado conmigo. ¡Cuánto lamenté no haberle dado un fierrazo en la nuca antes de irme!

Salí de la cama y fui ante la puerta de Gabriel. Dormía tan tranquilo que me dio pena despertarlo. Así que no lo molesté. Busqué un vaso de agua y, mientras me encontraba en la cocina, el teléfono sonó. No el mío; lo había apagado. El que sonaba era el de la sala.

Corrí a levantar el auricular, antes de que el ruido despertara a Gabe.

—Te encontré, amor —susurró una voz siniestra y conocida.

Sabía que sería él.

—Deja de llamarme —exclamé—. Por favor.

Colgué.

Cinco segundos después, el aparato del infierno volvió a sonar.

Una sensación de frío se alojó en mis entrañas. Antes de que el miedo creciera y me hundiera en las aguas heladas de la cobardía, arranqué el cable de un tirón. Un pedazo de pared se desprendió con él. La cubrí con un almohadón y luego me hice bolita en el sofá.

Había tenido la esperanza de que Nelson se marcharía, se olvidaría de mí. El rechazo que le demostraba no había hecho más que aumentar su interés. Mis ojos se posaron en la puerta de entrada. Las trabas estaban puestas. Nunca me iba a dormir sin cerciorarme de que todo había sido correctamente cerrado. Las ventanas también. Aunque ¿quién se metería por ahí en el piso veintitrés? A menos que comprara un propulsor marca *Acme*, Nelson no podría llegar volando. Tampoco era Spiderman.

Tuve una idea que me dejaría descansar, al menos por esa noche. Revolví algunos cajones de la cocina, saqué las tijeras y un hilo grueso.

De algo habían servido tantos años de mirar caricaturas.

—Regina Blue, eres un genio.

El grito de Gabriel me despertó la mañana siguiente.

—Regina.

—Pero ¿qué quiere ese hombre? —murmuré, con los ojos pegados.

Eran las ocho y media. Por lo oscuro que estaba el cielo hubiera jurado que todavía no había amanecido.

—Regina —me volvió a llamar.

—Ya voy, ya voy —farfullé.

De pronto recordé la trampa. Corrí a la sala y divisé un bulto en el piso. Encendí la luz y lo encontré ahí, atado como un matambre.

—¿Podrías explicarme qué es esto? —preguntó señalando los hilos que lo envolvían y que estaban atados a los muebles, al picaporte y a las patas de las sillas y las mesas.

—Es... em... una trampa.

—Ah, claro. Una trampa. ¿Y qué pensabas atrapar en el departamento?

Lo ayudé a desenredarse.

—¿Un Nelson?

—¿Y por qué querías...? Aguarda. ¿Nelson?

—Llamó anoche.

Gabriel me envolvió en un abrazo protector una vez que tuvo los brazos fuera del lío de hilos.

—Oh, Gina. ¿Por qué no me despertaste?

—No quería molestarte.

Lo aferré con fuerza y restregué la mejilla contra su pecho como un gato.

Carraspeó.

—Voy enseñarte algo.

—¿Te quitarás la camisa? —Me emocioné.

—¿Qué? No. —Sacudió la cabeza—. Se trata de otra cosa.

—Ah.

Me tendió la mano y me guio al estudio.

—¿Y qué es?

—Aguarda un segundo.

Sacó una pequeña llave que había pegada debajo del escritorio y la metió en la cerradura del cajón de los misterios, ese cajón cuyo contenido nunca había podido descubrir.

Lo abrió y sacó una pistola.

—Ahora entiendes por qué tenía el cajón bajo llave —comentó cerrándolo.

No llegué a ver qué más guardaba allí.

Continuó:

—Si algo llegara a suceder... Bueno, digamos que no debes empuñar un arma si no estás dispuesta a usarla.

—¿Lo estás tú?

—Si fuera necesario.

Mi bella historia de amor se convertía en un thriller: un matón vendría por mí, y había un arma de por medio. Solo faltaba un asesinato.

—¿La has usado antes? —pregunté.

—Una vez le disparé a Brian.

Abrí la boca tan grande que mi mandíbula crujió.

—No es cierto. —Rio—. Solo quería ver qué expresión hacías.

—No es gracioso. —Le golpeé el brazo. ¿Qué clase de persona bromeaba con algo así?

—Ay, eso dolió. Además, no deberías golpear a alguien que tiene una pistola —advirtió *don intachable*.

—Jamás me dispararías —argumenté con total seguridad. Aparentaba carecer de corazón, pero en su interior se escondía un ser amable y gentil.

—He torturado y asesinado a gente inocente —dijo con los ojos

entrecerrados, haciéndose el peligroso.

Me crucé de brazos con incredulidad.

—Los personajes de ficción no cuentan como gente, Savage.

—Oh, vamos. Sabes que soy un homicida a sangre fría. Admítelo.

—De acuerdo. Admito que has cruzado una línea sin retorno al matar a *sir* Osmond, un hombre bueno y generoso que no merecía ser aplastado así por esa manada de caballos. Eres cruel. Me hiciste llorar durante una semana.

—Suerte que sea un personaje ficticio, ¿no? —preguntó.

—Seh.

—Y que ellos no cuenten como gente, como bien has dicho.

—Hmm...

—O sea que no lo maté realmente y no soy tan cruel como dices.

Hice una mueca.

—No juegues con mi mente.

De todos los hombres que había en el mundo, había tenido que enamorarme de un escritor. Era lindo cuando quería, pero la mayor parte del tiempo utilizaba su inteligencia para el mal.

—¿Y con qué sí puedo jugar? —Se acercó a mí y me acorraló contra el escritorio.

Me sentó en él y acercó sus labios a los míos sin llegar a tocarlos. Maldito, le gustaba hacerme sufrir. Nuestra cercanía alteró mis sentidos y yo no podía ver más que el brillo depredador en sus ojos. No le daría la satisfacción de ceder a sus encantos. Si me estaba probando, le demostraría que era capaz de soportar su tentadora cercanía y no tocarlo. Aunque, en mi mente, ya lo había violado varias veces.

Soy débil, lo admito. Conté hasta tres y me rendí. Lo tomé del cuello de la camisa y lo atraje hacia mí para darle un beso hambriento. Incluso lo mordí. No se quejó. Respondió a mi provocación justo como esperaba: con más besos.

—Mejor guarda esa pistola, vaquero —dije recordando que aún la tenía en

la mano.

—A la orden, señora. —Se bajó el borde de un sombrero invisible y metió el arma en el cajón.

«Qué horrible palabra», pensé. «Señora».

Me recordaba que aún seguía casada con ese primitivo. Y me hacía sentir vieja. Este muchacho era un anticuado. Tal vez había nacido en otra época y había viajado en el tiempo. Tal vez se había atascado aquí porque su máquina del tiempo se había roto. Quizá por eso escribía tan bien la ficción histórica: porque había vivido ahí. ¿Y si viajaba en una cabina telefónica como el Doctor Who?

—¿Por qué me ves raro? —quiso saber, alzando la cejita.

Le sonreí. Si llegaba a decirle las cosas que pensaba, seguro que me buscaría un buen psiquiatra. A decir verdad, no sabía por qué no lo había hecho desde el primer día. Con solo mirar mi expresión al seguirlo por la casa para espiarlo, uno se daba cuenta de mi desequilibrio.

—Define *raro*.

—De acuerdo, tienes *esa* mirada.

—¿Cuál?

—La que pones siempre que empiezas a fantasear conmigo. ¿O me equivoco?

Un calor me subió. No había manera de que supiera eso. A menos que hubiera leído mi diario. Sin embargo, cabía la posibilidad de que yo se lo hubiese mencionado en alguna carta. No había forma de que recordara todas las barbaridades que le había escrito, ¿no?

Me mordí una uña.

—Lo sabía —se jactó.

«Ay, sí. El señor sabelotodo».

—No me conoces tanto —murmuré.

—Pruébame.

Ahí estaba su palabra favorita. Si fuese un helado, ¿de qué sabor sería?

Tramontana. Una crema nada original, pero con esas bolitas crujientes de sabor que lo hacían adictivo y delicioso. Ñam. Y yo, frutilla al agua.

—¿Cuál es mi color favorito? —inquirí.

—Fucsia.

—No puede ser —exclamé—. ¿Qué eres: psíquico?

El hombre exhibía una sonrisa triunfal, con sus dientes blancos y libres de imperfecciones. Iría al dentista con regularidad. Y jamás se le habría picado una muela, porque hubiera sido la peor humillación: Gabriel Savage con caries. Se lavaba los dientes tres o cuatro veces al día y usaba hilo dental y enjuague bucal, y siempre (pero siempre) tenía aliento con olor a menta.

—Es más simple que eso —dijo.

—Si lees mi diario, te juro que...

—Tampoco es eso, chica blue. Pero sé mucho sobre ti: te encanta leer, mirar novelas coreanas, adoras cocinar y tomarme fotos cuando crees que no te estoy viendo. No tienes sentido de la orientación y te accidentas con facilidad. Te asustan las tormentas, no eres buena cuidando niños y, déjame pensar... le temes a los fantasmas. Te divierte cantar mientras limpias, en especial Ricky Martin, y sabes recitar el alfabeto al revés.

Quedé pasmada. Nuestra relación había comenzado con el pie izquierdo. Él era un ogro. No me soportaba. ¿Cómo podía recordar esas cosas de mí?

—¿Gabriel?

—Dime.

—¿Cuánto hace que te gusto?

Su expresión me dijo que lo había atrapado con la guardia baja. No esperaba esa pregunta.

—¿Por qué quieres saber?

—Curiosidad.

Se acomodó el cabello y desvió la mirada hacia alguna parte, quizás con timidez o falta de interés en el tema. Para mí, él seguía siendo un misterio.

—Un tiempo —contestó.

—¿Cuánto es un tiempo? —repetí.

Se encogió de hombros.

—Digamos que lo suficiente para saber que tenías un pato llamado Will.

—Jamás te conté eso.

—Sí, lo hiciste.

—Por supuesto que no. —Me enfadé.

Nadie sabía acerca de Will. Ni siquiera Malena. Se hubiera reído en mi cara si le contaba que lo trataba como un perro y le ponía sombreritos para que no se insolará. Mis padres debieron de habérselo comido después de mi partida. Cada vez que lo veía, papá se relamía. Mi pobre patito.

—Regina, me contaste mucho más de lo que recuerdas.

Volvió a abrir el cajón, pero no sacó la pistola. Esta vez, tomó una carpeta y me la enseñó.

—¿Qué es esto?

—Ábrela.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver su contenido.

## CAPÍTULO 26

# ¡Paw!, amor instantáneo

**M**iré lo que Gabriel me había dado sin entender nada.

—Estas son... ¿mis cartas?

Pensé que las había tirado, que ni siquiera las había leído. En cambio, las había guardado en el interior de su cajón, como si fuesen importantes para él.

—Guardé cada una de ellas —dijo.

Las había acomodado por fecha. Revisé su contenido. Ya había olvidado muchas de las cosas que había escrito. ¿Cómo no habría de conocerme Gabriel? Le contaba sobre mi vida como si fuésemos viejos amigos. Todo lo que pensaba, lo que sentía, había sido plasmado en esas cartas. Ponía mi corazón al descubierto en cada página. Solo había un tema del cual nunca le había hablado. Incluso había escrito una carta entera dedicada a mi pato, con dibujos y todo. Tantos corazones y besos marcados en esas hojas revolviéron mi interior. Algunas frases llamaron mi atención: «Mi sueño es conocerte, pero sé que es imposible». «Siempre fantaseo contigo. Deberías ver mi cara cuando lo hago». «Desearía encontrar a alguien como tú». «¿Alguna vez te has enamorado de alguien a quien no conoces? Pues yo sí». Y al final de todas, la misma firma: «Te ama, tu chica R. Blue».

—Me preguntaste desde cuándo me gustas —dijo—. Esa es la respuesta.

—¿Qué? Tú me odiabas. —Sacudí la cabeza—. Apenas si podías verme. Recuerdo muy bien tu expresión la primera vez que aparecí aquí.



—No sabía que eras tú. Para mí eras la chica del café en mis pantalones. No la escritora de estas maravillosas cartas.

—¿Maravillosas?

—Tus cartas me inspiraron, Gina. De hecho, basé el personaje de Zelda en ti. Podría decirse que ella es tú.

—¿Yo soy Zelda?

Escribía nada más lo que sentía, lo que pensaba. Nunca me hubiera considerado una buena escritora. Volcaba mi alma en el papel sin pensar qué opinaría mi destinatario. Era una manera de desahogarme. Me hacía feliz escribirlas y enviarlas. Jamás creí que él se tomaría el tiempo de leerlas. Ni en un millón de años se me hubiera ocurrido que le gustarían y, mucho menos, que las usaría para inventar uno de sus personajes.

Moriría feliz. Yo era Zelda.

Un rugido se abrió paso a través de mis entrañas. Moría de hambre y de sueño. Apenas había conseguido dormir tres o cuatro horas. Gabriel hizo café y yo preparé panqueques. Él no dejaba de mirarme mientras cocinaba.

—¿Sucede algo? —pregunté nerviosa.

¿Estaría haciendo algo mal?

—Me gusta verte —contestó, sin apartar los ojos de mí.

«Y a mí me gusta ver tu trasero cuando vas de retirada». Me daban ganas de apretárselo.

—Cuidado. —Gabriel me quitó la sartén de la mano y la puso bajo el chorro de agua fría.

Se había prendido fuego. ¡Qué vergüenza! Y yo pensando en sus pompas.

—Mejor pidamos algo —sugirió, apantallando el humo.

—Estoy de acuerdo.

Se dirigió a la sala. Al segundo volvió.

—¿Arrancaste el cable del teléfono?

Por su tono de regaño, diría que se había enfadado conmigo.

—Este... humm...

—Hay un agujero en la pared, señorita Blue. —Se cruzó de brazos—.  
¿Podría explicar por qué?

Agaché la cabeza.

—Es que me asusté con la llamada de Nelson. Prometo arreglarlo.

Llamó al *delivery* desde su celular. Mientras tanto, me apresuré a juntar la telaraña de mi trampa casera, antes de que él volviera a llevárselos por delante. No quería admitirlo pero era tan torpe como yo. Solo que su elegancia lo camuflaba.

—Malditos nudos —me quejé, tironeando del hilo que había atado a las patas de las sillas.

—¿Te ayudo? —inquirió Gabriel, apoyado en la pared.

—No quiero complicarte la existencia.

—Psss... lo has hecho desde el preciso instante que te acepté como empleada —comentó con gracia.

Lo miré con mala cara. Tenía hambre, sueño y me salía con esas cosas. ¿Qué clase de pretendiente era? Sin embargo, no se equivocaba. Así que me mordí la lengua.

Mi estómago clamó por alimento. Incluso Gabriel oyó. Sin decir nada, corrió a la cocina y regresó con una galleta gigante de chocolate y un vaso de leche.

—¿Y eso?

—Tardarán un buen rato en traer lo que pedí.

—Gracias —dije, aceptando la comida.

Posó la mano en mi cabeza.

—No podía dejar que mi chica blue muriese de inanición. Sería un muy mal jefe.

Devoré la galleta como si no hubiera un mañana y bebí la leche de un trago. Él parecía divertido de observarme.

—¿Alguna vez te dije que comes como un hámster? —comentó.

—¡Un hámster? —Por poco y escupía lo que tenía en la boca.

¿Cómo se atrevía a compararme con un roedor? De tener un guante le hubiera dado un guantazo en la cara. Siempre había deseado hacerlo y nunca había tenido la oportunidad.

—Eres deliciosamente entretenida.

A veces no sabía si sentirme ofendida o halagada con este hombre. Su manera de hablar me confundía. Y él parecía notarlo, porque enseguida esbozaba esa sonrisa de infarto. Tramposo manipulador.

Un griterío proveniente del pasillo de afuera atrajo mi atención. Abrí la puerta y me asomé. El escándalo se originaba en el piso de abajo. ¿Era la voz de Lena lo que oía? Por los insultos que distinguía, parecía.

—¿Qué sucede? —quiso saber Gabe, todo curioso.

—No sé. Ya vuelvo. —Salí así como estaba, en pijama y pantuflas.

—Iré contigo.

La sombra de Gabriel me siguió a través de las escaleras de emergencia. Yo bajaba saltando los escalones de dos en dos. Si era mi amiga la que se encontraba allí, la ayudaría.

—Baja despacio —advirtió don precaución, alcanzándome—. Te puedes caer.

Si él no me hubiera sostenido del brazo, habría rodado por las escaleras. Pisé el borde de mis pantalones y tropecé por prestarle atención a él, en lugar de por dónde iba. Mis pantuflas salieron volando y yo quedé suspendida a medio caer.

—Te dije que tuvieras cuidado. —Me enderezó.

Creo que me había seguido para asegurarse de que no me matara. Poco le importaba que los vecinos se pelearan en los pasillos del edificio. Recogió mis pantuflas y me las puso como el príncipe de la Cenicienta. Me tomó la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Ya no pude correr. Me hubiera gustado que me llevara cargando como hacían los galanes en las telenovelas o los guardaespaldas. Aunque, probablemente, los dos hubiéramos rodado por las escaleras. Desnucarnos no sonaba romántico.

Llegué ilesa al piso veintidós para presenciar un bochornoso espectáculo: Lena y la señora de abajo (cuyo nombre había olvidado) discutían a grito pelado. Berto trataba de calmarlas. Hacía un muy mal trabajo porque ellas gritaban cada vez más.

—Señoras, señoras, por favor, hay suficiente de Berto para ambas. No necesitan discutir.

—¡Y un cuerno! —gritó Malena.

—Pero, nena...

¿Ya la llamaba *nena*? ¡Apenas se acababan de conocer!

—Cállate, idiota. ¿No ves que te estoy defendiendo de esta vieja perversa?

—¿Cómo me has llamado, mocosa insolente? —exclamó la señora.

—Vieja verde. Porque eso es lo que es. —Lena lucía furiosa. Solo la había visto así una vez—. Vi el espantoso traje que quería obligarlo a ponerse. ¿Usted cree que lo dejaría salir a la calle vestido así? ¿Cómo un *teletubbie*?

Dirigí la mirada hacia Berto, quien unió las manos en una especie de rezo secreto. Se me hacía raro verlo vestido de humano: camiseta blanca y pantalones negros. Se había atado el pelo y afeitado ese feo bigote de ratón, quizá por consejo de su nueva *amiga*.

—Señor Savage. —La vecina, cubierta por una larga bata rosada, se aproximó a nosotros—. ¿Podría pedirle a esta suripanta que abandone el edificio? O me verá obligada a llamar a la policía.

—¡Suripanta! —exclamó Lena, abalanzándose contra la señora—. Yo la mato.

La agarré a tiempo. Quién sabía lo que podía haberle ocurrido a la mujer si mi amiga le ponía las manos encima. Detrás de su delgadez y aparente fragilidad, poseía una fuerza insospechada. En una ocasión, había noqueado a un hombre que la había molestado en un bar. Luego se casó con él, pero esa era otra historia.

—Déjame pegarle, Gina. O, al menos, arrancarle esa horrenda peluca.

¿Cuántos animalitos inocentes tuvieron que morir para hacerla, eh?

—Cálmate. No es el mejor modo de solucionar esto —intenté convencerla.

—¿Podrían explicarme por qué están peleando? —inquirió Gabriel, tan diplomático como siempre.

Si él no hubiera estado presente, habría dejado que Lena le diera una paliza a esa vieja por pedirle a Berto que usara disfraces tan ridículos. Arriesgaba la salud mental de todos nosotros. Además, veía a Gabe como si quisiera untarle crema por el cuerpo y luego lamerla.

—Pues resulta que esta *mujer* —explicó— apareció en mi puerta y amenazó con matarme y enterrarme en su jardín.

Malena se cruzó de brazos y frunció los labios con una expresión ceñuda.

—Solo vine a rescatar a mi novio.

Gabriel y yo nos miramos de soslayo.

—¿Novio? —preguntamos.

Posamos la vista sobre el hombre que se había quedado en un rincón, deseando que lo tragase la tierra. Se encogió de hombros, con una exagerada cara de «yo no fui».

—Pero acaban de conocerse —farfullé.

—No importa —contestó Lena, abrazando a Berto por la espalda—. Amo a este hombre y ninguna bruja con tetas postizas me separará de él.

¿Cómo podía amarlo si ni siquiera lo conocía? Era ridículo.

—Creo que esto no nos concierne —susurró Gabriel, tomando mi mano y llevándome de vuelta a las escaleras—. Dejemos que ellos lo solucionen.

Me dejé guiar por él, con la esperanza de que Malena entrase en razón. ¿Cómo iba a perder la cabeza por un tipo que parecía un simio afeitado? Además, estaba lo otro: su profesión. Debería escribir un libro titulado *Me enamoré de un taxiboy*.

Regresamos a la escalera de emergencia. Gabriel me sostenía de la cintura para que no tropezara de nuevo. A mitad de camino, me detuve en el rellano. Él también paró. Sin verlo, caminé hacia atrás hasta arrimar la espalda contra

su pecho. Sentí su respiración caliente en el cuello. Una de sus manos se coló bajo mi camiseta y frotó mi abdomen.

—Me estás matando, Savage —balbucí.

—Y tú a mí, Blue —susurró en mi oído, mientras su mano subía—. Si supieras lo que quiero hacerte...

Mis rodillas temblaban tanto que tuve que sostenerme de la pared para no perder el equilibrio. Me hizo girar y quedamos enfrentados, con nuestros cuerpos casi tocándose. Pasó un dedo por mi labio inferior y tuve el impulso de chupárselo. Sabía que a él le encantaba prolongar esos momentos de agonía entre los dos. Su sonrisa lo delataba. Yo, en cambio, moría por dentro. Me prendía fuego.

—Ey, ustedes dos.

Gabriel y yo nos separamos cuando Berto apareció a los pies de la escalera.

—¿A dónde van? —preguntó.

Subía detrás de nosotros, el inoportuno.

—A casa —contestó Gabe.

—¿Puedo ir con ustedes?

—Como quieras. —Mi escritor se puso las manos en los bolsillos y se apresuró a subir. Al parecer, la intromisión de mi amigo le había caído como balde de agua helada. No era para menos. Le había costado mucho sacar a relucir su instinto salvaje en mi presencia. Y ahora debía meter al *savagito* en la jaula de nuevo, a regañadientes.

Malena se apresuró a alcanzarnos también. Sin embargo, no entramos al departamento junto con los chicos. Nos quedamos hablando en el pasillo. Arrimé la puerta para que ellos no pudiesen vernos ni leernos los labios. Sabía que Gabriel no nos espía, pero no podía decir lo mismo de Berto Bertolucci, *taxiboy*, estilista y guardaespaldas.

—¿Qué pasó, Malena? —pregunté—. Te desconozco.

—Y yo. —Se agarró la cabeza—. No soy así. Tú lo sabes mejor que nadie. Pero me enfurecí tanto con esa...

—¿Qué es eso de que estás enamorada? ¿Acaso enloqueciste? —Le di un golpe en el hombro—. No llevas ni veinticuatro horas de conocer al hombre. Podría ser un delincuente o un imitador de Elvis.

Nunca la había regañado. Por lo general, era ella quien lo hacía conmigo. Se sentía genial.

—Soy tu amiga, ¿no? Tal vez se me pegó de ti —respondió.

—Ja, ja. Muy chistosa.

—Lo digo en serio. ¿No eras tú quien decía amar con locura a un hombre que solo había visto en la tele? Tampoco lo conocías. No de verdad.

¿Por qué siempre tenía que traer a colación alguna de mis conductas? Yo tenía en claro que no era un buen ejemplo a seguir. Quizás, ella tenía razón y, al momento de presentarlos, Cupido se asomó por la ventana de mi cuarto y disparó una flecha a cada uno. Y ¡*paw!*, amor instantáneo.

Enamorarse de alguien a los dos segundos me parecía una locura. En todo caso, sería atracción. U obsesión, como lo que yo había experimentado. Mas no amor.

—¿Y los niños? —pregunté—. No me digas que los dejaste solos.

—Los llevé ayer a la casa de mi madre. Iré a buscarlos mañana. Los amo, pero a veces necesito un respiro. —Sacó su teléfono de la cartera y lo revisó.

—Me enviaste un mensaje.

Y hasta ahora lo veía. Fui testigo de cómo su expresión facial cambió de irritada a sorprendida. Con razón no me había contestado. Ni siquiera lo había leído.

—¡Gina! ¿Es cierto esto? —Me mostró lo que escribí—. ¿Tu jefe te invitó a salir?

Dije que sí con la cabeza.

—¡*Nopuedocreerlo, nopuedocreerlo!* —Me abrazó y se puso a saltar conmigo.

Al fin, mi vieja amiga había regresado. Llenamos el pasillo de ecos emocionados.

—Cuéntame —pidió.

—¿Qué?

—¿Cómo qué? Lo que haya pasado entre ustedes. Ya sabes. —Arqueó las cejas—. O sea, todo.

Me encogí de hombros. De acuerdo. Lo pedía, lo tenía.

—Me preguntó si saldría con él y respondí que sí —contesté con la más grande sonrisa.

—¿Y? —Seguía esperando información sustanciosa.

—Y nos besamos —dije.

—¿Y luego?

Lena coleccionaba novelas eróticas. Un besito no la satisfaría. En cambio, para mí, besar a Gabriel había sido la gloria. Incluso me conformaba con que me sonriera. Arrancarle una sonrisa a ese señor era como quitarle un hueso a un perro.

—¿Luego? Nada.

—¿Nada más? —preguntó, con algo de desencanto.

—Pues, ¿qué esperabas? No soy como tú, que te encamaste con Berto a los diez minutos de conocerlo.

—¿Segura de que no es gay?

—Fue un malentendido —aclaré sin darle detalles del asunto para no quedar como una bobalicona.

—Hmm...

—¡Malentendido! —exclamé.

—Ya entendí. Mejor entremos. A propósito, te ves muy sensual con ese pijama.

—Gracias. —Me acomodé la ropa. A veces era un poco arpía. Pero igual la quería.

Abrí la puerta y me quedé paralizada en la entrada del apartamento.

—¿Por qué tienes esa cara? —inquirió.

Señalé hacia la sala, sin poder articular palabra.



—¿¿Qué carajos?? —exclamó al asomarse.

Ahí, frente a nuestros ojos, Gabriel y Berto se fundían en un beso apasionado.

## CAPÍTULO 27

# Es como una cosa que crece dentro de mí

Malena, veloz para castigar, no tardó en intervenir. A veces compadecía a sus hijos.

—¿Qué crees que haces? —Tomó a Berto de los pelos y lo apartó de mi Gabe, de un tirón—. ¡¿Qué pasa contigo?!

Le empezó a dar furiosos manotazos.

—¡Espera, espera! —gritaba él—. No me pegues.

Corrí con Gabriel, quien estaba más pálido que de costumbre.

—¿Gabriel? —Le apoyé una mano en la espalda.

—Ahora vuelvo —musitó, y salió corriendo al baño.

Malena se había llevado a Berto a la cocina y le gritaba que era un idiota y no sé qué más. Le dio unos buenos golpes en mi nombre.

—Lo siento, solo quería probar. No te enojas, pimpollito. —Escuché que decía.

—*Pimpollito* mis polainas. ¿Cómo vas a hacer eso, desubicado?

Me alejé de ellos y acomodé un poco la sala. Unos minutos más tarde, golpeé la puerta del baño. Gabriel tardaba demasiado.

—¿Todo bien ahí dentro?

No contestó. Apoyé la oreja y oí el sonido de unas gárgaras. ¿Cuánto

llevaba haciendo eso? Se gastaría todo el enjuague bucal. Incluso era capaz de beberse para limpiarse por dentro.

—¿Puedo pasar?

Sin esperar que respondiese, me metí en el baño con él.

Como había imaginado, había vaciado la botella. Lo encontré con el rostro empapado y el pelo chorreando agua. Parecía que había sumergido la cabeza. Cerré el grifo y tomé una toalla del armario, que coloqué alrededor de su cuello.

—¿Estás bien?

No contestó. Ni siquiera me veía a los ojos.

—¿No vas a decir nada? —pregunté.

En respuesta a su silencio, agarré el picaporte.

Me tomó del brazo antes de que abriera la puerta.

—No te vayas —dijo en voz baja—. Creo que voy a morirme del asco.

El pobre había quedado traumatado. Igual que yo. No había sido un espectáculo nada bonito entrar al departamento y verlos compartiendo gérmenes y babas. ¿Cómo se suponía que besaría a Gabe, después de haber presenciado cómo Berto trataba de comérselo?

—No me parece que vayas a morir.

—Seguro que debo parecerte repugnante.

—¿Por qué?

—Él... me besó. —Se estremeció al recordarlo.

—Lo sé. A mí también.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Sacudí la cabeza.

—No fue nada. Casi besaba a tu hermano. Mejor olvidemos el asunto.

—No puedo quitarme esa horrible sensación de la boca. Es como una cosa que crece dentro de mí.

—¿Te dejó embarazado? —Le palmeé la panza.

Entornó los ojos.

—Ya, ya. Fue una bromita. No tienes por qué tomártelo tan a pecho —dije. Buscó otro enjuague bucal y lo abrió.

—¿Seguirás enjuagándote?

Se metió en la boca una buena cantidad y luego se la tragó.

—¿Estás loco? Dame eso. —Se lo quité—. ¿Acaso quieres envenenarte?

—Necesito quitarme esto. —Se señaló. Enseguida añadió—: No la ropa. La sensación.

—Ya sé que no te refieres a la ropa. —Por un instante me había entusiasmado—. Oye, podrías comerte uno de esos chiles picantes. Estoy segura de que funcionaría. ¿Quieres que te traiga uno?

—No.

—Pero eso te quitaría...

—No quiero el chile. —Dio un paso hacia mí, acortando del todo la distancia que nos separaba.

Su rostro se había puesto serio. Me asustó. Parecía la víctima de un naufragio.

—De acuerdo, pero no tienes que ponerte así.

—¿Así cómo? —Torció la cabeza.

Apeataba a menta.

—Luces como si tuvieras ganas de matar a alguien. —Traté de sonreír, pero no me salió. Su rostro me daba miedo. Sabía que el sentido del humor no era lo suyo. ¿Por qué insistía en hacerle chistes? Un día de esos me descuartizaría en el baño y tiraría mis restos por el inodoro.

Su risita siniestra no me tranquilizó. Me dio un ligero ataque de pánico.

—¿Qué tal si te dijera que te quiero a ti? —Posó sus manos sobre la puerta, a los costados de mi cabeza.

—¿Matarme?

Se inclinó hasta que su cara casi tocó la mía.

—No precisamente, Blue.

Sus labios estuvieron sobre los míos antes de que tuviera tiempo de darme

cuenta. Lo besé de vuelta sin que me importara encontrarme en el interior de un baño o que él tuviera la boca con sabor a Listerine. Junto a Gabriel Savage, cualquier sitio se convertía en paraíso: el supermercado, un baño, una casa llena de niños, la habitación de un payaso...

No puedo decir que el beso fuera perfecto como el de Zelda y Antoine. Me clavé el picaporte en la espalda, lo pisé sin querer y nos dimos un cabezazo. Me eché a reír. Él también. Me alegró haber levantado su ánimo.

—Oigan. —Malena golpeó la puerta—. ¿Qué tanto hacen ahí dentro? Dejen el sexo para más tarde, que me hago pis.

—Ya salimos —contesté.

—Un segundo —Gabe me detuvo, antes de que abriera la puerta—. No te muevas.

—¿Qué? ¿Qué tengo? No me digas que es una araña porque gritaré. Aunque me dan más terror los ciempiés, con todas esas patas. *Brrr*. ¡Qué impresión!

—Tranquila. No tienes nada. Solo quería hacer esto. —Se inclinó hacia mí y volvió a besarme. Esta vez, sin torpezas de mi parte. Duró un suspiro, pero provocó un estallido volcánico en mi ropa interior. Nunca imaginé tan breve perfección.

Se apartó de mí con una sonrisa demoledora.

«Podría acostumbrarme a esto», pensé mareada.

Abrió la puerta y me dejó salir.

—Las damas primero.

Mis amigos se quedaron a almorzar. Por supuesto, pedimos unas pizzas. Cuando Gabriel subió con la comida, Berto, Lena y yo nos habíamos acomodado en la mesa de la cocina.

El buen *taxiboy* se aclaró la garganta.

—Oye, quiero disculparme por...

—Ni lo digas. —Gabe, desvió la mirada—. Haré de cuenta que nada pasó, así que olvídalo.

Tomó asiento frente a mí.

—Sabía que eras un buen sujeto —comentó mi amigo—. Tenías que serlo, así como besas. Ufff.

—¡Berto! —gritamos Lena y yo.

—Perdón, perdón, se me escapó. Podemos ser amigos, ¿verdad?

La cejita de Gabriel se enarcó. Había poca gente que tenía el privilegio de presenciar cuando lo hacía. Preciosidad de Dios.

—Si no vuelves a tocarme —advirtió lleno de desconfianza.

—¿Ni una nalgadita? —inquirió Berto, tentando al destino.

La cara de ogro de Gabriel lo dijo todo.

—Está bien, tú ganas —cedió el *taxiboy*, alzando las manos en señal de derrota—. ¿Podré tocar a Gina, al menos?

—¡Berto! —Lena le dio un manotazo.

Se me dificultaba creer que fueran novios. Apenas llevaban un día juntos y ya se llevaban a los cachetazos. No durarían. Así sucedía con los romances fugaces. Una vez que se conocieran, se aburrirían el uno del otro. ¿O le pagaría por sus servicios?

—Está bien —dijo él—. Sin nalgadas. ¿Felices? Mejor comamos.

—Por fin dices algo coherente —contestó mi amiga.

A pesar del incidente del beso, Gabriel se portó simpático con mis invitados. No se encerró en su estudio ni puso cara de trasero como cuando Brian lo visitaba. Lena aprovechó su inusitada jovialidad para interrogarlo acerca de sus novelas.

—¿Cómo se titulará tu próximo libro?

Gabe no tardó en responder:

—*Azul y salvaje*.

—¿*Azul y salvaje*? Esos son nuestros apellidos —reflexioné.

—Nosotros somos Savage y Blue —corrigió don perfeccionista—. Hay una leve diferencia.

—Es lo mismo —farfullé, llevándome un trozo de pizza a la boca—. Solo

que en otro idioma.

—Que no.

—¿Y de qué trata, Gabriel? —quiso saber Lena.

No es que tuviera un interés falso. A ella también le gustaban sus libros. Sin embargo, no se había comprado ninguno. Si los había leído había sido porque se los había prestado yo.

Se notaba que Gabe hacía un esfuerzo por mostrarse amable. Por lo general, no le importaba lo que los demás opinasen de él. Nunca se ponía a conversar con las personas que lo rodeaban a menos que fuese imprescindible. Prefería preservarse en el más crudo de los silencios. Por eso me sorprendí cuando se puso a hablar de su libro con una sonrisa en el rostro. ¿Lo habrían cambiado por otro sin que me diera cuenta?

—La protagonista, Zelda, se casa con un hombre rico gracias a un arreglo de sus padres —explicó—. Él está enamorado de ella y hace todo lo posible para ganar su afecto. Pronto se muda con ellos el hermano menor de su esposo, porque lo ha perdido todo en una apuesta y ha quedado en la calle. Ella no lo soporta.

—Ignoraba que Antoine fuese un apostador —manifesté.

—Nunca me preguntaste cómo era —dijo.

—Porque me prohibiste que te hiciera preguntas sobre tus libros —mascullé.

—En fin, los tres deciden abordar un barco que los llevará a América y a una nueva vida, pero este naufraga después de un ataque pirata. El esposo de Zelda desaparece en el mar. Y ella queda atrapada en una isla desierta con el hombre que la salvó de ahogarse: su odiado cuñado, Antoine. Juntos deben aprender a sobrevivir en un ambiente hostil, sin matarse mutuamente y sin enamorarse, puesto que ella es una mujer casada y es fiel a sus votos matrimoniales.

Los tres lo miramos boquiabiertos.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué me ven así?

Lo intimidábamos. Lo que ignoraba era cuánto nos intimidaba él a nosotros.  
—Será una gran novela —señalé—. Es la primera vez que te escucho hablar de tu trabajo. Se nota que te gusta.

—Por supuesto. Amo lo que hago —reconoció con orgullo.

«Ojalá me amaras de la misma manera algún día», pensé. Los ojos le brillaron al contarnos sobre su novela. Irradió luz. Entendí que su felicidad nunca provendría de mí, sino de su arte. Ser escritor no era un trabajo para él; era su vida. Y yo me hubiera sentido honrada de que compartiera un pedacito conmigo.

—¿Por qué se llama *Azul y salvaje*? —quiso saber Berto.

Ellos seguían haciéndole las preguntas que deberían haberseme ocurrido a mí. Quise darme la cabeza contra la mesa por lenta. Me limité a seguir masticando mientras jugaban al programa de entrevistas. Cuando se dieran cuenta, ya me habría comido toda la pizza.

—El título es una referencia a la mirada de Antoine y a su comportamiento poco civilizado. Aunque se supone que no deberían saberlo hasta el capítulo veinticinco —dijo Gabe con simpatía.

«Oh, señor, ¿acaba de reír? ¿Eso quiere decir que lo pasa bien?». Me pregunté si mi presencia había tenido algo que ver con su buen humor.

Los chicos pasaron toda la tarde con nosotros. Vimos un *El planeta de los simios* y *La ventana secreta* y, para las siete, bebimos un par de cervezas con algunas frituras. Luego llegó el turno de Lena para escoger una película. Gabriel se sentó al lado mío, en el sofá, y me dejó apoyar la cabeza en su regazo, mientras conversaba sin parar. De repente, se había transformado en mí. Sus dedos recorrían mi cabello..., me adormecían. Mis ojos se cerraron un par de veces y me perdí en una nebulosa de oscuridad y voces entremezcladas. Capté solo fragmentos sueltos de su animada charla con mis amigos.

—¿Cuándo te diste cuenta de ella te había escrito esas cartas?

—El día que me dijo su apellido. Había leído sus cartas tantas veces...



Siempre me pregunté quién sería mi chica blue. Y resultó ser ella. Mi Regina.

En la pantalla del televisor, unos velocirrautores mataban a un grupo de hombres armados.

«Huye, Chris Pratt, huye», pensé antes de que mis ojos volvieran a cerrarse.

La voz de Lena me sobresaltó:

—¿Por qué no le dijiste nada? ¿Sabes lo que sufrió la pobre?

—Creí que se había enamorado de mi hermano. ¿Cómo iba a saber que ella me creía homosexual?

Gabriel continuaba acariciándome el cabello. Me hice la dormida para que no me hicieran partícipe de la discusión. Ambos habíamos sido ciegos.

—La llevaré a la cama. No ha dormido anoche.

—Uyyy —exclamó Berto, el mal pensado—. Qué envidia.

Mi amiga lo amenazó:

—Si empiezas otra vez, te juro que...

—Nelson llamó. —Los interrumpió Gabe.

—¿Sabes sobre él? —Mi amiga pareció sorprendida.

—Gina me contó todo.

—Ese malnacido —masculló Lena—. Si llego a verlo, lo capó.

—Me asustas —respondió Berto.

—Bah, ni que fuera a cortártelo a ti. Aún.

—Ahora regreso. —Gabriel me alzó en brazos y enfiló hacia mi cuarto.

Me depositó en la cama. Aproveché su cercanía para atraparlo en un abrazo. No quería separarme de él.

—Quédate conmigo —musité.

Él se arrodilló junto a mi cama.

—Volveré cuando tus amigos se marchen. No puedo dejarlos solos.

Me quejé cuando tomó mis manos y me hizo soltarlo para ponerse de pie.

—Te extraño. —Me estiré para tocarlo y lo agarré de la camisa.

Sentía que era una tonta. ¿Extrañarlo? Si lo tenía al lado. No haría más que reírse de mí. No me importó. Que pensara lo que quisiera. Ya me había

resignado a vivir haciendo el ridículo.

Dejó escapar un sonoro suspiro.

—Yo también, chica blue —admitió sin vergüenza. Se inclinó sobre mí, pero no me besó. Tal vez no quería hacerlo. Era probable que se preguntara por qué perdía el tiempo con una loca obsesiva como yo, pudiendo tener a su sexy editora Bárbara—. Quisiera pasar todo el tiempo encima de ti. Acariciándote. Besándote.

—¿Y qué esperas? —dije.

Posó sus labios sobre los míos como príncipe de cuentos de hadas, y ya no quise dejarlo ir.

—Dios, ¿cómo he podido vivir sin ti por tanto tiempo? —susurró mientras se acostaba en la cama y me envolvía en un abrazo.

—No sé.

Volvió a besarme, de forma lenta y suave. Dibujó una hilera de besos en mi cuello y apoyó la cabeza en mi pecho. Trataba de mantenerme consciente, pero los malditos ojos se me cerraban. ¿Cómo podía dormirme con Gabe sobre mí? Tendría que hablar seriamente conmigo misma.

—Creo que iré a deshacerme de Berto y Lena —dijo. Su voz sonó distante y como flotando—. Ya regreso.

—Con el cuchillo no —murmuré, mitad despierta, mitad dormida.

Una risa leve llegó a mis oídos.

—Lo intentaré.

## CAPÍTULO 28

# El señor Listerine y la arpi-sirena vampiresa

A la madrugada sonó mi celular en algún recóndito rincón de la casa. Se me estrujó el corazón al oírlo. Pero al voltearme y descubrir a Gabriel durmiendo a mi lado, supe que todo estaría bien. Nelson podía llamarme cuanto quisiera. No volvería con ese hombre porque por fin había encontrado el amor y no renunciaría a él. No se trataba de sexo. Aunque existía atracción entre Gabe y yo, lo que nos unía iba más allá de lo físico. Él me daba ganas de sonreír. Todo el tiempo.

Gabriel siempre lo supo. Yo acababa de descubrirlo. Quizás aún era pronto para hablar de amor verdadero, pero así se sentía. Estaba dispuesta a esperar, a no apresurarme. Disfrutaría cada momento a su lado como si fuera el último. ¿Cómo darse cuenta de que el amor es real, de que no se trata de una ilusión creada por mi deseo? ¿Qué era el amor exactamente? Por más libros que hubiera leído sobre el tema o más películas que hubiese visto, algunas cosas no se podían describir con palabras. A pesar de que Gabe lo intentara, ese sentimiento se sentía diferente para cada uno de nosotros.

Antes creía que la persona que dormía junto a mí conocía los secretos más profundos del alma humana. Qué decepción sufrí al ver su rostro real y descubrir que no era perfecto. Sin embargo, yo tampoco lo era. Ni nadie.

Tuve que conocer al hombre detrás del escritor para darme cuenta de lo equivocada que había estado toda mi vida. Y para darme cuenta de que no eran sus novelas lo que más valía de él.

Llevé mi mano a su pecho y la mantuve allí, sintiendo los latidos contra mi palma. Jamás había hecho eso con Nelson. Dormíamos juntos, pero separados. Nunca me abrazaba, excepto cuando teníamos relaciones. Nunca me había tomado la mano y entrelazado sus dedos con los míos. Ni siquiera sabía cuál era mi color favorito.

Me sequé una lágrima, por la chica que una vez había sido. Esa chica que ya no existía y tras la cual iba Nelson. Quizás, podría explicarle que lo único que perseguía era un recuerdo, una sombra. Yo había cambiado incluso antes de dejarlo. Si le explicaba, tal vez entrara en razón.

Salí de la cama y busqué mi teléfono. Sin nervios ni miedo, marqué el último número que me había llamado y esperé.

—¿Hola, Nelson? —dije, al ser atendida por esa voz que me había provocado más de una pesadilla—. Me gustaría reunirme contigo. ¿Te parece mañana a las tres?

Después de hablar, volví a acostarme y me acurruqué contra Gabe. Sus brazos me envolvieron y entonces supe que no existía otro lugar en el mundo en el que desease estar. Ni siquiera en Pemberley[2] o Corea del sur.

El aroma del café recién hecho inundó mis fosas nasales. El señor Listerine ya se había levantado. No sabía cocinar, pero hacía un café de infarto. Lo necesitaba para ser un escritor productivo. De seguro lo encontraría trabajando, con alguna música clásica de fondo y sus lentecitos bien puestos. Cariño mío.

Me puse unos pantalones ajustados y una blusa de encaje, me metí en el baño y tardé como media hora frente al espejo. Quería compensar lo del pijama de gatitos, así que usé rímel y lápiz labial.

—Buenos díassss —canturreé, aproximándome a los saltitos para saludarlo

—. ¿Cómo se encuentra mi escritor favorito?

Se quitó los anteojos y dejó de escribir.

—Buenos días, Gina. Ando algo ocupado hoy. ¿Quieres una taza de café?

—Por supuesto.

Ningún cumplido por mi apariencia salió de su boca. Ni siquiera se había percatado de que me había arreglado para él.

«Hombres».

Se levantó y salió del estudio. A medio camino, regresó sobre sus pasos y tomó mi cara entre sus manos.

—Me olvidaba de algo.

El sabor del café inundó mi boca, exquisito y adictivo. Me besó con ganas. Y yo respondí hambrienta, atrapando su labio con mis dientes. Agarré su camisa con la intención de arrancársela. Moría por pasar mi lengua por esos pectorales. No era un adonis musculoso, pero a mí me encantaba.

—Espera —exclamó sin apartar mis manos de su cuerpo—. Si seguimos con esto, ya no podré detenerme. Y tengo que... —Señaló la computadora.

Dejé de tocarlo. Él me abrazaba. Sus ojos me miraron con anhelo.

—Por favor, no te enfades —dijo.

—No, si no me enfado —gruñí.

Era la primera vez que me enojaba porque él quería escribir.

—Tengo tantas ganas de esto como tú —aseguró, levantando mi barbilla—. Pero no podemos. No ahora.

—¿Y cuándo?

Besó mi frente.

—Pronto.

Me tomó de la mano y me condujo a la cocina. Al parecer, Zelda tendría más diversión que yo ese día.

Gabe colocó en la mesa mi taza de osito, un plato repleto de tostadas, mermelada de durazno, miel y mantequilla. Descorrió la silla y me invitó a tomar asiento.

—Es lo único que sé hacer sin destruir la cocina. —Me sirvió café.

—Qué atento, señor Savage. —Tomé asiento.

Incluso le puso un chorrito de leche a mi café, como me gustaba.

—Es que soy un caballero por naturaleza, señorita Blue. —Tomó mi mano y la besó—. Ahora, si me disculpa, debo terminar un capítulo. Tengo reunión con mi editora en una hora y necesito tener algo que mostrarle. Te prometo que volveré en la tarde y haremos lo que quieras.

Se fue al estudio.

—¿Cualquier cosa que elija? —grité.

—Lo que sea.

La emoción se apoderó de mí. Emití un grito mudo y saudí las piernas. Derramé el café y me caí de la silla, pero no dejé de sonreír al limpiar el enchastre. Esa sería la mejor noche de nuestras vidas. Ya podía imaginarla: un paseo por el parque tomados de la mano, una magnífica cena a la luz de las velas, un baile lento y seductor, y luego...

«Tengo que depilarme», pensé.

Le escribí a Malena para contarle el motivo de mi emoción. En lugar de alegrarse por mí, me dijo algo que no se me había ocurrido:

Lena: «Los hombres infieles suelen mostrarse más atentos para compensar que la han cagado. ¿No te parece demasiada casualidad que te diga eso justo hoy que tiene cita con la editora? No sé, piénsalo».

Me mordí el labio. ¿Sería así? ¡Si apenas comenzábamos a salir!

Regina: «¿Tú lo dices?».

Lena: «¿La conoces? ¿La has visto alguna vez? ¿Él te ha hablado de ella?».

Regina: «Eh, no».

Lena: «Algo me huele mal. Y no son los pies de Berto, por si es lo que estás pensando».

Qué asco. ¿Por qué tenía que mencionar sus pies?

Regina: «¿Qué tan seria es su relación?» quise saber.

Se negó a contestar. Prefirió seguir conversando sobre mí y Gabriel.

Lena: «¿Qué te ha contado sobre la fulana editora?».

Regina: «Que se llama Bárbara».

Lena: «Pregúntale si es bonita».

Regina: «¿Para qué?».

Lena: «Tú solo pregunta».

Me acerqué al estudio. No me agradaba interrumpirlo cuando se concentraba, pero Malena había despertado una celosa curiosidad en mí. Así era ella. En vez de incentivarme a ser una mejor persona, usaba su poder para llevarme por mal camino. Mi mejor amiga.

Abrí la puerta del estudio.

—¿Gabriel?

—Dime. —Alzó la mirada de su monitor.

Y pensar que antes evitaba verme, como si yo fuera una especie de sabandija que se había colado a su casa sin permiso.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—La que quieras.

—¿Cómo es tu editora? —pregunté, provocando en él una expresión de extrañeza.

—¿Bárbara? Estricta.

—No me refiero a eso. ¿Es... bonita? —No era la palabra que buscaba. Lo que quería saber era si le parecía atractiva. Y si le gustaba más que yo.

—Sí, es bonita. ¿Por qué preguntas?

En su cara se notaba lo que quería decir realmente: «Confiesa. ¿Qué tramas?».

—Por nada. —Le envié una sonrisa superficial y regresé a la cocina.

Enseguida le envié un mensaje de voz a mi amiga.

—Es bonita.

Su respuesta fue inmediata.

—No es mi intención alarmarte ni nada por el estilo, pero te enviaré una foto de la firma de libros a la que asistimos. Quiero que te fijes bien en la mujer que se encuentra a la derecha de Gabriel.

—De acuerdo. —Le seguí la corriente.

No es que pensara que Gabe fuera a engañarme. No era esa clase de hombre. Mejor dicho, yo me negaba a creer que lo fuera. Además, vivía encerrado en su departamento casi las veinticuatro horas del día. El único contacto femenino que tenía era yo. Yo y la vecina del piso de abajo. Yo, la vecina de abajo y su editora (en ese orden). Creo que ninguna otra. Una salía con él. Otra tenía edad de ser su abuela. Quedaba por verse qué tan bella era la famosa editora, lo que sería proporcional al peligro que correría nuestra incipiente relación.

Lena me envió la imagen y tuve que morderme el dedo al fijarme en la escultural morena de piernas largas y labios rojos, que se inclinaba hacia mi hombre y, además, se lo comía con la mirada como si fuera una barra de chocolate. ¿Por qué Lena no me había mostrado esta foto antes? ¿Por qué no me había advertido de una posible rival a la que ganarle sería imposible? Le escribí, molesta.

Regina: «¿Tú sacaste la foto?».

—Lo siento —dijo por mensaje de voz—. Me había olvidado que la tenía. Saqué muchas fotografías ese día. Ni se me ocurrió verlas en detalle hasta hoy. Tal vez no sea nada, pero esa mujer me da mala espina. ¿Ya te diste cuenta de la cara de libidinosa que tiene?

—Psss. Ni lo menciones —dije. Me recordaba a la mismísima Lena.

Se me revolviéron las tripas al pensar que almorzaría con ella a solas. Ambos eran jóvenes, guapos, solteros (ella no usaba anillo de matrimonio).



¿Qué les impedía enrollarse el uno con el otro? Lo más probable era que hubieran terminado juntos en un hotel en alguna ocasión. Con lo bueno que estaba Gabriel, si yo hubiera sido como ella, no lo hubiera dejado escapar de mis garras de arpi-sirena vampiresa.

—¿Gabriel? —Volví a interrumpirlo, cinco minutos después.

—¿Sí?

Esta vez no me miró. Era obvio que mis intromisiones constantes comenzaban a irritarlo. Sería la última vez, me dije. No quería que se fuera de la casa enojado conmigo y mucho menos si se iba a ver con otra.

—¿Es esta tu editora? —Le enseñé la foto.

—Sí. ¿Por qué el repentino interés? —Levantó una ceja.

—No importa. —Sacudí la cabeza.

Iba a dejarlo tranquilo. No tenía por qué meterme en su trabajo. Sin embargo, algo en su expresión me inquietaba.

—Regina, hay algo que no te he dicho. —Hizo una pausa que me puso nerviosa—. Sobre ella y yo.

«Ay no. No, no, no, no». Me tapé los oídos. No quería saberlo. Salí corriendo del estudio.

Él me alcanzó en la sala.

—Chica blue, no seas infantil y escucha. —Me tomó de las manos—. Bárbara y yo estuvimos casados. No te lo conté antes porque no lo consideré importante. Pero, viendo que hacías tantas preguntas...

—¿Casados? —repetí.

Maldición. Sentí como si un ejército de diminutas hormigas con patitas heladas me recorriera la espalda y se alojara en mi estómago. A lo mejor eran ganas de hacer pis.

—Divorciados —replicó con lentitud para que yo entendiera.

Me senté en el sillón con la mirada perdida, centrándome en mi respiración para no vomitar. Malena tenía razón. Había algo raro con esa mujer. Su forma de verlo en la foto la delataba: enamorada.

El temor de perderlo antes de haberlo siquiera tenido me carcomió hasta la médula.

Él continuó:

—Ya no pasa nada entre ella y yo. Debes creerme. —Se arrodilló ante mí.

No dudaba de su palabra. Dudaba de sus acciones. La carne era débil. Y, por más que confiase en él, desconfiaba de esa tal Bárbara.

—¿Fue hace mucho? ¿Lo de ustedes?

—Un par de años atrás. No funcionó. Decidimos mantenerlo en secreto. Como sabrás, no me gusta dar a conocer mi vida personal.

Claro. Por eso tampoco me había enterado de que Brian era su hermano. No había información acerca de su familia en las redes. Se me hizo un nudo en las tripas.

—¿Todavía la amas? —Me atreví a preguntar, con terror de que me contestase que sí. «Gina, Gina, ¿por qué haces preguntas cuyas respuestas no deseas saber? ¿Acaso eres tonta?».

—¿Qué? No. ¿Acaso tú amas a Nelson?

Al parecer, la voz de mi conciencia y Gabriel pensaban lo mismo acerca de mí. Arrugué el entrecejo y respondí que no.

—Bien, ahora que hemos aclarado las cosas, quisiera que me dejaras terminar el capítulo. Más tarde seguiremos hablando, si tienes ganas. Yo preferiría olvidar el tema. No es uno de mis favoritos.

«Tampoco de los míos».

Lo dejé solo y le envié un mensaje a Lena, contándole mi descubrimiento. No había manera de que yo compitiera con una mujer tan hermosa. Seguro que también era inteligente. Sabía vestir. Tenía una carrera. Era todo lo que yo no. Una punzada de celos me invadió. Había estado casada con él. Eso significaba que habían compartido mucho más que un almuerzo ocasional o una noche juntos. Él debió de haberla amado o, al menos, creyó que la amaba.

—No funcionó su relación, Gina —me dije en voz alta, lavando la taza de

mi desayuno—. Relájate. Es solo su editora. Nada más. No tienes por qué preocuparte. Un almuerzo no significa que se escabullirán a un baño para aparearse como animales en celo a la menor oportunidad. Confío en él. Confío en él. Confío en él.

Malena me envió un mensaje de voz.

—¿Quieres saber por qué siempre salí con tipos feos?

—¿Porque tienes mal gusto? —contesté.

—Los hombres guapos no son confiables. Y mucho menos si tienen ojos —explicó—. ¿Gabriel tiene ojos?

Y qué ojazos. Estaban a punto de tener su propio club de fans.

—Por supuesto —dije.

—Entonces no te fíes de él, cariño. Yo sé cuánto lo quieres y cuánto deseas que sea el hombre perfecto; pero eso no existe. No cometas el mismo error que con Nelson. No lo idealices.

—¿Entonces qué hago? Sí o sí se encontrará con ella. No puedo prohibirle que lo haga.

—No, pero puedes seguirlos. Solo para asegurarte de que dice la verdad. Te darás cuenta por cómo la mira. Si se inclina hacia ella cuando le habla, si le sonrío, si tiene la necesidad de tocarla, significa que sigue atrayéndolo. No puedes hacer nada contra eso. Si fueras tan hermosa como ella...

Dejé de escuchar su mensaje poco motivador.

—Gracias por el consuelo, amiga.

¿Por qué no me daba una pistola y me decía «mejor mátate»? Sería menos doloroso.

Enseguida respondió.

—Intento abrirte los ojos, nena. Eso hice con mi esposo. Un día me pregunté a dónde iba todos los viernes en la noche y decidí seguirlo.

—Nunca me contaste.

—Te lo estoy contando ahora. Fue demasiado doloroso para mí en ese momento. En especial por los niños. Tantos años juntos, ¿para qué? —Le

tembló la voz—. No quiero que pases por lo mismo que yo. No quiero que un día despiertes y te des cuenta de que has desperdiciado tu vida al lado de alguien que no te merecía. Y más, después de haber estado con ese patán de Nelson por tanto tiempo. No sería justo.

—Entiendo. Pero Gabriel no es así.

—Tú solo síguelo. ¿Está bien? Observa su comportamiento de *machoman* con otras féminas en tu ausencia. Comprueba que lo que crees de él es cierto antes de que sea tarde y tengas un montón de mocosos preguntando dónde está su padre. Y tú no sepas qué contestarles porque le diste un martillazo en la cabeza al encontrarlo con otra, y decidiste enterrarlo junto a tus geranios.

—De acuerdo —accedí.

—En un rato tengo que hacer un viaje de negocios, así que no estaré disponible por el resto del día.

—Tengo miedo, Lena. ¿Y si estoy equivocada? ¿Qué tal si se besan? ¿Qué hago?

—Mantén la calma. Si llegase a ocurrir, lo resolveremos juntas. Tengo que irme. Hablamos mañana. Te quiero.

Había estado a punto de decirle que me encontraría con Nelson, pero me arrepentí a último momento. Ya le contaría luego. ¿Debía comentárselo a Gabriel? Algo en mi interior me decía que sí. Sin embargo, no me perdonaría a mí misma si faltaba a esa importante reunión por mi culpa. Mi cabeza era un embrollo.

Un trueno me hizo saltar de la silla. No me había fijado lo horrible que se estaba poniendo el clima. A Gabe poco le importaba la lluvia cuando de sus novelas se trataba. No faltaría a su cita. Salió de su estudio con una carpeta y su paraguas, y se puso una gabardina gris que lo hacía parecer detective de los años cuarenta. Le faltaba el sombrero. Porque pistola ya tenía, escondida en su cajón secreto.

—Volveré en un par de horas.

—Está bien.

Me puse un abrigo también. Si me ponía un impermeable, se daría cuenta de que planeaba seguirlo. Por lo que opté por el saco de lana que usaba cada vez que salía a hacer alguna compra. No era lo mejor para la lluvia, pero trataría de no mojarme.

—¿Y tú a dónde vas? —inquirió.

—Quería recoger el correo. —Sonreí—. ¿Te molesta si bajo contigo?

—¿Molestarme? Por supuesto que no —dijo llamando al elevador—. Eso nos dará unos minutos.

Fue lindo esperar juntos a que se abrieran las puertas. Muy cinematográfico. Cuando el ascensor llegó, me hizo un gesto para que entrase primero. Luego, me arrinconó contra la pared. Su embriagadora esencia no me dejaba pensar con claridad.

—Muero por comerte la boca —dijo al tiempo que las puertas se cerraban.

No me dio tiempo de contestar. Sus labios colisionaron contra los míos en ese pequeño espacio y deseé que el elevador se atorara para siempre con nosotros en su interior. Jamás imaginé que un beso pudiera ser tan intenso..., tan devastador para mi alma.

—¿Quieres que lo detenga? —preguntó con la mirada encendida.

Había tirado sus cosas al piso, como si hubiera olvidado que se dirigía a alguna parte, como si lo único que existiera en el mundo fuese yo.

—Hazlo —susurré.

El brillo en sus ojos me estremeció. Se quedaría conmigo si yo se lo pedía. Tal vez, solo esperaba que pronunciara las palabras «No te vayas».

Antes de que llegara a presionar el botón para parar el elevador, este se detuvo. Las puertas se abrieron y Gabriel se separó de mí de manera brusca y juntó sus papeles.

—Qué calor hace aquí dentro, ¿verdad? —dijo sonriendo la viejita del piso veintidós.

¿Qué, acaso no vivía nadie más en ese edificio? Miré el piso en el cual nos encontrábamos: quince.

—Sigán con lo suyo. Hagan de cuenta que no estoy —añadió sonriente.  
Como si fuese posible.

## CAPÍTULO 29

# Tú eres un zorro y yo una zarigüeya

**M**is mejillas ardían. Gabriel se rio por lo bajo ante la desfachatez de doña Mirona, quien no le sacaba los ojos de encima. Él se colocó detrás de mí para cubrir su hombría. Me apoyé en su pecho y, con un leve suspiro, me rodeó con los brazos. No pareció importarle que esa mujer estuviera allí, interrogándonos en silencio con sus ojos de canicas. No pude evitar alzar la vista levantando la cabeza lo más atrás que pude. Entonces besó mi frente con una ternura infinita.

Se mantuvo pegado a mí hasta que llegamos a la planta baja. De la mano, lo acompañé a la puerta. Volvió a besarme cuando la vecina se marchó, aunque no dio rienda suelta a la pasión Savage. Se contuvo, quizá porque el portero leía su periódico a un par de metros de nosotros.

—Te veré más tarde, chica blue —musitó Gabriel acariciándome el pelo.

—Te estaré esperando, Savage.

Salió por la puerta. A los cinco segundos dio media vuelta y volvió a entrar. Me tomó el rostro con ambas manos y me besó de nuevo. Cerré los ojos y me imaginé en un aeropuerto, despidiéndome de él porque se iba a China o a algún país lejano. Cada beso suyo era diferente. Me transportaba a un lugar distinto. Este beso en especial me transmitió una sensación de anhelo

desesperado proveniente de un corazón solitario; la necesidad de tener a alguien con quien pasar la eternidad.

—No quiero ir —dijo, entrelazando sus dedos con los míos—. Temo que cuando vuelva ya no estés aquí; que te hayas ido con Nelson porque te diste cuenta de que, en realidad, lo amas y no quieres pasar otro día sin él. Temo que esto no sea más que un sueño.

—No me iré.

—Lo sé.

—Y no lo amo —aseguré.

—También lo sé.

—Te estaré esperando. Tenemos planes, ¿recuerdas?

Apoyó su frente en la mía.

—¿Sabes lo que más me gusta de todo esto?

—¿Qué?

—Que no eres un sueño, Regina Blue.

Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla. No podía creer que fuera él quien me dijera eso, ¡a mí! ¿No debería ser al revés?

Su teléfono sonó.

—¿Hola? Sí. Ya estoy saliendo —dijo.

Solté un gruñido. Sabía que era ella. Trataría de no ponerme celosa.

—No entiendo por qué me cuesta tanto dejarte —manifestó, luego de terminar de hablar por teléfono—. Quisiera quedarme contigo y hacerte el amor hasta que el sol muera, pero vengo posponiendo la reunión desde hace días. Si no me presento, Bárbara me matará. Literalmente.

—Entiendo. Trabajo es trabajo. Además, quiero ese libro publicado, así que... —Lo empujé hacia afuera, pensando cómo miércoles iba a hacer para seguirlo cuando se metiera en su auto. ¿Y si me trepaba al techo?—. Afuera.

—De acuerdo, me voy. Te veo más tarde.

Lo seguí con la mirada mientras se dirigía al estacionamiento.

—Lu, ¿me harías un favor? —pregunté al portero.



—Por supuesto, Gina. ¿Qué necesitas?

—¿Podrías pedirle a Gabriel que vuelva? Se le cayó esto. —Le mostré su billetera y se la entregué.

—Pero tú podrías alcanzársela.

—Podría, pero necesito colarme en su coche. ¿Lo harías por mí?

En cuanto Gabe abrió la puerta de su sedan, Lu le hizo la llamada. Gabriel corrió a buscar la billetera y yo aproveché ese corto lapso de tiempo para escabullirme en el coche y esconderme en el asiento trasero. Agradecí a la naturaleza por hacerme tan pequeñita. De otro modo, me hubiera descubierto.

El coche arrancó y me acurruqué. Mantuve la respiración y cerré los ojos para que no me diera tentación de hablarle. Me hice la muerta como una zarigüeya. Esperaba que el instinto de Gabe no despertara de pronto.

«Tú eres un zorro y yo una zarigüeya. No puedo dejarme atrapar. Bueno, no en este auto y no ahora».

Sería patético que me descubriera espiándolo, después de la poderosa despedida que habíamos tenido. ¿Qué excusa podría ponerle? Tenía que estar preparada para todo.

No había ningún motivo razonable para que me escondiera en el asiento trasero, a excepción de la verdad: lo estaba siguiendo porque quería comprobar que no me engañaría.

«Oh, no. He vuelto a ser la acosadora de siempre por culpa de las ideas que Lena me mete en la cabeza».

Gabriel estacionó frente a un bonito restaurante decorado con arbustos llenos de lucecitas. Esperé a que se alejara y decidí salir a la calle. Solo hubo un detalle que no había planeado: él había trabado las puertas. O sea que me había dejado encerrada adentro.

«¿Y ahora qué?».

Traté de abrir usando todas mis fuerzas; no funcionó. Quise bajar la ventanilla para salir por ahí; no se abrió. Le di golpes a la puerta. La pateé. Al final, gemí contra ella cuando comprendí que nada de lo que hiciera

funcionaría. Tomé mi teléfono y lo llamé para que me rescatara de mi propia estupidez. Sin embargo, no me delataría. Ya se me ocurriría algo.

«Piensa, Gina, piensa».

—Regina, ¿sucede algo? —Podía verlo del otro lado de los arbustos. Buscaba una mesa para sentarse.

Al parecer su amiguita no había llegado.

—No quería molestarte, pero... ¿podrías fijarte si no perdí uno de mis aros en el interior del coche? Es un pequeño corazón rojo.

—Claro. Después me fijo.

—¡No! —exclamé—. Tiene que ser ahora.

—¿Ahora?

—Sí, porque... después te vas a olvidar. Y yo también. Y nunca más recuperaré mi aro. Me gusta mucho, ¿sabes? Fue un regalo de mi abuelita.

—Bien, iré a ver.

No era difícil convencerlo. Con hablar con voz de pobrecita, él caía como mosca. Me quité un aro y lo arrojé al costado del pedal del freno. Cómo habría llegado ahí sería un misterio, ya que nunca me había puesto esos aros antes. Esperaba que él no lo hubiera notado.

Volvió al auto y cuando abría la puerta del conductor, abrí la mía y me deslicé afuera. Me había olvidado de la lluvia. Caí dentro de un gran charco y me empapé. Lo tenía merecido por jugar a la espía.

Gateé a la parte trasera del vehículo y planifiqué mi siguiente movimiento. Debía ser cuidadosa para que Gabriel no me descubriera. Tenía la manía de mirar hacia todos lados, el muy paranoide. Como si mi vieja yo continuara acosándolo. Pobrecillo. Corrí agachada hasta llegar a uno de esos arbustos que rodeaban el restaurante y respiré aliviada, frotando mis rodillas adoloridas. Gatear por la calle no era divertido y menos cuando tenías que atravesar charcos de agua helada. Por suerte no me había puesto un vestido.

Me asomé y divisé a Gabriel alejándose de su auto. Tenía la palma abierta frente a su cara y una expresión indescifrable. Entró al local y se sentó en una

mesa. Minutos después, una mujer le tocó el hombro. Él seguía observando su palma con atención. Ella se le puso adelante y le dio un beso en la mejilla.

Hice una mueca de disgusto al reconocerla. Llevaba una falda corta y tacones de veinte centímetros, que le hacían las piernas kilométricas. Llevaba su cabello azabache suelto y planchado. Tomó asiento frente a Gabriel, quien la contemplaba esbozando la mejor de sus sonrisas. Su sonrisa de infarto. *Mi* sonrisa. Solté una maldición por dentro y centré toda mi atención en ella, intentando ignorar cómo mi escritor desplegaba sus encantos de macho alfa con alguien que no era yo. Temblé a causa del frío y de la ira que me provocaba verlos juntos. Hacían una pareja perfecta. Él era un zorro y yo una zarigüeya. No combinábamos. En cambio, ella era una zorra.

En menos de cinco minutos me di cuenta de dos cosas: la primera, esa mujer era mucho más linda y agradable que yo. Y la segunda, seguía enamorada de él.

Mi corazón me pedía que me fuera a casa lo antes posible para evitar disgustos innecesarios. En vez de hacerle caso a la voz de la razón, me acerqué más para escuchar su conversación. Tomé un carrito con postres y lo empujé con cuidado, agachada tras él para que no me vieran. De paso, me robé un trozo de pastel de chocolate y me puse a comerlo.

—¿Señorita, no preferiría sentarse en una mesa? —preguntó un mozo metiche.

—Shh. No —susurré y lo espanté con la mano como a una mosca molesta—. Váyase.

Esperaba que Gabe no nos hubiera visto. Andaba obnubilado con esa Bárbara de labios rojos. Apenas lograba distinguir lo que decían. «¿Cómo has estado?». «*Hace mucho que no nos reunimos, bleh, bleh, bleh. Ña, ña, ña*». ¿Qué me importaba lo que ella tuviera para decirle?

Él le entregó su carpeta y ella revisó su contenido. Aunque sus ojos se desviaban de las hojas al rostro de mi amado a cada rato. Parecía que ni siquiera leía. Después de lo mucho que él había trabajado para tener a tiempo

esos capítulos, lo menos que podía hacer era simular que le interesaban.

El mozo-mosca volvió.

—Disculpe, pero no puede quedarse aquí, señorita.

Me di vuelta y lo fulminé con la mirada.

—¿Y por qué no?

—Está chorreando agua, agachada detrás de un carrito, con un plato que acaba de robarse en la mano y, aparentemente, espiando a un par de clientes.

¿Le parece eso a usted normal?

—¿Y quién es usted? ¿El policía de lo normal?

—Señorita..., por favor...

—De acuerdo —bufé—. Quiero aquella mesa.

Señalé una cercana a la de Gabriel. Había una columna entre ambas. No me vería si me sentaba atrás.

—Bien.

—Escuche con cuidado: agarre el carrito y llévelo hasta allá —dije—. Iré agachada. Ese hombre no debe verme. ¿Entendió?

—¿Me dará una propina por ayudarla con su locura?

Le di un billete que encontré en mi bolsillo al mesero y me ayudó a llegar a donde le pedí. Luego le quité un menú y me cubrí la cara con él. Desde ahí podría oír la conversación. Si me inclinaba hacia delante, también los veía. Él estaba de espaldas a mí, y ella de frente. El panorama no me hacía gracia. Cada tanto la mujer se acomodaba el pelo y cruzaba sus piernas para un lado y para el otro como queriendo enseñar que iba al gimnasio a hacer pilates.

—¿Cómo vas con el libro? —preguntó.

—Estoy llegando al final, pero me he trabado en una escena. —Él suspiró.

Qué raro, él trabándose.

—Si quieres, puedo ayudarte, como en los viejos tiempos. —La arpi-sirena le rozó los dedos.

Una alerta de coqueteos sonó en mi interior. *Peligro. Peligro.*

«No dejes que te toque, Gabe. No la dejes». Le pedí mentalmente.

Él apartó la mano.

—Te lo agradezco, pero no. Gracias. Todo está bajo control.

—Como quieras. —Ella volvió a cruzarse de piernas.

Tal vez sentarme cerca no había sido tan buena idea como había supuesto. Me daban ganas de tomar la jarra con agua y vaciársela en las extensiones a esa descarada. Coqueteaba abiertamente y él lo permitía. Incluso parecía disfrutar de sus flirteos. ¿Cuánto tardarían sus encantos en surtir el efecto esperado?

—¿Crees que podrás tenerla lista para dentro de un mes? —inquirió la mujer.

—Hecho.

Esa novela le daba muchos problemas a Gabriel. Yo había sido testigo de sus insomnios, de su sufrimiento frente a la pantalla en blanco. ¿Por qué había aceptado terminarla en un mes? Ahora sí, se lo pasaría encerrado en el estudio refunfuñando.

Ella bebió un trago de vino, sin quitarle los ojos de encima a mi escritor ni un segundo.

—Iré haciendo los preparativos para la presentación, entrevistas y demás.

Él dejó escapar otro suspiro. Se sacudió el pelo. No disfrutaba con ese tipo de cosas públicas. A él lo que le gustaba era el acto puro y sencillo de escribir una palabra tras otra. Y a mí me encantaba cuando lo hacía, porque solo en esos momentos su rostro se iluminaba.

—Señorita, ¿va a ordenar algo?

Ese mesero molesto había regresado.

—No. Vete, estoy ocupada.

—Si no va a pedir nada, devuélvame el menú. —Lo agarró en un intento por arrebátarmelo de las manos.

—Deme eso. —Jalé—. De acuerdo, pediré algo. Pero necesito unos minutos más. Estoy indecisa.

Resignado, agachó la cabeza y se fue. No había llevado nada de dinero,

excepto ese billete con el que lo había sobornado. Si ordenaba, no tendría con qué pagar. En cuanto volviera a molestarme, me levantaría y saldría corriendo del restaurante.

—Estoy pensando en dejar el romance histórico —dijo Gabriel, captando la atención de su editora, y la mía.

—¿Qué?! —exclamé en voz baja.

—¿Acaso te volviste loco? —Ella alzó la voz—. ¿Y qué harías? Por favor, no me digas que cuentas para niños.

—Tengo ganas de escribir una comedia romántica.

La mujer estiró la mano por encima de la mesa y le tocó la frente.

—Pues no tienes fiebre. ¿Qué ocurre contigo, Gabe? Siempre has odiado la comedia.

—Lo sé. —Se rió—. ¿No es gracioso?

—No. No lo es. ¿Me ves reír, acaso?

—No te vendría mal, Babs.

*Babs.*

La mujer se inclinó hacia él.

«No lo toques. No lo toques. No lo toques».

Apoyó la mano en su brazo. Lo peor fue que Gabriel no se apartara de ella. Se quedó mirándola. Y yo, desde mi sitio, fui incapaz de conocer su expresión. Ella le decía algo en voz baja. Le sonreía. ¿Por qué no había aprendido a leer los labios?

«Aléjate de él, zorra», le ordené con los pensamientos. No me hizo caso, por supuesto. Volvió a cruzarse de piernas, con lentitud. Me pregunté si él la estaría viendo al rostro o si su mirada se habría desviado hacia abajo.

No soporté presenciar la escena. Tenía que irme. Al mismo tiempo, necesitaba quedarme para saber qué sucedería a continuación. Era como si me hubiera poseído un impulso masoquista.

—¿Qué demonios está haciendo? —mascullé, mordisqueando una servilleta, cuando ella le acomodó un mechón de cabello.

No dejaba de toquetearlo.

—Esa arpía. —Golpeé la mesa con el puño y la pareja que comía junto a mi mesa giró su cabeza para verme—. Un insecto.

Continué observándolos. De pronto, ella se levantó y se dirigió al sanitario. Gabe sacó su teléfono y marcó un número.

La canción de George Michael sonó en el interior de mi bolsillo, tan fuerte que él se volteó hacia mí.

—Hola. —Lo saludé con la mano.

## CAPÍTULO 30

# Déjame cuidarte

—¿Podrías explicarme qué estás haciendo aquí? —inquirió molesto—. No, espera. Ya lo sé. No me lo digas.

Amagué para hablar, pero no me dejó.

Continuó:

—No puedo creer que me siguieras. —Se paseaba de un lado a otro, con la mano en la cabeza—. ¿Es este el tipo de relación que quieres que tengamos?

—Lo lamento, Gabriel.

—Claro que lo lamentas. Igual que lamentas todas las cosas que me has hecho estos años. ¿No?

Vaya. Sí que se había enfadado conmigo. «Bien hecho, Gina».

—No pensé que te lo tomarías así —susurré.

En realidad, supuse que se lo tomaría peor.

—Mírate. Estás empapada. Podrías enfermarte. ¿Y todo por qué? Por unos estúpidos celos de adolescente.

Me había llevado a un rincón del restaurante. Yo había aceptado seguirlo sabiendo lo que me esperaba. Los ojos me ardieron porque tenía razón. Era una estúpida.

—Solo quería verla —repliqué.

—¿A Bárbara? ¿Para qué? Oh, espera. —Pareció recordar algo—. Hoy me estuviste haciendo preguntas sobre ella. No me digas que pensaste que entre



ella y yo...

Se quedó callado, esperando que contestara la pregunta que no había terminado de formular.

—No, pero me asustaba que ella intentase algo contigo —confesé.

—Genial —exclamó con ironía—. Simplemente genial. No puedo creer que desconfíes de mí, Regina.

Se quedó quieto, con la espalda contra la pared en actitud derrotada. Yo me encogí en mi lugar, sin atreverme a hacer nada. Los hombres enojados me asustaban. Acababa de darme cuenta de que era la primera vez que lo veía enfadarse conmigo de verdad. Aunque su mirada no reflejaba ira, sino una decepción profunda.

—Desconfío de ella. No de ti —intenté explicarle.

—Ni siquiera la conoces.

Las primeras lágrimas se deslizaron por mi cara. Era cierto. No la conocía. Él sí. Eso era lo que me dolía: saber que ellos habían estado más unidos que él y yo. Había sido su esposa. Yo apenas le había dado un par de besos. Ni siquiera había sido ascendida a novia oficial. Tal vez, nunca lo sería después de eso.

Inspiré hondo y reprimí mi temor. Por más enfadado que estuviera, él no me haría daño, así que me le acerqué y le dije lo que pensaba.

—Sigue enamorada de ti.

No contestó de inmediato. Me arrepentí enseguida de habérselo hecho saber. ¿Qué tal si él también la seguía queriendo? ¿Si necesitaba una confirmación para regresar con ella? ¿Y si se daba cuenta de que terminar su relación había sido un error?

—No seas absurda —espetó.

—No soy absurda, Gabriel. La forma en la que ella te mira..., el modo en que te toca..., tendrías que estar demasiado ciego para no darte cuenta.

Me tomó por los hombros con fuerza y me hundió con sus palabras.

—Fue ella quien quiso que nos divorciáramos.

Di un paso atrás. ¿Eso qué quería decir; que me había mentido? ¿En realidad seguía queriéndola? ¿Había estado jugando conmigo todo este tiempo?

—Será mejor que te vayas —dijo, en un tono frío y distante.

Me limpié las lágrimas con la manga del saco. No dejaban de caer. Me robé un par de servilletas de una mesa y me soné la nariz.

—No sé cómo...

—Por favor, Regina. Márchate.

«No sé cómo volver a casa» iba a decirle.

Sentí que dentro de mi pecho algo se rompía. ¿De veras quería que me fuera con esta tormenta? No tenía paraguas. Mi ropa estaba empapada. No había traído dinero. Sin embargo, eso no parecía importarle. Lo único que quería era que desapareciera de su vista para poder seguir hablando con su amada Bárbara.

Pues bien, eso haría.

Me alejé ante la mirada reprobatoria de los comensales, que habían presenciado nuestra discusión. No voltearía a verlo, por más que mi corazón me lo pidiese a gritos. Si llegaba a ignorarme o, peor aún, despreciarme, me derrumbaría. Sabía que él no intentaría detenerme. Me quería lejos. Lo más lejos posible.

Las lágrimas me impedían ver el camino con claridad. Aun así, aceleré el paso. Choqué con el mozo que andaba dando vueltas y ambos nos caímos al piso. Él derramó la bandeja que llevaba con platos llenos de comida.

—Lo siento —me disculpé.

—Ve por donde caminas, idiota —masculló—. ¿O estás ciega?

Me levanté como pude y seguí caminando.

«Él no te quiere aquí», me dijo la voz en mi cabeza.

«Él no te quiere».

De soslayo, vi cómo Gabriel regresaba a su mesa, disculpándose con una sonrisa. No lo escuché, pero eso pareció decir. Seguro que cuando ella le

había preguntado quién era yo, él le había contestado que «nadie». Solo otra fanática trastornada, otra acosadora del montón (porque eso era, ¿cierto? Una maniática acosadora con tendencia a hacer el ridículo).

Me hubiese gustado que Gabriel corriera tras de mí, que me llevara a casa, que no prefiriera quedarse con aquella mujer mientras yo lloraba por él y me maltrataba un mozo. Pero él la había preferido a ella. No le importaba qué sucediera conmigo. No le interesaba cómo volvería a casa, ni si me empapaba o moría de frío en la calle. Cuando un hombre estaba con quien amaba en realidad, se olvidaba del resto del mundo. Tenía que tomar conciencia de que, para él, yo no era nada en este momento. Había dejado de existir en cuanto sus ojos se posaron en el hermoso rostro de su exesposa.

Era por eso que se había enojado tanto. Lo había descubierto *infraganti*.

Me refugié bajo el techo de un negocio cerrado y llamé a la única persona que quería estar conmigo; el único hombre que me hubiera elegido a mí por sobre todas las demás mujeres. Unas palabras vinieron a mi mente: «Te amaré hasta que muera». Mi cuerpo se estremeció al recordarlo. Cuando Nelson estaba sobrio y en sus cinco sentidos decía cosas como esa. También me regalaba enormes ramos de flores y me traía chocolates. En cambio, Gabe...

Me había echado.

—¿Nelson, puedes venir a recogerme? —le pedí, abrazándome a mí misma.

Mi idea no era volver con él, pero sí tener esa charla que había estado posponiendo. Mi mejor amiga no estaba en la ciudad. A Brian ya lo había molestado demasiado, y me avergonzaba acudir a Berto en una situación como esta. Lamentaba haber decepcionado a Gabriel. Siempre me ayudaba, pero quien me había herido había sido él.

Sabía que era una tonta por llamar a Nelson, pero no pensaba con claridad. Solo quería salir de allí. Como fuera.

Apareció con un paraguas a los pocos minutos, y lo puso sobre mi cabeza.

—Estás llorando. ¿Qué te pasó?

—No quiero hablar de eso. —Caminé hasta su auto y entré.

—Tiene que ver con ese escritor, ¿no? —preguntó con la voz ronca—. ¿Por fin te dejó por otra?

—Nelson... —Sacudí la cabeza.

No. Gabriel no era el villano aquí. Y Nelson no era mi héroe. Necesitaba recordarlo.

—¿A dónde te llevo? —Puso el coche en marcha.

—A mi casa. Necesito hablar contigo.

—Me sorprendes, Gina. ¿De verdad no deseas ir a un lugar público para estar a salvo de mí? ¿No tienes miedo de que intente algo?

—Sé que no me lastimarás.

Mi celular sonó.

Gabriel.

Lo apagué. No tenía ganas de hablar con él. ¿Para qué? ¿Para que siguiera gritándome? ¿O para decirme que lo había pensado bien y ya no quería estar conmigo? Prefería afrontar al demonio que mejor conocía.

—Aquí debes girar a la derecha —señalé.

La presencia de Nelson no me resultaba incómoda. Había pasado la mitad de mi vida con él. Me advertí que tuviera cuidado. Al menos, sabía dónde Gabe guardaba la pistola. Esperaba no tener que usarla. Tendríamos un rato para hablar antes de que regresara. Le pediría a Nelson que para entonces se marchara, ya que luego tendría que arreglar las cosas con mi escritor. Me asustaba más que estar atrapada en un automóvil con mi esposo maltratador.

—Me alegro de verte —dijo, una vez que estacionó el vehículo—. Te eché de menos.

Yo no. Nunca sería feliz de verlo. Tampoco lo extrañaba. Y pensar que antes me volvía loca. Por las noches me quedaba esperándolo frente a la ventana y, cuando aparecía, me escabullía con él. Venía a buscarme en su motocicleta y siempre me recibía con un beso, de esos que me quitaban el aliento. Antes de que nuestra relación se fuera al garete, pensaba que no

existiría nadie como él. Era el amor de mi vida y moriríamos juntos. Y juntos nos enterrarían.

Entramos en el edificio y llamé al ascensor.

—Guau —exclamó inspeccionando el hall—. Ya entiendo por qué quieres quedarte aquí, nena. Es un lugar impresionante. ¡Mira esa lámpara! ¿Cuánto crees que costará?

—No sé. No importa.

Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Ya te encamaste con el tipo? —inquirió cuando entramos al elevador.

Estuve a punto de abofetearlo.

—No tengo por qué contestarte —me limité a decir.

Dio un paso hacia mí y retrocedí. Quería guardar las distancias. ¿Por qué el elevador subía tan lento? ¿Por qué nadie entraba? ¿Dónde se había metido Berto con su disfraz de osito? Ah, cierto que mi amiga le había prohibido verse de nuevo con esa señora.

Nelson me acarició el brazo.

—No me toques —advertí, apartándome.

—Sí que cambiaste. Antes, no hubieras aguantado ni dos segundos estar encerrada conmigo sin echárteme encima. ¿Qué te hizo el mojigato ese? ¿Te tiene hipnotizada o te paga buena plata por... tú sabes, mamártelo?

—Cierra la boca.

Bufó con irritación. No debía ponerme en modalidad guerrillera, pero él despertaba mi parte asesina con sus grotescos modales.

—Te quiero, Gina. ¿Por qué no vuelves conmigo?

—No.

¿Por qué tenía que decirme eso él? ¿Por qué? Las puertas se abrieron en el piso veintitrés y yo salí, con Nelson pisándome los talones.

—Espera. —Me tomó del brazo con sus manos de gorila—. ¿Lo dices en serio? Mira cómo estás. No puedes ni contigo misma. Déjame cuidarte. Como antes.

—¿Como antes? —repetí con un grito.

La pregunta quedó flotando a nuestro alrededor. Incluso me pareció ver un rastro de culpabilidad en sus ojos.

—Lo haré mejor, lo prometo.

—Ya me dijiste eso. Muchas veces.

Demasiadas.

—Me estás rompiendo el corazón, Gina. Dime, ¿cuánto te ama ese tipo? ¿La mitad que yo? Por cómo moqueas, diría que ni eso.

—Tú también me hiciste llorar. ¿Lo olvidas?

Bajó la cabeza.

—Cada día me arrepiento de eso. He cambiado. De veras. Si tan solo me dejaras demostrártelo...

Si planeaba que me volviese a enamorar de él, tendría que haber traído una poción de amor. O haber secuestrado a Cupido y amenazarlo con una escopeta para que me disparara. Que yo supiera, no había hecho ninguna de esas dos cosas. Él solito se había encargado de destruir los sentimientos que le profesaba.

Entró conmigo al departamento.

Promesas vacías. Eso era lo que él me había dado. Nelson había prometido que me cuidaría, que nada me haría falta mientras estuviésemos juntos. También me había prometido bajar la tapa del inodoro después de hacer pis. ¿Acaso había cumplido?

Se suponía que la gente debía evolucionar, ir cambiando con el paso de los años. Creciendo. Pero transcurría el tiempo y él seguía siendo el mismo adolescente hormonal con el que me había escapado; con el mismo amor, las mismas inseguridades, los mismos celos enfermizos y el mismo antitranspirante. Lo único que había cambiado había sido su peinado. Le había quedado la cabeza como la de un huevo duro.

—Hace meses que no toco una botella de alcohol —me informó, orgulloso de sí mismo.

—Me alegro por ti.

—No lo hice por mí, cariño.

—Si estás insinuando que todavía me amas, lamento informarte que no te creo. Me asustaste con esas llamadas, Nelson. Me perseguiste hasta aquí, a pesar de que claramente te dije que no regresaría contigo. No estás bien. Deberías buscar ayuda psicológica.

Lamenté la última parte del discurso. Yo y mi falta de tacto. ¡Con lo susceptible que era!

Su rostro se transfiguró. La sonrisa fue reemplazada por una mirada de rencor.

—Eres la única ayuda que necesito. ¿Por qué mierda no lo entiendes?

—Ya pasamos por esto —farfullé.

—Si me dieras otra oportunidad...

—No hay más oportunidades para ti —lo interrumpí—. Las agotaste. Me agotaste.

La palpable tensión entre ambos produjo un silencio incómodo. Al parecer, se había convencido a sí mismo de que me persuadiría de regresar porque antes se me caían los calzones apenas verlo. Se sentó en el sofá y apoyó la cabeza entre las manos. Se dio cuenta de que su aura de *bad boy* ya no me enloquecía. Consideraba muchísimo más seductor un hombre inteligente con un libro entre las manos.

—¿Para qué querías verme? —quiso saber casi vencido.

—Para pedirte el divorcio.

Recé para que se rindiera y me dejara ir de una vez por todas, para que comprendiera que no había nada entre nosotros, más que un cúmulo de recuerdos echados a perder.

No respondió. Me clavó la mirada, como gritando «no puedes hacerme esto». Sus puños se cerraron. Su mandíbula se tensó.

Hoy era el día de enfurruñar a los hombres.

—Enseguida regreso. Voy a cambiarme de ropa. —Me dirigí a mi

habitación y cerré la puerta.

«¿Y ahora qué?», me dije.

No tenía idea.

Esperaba que Gabriel no llegara aún. Encendí el móvil y vi que tenía ocho llamadas perdidas. Seis de él y dos de Brian. Me desvestí y me puse una camiseta holgada y unos pantalones secos.

Le envié un mensaje de texto a su hermano:

Regina: «¿Qué ocurre?».

Recibí un mensaje de voz de su parte:

Brian: «Ufff, Gina, ¿dónde te metiste? Mi hermano anda como loco. Pensaba que estabas conmigo porque no respondías sus llamadas. Le dije que no tenía la menor idea de dónde te encontrabas y se puso peor. Por favor, llámalo».

Esperaba que Gabriel se arrepintiera de haberme echado a la lluvia como a un perro que nadie quería. Me aliviaba que se preocupara. Sin embargo, si pensaba que me quedaría en la puerta del restaurante aguardando por él, se había equivocado.

Regina: «Estoy en casa. Pero dile que acabo de llegar a tu departamento. Tengo que arreglar un asunto».

Brian: «¿Cuál asunto?».

¿Debía contarle? Decidí que sí.

Regina: «Una charla con Nelson».

Pasó un minuto y no recibí contestación. Me peiné un poco el cabello y decidí volver con mi invitado a la sala, antes de que se fuera sin avisar.

Mi teléfono sonó. Atendí:

—¿Qué pasa, Brian?

—Ya le dije a Gabe. Va para allá.



—¿Qué?! ¡No! ¿Por qué lo hiciste?

—Gina, tu ex es un hombre peligroso. Tú misma lo has dicho. No seas imprudente.

—No pueden encontrarse. Nelson lo odia —exclamé—. Si le pasa algo a tu hermano por mi culpa...

—Tranquila. También voy en camino. Creo que puedo llegar antes que él. Solo ten cuidado. —Colgó.

Era obvio que Gabriel le había contado de mi relación con Nelson. ¿Por qué no me dejaban solucionar la situación como una mujer adulta? Por un lado, me alegré de que los hermanos volvieran a hablarse, pero los maldije por dentro por entrometidos. Lo arruinarían todo con sus actitudes de machos protectores. Era mi esposo del que estábamos hablando; no de un desconocido. Podía manejarlo.

Me apresuré a ir con Nelson. No lo encontré en la sala.

—¿Nelson? —Lo busqué por el departamento—. ¿Dónde estás?

—Aquí.

Su voz provino de la cocina.

—¿Qué haces?

Había sacado algo de un cajón, que cerró de golpe.

—Nelson —lo llamé desde la puerta. Noté que sus nalgas se habían achatado. Tal vez por falta de ejercicios.

Se quedó de espaldas. Su silencio me inquietaba. Tal vez no hubiera sido tan malo esperar a Gabriel a la salida del restaurante. Le habría provocado pena y se habría disculpado por haberme tratado mal. Luego, me habría invitado un helado.

—Lo lamento, Gina. No quería llegar a esto.

—¿De qué hablas?

Se dio vuelta y nuestra vida juntos pasó ante mis ojos. No las cosas bellas. Las terribles. Nelson, el chico que me prometió que me amaría hasta que muriera, que me gritaba porque ¿cómo iba a salir a la calle vestida como una

puta? Nelson, el hombre que me traía flores y chocolates, que me obligaba a tener sexo con él una noche que me sentía enferma. Nelson, el padre de mi hijo no nacido, que me daba un puñetazo en la cara. Nelson, el nombre de mis pesadillas, que me perseguía, acosaba, amenazaba de muerte: «Nunca me dejarás. Antes prefiero matarte».

## CAPÍTULO 31

# El tipo de hombre por el que todas suspiran

—¿Qué haces con ese cuchillo? —retrocedí.

Pregunta tonta. Para agregarla a la lista de estupideces que suelo preguntar. Veo caminar hacia mí a un hombre con un cuchillo de carnicero. ¿Qué se me ocurre que hará con él? A: malabarismos. B: un truco de magia. C: me preparará una sopa. D: me va a matar.

—Quise convencerte por las buenas de que volvieras.

—Disculpa mi ignorancia. No sabía que el acoso era una de tus buenas maneras.

El loco de mi esposo me amenazaba y yo no podía mantener la boca cerrada. Era como incitante. Además, se me había pegado la forma de hablar de Gabe. «¿Buenas maneras?» ¿De dónde había sacado eso? Ah, sí. De *Susurros en el tiempo*. Lo había leído unas dieciséis veces.

Pensé en salir corriendo y pedir ayuda a la vieja de abajo. Seguro que le encantaría tener un poco de acción.

Nelson se posicionó delante de la puerta y frustró mi plan.

—Te daré una última oportunidad. Ven conmigo y olvidaré lo sucedido. ¿Qué dices?

Gabriel y Brian llegarían en cualquier momento y Nelson no se molestaría

en conversar con ellos. No me quedaba más opción que sacarlo del departamento.

—Bien. Iré contigo —respondí.

Entornó los ojos.

—¿De veras? —contestó incrédulo.

Asentí.

—Deja que recoja mis cosas.

—Cinco minutos. ¿Qué tantas porquerías puedes tener?

Corrí a mi habitación y metí unas cuantas prendas en mi maleta.

«Rápido, rápido, rápido».

Entré en el cuarto de Gabe y garabateé una nota en la libreta que había sobre la mesa de luz.

«Lo siento por todo. Te quiero».

Nelson se asomó al pasillo.

—¿Lista?

—Sí. —Regresé con él—. No. Espera. Olvido algo.

—Apresúrate. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor. —Se puso a revisar la casa en busca de cosas de valor.

Me hacía sentir como una vulgar ladrona. Jamás, jamás le robaría a Gabe nada. Si él sospechara lo que estaba a punto de hacer, me asesinaría.

Entré en el estudio y saqué la llave de debajo del escritorio. Abrí el cajón prohibido y metí la pistola en mi bolso. Esperaría a estar en su auto. Cuando Nelson no me viera, cuando estuviera concentrado en el camino, la sacaría y le pegaría un tiro. Lena me ayudaría a deshacerme del cadáver.

Salimos del departamento y llamamos al elevador. Todo marchaba en orden.

—Me resulta extraño que hayas cambiado de opinión tan rápido.

Se había metido la cuchilla en el borde del pantalón. Si lograba sacársela, no tendría que ir con él a ninguna parte.

Las manos me temblaron.

El ascensor se abrió y Nelson me arrebató la maleta y el bolso de las manos. Reprimí un grito.

—Yo llevaré tus cosas. Entra.

Pensándolo bien, él no sabía que había un arma en el bolso. Además, con las manos ocupadas, sería más fácil de atacar.

Enumeré en mi cabeza los pasos a seguir:

1. Pararía el elevador.
2. Lo seduciría.
3. Él se bajaría los pantalones y dejaría caer el cuchillo.
4. Yo me agacharía para hacerle sexo oral. Él no se negaría.
5. Me sacrificaría tocando su cosa. Mientras tanto, tomaría el cuchillo.
6. Lo usaría.

Llené mi alma de valor y haría lo que nunca me había atrevido a hacer.

«A la cuenta de tres. Uno. Dos...».

El elevador se detuvo en el piso veintidós.

«Carajo».

Se abrió la puerta...

«No, no, no, no, no».

Y entró la sonriente vecina.

«No esta maldita vieja de nuevo», refunfuñé por dentro. Agradecí que no entrara durante el paso cuatro.

—Buenas tardes. —Nos sonrió—. ¿Quién es este apuesto galán?

—Señora insoportable, acosador. Acosador, señora insoportable —los presenté.

Ella emitió un quejido y, viendo a otro lado, se acomodó la falda y bajó el escote.

Nelson se echó a reír.

—No le haga caso. Está de mal humor porque tiene su período. —Me abrazó—. Soy Nelson, su esposo. He venido a buscarla. Se ha tomado unas vacaciones muy largas para mi gusto.

La vieja se tapó la boca. Había conseguido un jugoso chisme para regar por el edificio: el aclamado autor Gabriel Savage se acostaba con una adúltera. Si tan solo fuese verdad lo de acostarse.

—No tenía idea de que fuese usted casada, señorita...

—Blue —gruñí.

Ella le dio la mano a Nelson, con los ojos iluminados.

—Encantada de conocerlo, joven. Soy Amanda.

—El placer es todo mío, Amanda.

Cómo lo odiaba cuando desplegaba su encanto. Las mujeres adoraban al sujeto. ¿Por qué no se quedaba con él? Se lo entregaría con un lacito.

—¿Le gusta? —pregunté a la mujer—. Es todo suyo. Y gratis.

Ambos me miraron con desconcierto.

—Ay, nena, estás muy bromista hoy.

—Psé. —Me crucé de brazos y lo ignoré—. Soy toda alegría.

—Disculpa que me meta, pero ¿sucedió algo con Gabriel? —preguntó la muy inoportuna—. ¿Se pelearon?

—No —mentí.

«¿Y a usted qué le importa?».

—Ya, pero... —continuó. ¿Por qué no se callaba? «¡Cállese!»—. Yo creía que había algo serio entre ustedes. Andaban tan acaramelados el otro día. ¿Y ahora resulta que tienes marido? Estoy anonadada.

Maldición. Si llegaba a tomar esa cuchilla de los pantalones de mi maridito, ella sería la primera en morir.

El elevador se detuvo en el piso tres.

—Bueno, aquí me bajo —dijo—. En otro momento seguimos hablando, linda. Chao.

—¿Acaramelados? —inquirió Nelson, con voz grave.

Continué ignorándolo.

Llegamos a la planta baja y las puertas se abrieron.

—¿Sabes algo? Me arrepentí. Quisiera intercambiar algunas palabras con

ese escritor tuyo. —Me tomó del brazo cuando estaba a punto de salir al hall y volvió a meterme adentro, de un tirón.

En ese momento, vi a Brian entrando al edificio.

—¡Brian! —grité—. ¡Brian!

—Gina.

Él corrió para alcanzarnos, pero las puertas se cerraron ante su cara. Escuché que las golpeaba, gritando mi nombre.

Caí de rodillas. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Conociéndolo, era capaz de subir corriendo las escaleras.

—¿Y ese quién cuernos era? ¿Otro de tus amantes? No sabía que te habías vuelto una cualquiera. ¿Así que por eso me dejaste, Gina? Yo te hubiera dado lo que querías en casa. Les hubiera contado a todos mis amigos que mi esposa es una prostituta. ¿Sabes el dinero que hubiéramos hecho con ellos? Todavía podemos hacerlo. Cuando llegemos a casa, los invitaré para que te conozcan. ¿Qué te parece?

—Te odio —mascullé.

—Bah, no lo dices en serio. Sabes que me amas, pero te niegas a reconocerlo —comentó con una sonrisa egocéntrica.

—¿Por qué no te vas al infierno?

—Quizá lo haga... y te lleve conmigo. —Me acarició la barbilla y le di vuelta la cara.

—Dame mi bolso —exigí.

—¿Para qué mierda lo quieres? —preguntó—. ¿Vas a pintarte los labios? No lo necesitas, nena. Sabes que me calientas, arreglada o no.

—Es mío y lo quiero. Dámelo. —Estiré la mano.

—Como quieras. Pero antes...

Lo abrió.

—No —musité.

Si era peligroso con un cuchillo, no quería imaginar con un arma de fuego. Jamás debí sacarla del cajón, jamás debí dejar que entrara en el departamento

de Gabriel. Pero así era yo: como un pato. Cada dos pasos, una cagada.

—Regina, qué traviesita eres. —Su sonrisa se amplió y yo quise salir corriendo de ese diminuto espacio de metro y medio cuadrado.

«Que Dios se apiade de nosotros», pensé.

Mi teléfono empezó a sonar, y no pude atender. Él lo hizo.

—¿Quién habla? —preguntó.

—Si tanto quieres hablar con ella, ven —replicó.

—Oye, basura, Gina es *mi* mujer. ¿Entiendes? Así que haré lo que se me dé la gana con ella. No me la robarás. —Cortó.

—No soy de tu propiedad, Nelson.

—Antes te encantaba decírmelo. ¿No te acuerdas? «*Tómame, soy toda tuya, Nel. Haz lo que quieras conmigo*». Son tus propias palabras, nena. Las grabé aquí. —Se tocó la sien.

Llegamos al piso veintitrés. De nuevo.

—No sé cómo pude haberme casado contigo —espeté, al salir del ascensor a los empujones.

—Porque soy ultra mega ardiente, nena. Como el sol. Las chicas aman mi carácter impertinente y audaz. Además, tengo una motocicleta y tatuajes —añadió, con un guiño—. En resumen: soy el tipo de hombre por el que todas suspiran.

—No todas, don ego.

Me tomó por los hombros y me empujó contra la puerta del apartamento, todavía cerrada.

—¿Qué mierda hizo ese escritor contigo? ¿Te lavó el cerebro con sus estupideces de rata de biblioteca? ¿Tú crees que alguien que solo sabe escribir bonito puede competir contra un hombre de verdad como yo?

—No existe tal competencia. Entre él y tú, lo prefiero a él. Y no porque escriba *bonito*, como dices. Sino porque me deja ser yo.

—Abre la puerta, ¿quieres? Se me congelan las bolas.

—Qué refinado.



Trataba de mantenerme tranquila, aunque las manos me sudaran y el terror empezara a apoderarse de mis acciones. Todo mi cuerpo me pedía que saliera corriendo. Mis ojos se posaron en la puerta que llevaba a las escaleras de emergencia y, sin pensarlo, me abalancé hacia ellas.

«Corre. Corre. Corre», me dije a mí misma bajando los escalones de dos en dos. El corazón me latía tan fuerte que me hacía doler el pecho.

Los pesados pasos de Nelson retumbaron tras de mí. No me volteé ni una sola vez.

Gritó un insulto.

Lo ignoré. Mis pies volaban por los escalones, cada vez a mayor velocidad. No podía controlarlos.

«Ay, no. Ay, no. Ay, no».

Trastabillé y perdí el equilibrio.

—¡Aaaaahhhhhh!

Y caí.

—Siempre lo dije y siempre lo diré: eres una torpe. —Nelson me levantó del suelo y me llevó escaleras arriba con la seguridad de que no intentaría salir corriendo de nuevo.

Me había doblado un tobillo. Ni siquiera había llegado al piso de abajo. De todas formas, la vecina entrometida no estaba en su casa. Me tranquilizó pensar que Brian y Gabriel venían en camino. Mis caballeros de brillante armadura. No es que quisiera que me rescataran, porque yo no era ninguna de esas doncellas en apuros, pero lo agradecí. En cuanto tuviera la oportunidad, le rompería la cabeza a ese miserable con lo primero que encontrara.

—Ni siquiera lo conocías y me dejaste por él —dijo de pronto. Supuse que se refería a Gabe—. Bah, me dejaste por las chorradas que escribía. ¿Te parece lógico?

—No te dejé por él —suspiré—. Te dejé por ti.

Me quedé parada junto a la puerta luego de entrar porque sabía que en cualquier instante volvería a abrirse. No dejaría que Nelson hiriera a ninguno

de los hermanos Savage. Lo que hiciera ese bruto era mi responsabilidad. Yo lo había llevado a la casa de Gabe, yo lo sacaría.

—Quítate de ahí. —Me apuntó con la pistola—. Y explícate.

Se había apoyado en el respaldo del sofá.

—No entenderías.

—¿Acaso me crees un idiota? —gritó—. ¡¿Es eso?!

Se paseó como un león enjaulado.

—No, yo...

¿Para qué mentir? La única forma de que Gabriel y él tuvieran la misma inteligencia sería si a Gabe le extirparan el cerebro y lo sustituyeran por una nuez a medio comer. Sonaba cruel, pero así los veía yo luego de haber convivido con ambos. Nelson siempre había creído que leer era una pérdida de tiempo. Desde que abandonó la escuela, no había vuelto a tocar un libro. Yo tenía mis serias dudas de que en realidad supiese leer.

Entró en el estudio y se paró frente a la biblioteca. Mi estómago se estrujó cuando recogió uno de los libros y pasó sus páginas como buscando algo que nunca encontraría. Para mi sorpresa, leyó un fragmento en voz alta:

—«El grosero personaje que se sienta a mi lado, bebiendo el té en un tazón y comiendo el pan con sus sucias manos, es tal vez su marido. Estas son las consecuencias del vivir lejos del mundo: ella ha debido casarse con este patán creyendo que no hay otros que valgan más que él. Es lamentable».

Lo cerró de golpe.

Bueno, me equivoqué. Sí sabía leer y conocía *Cumbres borrascosas*. Aunque tenía un carácter de mierda.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —Alzó la voz—. ¿Que soy un patán?

«Sí».

—Por Dios, es solo un libro, Nelson.

—Así que es solo un libro.

Conocía esa mirada: la que precedía a la tormenta.

«Por favor, que no se le ocurra hacer lo que imagino».

Ladeó la cabeza.

—Bueno, ya que es *solo un libro*, supongo que no te importará que haga esto.

Tomó una página y la arrancó. Hizo lo mismo con otra. Y otra.

—Basta.

El maldito se rio en mi cara, mientras seguía arrancando las páginas y regándolas por el piso.

Me abalancé sobre él y me empujó contra la estantería.

—Eres un animal.

Tomó otro libro. Esta vez, de la biblioteca pequeña que se encontraba al lado del escritorio. Era una de las novelas de Gabriel. Él había reconocido el título.

—Déjalo —gruñí.

Enseguida notó el cambio en mi semblante. No se trataba de un libro común para mí. Lo sabía. Era el que guardaba en mi mesita de noche y leía cada vez que me sentía deprimida o asustada. El mismo que me había hecho enamorarme de su autor.

—Ten tu amada porquería —dijo, golpeándome en el pecho con él.

Lo abracé como si, de forma inexorable, estuviera unido al alma de Gabriel. Tal vez había una parte suya en cada una de sus novelas, fragmentos de su alma transformados en letras que, al leerlas, me acercaban más a él.

Defendería esa biblioteca hasta las últimas consecuencias por el amor que Gabriel Savage había despertado en mí. El amor por la literatura, por la libertad, por la vida misma.

El sonido de la puerta provocó una sonrisa de hiena en la cara de Nelson, quien preparó el arma para disparar a quienquiera que entrase.

—Dijiste que hablarías con él —exclamé con alteración.

—Mentí.

Apuntó a la entrada cuando la puerta comenzaba a abrirse. En el mismo instante en mis ojos se posaron sobre los de Gabriel.

## CAPÍTULO 32

# Ríndete

—¡Corre, Gabe! —grité.

Nelson disparó.

Descargué mi furia en su cabeza: le di con el libro que todavía llevaba en las manos, antes de ver si había dado en el blanco.

La pistola se le cayó y voló debajo del sofá.

—¡Me pegaste! —exclamó.

Sacó la cuchilla de su cinturón y corrí al estudio.

Cerré la puerta con llave. ¿Dónde estaba Gabriel? ¿Dónde se había metido? Lo busqué desde mi prisión de cristal. No lo encontraba. Tampoco podía acceder a mi teléfono. Había quedado atrapada. Era la última patata frita de un paquete en las manos de un famélico.

—No te escondas, Gina. Abre —exigió mi esposo.

—¡No! Tendrás que tirar la puerta abajo.

¿Para qué dije eso? Nelson pateó la puerta. Los trozos se incrustaron sobre la alfombra limpia y, cuando entró, se quebraron bajo sus botas. Me acorraló contra las estanterías, con una mirada depredadora. Solo se calmaría si alguien lo noqueaba. Pensé en golpearlo con otro libro, no obstante, vi algo que se movió detrás de él y quedé estática.

Gabriel me hizo un gesto para que guardase silencio. Se cubría uno de sus brazos, ensangrentado.

Tenía que distraer a Nelson, pero ¿cómo?

«Piensa rápido, Gina», me dije. No había tiempo que perder, así que hice lo único que se me ocurrió. Estuve a punto de ponerme a cantar *«los pollitos dicen pío, pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío»*, pero no me pareció el mejor curso de acción considerando la situación. Hubiese quedado como una loca.

Caí como piedra a los pies de Nelson.

—¿Nena? —me llamó.

No me moví. Las personas desmayadas no respondían a sus nombres.

Enseguida oí un forcejeo.

—Quítale el cuchillo, Gina —dijo Gabriel.

Me levanté de un brinco e hice lo que me ordenó, mientras él sostenía los brazos de mi esposo por detrás. Había saltado como gato sobre Nelson en cuanto me tiré al piso.

—¿Estabas fingiendo? —inquirió mi esposo el iracundo y se dirigió a Gabe —: ¿Y tú cómo supiste?

—La conozco mejor que tú.

Nelson gruñó. Más, cuando le apunté al pecho con la cuchilla y dije:

—Ríndete, vil engendro. —«¡Ja!». Siempre había querido decir eso desde que lo había leído en uno de los libros de Gabe.

Mi esposo esbozó una sonrisa diabólica y pateó mi mano.

—¡Regina! —gritó Gabriel al notar mi cara de dolor.

La cuchilla se fue hacia arriba en una danza mortal y cayó en el otro extremo del cuarto. Por un segundo, mis ojos se cruzaron con los Nelson. Vi el desafío en ellos, así que me lancé a buscar el arma. Nelson también, después de darle un codazo a Gabriel en las costillas y liberarse de su agarre. Llegó antes que yo.

—Si supieras cuánto te odio —dijo, levantando el arma contra Gabe. Este retrocedió hasta dar con la pared. Me paralicé cuando el filo tocó su cuello.

Solo bastaba un movimiento. Un solo movimiento para matarlo.

—No, Nelson. Por favor, no lo hagas. No lo lastimes —balbucí aterrada—. ¡Iré! Iré contigo a donde quieras y haré lo que digas, pero déjalo ir.

—Nah. Ya no quiero que vengas conmigo —espetó él.

—¿Qué?

—¿Y qué quieres, entonces? —preguntó Gabe—. ¿Dinero? Puedo darte la cantidad que desees. Solo déjanos en paz. Déjala vivir tranquila.

—No quiero tu cochino dinero, Savage —farfulló mi esposo—. Lo único que quería era que ella me viera como te mira a ti.

Di un paso hacia ellos.

—Quieta —amenazó, alzando la cuchilla en mi dirección. Casi me dejaba tuerta con esa cosa—. No te muevas un solo centímetro más o te penetraré con esto.

Se pasó la lengua por el labio de forma grotesca.

—Me excito con solo pensarlo.

Gabriel apretó el puño. Sus dedos se pusieron blancos.

—No la amenaces —replicó Gabriel, dándole un golpe en la mandíbula.

Fue como golpear una piñata. Aunque, en vez de que volaran caramelos, habían volado un par de dientes. No podía creer lo que había hecho.

Nelson lanzó un escupitajo a mis pies.

—Estás tan jodido, Savage —masculló y se limpió la boca—. Ahora sí te voy a...

—¡¡Ey!! —Un grito proveniente de la sala lo interrumpió.

Los tres giramos la cabeza hacia el recién llegado, que respiraba de forma entrecortada y se frotaba los nudillos.

—¿Por qué no peleas conmigo, mandril? —dijo.

La risotada de Nelson me irritó.

—¿Mandril?

En comparación, Brian era mucho más pequeño que él. Además, aparentaba menos de veinte años. Unos diecisiete.

—Hablo en serio —gritó Brian—. ¿O te da miedo que te gane? Por cierto,

el mandril es un mono.

Nelson se enderezó y apretó el mango de la cuchilla, mientras la rabia le saltaba por los ojos. El hermano de Gabe había tocado una fibra sensible en él. No tardaría en reaccionar.

—¿Quién carajo eres? —exigió saber el mono, quiero decir, *Nelson*.

—Alguien que puede patearte hasta hacerte llorar como bebé —contestó Brian con una sonrisa insolente.

Era como presenciar el encuentro de dos Nelsons en un mundo paralelo.

—Así que te crees mucho, ¿eh? —El Nelson número uno se olvidó de nosotros para ir en busca del joven que lo había insultado, el Nelson número dos—. Te borraré esa sonrisa de la cara, niño bonito.

Gabriel me rodeó con sus brazos.

—¿Estás bien? ¿Te hizo daño? —preguntó.

—Me duelen los dedos, pero estoy bien. Creo que no me quebró nada. — Los moví—. ¿Cómo está tú brazo?

—Es solo un rasguño, no te preocupes —aseguró—. Te llevaré a que te vean esa mano en el hospital. Ya llamé a la policía, así que estarán aquí en unos minutos.

¿Y Brian? ¿Lo dejaría solo con ese troglodita? Quizá, unos minutos eran más que suficientes para que uno de ellos acabase muerto.

—Tenemos que ayudar a Brian.

Me asomé a la sala. Esta parecía haberse transformado en un ring de lucha libre.

—No te preocupes. Sabe lo que hace. Fue campeón de *kick boxing* a los quince años. Y sigue invicto.

Que permaneciera impasible en una situación de extrema violencia como esta me daba escalofríos. Lo que él no sabía era que Nelson pertenecía al club de la pelea. Jamás había perdido un encuentro.

—Hay que buscar la pistola —sugerí.

Gabriel me tomó de la mano y me llevó al sillón de su estudio.

—Quédate aquí. Yo iré por ella.

Me frustraba presenciar cómo dos personas que apreciaba se jugaban la vida para protegerme. Como ocurría en casi todas las novelas, la damisela era relegada al papel de víctima, mientras los hombres se ponían en la piel de los héroes. ¿Acaso me tomaban por inútil? A mi favor podría decir que había dejado atontado a Nelson con el librazo que le di. Sin embargo, necesitaba hacer algo más que sentarme a ver una batalla *testosterónica*.

Brian se movía como una gacela en llamas. Nelson lo había alcanzado con el puño más de una vez y yo gritaba con cada uno de esos golpes.

—Tienes que desarmarlo, Brian —sugirió Gabe.

—Eso intento —exclamó su hermano. Saltó hacia atrás para esquivar lo que podría haber sido un golpe fatal en la garganta.

Nelson no se andaba con juegos. Su problema de ira siempre terminaba mal. Cuando éramos novios, su falta de autocontrol había espantado a todos mis amigos. Para cuando terminé la escuela, ninguno de mis compañeros se atrevía a hablar conmigo por miedo a que él le partiese la cara. Las señales habían sido claras desde el principio, igual que las nubes negras indicaban que se acercaba una tormenta. Yo hubiera afirmado que no necesitaría un paraguas porque los nubarrones se dispersarían y saldría el sol. Un sol sonriente. Luego, por supuesto, terminaban cayendo piedras o lloviendo pescados como en algunos lugares. ¿Y a quién le gustaba que le cayera un pescado en la cabeza?

Busqué a mi escritor. Acostado en el piso, estiraba inútilmente el brazo sano debajo del sofá para alcanzar el arma de fuego. Decidí ayudarlo. No cabía debajo, pero yo sí.

—Te dije que te quedaras en el estudio —musitó cuando llegué hasta él, tras el respaldo del sillón.

—Tú no puedes meterte ahí —dije.

—¿Y tú sí?

—Lo he hecho para tomarte fotos sin que me vieras.



Un golpe violento contra el sofá me empujó encima de él. Me hubiera gustado permanecer apoyada en los pectorales de mi hombre, pero era un mal momento para el romance. Oí el gruñido de Nelson. Entre golpe y golpe nos había visto. Sus puños habían adquirido una tonalidad roja. Su cuerpo se encontraba bañado en sudor y respiraba con dificultad. Todavía sostenía la cuchilla; Brian no había logrado arrebatársela.

—Apresúrate —suplicó Gabe.

Sin perder tiempo, metí medio cuerpo debajo del sofá y agradecí haber pasado la aspiradora. Mis dedos hicieron contacto con el metálico objeto y se cerraron en torno a él.

Algo se rompió en la habitación. El sillón se sacudió encima de mi cuerpo. Temí ser aplastada hasta morir, como una hormiga bajo un zapato. Había conseguido la pistola, pero apenas lograba moverme.

Una sensación claustrofóbica me invadió.

—Gabe —grité, intentando salir—. Me atoré.

Un par de manos me agarraron la pierna y jalaban tan fuerte que me provocaron dolor. El borde de madera del sofá me arrancó la piel del brazo y lo dejó en carne viva. Sacudí las piernas al comprender que esas manos no pertenecían a Gabriel.

—Suéltala —gritó él.

Los oí forcejear. Temí sacar la cabeza de abajo del sillón y descubrir a Brian muerto con el cuchillo clavado en un ojo.

Me deslicé fuera con cuidado, ignorando el dolor de mi brazo, y alcé la pistola.

—Basta. —Le apunté a Nelson en la cabezota—. No te muevas o disparo. Suelta el cuchillo.

Abrió la mano y el arma cayó a sus pies. Una siniestra mueca desdibujó su cara. Se encontraba todo magullado, con cortes y raspaduras. Su rostro parecía un pez globo.

—Serías incapaz de matarme —se atrevió a decir el muy desfachatado.

—¿Quieres ver? Solo tengo que apretar el gatillo. Ganas no me faltan. Quería hacerlo. Iba a hacerlo, hasta que Gabe puso una de sus manos sobre la mía.

—Dame la pistola, Gina.

—Pero quiero matarlo —contesté entre dientes.

—No. No quieres.

—Sí, sí quiero —insistí.

—Regina, por una vez hazme caso. Por favor.

De veras moría por dispararle a ese cretino. Por mí, por él y por Brian. Y por Lena. A ella le habría divertido que le volara la cara.

—Oh, está bien. —Se la cedí de mala gana—. Iré por la cuchilla.

—Aguarda —pidió dudoso.

Me detuve en seco.

—Yo tomaré la cuchilla —dijo, dándome la pistola otra vez.

¿Por qué no se decidía?

«Que sí, que no, que *macalacachimba. Que no, que sí, el chafirete*», canté mentalmente.

Gabriel entonces dijo algo que me entusiasmó como nada más lo haría:

—Apúntale en la entrepierna.

Nelson se puso pálido.

—Será un placer, mi jefecito.

De hecho, esperaba que se moviera para apretar el gatillo. Me sentí como Malena. A ella le encantaba castigar a los hombres.

Gabriel fue por la trampa casera que yo había confeccionado y que había quedado colgando de un picaporte, y ató con ella a Nelson en una silla. No opuso resistencia, quizá porque notó mis ganas de castrarlo. No es que fuese sanguinaria ni nada por el estilo, pero se sentía bien empuñar una pistola apuntándolo allí, directo a su cerebro.

Una vez que estuvo amarrado como un matambre, Gabe volvió a pedirme el arma. Por alguna razón, temía que se me escapara un tiro. Nelson suspiró con

alivio cuando se la di.

Gabriel seguiría vigilando a mi esposo, así que fui a ver cómo se encontraba Brian.

—Ey —me saludó, al verme sentada a su lado.

Había quedado tumbado en el sillón.

—Ey —contesté, con un nudo en el corazón.

Sangraba por todas partes, aunque ninguna herida era lo suficientemente grave para acabar con él.

—¿Ganamos? —preguntó, abriendo su único ojo sano.

—Sí. —Le acaricié el pelo, aliviada de que siguiera respirando—. Gracias, Brian. No sé qué hubiéramos hecho sin tu ayuda. Eres mi héroe.

Besé su frente y una sonrisa iluminó su cara.

—Te quiero, Gina. Lo sabes.

—Y yo a ti, Bri.

—Como cuñado —se resignó. Y agregó—: Puedo aceptarlo. Pero si no te hace feliz, ven a verme. Le daré una lección.

—Prométeme que nunca te convertirás en él. —Señalé a Nelson con la cabeza.

—Prometido.

Brian fue trasladado al hospital y la policía se llevó a Nelson. Él accedió a firmar los papeles del divorcio porque se dio cuenta de que yo no era la misma mujer con la que se había casado. Por las dudas, decidí levantar una orden de restricción en su contra para que no volviera a molestarme.

—Gina, quiero disculparme —dijo Gabriel en la cocina mientras preparábamos la cena, una vez que nos quedamos a solas—. Fui malo contigo.

A ambos nos habían vendado un brazo. Nada grave.

—No es necesario, Gabe. Está todo perdonado. —Metí una cuchara en la salsa de tomate, la enfrié con un soplido y la puse ante su cara—. Prueba. ¿Rico?

Asintió con la expresión de quien guardaba una gran culpa.

—Tenías razón —reconoció.

—¿En serio? —Me alegré—. ¿Cuándo?

Carraspeó y se pasó la mano por la nuca.

—En el restaurante. Todo lo que dijiste sobre Bárbara era cierto.

—Oh. —Apagué el fuego de los espaguetis.

Lo que menos necesitábamos era que comenzase un incendio en el único lugar de la casa que no había quedado destrozado, además de los dormitorios.

—He cambiado de editor —anunció—. Te alegrará saber que es un anciano.

¿Gabriel Savage se había equivocado y yo no? Esto ameritaba una celebración. Por unos segundos, disfruté que el mundo se hubiera invertido.

—Ella me...

Le tapé la boca.

—Alto. No quiero saberlo. —Sacudí la cabeza.

—Mmm... —Sus cejas se movieron de un modo adorable.

—No me digas —pedí—. Lo que haya pasado entre ustedes quedó en el pasado. ¿De acuerdo?

Recordar a esa mujer me borraba la sonrisa. Giré y me puse a colar la pasta. Gabe me abrazó por detrás.

—Quiero que seas feliz, chica blue —susurró apoyado en mi hombro—. Feliz conmigo.

Cerré los ojos al sentir sus labios moviéndose por mi cuello, y su cuerpo caliente contra mi espalda. Llevó las manos a mis pechos.

—Pues... no vas nada mal con tu cometido —comenté, al percibir el enorme deseo contenido en sus pantalones.

Le acaricié la retaguardia. Tantos años imaginando cómo sería hacer el

amor con Gabriel Savage no me prepararon para cuando llegó el momento. Nada lo hubiera hecho. Cada beso, cada caricia suya, hacía temblar mi corazón más que cualquiera de sus palabras. Me llevó en brazos a su cama y me desnudó con el mismo cuidado que ponía al escribir.

—El amor es un arte, señorita Blue —dijo colocándose encima de mí—. ¿Qué te parece si hacemos una obra maestra juntos?

—Me parece bien, señor Savage.

Y la hicimos.

Cenamos un masacote de espaguetis fríos, pero fue lo más delicioso que había probado en años.

—Hay algo que quisiera mostrarte —dijo Gabriel desnudo, acurrucado a mi lado.

—¿Hay algo que no me hayas mostrado aún?

Por primera vez en la vida lo vi sonrojarse. Quise comérmelo. Más tarde lo haría.

Se levantó y, después de ponerse los pantalones, me tendió la mano.

—Ven conmigo.

Me vestí con su camisa y lo seguí a su estudio. Encendió la computadora y me hizo una señal para que acomodara sobre sus piernas. De inmediato me rodeó la cintura con uno de sus brazos y deseé permanecer así para siempre. ¿Quién hubiera dicho que un día estaría sentada en el regazo del hombre al que le había robado los calzoncillos? ¿Quién hubiera predicho que se enamoraría de mí?

—¿Me enseñarás tu libro? —pregunté emocionada, apoyándome en su pecho.

—No.

—Ah. ¿Y por qué no?

Meneó la cabeza.

—Lo verás después. Todavía no está listo. Quería mostrarte lo que guardo

aquí. —Puso el cursor sobre la carpeta llamada «inspiración»—. A menos que no quieras.

—¿Bromeas? Descubrir tus secretos ha sido mi hobby principal desde que te conozco.

—Abre la carpeta —indicó.

En cuanto lo hice, mis ojos se abrieron el doble de su tamaño normal.

—No es posible —musité, mirando la colección de fotos con asombro.

—¿Por qué no?

Me di vuelta para verlo.

—Esa soy yo.

—Sí.

—Tienes fotos mías.

Él señaló las imágenes, una por una.

—Aquí estás comiendo, aquí cocinando, aquí cantando, aquí durmiendo..., esta es mi favorita. La saqué en casa de Malena, el día que cuidamos a sus hijos. Te veías tan linda que no me resistí y simplemente te fotografié. Luego, ya no pude parar. Creo que me hice tu fan, Regina Blue.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —inquirí con incredulidad.

Me tomó de la barbilla. Se acercó a mi boca y se detuvo un centímetro antes de tocar mis labios con los suyos.

Esbozó esa sonrisa que solo me pertenecía a mí.

—Si no me crees, pruébame —susurró en voz muy baja, poniendo fin a la distancia que quedaba entre nosotros.

## EPÍLOGO

# Déjà vu

**L**a librería estaba repleta.

—Permiso, permiso. —Me abrí paso entre la multitud.

—Uff, tengo una horrible sensación de *déjà vu* —se quejó Lena, filmándome con la cámara del móvil para luego subir a mi blog nuestra experiencia—. Repíteme por qué quieres hacer esto.

—Porque soy la mayor fan de Gabriel Savage. —Sonreí con mi mejor cara presumiendo mi vestido rosa, el mismo que había llevado a aquella firma bochornosa de hacía un año.

—Estás loca, mujer.

—Y tú estás loca por haberte mudado con Berto, pero no te lo digo. ¿O sí?

—Creo que acabas de hacerlo.

Apreté el libro contra mi pecho. De todos los que había escrito Gabe, este era el mejor. Y me lo había dedicado: «Para mi chica Blue, mi mayor inspiración».

—No puedes negar que esto es divertido —dije recorriendo la librería con la mirada. La gente, el bullicio, el olor a libro nuevo mezclado con café...

Suspiró.

—Solo tú puedes considerar divertido meterte entre un montón de fanáticas desquiciadas para conseguir una firma que pudiste pedir en tu propia casa.

—¿Dónde estaría la emoción, Malena?, ¿la adrenalina?

—Si quieres adrenalina, te invito a cuidar a mis hijos.

Los gritos de las fans me dejaron sorda. Tuve que taparme los oídos cuando mi escritor favorito apareció saludando a la gente con su sonrisa comercial y tomó asiento frente a la mesa donde firmaría sus libros. *Azul y salvaje*, su última novela, se había convertido en un éxito de ventas.

En medio del incesante barullo y la gran cantidad de personas que se habían reunido para verlo, Gabriel me encontró enseguida. Posó los ojos sobre mí y su sonrisa de un millón de dólares se desvaneció. Arrugó el entrecejo y torció la cabeza, tal vez porque no le había comentado que iría al evento con mi amiga, como en los viejos tiempos.

Había costumbres que nunca se dejaban de lado.

—Esas son sus cejas de sorprendido —indiqué a Malena, quien se echó a reír.

—Pues tu sorprendido novio debe estar pensando lo mismo que yo.

Me coloqué en la fila como las demás personas. No sería justo que me colara solo porque era la novia del escritor. Además, extrañaba la sensación de admiración lejana que solía provocarme cuando no lo conocía; los nervios en la base de mi estómago al verlo; el entusiasmo ante la inminencia de mi encuentro cara a cara con él...

Tenía que revivir la experiencia para recordar qué había sentido justo antes de entrar a su vida y formar parte de ella.

Llegó mi turno, así que caminé directo a él abrazando mi libro con Lena detrás. Gabriel mantuvo su seriedad habitual. No me había quitado los ojos de encima en ningún momento.

—Hola, señor Savage —lo saludé—. Soy su fan número uno, ¿sabe?

—Hola, señorita fan número uno. —La sonrisa que me dedicó fue la más dulce que alguna vez le hubiese visto.

Me quedé como tonta ahí parada sin hacer nada más que perderme en sus ojos, en su boca de melocotón. Le había prestado un brillo labial para que las luces no le resegaran los labios. Lucía altamente besuqueable.



—¿Vas a darme el libro? —preguntó, estirando la mano hacia mí.

Lo tomó de mis manos. Una corriente eléctrica me recorrió los dedos cuando me tocó. Por un breve instante, me pareció haber viajado en el tiempo. ¿Y si todo lo que había pasado no había sido más que un delirio? ¿Y si solo había imaginado todo mientras esperaba que llegara mi turno en la fila?

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

«Oh, esos ojos». Me tenía hipnotizada.

—¿Gina?

Dejó de verme un instante para escribir. Cerró el libro y me lo devolvió.

—Por cierto, luces preciosa —susurró.

Hizo que mis mejillas se incendiaron. Las chicas que estaban detrás de mí en la fila pusieron cara de odio cuando me retiré porque lo oyeron todo, las muy envidiosas. Suspiré y me fui a los saltitos. Lena se reía de mí.

—Eres tan chiquilina. Dejame ver qué te escribío. —Me arrebató el libro de las manos camino a la cafetería. Lo esperaríamos allí, con un capuccino de por medio. Y tal vez con algunos *muffins* con chispas de chocolate.

Una vez que nos sentamos, hice un gesto para que me lo devolviera. Lena miraba la hoja firmada con una sonrisa boba.

—Esto es hermoso. ¿Por qué no lo atrapé yo primero?

—Porque tú los prefieres feos.

—Cierto. A prueba de robos. —Me entregó el libro.

Lo abrí y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Gabriel había escrito: «Te amo».

FIN

Si te ha gustado

# Savage & Blue

te recomendamos comenzar a leer

## Un beso de jazmín

de *Karen Delorbe*



## CAPÍTULO 1

# Jazmín Mondejar

**R**ivotril. Si buscabas en internet lo que significaba, había numerosas páginas que podían darte una breve definición, aunque también había otras páginas que no tenían problemas —o, mejor dicho, sus bloggers no tenían problema— en crear artículos *fake* en los que una y otra vez daban consejos para nada recomendables.

La pequeña Jazmín Mondejar navegaba con el celular de su madre por una web infinita, tratando de sacarse las dudas de su pequeña mente por su cuenta. No obstante, ¿por qué a una niña de unos ocho años podía preocuparle qué era el Rivotril?

Luego de haber llenado su cerebro con muchísima información —innecesaria— se tomó la molestia de borrar las páginas visitadas del teléfono de su madre y dejarlo donde lo había encontrado: arriba de la mesa, al lado de un salero pequeño del tamaño del puño de un bebé.

—¡Jazmín, mi amor!

Con toda naturalidad, haciendo de cuenta de que no había hecho nada fuera de lugar, se acomodó los pliegues de su vestidito veraniego y levantó la cabeza para ver a su madre directo a los ojos.

—¿Qué pasa? —le preguntó aleteando sus pestañas de manera adorable.

—Estaba buscando mi par de aritos. Esos que tienen forma de sol.

—¿De sol como yo? —inquirió extendiendo sus brazos para abrazar a su madre.

—Sí... de sol como vos.

Las dos se abrazaron y la joven mujer le dio un par de cosquillas en los riñones y después la soltó. Ambas estaban por demás de alegres ese día. Era

el cumpleaños de Jazmín y en menos de media hora empezarían a llegar los invitados. Bueno, en realidad ya deberían haber llegado, pero la puntualidad no era una gran virtud del pueblo.

—Ay, mamá, ya estoy grande para las cosquillas. Si yo te abrazo, es porque te quiero abrazar, pero no quiero cosquillas.

—Y yo soy tu mamá y si te quiero hacer cosquillas —le dijo y le pellizcó en broma el brazo—, te voy a hacer cosquillas. ¡No puedo creer que ya tengas ocho añitos, qué rápido que pasa el tiempo! Estás tan grande, y pensar que una vez eras una bebé que me entraba en el antebrazo y ahora apenas te puedo alzar. ¡No lo puedo creer!

—Bueno, ma, tranquilízate un poco.

Parecía una escena realmente ideal. Claro, que ese era el tipo de escena que se daba siempre en la mente de Jazmín. Siempre se imaginaba a su madre, a la clase de mujer que podría haber sido su madre, pues, por algún motivo, por alguna fatalidad, su madre no estaría presente ese cumpleaños, así como no había estado los anteriores ni estaría en los futuros.

Apoyó su cabecita sobre el brazo doblado que descansaba sobre la mesa y así, taciturna, miraba por la ventana mientras sus pequeños ojos, negros e inocentes, empezaban a aguarse por sentirse tan maldita y desdichada.

Ese sería otro cumpleaños que pasaría en soledad; como siempre, todos estaban ocupados a su alrededor.

—Jazmín —se dijo a sí misma, rascando la superficie de la mesa de madera—, te quiero.

Y es que Jazmín se sentía como la niña menos querida del mundo. Bueno, posiblemente lo fuera, y su padre siempre se lo demostraba, por ejemplo, ahora mismo no estando presente en su octavo cumpleaños.

Una lágrima silenciosa pero dolorosa brotó de su ojito y murió sobre la superficie plana. Su corazón estaba vivo a su corta edad, pero no podía sentirlo por la angustia que la oprimía, como casi todos los días.

Para colmo, su único amigo no podía ir a verla ese día porque estaba en la

casa de su abuelo Alberto comiendo quinotos, ¡pobre Jazmín! Lo que daría ella por estar comiendo quinotos en ese momento con Julián y con el abuelo Alberto, señor al que, por cierto, consideraba como su propio abuelo.

Sí, podía imaginarse a sí misma con ellos dos, bajo la sombra del árbol que daba esa dulce y jugosa fruta anaranjada; una brisa tibia después de días de un calor brutal que podía rajar el pavimento; el señor Alberto contando historias de cuando era niño entre intervalos irregulares que aprovechaba para escupir el centro de la fruta; el césped suave bajo ellos y verde, lleno de vida, al igual que ese hombre que andaba rondando los sesenta años y que, Jazmín sospechaba, el sombrero de paja que siempre usaba para estar afuera debía tener tantos años como él.

Después de todo, los conocía desde hacía años. Bueno, tres años para ella era mucho tiempo, ¡muchísimo! De hecho, los consideraba su verdadera familia. Era por los únicos que salía de esas cuatro paredes que eran su departamento.

Levantó la vista cuando le pareció oír el aleteo de una paloma, de esas que siempre asolaban la ciudad y representaban una amenaza para los conductores. Para Jazmín, ellas no eran ratas con alas, tampoco portadoras de enfermedades, sino que eran simples aves incomprendidas. Incomprendidas como ella.

Cuando escuchó la llave dentro de la cerradura, se acomodó el vestidito almidonado y se puso de pie enseguida.

—¡Jazmín!

Se refregó los ojos y se secó la lagrimita. Esa era la voz de la mujer que estaba a cargo de ella cada tanto —dependía de si su padre estaba o no— y que justamente era la exesposa de su padre. Su padre, para los ojos de Jazmín, era un hombre tan incompetente como fracasado al que le iba mejor fabricando zapatos que en la vida personal. Era un mal esposo, un mal exesposo y un mal padre. Hacía poco se había dado cuenta de que también era una mala persona a la que no le gustaban los gatos; le había pegado tal

patada al pobre animal de pelaje gris que se les había arrimado en la vereda, que había volado con seguridad unas tres cuabras.

Su padre, a diferencia de su exmadrastra, que pretendía seguir siendo madrastra, era una persona tosca, sin expresividad en la mirada y muy pero muy alta. Prácticamente un ropero humano y, si se volvía a fijar en las fotos viejas, a *stalkearlo* mirando *Facebook*, se daría cuenta de cómo había ido creciendo de manera progresiva una chopera que ahora sobresalía con orgullo a pesar de ser un hombre a principios de su tercera década (tenía tan solo treinta y dos años, casi treinta y tres). A diferencia de la mujer que ahora caminaba hasta ella haciendo sonar los tacos sobre el piso de madera, era un hombre que no se arreglaba en lo más mínimo. Era más, una vez lo había visto unas dos semanas con la misma remera; era un espécimen totalmente dejado.

—Jazmín, ¿por qué no estás vestida para salir?

—No voy a salir a ningún lado —le dijo con total tranquilidad.

—Es tu cumpleaños y le dije a tu papá que te iba a sacar —le espetó agarrándola de la mano, pero no contaba con que Jazmín se pintaba las uñitas para que parecieran menos largas.

—¡Ya te dije que no me voy a ir a ningún lado!

La desagradable mujer se rascó y masajéó donde Jazmín le había dejado sus marcas y siseó de dolor. ¿En qué momento esa criatura se había convertido en una salvaje?

—Le voy a decir a tu papá lo que acabás de hacerme, ¿me escuchaste? Y te va a retar, te va a cagar bien a palos.

—Una forma fea de expresarse para una señora de tu clase —se burló con una reverencia antes de mirarla con malicia. Poseía los mismos ojos que su madre, pero estos ojos no tenían humildad ni bondad, sino un gran resentimiento—. Me castigaste no dejándome salir una semana, ¿y te pensás que voy a salir así nada más? Estás equivocada. Y mi papá no me va a decir nada, ni siquiera te quiere.

Estuvo por gritarle, pero alcanzó a controlarse. El motivo de su divorcio había sido que ella era muy dura con Jazmín; aunque, en realidad, su dureza para con alguien que no podía defenderse de otra manera que con rasguños no había sido más que un pretexto pues, tal y como Jazmín le había dicho, él no la quería.

—Te estás comportando como una salvaje. No te educamos así.

—Nunca me educaron. Yo me eduqué sola, estúpida. Y ya te dije: no voy a ir a ningún lado con vos, ni con mi papá, ni con nadie. Déjenme en paz.

—¿Y qué vamos a hacer con tu regalo de cumpleaños? —intentó seducirla.

—Métanselo por donde el sol no les da. No quiero nada que venga de ustedes. Son uno peor que el otro. ¡Déjenme sola!

—¡Tu papá dijo que salgas, no seas desobediente!

La agarró por los hombros y la zamarreó un par de veces, como solía hacer cada vez que Jazmín no obedecía, y Jazmín, como siempre, intentó resistir hasta el final y defenderse con puñetazos y rasguños que no podían hacerle daños de gravedad. Jazmín estaba cansada. ¿Qué más pruebas necesitaba para demostrar que no le importaba a su padre? Supuestamente se había divorciado de esa mujer porque la maltrataba mucho, pero una vez divorciados, dejaba que se hiciera cargo de ella. Y había algo que Jazmín jamás podría entender: ¿por qué esa mujer se empeñaba en cuidarla cuando el desprecio que sentían la una por la otra era mutuo?

—Te dije mil veces que me hagas caso, ¡pero no querés! Ya mismo te vas a ir a cambiar y te vas a arreglar ese pelo chuciento.

—¡No quiero, no quiero!

Finalmente se cansó de renegar con la niña y la empujó contra el suelo, provocando que un dolor grave le invadiera en el trasero. Jazmín no se quejó, se quitó los cabellos de la cara y la volvió a mirar con un odio irrefrenable.

—¿Qué mirás? Andá a cambiarte. Ponete linda que es tu cumpleaños.

—Ustedes solamente me quieren ver mal, por eso quieren que vaya con ustedes. Yo no soy tonta. Ustedes son malos, ¿qué les hice para que me odien

así?

—Ay, de nuevo haciéndote la víctima. Si querés llorar, que sea después de que vuelvas con tu papá, pero ahora te vas a poner linda y vas a salir a dar una vuelta, ¿me escuchaste?

«Te mataría si pudiera», pensó Jazmín, pero no lo dijo. Se levantó del suelo y salió corriendo a su habitación para cambiarse el vestidito por uno igual de azul y corto, pero con volados blancos. Ató su cabello castaño claro en dos colitas lacias que caían a cada hombro. No le importaba si la raya no quedaba del todo recta en su cabeza, la idea era verse lo más presentable posible y hacer que su padre se sintiera menos culpable por cómo era con ella.

A veces se ponía pensar y se preguntaba por qué su padre la odiaba tanto. También se preguntaba por qué esa señora la odiaba tanto. Al principio, cuando había empezado a entender lo que era portarse bien y lo que era portarse mal, había intentado con todas sus ganas el convertirse en la hija perfecta. En ningún momento sus planes habían funcionado.

Cuando su padre estaba casado, ni siquiera podía mirar a su madrastra que enseguida inventaba que le hacía caras o murmuraba palabras inapropiadas. Su padre la castigaba encerrándola un par de horas o prohibiéndole ver la televisión. Cansado, había dejado que esa señora, que no tenía ningún problema en levantarle la mano, encerrarla y destruirla con palabras dolorosas, se encargara de su educación

Jazmín se miraba al espejo y se preguntaba una y otra vez qué era lo que hacía mal, por qué era tan indeseable para ellos. Se preguntaba cómo mejorar, cómo caerles bien. Se preguntaba también si otros padres golpeaban a sus hijas. Lloraba de rabia deshaciéndose en su camita, abrazándose a sí misma y deseando que no volvieran a hacerla sentirse mal. Se tapaba las mejillas golpeadas y los antebrazos morados después de cada sesión con su padre o su madrastra.

En ese momento, terminando de arreglarse sus colitas, suspiró y deseó poder estar bajo un fortunella escupiendo las semillas de un kinoto dulce y



jugoso de un color brillante como el sol con el señor Alberto contándole historias de cuando era un nene y con Julián recolectando más quinotos del árbol. Ese habría sido su mejor regalo de cumpleaños. Pero no podía tenerlo, y eso le apretaba el corazón y se lo retorció dentro de su pequeño pecho hasta hacerlo sangrar de desesperanza y melancolía.

## **Él escribe novelas románticas. Yo soy su mayor fan. Es mi amor imposible. Y yo, su sirvienta.**



Amo a Gabriel Savage. Es mi escritor favorito. Cada mes, desde hace un par de años, le escribo una carta de amor. Pongo todo mi corazón en ella. Podría decirse que me he obsesionado con él: lo sigo a todas partes para tomarle fotos y robarle cosas cuando se descuida. Las colecciono en una cajita bajo mi cama. Incluso, a veces, las subasto en mi blog para ganar dinero extra.

Pensarán que soy patética, pero mi gran fantasía es que se enamore de mí. Cumpló mi sueño de conocerlo en una firma de libros. Es el mejor día de mi vida pero también el peor, ya que un incidente con mi café lo lleva a odiarme. Estoy convencida de que no quiere volver a verme jamás. Sin embargo, el destino nos tiene preparada una sorpresa: por casualidad encuentro trabajo de empleada doméstica y...

¿Adivinan quién es mi nuevo jefe?

**Karen Delorbe** nació en Buenos Aires, Argentina, en 1979. Eligió estudiar profesorado de lengua y literatura. Comenzó escribiendo, en su adolescencia, relatos cortos de terror. En el 2008 decidió probar algo distinto e incursionó en la literatura juvenil. En el 2013, publicó *El ángel de la oscuridad*, su primer romance paranormal.

Actualmente, se dedica a escribir novelas románticas, paranormales y de fantasía, aunque prefiere no encasillarse en un solo género.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Karen Delorbe

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-995-9

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

- [1] Ficción sobre relación de amor homosexual entre dos varones, por lo general en manga y animé, y enfocado a un público femenino.
- [2] Propiedad perteneciente al señor Darcy, personaje de la novela *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen.

# Índice

SAVAGE & BLUE

PRÓLOGO. Para Regina, con cariño

CAPÍTULO 1. ¿Tú, en mi casa?

CAPÍTULO 2. Reglas, reglas y más reglas

CAPÍTULO 3. Naranjas, libros y escaleras

CAPÍTULO 4. Que tengas un buen día

CAPÍTULO 5. El efecto Baskerville

CAPÍTULO 6. Más tonto que una ameba

CAPÍTULO 7. Danzar, cantar, reír y tal vez imaginar

CAPÍTULO 8. No puedo vivir sin ti

CAPÍTULO 9. Berto Bertolucci, taxiboy, estilista y guardaespaldas

CAPÍTULO 10. Mi bella dama

CAPÍTULO 11. Ábrete sésamo

CAPÍTULO 12. Las viejitas, el payaso y la pierna protésica

CAPÍTULO 13. Algo para alegrarte

CAPÍTULO 14. . El niño

CAPÍTULO 15. Alejarme de ti

CAPÍTULO 16. Quédate conmigo

CAPÍTULO 17. Mientras dormía

CAPÍTULO 18. Íntima y personal

CAPÍTULO 19. La bella y la bestia

CAPÍTULO 20. Si dieran premios a la torpeza, me llevaría el primer lugar

CAPÍTULO 21. Hado padrino

CAPÍTULO 22. Benedict Lion

CAPÍTULO 23. Kissing a fool

CAPÍTULO 24. Nada que perde

CAPÍTULO 25. Las aventuras de Chica blue y Sexyescritor

CAPÍTULO 26. ¡Paw!, amor instantáneo

CAPÍTULO 27. Es como una cosa que crece dentro de mí

CAPÍTULO 28. El señor Listerine y la arpi-sirena vampiresa

CAPÍTULO 29. Tú eres un zorro y yo una zarigüeya

CAPÍTULO 30. Déjame cuidarte

CAPÍTULO 31. El tipo de hombre por el que todas suspiran

CAPÍTULO 32. Ríndete

EPÍLOGO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE KAREN DELORBE

CRÉDITOS

NOTAS